

Llamada perdida

¿Arriesgaría la vida
por una completa desconocida?

Michael
CONNELLY

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Pierce es un investigador de informática molecular volcado en un estudio que podría revolucionar el mundo de la medicina. Su obsesiva dedicación al trabajo ha repercutido en su vida privada, dando al trase con su relación con Nicole. La obsesión de Pierce le arrastra al oscuro mundo del sexo e Internet, un ámbito desconocido para él y que no tardará en convertirse en una terrible pesadilla de consecuencias imprevisibles.

L≡**LIBROS**

Michael Connelly

Llamada perdida

A Holly Wilkinson

La voz del teléfono era un susurro. Tenía un tono ansioso, casi desesperado.

Henry Pierce le dijo a la persona que llamaba que se equivocaba de número, pero la voz se hizo más insistente.

—¿Dónde está Lilly? —preguntó el hombre.

—No lo sé —dijo Pierce—. No la conozco.

—Este es su número. Está en el sitio.

—No, tiene mal el número, aquí no hay nadie que se llame Lilly. Y no sé nada de ningún sitio.

La persona que llamaba colgó sin decir una palabra más. Pierce también colgó, molesto. Acababa de conectar el teléfono nuevo hacía apenas quince minutos y ya había recibido dos llamadas para alguien llamada Lilly.

Dejó el teléfono en el suelo y contempló el apartamento casi vacío. Lo único que tenía era el sofá de cuero negro en el que estaba sentado, las seis cajas con ropa en el dormitorio y el teléfono nuevo. Y el número iba a suponer un problema.

Nicole se había quedado con todo: los muebles, los libros, los cedés y la casa de Amalfi Drive. No es que se lo hubiera quedado, de hecho había sido él quien se lo había cedido. Era el precio de la culpa por dejar que las cosas se torcieran. El apartamento nuevo era bonito, seguro y de alto *standing*, en la mejor zona de Santa Monica. Pero iba a echar de menos la casa de Amalfi. Y a la mujer que se había quedado a vivir allí.

Miró el teléfono que estaba sobre la moqueta beis, preguntándose si debería llamar a Nicole para decirle que había dejado el hotel y darle el número del apartamento nuevo. Negó con la cabeza. Ya le había mandado un *mail* con toda la nueva información. Llamarla equivaldría a romper las reglas que ella había establecido y él había prometido seguir en su última noche juntos.

Sonó el teléfono. Pierce se fijó en la pantalla de identificación de llamada. Era otra vez del Casa del Mar. El mismo tipo. Pierce pensó en dejarlo sonar hasta que se conectara el contestador de fábrica, pero al final levantó el auricular y pulsó el botón de hablar.

—Mire, señor. No sé cuál es el problema, pero tiene el número equivocado. Aquí no hay nadie que se llame...

Colgaron sin decir nada.

Pierce se estiró hasta su mochila y sacó la libreta amarilla donde su secretaria había escrito las instrucciones del buzón de voz. Mónica Purl había contratado el servicio telefónico para Pierce, porque él había estado demasiado ocupado en el laboratorio durante toda la semana, preparando la presentación de la semana siguiente. Y porque para eso estaban las secretarías personales.

Trató de leer las notas a la luz agonizante del día. El sol acababa de escurrirse tras el Pacífico y él todavía no tenía lámpara en la sala de estar del apartamento. La mayoría de las viviendas de nueva construcción contaban con luces empotradas en el techo. La suya no. A pesar de que los apartamentos acababan de ser remodelados y tenían cocinas y ventanales nuevos, el edificio era antiguo. Y los techos de placas sin cableado interno no podían adecuarse a un coste razonable. Pierce no pensó en ello cuando alquiló el apartamento. El resumen era que necesitaba lámparas.

Leyó por encima las instrucciones del identificador de llamadas y las características de directorio. Mónica le había contratado algo denominado paquete de servicios: identificador de llamadas, directorio de llamadas, llamada en espera, rellamada, llamada esto, llamada lo otro. La secretaria había anotado en la página que ya había enviado el nuevo número a su grupo de correo electrónico nivel A. La lista estaba compuesta por casi ochenta personas, personas para las que quería estar localizable en cualquier momento, casi todos ellos contactos profesionales o asociados a los cuales también consideraba amigos.

Pierce volvió a pulsar el botón de llamada y marcó el número, que Mónica le había anotado, para configurar su programa de buzón de voz y acceder a él. Siguió las instrucciones que le proporcionó una voz electrónica para establecer una contraseña numérica. Se decidió por 21902, el día en que Nicole le había dicho que su relación de tres años había concluido.

Decidió no grabar un mensaje personal de bienvenida. Prefería ocultarse tras la voz electrónica incorpórea que anunciaba el número y daba instrucciones a la persona que llamaba para que dejara un mensaje. Era impersonal, pero ¿acaso el mundo en el que vivía no lo era? No tenía tiempo para personalizarlo todo.

Cuando hubo terminado de configurar el programa otra voz electrónica le informó de que tenía nueve mensajes. Pierce se sintió sorprendido por la cifra — no habían puesto en servicio su número hasta esa mañana—, pero también esperanzado con la idea de que alguno pudiera ser de Nicole. Tal vez varios. De pronto se imaginó a sí mismo devolviendo todos los muebles que Mónica había encargado por Internet. Se vio cargando las cajas de ropa otra vez a la casa de Amalfi Drive.

Pero ninguno de los mensajes era de Nicole. Ninguno era de sus asociados ni tampoco de sus asociados-amigos. Sólo uno estaba destinado a él, un mensaje de

bienvenida al servicio de la ya familiar voz electrónica.

Los siguientes ocho mensajes eran todos para Lilly, cuyo apellido nunca se mencionaba. La misma mujer para la cual ya había interceptado tres llamadas. Todos los mensajes eran de hombres. Unos pocos dejaban su número de móvil o lo que decían que era una línea directa de la oficina. Algunos mencionaban que habían sacado el número de la red o del sitio, sin ser más específicos.

Pierce borró los mensajes después de escucharlos. Luego pasó la hoja de su cuaderno y escribió el nombre de Lilly. Lo subrayó mientras reflexionaba sobre lo ocurrido. Al parecer, Lilly —quienquiera que fuese— había dejado de utilizar ese número. La compañía telefónica había vuelto a ponerlo en circulación y se lo habían asignado a él. A juzgar por la lista exclusivamente masculina, el número de llamadas procedentes de hoteles y el tono de inquietud y expectativa en las voces que había escuchado, Pierce supuso que Lilly podía ser una prostituta. O una chica de compañía, si es que había alguna diferencia. Sintió un ligero estremecimiento de curiosidad e intriga, como si conociera algún secreto que no debería conocer. La misma sensación que cuando en el trabajo conectaba con las cámaras de seguridad y observaba subrepticamente lo que sucedía en los pasillos y en las zonas de uso común de la oficina.

Se preguntó cuánto tiempo habría estado el teléfono fuera de servicio antes de que se lo asignaran a él. La cantidad de llamadas a la línea en un solo día indicaba que probablemente el número seguía apareciendo en el sitio Web mencionado en algunos de los mensajes, y la gente todavía pensaba que era el teléfono de Lilly.

—Se equivoca —dijo en voz alta, aunque rara vez hablaba consigo mismo cuando no estaba mirando a una pantalla de ordenador o metido en un experimento de laboratorio.

Pasó la página otra vez y leyó la información que Mónica había escrito para él. La secretaria personal había incluido el número de atención al cliente de la compañía telefónica. Podía llamar para que le cambiaran el número, de hecho sabía que tenía que hacerlo. También sabía que sería un incordio tener que volver a enviar por correo electrónico notificaciones para corregir el número.

Algo más lo hizo dudar sobre la idea de cambiar el número. Tenía que admitirlo. Estaba intrigado. ¿Quién era Lilly? ¿Dónde estaba? ¿Por qué había renunciado al número de teléfono y en cambio lo había dejado en el sitio Web? Había un defecto en la lógica, y probablemente era eso lo que le cautivaba. ¿Cómo mantenía el negocio si su sitio Web proporcionaba un número equivocado al cliente? La respuesta era que no lo hacía. No podía. Algo no encajaba y Pierce quería saber qué era y por qué.

Era viernes por la noche. Decidió esperar hasta el lunes. Entonces llamaría para cambiar el número.

Pierce se levantó del sofá y recorrió la sala de estar vacía hasta el dormitorio,

donde las seis cajas que contenían su ropa estaban alineadas contra una de las paredes y había un saco de dormir desenrollado junto a otra. Antes de mudarse al apartamento y necesitarlo, llevaba casi tres años sin usar el saco de dormir, desde un viaje a Yosemite con Nicole. Fue cuando todavía tenía tiempo de hacer cosas, antes de que comenzara la caza, antes de que su vida se tornara monotemática.

Salió a la terraza y miró al azul gélido del océano. Estaba en un piso doce. La vista se extendía desde Venice por el lado sur hasta la cadena de montañas que resbalaban hasta el mar en Malibú, al norte. El sol se había puesto, pero en el cielo permanecía su recuerdo en forma de violentas cuchilladas de naranja y morado. A la altura en la que se hallaba, la brisa marina era fría y tonificante. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y los dedos de su mano izquierda se cerraron en torno a una moneda de diez centavos. Otro recordatorio de en qué se había convertido su vida.

Las luces de neón de la noria del muelle de Santa Mónica estaban encendidas y destellaban siguiendo un patrón repetitivo. A Pierce le recordó un día de dos años atrás, cuando la empresa alquiló todo el parque de atracciones del muelle para una fiesta privada en la que se celebraba la aprobación del primer conjunto de patentes de la compañía sobre arquitectura de memoria molecular. Sin boletos, sin colas, sin bajar de una atracción si te lo estabas pasando bien. Él y Nicole se habían quedado en una de las góndolas abiertas de color amarillo de la noria durante al menos media hora. También esa noche hacía frío, y se estrecharon en un abrazo mientras contemplaban la puesta de sol. Pierce ya no podía mirar al muelle o una puesta de sol sin pensar en ella.

Al reconocerlo, cayó en la cuenta de que había alquilado un apartamento con vistas a todas las cosas que le recordaban a Nicole, pero no quiso explorar esa patología subliminal.

Puso la moneda de diez centavos en el pulgar y la lanzó al aire. Observó cómo desaparecía en la oscuridad. Abajo había un parque, una franja de verde entre el edificio y la playa. Ya se había fijado en que por la noche entraban vagabundos que extendían sus sacos de dormir bajo los árboles. Quizá alguno de ellos encontraría los diez centavos.

Sonó el teléfono. Pierce volvió a la sala de estar y vio la pantallita de cristal líquido brillando en la oscuridad. Levantó el auricular y leyó la pantalla. La llamada procedía del hotel Century Plaza. Se lo pensó durante un par de timbrazos más y contestó sin decir diga.

—¿Quiere hablar con Lilly?—preguntó.

Hubo un largo silencio, pero Pierce sabía que había alguien al otro lado de la línea. Oía el ruido de fondo de la televisión.

—¿Hola? ¿Es una llamada para Lilly?

Finalmente contestó una voz de hombre.

—Sí, ¿está ahí?

—No está aquí ahora. ¿Me permite que le pregunte de dónde ha sacado el número?

—Del sitio.

—¿Qué sitio?

El hombre colgó. Pierce se quedó un momento con el auricular pegado a la oreja y después colgó. Estaba caminando por la habitación para devolver el teléfono a su lugar cuando sonó de nuevo. Pierce pulsó el botón de hablar sin mirar la pantalla del identificador de llamada.

—Se equivoca —dijo.

—Espera, Einstein, ¿eres tú?

Pierce sonrió. Esta vez no se equivocaban. Reconoció la voz de Cody Zeller, uno de los miembros de la lista A que habían recibido su nuevo número. Zeller solía llamarlo Einstein, uno de los apodos de la universidad que todavía perduraba. Zeller era en primer lugar un amigo y en segundo lugar un asociado. Como asesor de seguridad informática, había diseñado numerosos sistemas para Pierce a lo largo de los años, a medida que la empresa crecía y se trasladaba a locales cada vez mayores.

—Perdona, Cody —dijo Pierce—. Pensaba que eras otra persona. En este número se reciben un montón de llamadas equivocadas.

—Número nuevo, casa nueva, ¿significa eso que vuelves a ser soltero y libre?

—Supongo que sí.

—Tío, ¿qué ha pasado con Nicki?

—No lo sé, no quiero hablar de eso.

Sabía que hablar del tema con amigos añadiría una nota de permanencia al final de su relación.

—Te diré yo lo que ha pasado —dijo Zeller—. Demasiado tiempo en el laboratorio y menos de lo necesario entre las sábanas. Ya te lo avisé, tío.

Zeller rio. Siempre había tenido una especial habilidad para observar una situación y eliminar lo superficial. Y su risa le decía a Pierce que no era excesivamente comprensivo con sus circunstancias. Zeller era soltero y Pierce no le recordaba ninguna relación larga. Ya en la universidad había prometido a Pierce y a otros amigos comunes que nunca practicaría la monogamia. Zeller conocía a la mujer en cuestión. En calidad de experto en seguridad, también se encargaba para Pierce de investigar en la Red los antecedentes de los solicitantes de empleo y los inversores. En esa función, en ocasiones trabajaba cerca de Nicole James, la agente de inteligencia de la compañía. O, mejor dicho, la exagente de inteligencia.

—Sí, ya lo sé —dijo Pierce, aunque no quería hablar de eso con Zeller—. Debería haberte escuchado.

—Bueno, tal vez esto significa que podrás retirarte y reunirte conmigo en

Zuma un día de estos.

Zeller vivía en Malibú y practicaba surf todas las mañanas. Hacía casi diez años Pierce era uno de sus asiduos acompañantes cabalgando las olas, pero ni siquiera se había traído la tabla al mudarse de la casa de Amalfi. Había quedado colgada de una de las vigas del garaje.

—No sé, Code. Sigo teniendo el proyecto, y a lo sabes. No creo que mi tiempo libre vaya a cambiar demasiado sólo porque ella...

—Eso es verdad, ella sólo era tu novia, no el proyecto.

—No quería decir eso, pero no creo que...

—¿Y esta noche? Voy a bajar. Seremos los reyes de la ciudad como en los viejos tiempos. Ponte los vaqueros negros, chico.

Zeller rio para infundirle ánimos. Pierce no lo hizo. Nunca había habido viejos tiempos como esos. Pierce nunca había sido un jugador. Lo suyo eran los tejanos azules, no negros. Siempre había preferido pasar la noche en el laboratorio, mirando por un microscopio de efecto túnel antes que buscar sexo en un club con el motor interno alimentado por alcohol.

—Creo que voy a pasar, tío. Tengo un montón de cosas que hacer y he de volver al laboratorio esta noche.

—Hank, tío, tienes que darle un descanso a las moléculas. Una noche libre. Vamos, sacudir tus moléculas por una vez te aclarará las ideas. Puedes contarme todo lo que pasó entre Nicki y tú, y haré ver que me das lástima. Te lo prometo.

Zeller era la única persona del planeta que lo llamaba Hank, un nombre que Pierce detestaba. Sin embargo, era lo bastante listo para saber que decirselo a Zeller sólo provocaría que su amigo lo usara a todas horas.

—Llámame la próxima vez, ¿vale?

Zeller cedió de mala gana y Pierce le prometió reservar una noche del fin de semana para salir. No hizo promesas acerca del surf. Ambos colgaron y Pierce puso el teléfono en su lugar. Cogió la mochila y se encaminó a la puerta del apartamento.

Pierce usó su tarjeta magnética para entrar en el garaje anexo a Amedeo Technologies y estacionó su 540 en el espacio que tenía asignado. La puerta de entrada al edificio se abrió cuando se aproximaba, y el vigilante nocturno le saludó desde la tarima situada tras una puerta con cristal doble.

—Gracias, Rudolpho —dijo Pierce al pasar.

Colocó la llave electrónica en el ascensor y subió a la tercera planta, donde se hallaban las oficinas administrativas. Allí levantó la mirada hacia la cámara instalada en la esquina y saludó con la cabeza, aunque no creía que Rudolpho lo estuviera mirando. Todo estaba siendo digitalizado y grabado por si en alguna ocasión se necesitaba.

En el pasillo de la tercera planta marcó la combinación de la cerradura y entró en su oficina.

—Luces —dijo al tiempo que se sentaba a su escritorio.

Las luces del techo se encendieron. Pierce puso en marcha el ordenador y tecleó las contraseñas cuando hubo arrancado. Conectó la línea telefónica para poder comprobar rápidamente sus mensajes de correo electrónico antes de ponerse a trabajar. Eran las ocho de la tarde. Le gustaba trabajar de noche, cuando disponía del laboratorio para él solo.

Por razones de seguridad nunca dejaba el ordenador encendido ni conectado a una línea telefónica si no estaba trabajando. Por el mismo motivo no llevaba teléfono móvil, busca ni asistente digital. Y aunque tenía portátil tampoco solía acarrearlo. Pierce era paranoico por naturaleza —a un eslabón de la esquizofrenia en la cadena genética, según Nicole—, pero también era un investigador prudente y pragmático. Sabía que conectar una línea externa a su ordenador o abrir una transmisión celular conllevaba tanto peligro como clavarse una jeringuilla en el brazo o mantener relaciones sexuales con una persona desconocida. Nunca sabes lo que te metes. Para alguna gente, eso probablemente formaba parte de la emoción del sexo. Pero no formaba parte de la excitación de perseguir el universo en una mota de polvo.

Aunque tenía varios mensajes, decidió leer sólo tres esa noche. El primero era de Nicole y lo abrió inmediatamente, de nuevo con una nota de esperanza que lo hacía sentir incómodo porque rayaba en lo sensiblero.

Pero el mensaje no era lo que estaba buscando. Era breve, preciso y tan profesional que carecía de referencia alguna a su relación infortunada; sólo una última despedida de una ex empleada en camino a cosas mejores, tanto laborales como amorosas.

Hewlett:

Me voy.

Está todo en los archivos (por cierto, el asunto Bronson al final se ha filtrado a los medios: El SJMN se llevó la primicia. Nada nuevo, pero tendrías que mirarlo).

Gracias por todo y buena suerte,

Nic

Pierce se quedó un buen rato observando el mensaje. Se fijó en que lo habían enviado a las 16.55, hacía sólo unas horas. No tenía sentido contestar, porque la dirección de correo de Nicole habría sido borrada del sistema a las 17 horas, cuando había entregado su tarjeta magnética. Se había ido, y nada parecía tan definitivo como que lo borrarán a uno del sistema.

Se preguntó por qué lo había llamado Hewlett. En el pasado ella había usado el nombre como una expresión de cariño. Un nombre secreto que sólo un amante usaría. Se basaba en sus iniciales, HP, como en Hewlett-Packard, el gigante de la informática que en esos días era uno de los Goliat del David Pierce. Nicole siempre lo decía con una sonrisa en la voz. Sólo ella podía salir bien librada poniendo como mote el nombre de un competidor. Pero ¿qué significaba que lo usara en su mensaje final? ¿Estaba sonriendo dulcemente cuando lo había escrito? ¿Sonriendo con tristeza? ¿Estaba titubeando, cambiando de opinión acerca de él? ¿Había todavía una oportunidad, una esperanza de reconciliación?

Pierce nunca había sido capaz de juzgar los motivos de Nicole James. Y esta vez no fue una excepción. Volvió a colocar las manos en el teclado y guardó el mensaje en la carpeta en la que conservaba todos los *mails* que había recibido de ella en los tres años de relación. La historia de su tiempo juntos —momentos buenos y malos, desde compañeros de trabajo a amantes— podía leerse en los mensajes. Casi mil mensajes de Nicole. Sabía que conservarlos era un acto obsesivo, pero era una cuestión de rutina. También tenía carpetas con mensajes en relación con varios de sus contactos laborales. El archivo de Nicole había empezado así, pero luego habían pasado de ser asociados a compañeros para toda la vida, o al menos eso había creído él.

Fue desplazándose por la lista de mensajes de correo de Nicole James, leyendo la línea de asunto del modo en que un hombre miraría las fotos de una

antigua novia. Sonrió abiertamente al leer algunos de ellos. Nicole siempre era la maestra del asunto ocurrente o sarcástico. Después —por necesidad, como él sabía— se hizo maestra de la frase cortante y luego de la hiriente. Un asunto captó su atención durante su revisión: « ¿Dónde vives? ». Abrió el mensaje. Había sido enviado cuatro meses antes y era una pista tan buena como cualquier otra para saber lo que había sucedido entre ellos. En su mente el mensaje representaba el inicio del declive, el punto sin retorno.

Me preguntaba dónde vives porque no te he visto en Amalfi en las últimas cuatro noches.

Obviamente esto no está funcionando, Henry. Tenemos que hablar, pero tú nunca estás en casa. ¿Tengo que ir al laboratorio para que hablemos de nosotros? Sería muy triste.

Pierce recordaba que había ido a casa para hablar con ella después de este mensaje, lo cual había resultado en su primera ruptura. Pasó cuatro días en un hotel, viviendo con lo que llevaba en una maleta, acosándola por teléfono y correo electrónico y enviándole flores antes de que ella le permitiera volver a Amalfi Drive. Lo que siguió fue un esfuerzo genuino por parte de Pierce. Durante al menos una semana volvió a casa a las ocho, antes de que empezara a escabullirse y los turnos en el laboratorio comenzaran otra vez a alargarse hasta la madrugada.

Pierce cerró el mensaje y luego la carpeta. Algún día los imprimiría todos para leerlos como una novela. Sabía que sería la historia muy común y poco original de cómo la obsesión de un hombre lo llevó a perder lo que era más importante para él. Si fuera una novela la llamaría *Una mota de polvo*.

Volvió a la bandeja de entrada y leyó el mensaje de su socio Charlie Condon. Era sólo un recordatorio de viernes sobre la presentación programada para la semana siguiente, como si Pierce necesitara que se lo recordaran. El asunto decía: « RE: Proteus » y era la respuesta a un mensaje que Pierce había enviado a Charlie unos días antes.

Está todo dispuesto con Dios. Vendrá el miércoles para estar aquí el jueves a las diez en punto. El arpón está afilado y listo. No puedes faltar.

CC

Pierce no se molestó en contestar. Por descontado que no faltaría a la cita. Había mucho en juego. Mejor dicho, todo estaba en juego. El Dios al que se

refería Condon en el mensaje era Maurice Goddard, un inversor neoyorquino del que Charlie esperaba que fuera su « ballena ». Iba a venir a ver una presentación de Proteus antes de tomar su decisión final. Le mostrarían el proyecto con la esperanza de que eso ayudara a cerrar el trato. El lunes siguiente solicitarían la protección de patente para Proteus y empezaría a buscar otros inversores si Goddard no se subía al barco.

El último mensaje que leyó era de Clyde Vernon, el jefe de seguridad de Amedeo. Pierce supuso que adivinaría el contenido antes de abrirlo, y no se equivocaba.

Trato de contactar con usted. Hemos de hablar de Nicole James. Por favor, llámeme lo antes posible.

Clyde Vernon

Pierce sabía que a Vernon le interesaba estar al corriente de cuánto conocía Nicole, así como de las circunstancias de su abrupta partida. Vernon quería saber qué medidas debían tomarse.

Pierce torció el gesto al notar que el responsable de seguridad había firmado con su nombre completo. Entonces decidió no perder tiempo con los otros mensajes y apagó el ordenador, con cuidado de desconectar también la línea telefónica. Salió del despacho y recorrió el pasillo, pasando junto a la pared de la fama, hasta el despacho de Nicole. Su antiguo despacho.

Pierce tenía la contraseña maestra para todas las puertas de la tercera planta. La utilizó para abrir la de Nicole y entró en el despacho.

—Luces —dijo.

Pero las luces del techo no se encendieron. El receptor de audio del despacho seguía registrado a la voz de Nicole. Seguramente el lunes lo habrían cambiado. Pierce se acercó a la pared y encendió las luces.

No había nada encima del escritorio. Ella le había dicho que el viernes a las cinco se habría ido y había cumplido la promesa, probablemente su última acción oficial en Amedeo Technologies había sido enviarle a él el mensaje de correo.

Pierce rodeó el escritorio y se sentó en la silla de Nicole. Aún se percibía un vestigio de su perfume, un susurro de lilas. Abrió el cajón de encima. Sólo había un clip. Nicole se había ido, eso estaba claro. Revisó los otros tres cajones y comprobó que todos estaban vacíos salvo por una cajita que encontró en el cajón inferior. La sacó y la abrió. Estaba llena hasta la mitad de tarjetas de visita. Extrajo una y la leyó.

NICOLE R. JAMES
DIRECTORA DE INTELIGENCIA COMPETITIVA

AGENTE DE INFORMACIÓN PÚBLICA
AMEDEO TECHNOLOGIES
SANTA MONICA, CALIFORNIA

Después de un momento, Pierce volvió a dejar la tarjeta en la caja y esta en el cajón. Se levantó y se acercó a la fila de archivadores alineados en la pared opuesta.

Nicole había insistido en conservar copias en papel de los archivos de inteligencia. Había cuatro armarios archivadores. Pierce sacó las llaves y usó una para abrir un cajón que llevaba la etiqueta « Bronson ». Sacó la carpeta azul, porque según el sistema de archivo de Nicole la carpeta más nueva sobre cualquier competidor era siempre de ese color. Pierce la abrió y vio una fotocopia de un recorte de la sección de negocios del *San Jose Mercury News* junto a los informes impresos. Lo había visto todo antes, salvo el recorte.

Era un artículo breve que informaba de que uno de los principales competidores de Amedeo Technologies en el sector privado había recibido una inyección de efectivo. La noticia estaba fechada dos días antes. Nicole ya le había informado del acuerdo. La voz corría deprisa en el mundo de las nuevas tecnologías, mucho más deprisa que a través de los medios de noticias. Pero la historia era una confirmación de todo lo que ya había oído, y algo más.

BRONSON TECH RECIBE FONDOS DE JAPÓN
por Raúl Puig

Bronson Technologies, con sede en Santa Cruz, ha llegado a un acuerdo de asociación con la japonesa Tagawa Corporation que proporcionará fondos para el proyecto de electrónica molecular de la firma, según anunciaron el miércoles ambas partes.

En virtud de los términos del compromiso, Tagawa aportará 16 millones de dólares en fondos de investigación durante los próximos cuatro años. A cambio, la firma japonesa se quedará con una participación del 20% de Bronson.

Elliot Bronson, presidente de la compañía fundada hace seis años, aseguró que el dinero ayudará a poner a su compañía a la cabeza de la cacareada carrera para desarrollar el primer ordenador molecular funcional. Bronson y un conjunto de compañías privadas, universidades y

agencias gubernamentales están embarcadas en una carrera para desarrollar memoria de acceso aleatorio (RAM) molecular y vincularla con un circuito integrado. Aunque algunos creen que falta una década para que la informática molecular se aplique de manera práctica, quienes la defienden sostienen que revolucionará el mundo de la electrónica. También se ve como una amenaza potencial para la industria multimillonaria basada en el silicio.

El potencial valor y la aplicación de la informática molecular se consideran ilimitados y, por tanto, la carrera para el desarrollo es muy reñida. Los chips moleculares serán infinitamente más potentes y reducidos que los basados en silicio, que actualmente constituyen el soporte del campo de la electrónica.

«Desde ordenadores de diagnóstico que pueden soltarse en el flujo sanguíneo hasta la creación de "calles inteligentes" con ordenadores microscópicos incrustados en el asfalto, los ordenadores moleculares cambiarán este mundo. Y esta compañía va a estar allí para contribuir al cambio».

Entre los principales competidores de Bronson en el sector privado están Amedeo Technologies de Los Angeles y Midas Molecular de Raleigh (Carolina del Norte). También Hewlett-Packard ha participado con científicos de la Universidad de California en Los Angeles. Asimismo, más de una docena de otras universidades y firmas privadas están invirtiendo de manera significativa en nanotecnología y RAM molecular. La Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada de Defensa está financiando parcial o totalmente muchos de estos programas.

Por otra parte, un puñado de compañías han elegido buscar apoyo privado en lugar de confiar en el gobierno o las universidades. Bronson explicó que la decisión hace a las compañías más independientes, les proporciona mayor capacidad de

movimiento en proyectos y experimentación sin tener que buscar la aprobación del gobierno o las universidades.

«El gobierno y las grandes universidades son como acorazados -dijo Bronson-. Una vez que se mueven en la dirección correcta hay que temerlos. Pero les cuesta mucho girar y orientarse. Este campo es demasiado competitivo y los cambios van demasiado deprisa para eso. Por el momento es preferible una lancha motora».

La no dependencia de la financiación gubernamental o universitaria también significará una menor distribución de la riqueza a medida que las patentes en el sector se hagan más valiosas en los próximos años.

En los últimos cinco años se han producido varios avances significativos en la informática molecular, y parece que Amedeo Technologies marca el camino.

Amedeo es la empresa más antigua que participa en la carrera. Henry Pierce, 34, el químico que fundó la compañía después de dejar Stanford, ha obtenido numerosas patentes en las áreas de sistemas de circuitos moleculares y creación de memoria molecular y puertas lógicas: los componentes básicos de la informática.

Bronson dice que ahora espera que con la financiación de Tagawa la partida se iguale.

«Creo que será una carrera larga e interesante, pero vamos a estar allí en la recta de meta -declaró-. Con este acuerdo lo garantizo».

La tendencia de las pequeñas compañías pasa ahora por buscar una fuente significativa de apoyo económico, una «ballena» en la jerga de la inversión en tecnologías emergentes. La operación de Bronson sigue a la de Midas Molecular, que a principios de año se aseguró 16 millones de dólares de un inversor canadiense.

«No hay otra manera de hacerlo, para ser

competitivo es preciso el dinero —dijo Bronson—. Las herramientas básicas de esta ciencia son caras. Sólo preparar un laboratorio ya cuesta más de un millón antes de empezar a investigar».

Pese a que Pierce, el máximo accionista de Amedeo, no contestó las llamadas, fuentes de la industria indicaron que su compañía también está buscando un importante inversor.

«Todo el mundo va a la caza de ballenas —dijo Daniel F. Daly, socio en Daly & Mills, una compañía de inversión con sede en Florida que ha monitorizado la emergencia de la nanotecnología—. El dinero de un inversor de cientos de miles de dólares se agota demasiado deprisa, de manera que todo el mundo busca hacer la compra de una sola vez, es decir, encontrar un inversor capaz de apoyar un proyecto hasta el final».

Pierce cerró el archivo, con el artículo dentro. Había poca información nueva en la historia, pero le intrigaba la primera cita de Bronson que mencionaba el diagnóstico molecular. Se preguntó si Bronson estaba acatando la disciplina de la industria al hablar de la parte más atractiva de la ciencia o bien conocía algo de Proteus. ¿Estaba hablando directamente a Pierce? ¿Usaba el diario y su recién encontrado dinero japonés para arrojar el guante?

Si era así, pronto iba a quedarse de piedra. Pierce volvió a guardar la carpeta en el archivador.

—Has vendido muy barato, Elliot —dijo mientras lo cerraba.

Al salir de la oficina, apagó las luces con la mano.

En el pasillo, Pierce echó un rápido vistazo a lo que llamaban la pared de la fama: seis metros de tabique llenos de artículos enmarcados sobre Amedeo, Pierce, las patentes y la investigación. En las horas de oficina, cuando los empleados estaban en los despachos, nunca se detenía a mirarlas. Sólo en momentos de intimidad, echaba una ojeada a la pared de la fama y se sentía orgulloso. Era una especie de marcador. La mayoría de los artículos procedían de publicaciones científicas y el lenguaje resultaba impenetrable para el profano. No obstante, en ocasiones la compañía y su trabajo se habían asomado a los medios generales. Pierce se detuvo ante el artículo del que más orgulloso se sentía, una cubierta de la revista *Fortune* de hacía casi cinco años. Mostraba una fotografía suya —de cuando llevaba coleta— en la que sostenía un modelo de plástico de un circuito molecular simple que acababa de patentar. El pie de foto situado a la derecha decía: «¿La patente más importante para el próximo

milenio?» .

Debajo en un cuerpo más pequeño, añadía: « Él cree que sí. El niño prodigio de veintinueve años Henry Pierce sostiene el interruptor molecular que puede ser la llave para una nueva era en informática y electrónica» .

El momento era de hacía sólo cinco años, pero Pierce sintió una sensación de nostalgia al mirar la cubierta enmarcada de la revista. Al margen de la embarazosa etiqueta de niño prodigio, la vida de Pierce cambió cuando la publicación llegó a los quioscos. A partir de entonces empezó la verdadera caza. Los inversores acudieron a él, más que al revés. Llegaron los competidores. Llegó Charlie Condon. Incluso la gente de Jay Leno vino a preguntar por el químico surfista de pelo largo y sus moléculas. El mejor momento que Pierce recordaba fue cuando extendió el cheque para pagar el microscopio electrónico de barrido.

La presión también llegó entonces. La presión de actuar, de dar la siguiente zancada. Y luego la siguiente. Si le dieran a elegir, no volvería atrás. En absoluto. Aun así a Pierce le gustaba recordar el momento por todo lo que no sabía en aquellos tiempos. No había nada de malo en ello.

El ascensor descendía tan lentamente al laboratorio que la única indicación del movimiento eran las luces situadas encima de la puerta. El aparato estaba diseñado para eliminar al máximo las vibraciones. Las vibraciones eran el enemigo. Estropeaban las lecturas y mediciones del laboratorio.

La puerta se abrió lentamente en la planta del sótano y Pierce salió. Utilizó su tarjeta magnética para pasar la primera puerta de la trampa y una vez en el pequeño pasillo tecleó la combinación de octubre en la segunda puerta. La abrió y entró en el laboratorio.

El laboratorio era en realidad un complejo con varios pequeños laboratorios arracimados en torno a la sala principal o sala de estar, como la llamaban. El complejo carecía de ventanas y las paredes estaban revestidas por la parte interior con material aislante que contenía virutas de cobre para eliminar el ruido electrónico del exterior. En la superficie de estas paredes la decoración era escasa, en su mayor parte se limitaba a una serie de reproducciones enmarcadas del libro del doctor Seuss *¡Horton escucha a Quién!*

Entre los laboratorios secundarios había uno de química a la izquierda. Este era una sala acondicionada, donde se preparaban y refrigeraban las soluciones químicas de los interruptores moleculares. También había una incubadora para el proyecto Proteus a la que llamaban la granja celular.

Enfrente del laboratorio de química se hallaba el de electrónica, o el horno, como lo conocían la mayoría de ratas de laboratorio, y al lado de este el laboratorio de imagen, que albergaba el microscopio de efecto túnel. Al fondo de la «sala de estar» se encontraba el laboratorio del láser, una sala revestida en cobre para disponer de una protección adicional contra la intrusión de sonido electrónico.

El complejo de laboratorios parecía vacío, los ordenadores estaban apagados y no había nadie supervisando la estación experimental, sin embargo, Pierce percibió el familiar olor de carbono cocido. Revisó la lista de acceso y vio que Grooms había firmado la entrada, pero todavía no la salida. Se acercó al laboratorio de electrónica y miró por la puerrecita de cristal. No vio a nadie. Abrió la puerta y en cuanto entró lo recibió el calor y el olor. El horno de vacío estaba funcionando y produciendo un nuevo conjunto de tubos de carbono.

Pierce supuso que Grooms había puesto en marcha el proceso y que luego se había ido del laboratorio para tomarse un descanso o comer algo. Era comprensible: el olor a carbono cocinándose resultaba intolerable.

Pierce salió del laboratorio de electrónica y cerró la puerta. Se acercó a un ordenador situado junto a las estaciones experimentales y tecleó las contraseñas. Buscó los datos de las pruebas de interruptores que Grooms se disponía a realizar después de que Pierce se fuera pronto a casa para configurar su teléfono. Según el informe del ordenador, Grooms había realizado dos mil tests en un nuevo conjunto de veinte interruptores. Los interruptores sintetizados químicamente eran puertas de entrada básicas *on/off* que algún día podrían servir —o servirían— para construir circuitos de ordenador.

Pierce se reclinó en la silla. Se fijó en que había media taza de café en el mostrador, junto al monitor. Sabía que era de Larraby porque era un café solo. En el laboratorio todos lo tomaban con leche, menos el inmunólogo asignado al proyecto Proteus.

Mientras Pierce pensaba si debía proseguir con los tests de confirmación de pasarelas o bien entrar en el laboratorio de imagen y revisar el último trabajo de Larraby sobre Proteus, su mirada subió por la pared situada detrás de los ordenadores. Había una moneda de diez centavos pegada con cinta adhesiva a la pared. Grooms la había colocado allí dos años antes. Una broma, cierto, pero también un recordatorio tangible de su objetivo. En ocasiones parecía que la moneda se estaba burlando de ellos: Roosevelt, girándoles la cara, mirando hacia el otro lado, sin hacerles el menor caso.

Fue en ese momento cuando Pierce comprendió que esa noche no iba a poder trabajar. Había pasado tantas noches en los confines del laboratorio que le había costado a Nicole. Eso y otras cosas. Ahora que ella lo había dejado, tenía libertad para trabajar sin vacilaciones ni culpa, pero de repente se dio cuenta de que no podía hacerlo. Si alguna vez volvía a hablar con Nicole, se lo contaría. Quizá significaba que estaba cambiando. Quizá significara algo para ella.

Detrás de él se produjo un repentino estrépito y Pierce saltó de la silla. Al darse la vuelta esperando encontrar a Grooms vio a Clyde Vernon que pasaba por la trampa.

Vernon era un hombre fornido y de espaldas anchas, con apenas unos flecos de pelo en la periferia de la cabeza. Tenía una tez naturalmente rubicunda que siempre le daba un aspecto de consternación. Vernon, que estaba en la mitad de la cincuentena, era de lejos la persona más mayor de la compañía. Probablemente quien le seguía era Charlie Condon, que tenía cuarenta.

Esta vez el aspecto de consternación de Vernon era real.

—Hola, Clyde, me ha asustado —dijo Pierce.

—No tenía esa intención.

—Aquí tomamos lecturas muy sensibles. Un portazo como el que acaba de

dar podría arruinar un experimento. Por fortuna, sólo estaba revisando datos.

—Lo siento, doctor Pierce.

—No me llame así, Clyde. Llámeme Henry. Así que déjeme adivinar, me ha puesto en busca y captura y Rudolpho le ha avisado en cuanto he entrado. Y usted ha venido desde casa. Espero que no viva muy lejos, Clyde.

Vernon pasó por alto la fina deducción detectivesca de Pierce.

—Hemos de hablar —dijo en cambio—. ¿Recibió mi mensaje?

Ambos hombres estaban en las primeras fases del proceso de conocerse mutuamente. Aunque Vernon era la persona más vieja que trabajaba en Amedeo, era también el más novato. Pierce ya había advertido que Vernon tenía dificultad en llamarlo por el nombre. Pensó que tal vez fuera una cuestión de edad. Pierce ocupaba el puesto de presidente de la compañía, pero era al menos veinte años más joven que Vernon, quien había llegado a la empresa unos meses antes después de entregar la placa en el FBI. Vernon probablemente pensaba que era impropio dirigirse a Pierce por su nombre de pila, y la brecha en edad y experiencia de vida hacía que le resultara difícil llamarlo señor Pierce. Doctor Pierce le parecía un poco más sencillo, aunque era un nombre basado en grados académicos y no médicos. Al parecer su auténtico plan consistía en evitar dirigirse a él de ninguna manera en la medida de lo posible. Al menos eso había percibido Pierce, especialmente en los mensajes de correo y las conversaciones telefónicas.

—Acabo de leer su mensaje hace quince minutos —dijo Pierce—. Probablemente iba a llamarle en cuanto terminara aquí. ¿Quiere hablar de Nicole?

—Sí, ¿qué ha ocurrido?

Pierce se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—Lo que ha pasado es que se ha ido. Ella ha dejado su trabajo y, eh..., bueno, me ha dejado a mí. Creo que podría decirse que primero me dejó a mí.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Es difícil de decir, Clyde. Llevaba un tiempo pasando. Como en cámara lenta, pero la cosa explotó hace un par de semanas. Ella aceptó quedarse hasta hoy. Hoy era su último día. Ya sé que cuando entró aquí me advirtió sobre el problema de mezclar el trabajo y la vida privada. Supongo que tenía razón.

Vernon dio un paso más hacia Pierce.

—¿Por qué no se me informó? —protestó—. Deberían habérmelo dicho.

Pierce vio que a Vernon se le subían los colores. Estaba furioso e intentando controlarse. No se trataba tanto de Nicole como de su necesidad de consolidar su posición en la empresa. Al fin y al cabo, no había dejado el FBI después de tantos años sólo para que un jefe científico moderno o que probablemente fumaba hierba los fines de semana le hiciera luz de gas.

—Mire, sé que debería haber sido informado, pero puesto que había algunas

cuestiones personales yo..., en realidad no quería hablar de eso. Y a decir verdad, probablemente no lo habría llamado esta noche, porque sigo sin querer hablar de eso.

—Bueno, hemos de hablar de eso. Ella era la agente de inteligencia de esta empresa. No se le debería haber permitido marcharse tan campante al final del día.

—Todos los archivos siguen aquí. Lo he comprobado, aunque no me hacía falta. Nicki nunca haría nada de lo que está usted insinuando.

—No estoy insinuando ninguna impropiedad. Sólo trato de ser cauto y cuidadoso en esto. Nada más. ¿Ha aceptado algún otro trabajo que usted sepa?

—La última vez que hablamos no, pero ella firmó un contrato de no competencia con nosotros. No hemos de preocuparnos por eso, Clyde.

—Es su opinión. ¿Cuáles han sido los pactos económicos de la separación?

—¿Qué tiene eso que ver con usted?

—Una persona con problemas económicos es vulnerable. Es asunto mío saber si un empleado o ex empleado con conocimiento íntimo del proyecto es vulnerable.

Pierce estaba empezando a molestarse por el cuestionario rápido de Vernon y su pose condescendiente, aunque era la misma pose con la que él le trataba a diario.

—Para empezar, su conocimiento del proyecto era limitado. Ella recopilaba información de los competidores, no nuestra. Para hacerlo, necesitaba tener una idea de lo que hacemos aquí. El caso es que no creo que ella estuviera en posición de saber exactamente qué estamos haciendo ni en qué punto estamos en ninguno de los proyectos. Igual que no lo sabe usted, Clyde. De este modo es más seguro.

» Y en segundo lugar, voy a contestar a su pregunta antes de que la plantee. No, a título personal nunca le expliqué los detalles de lo que estamos haciendo. Nunca surgió el tema. De hecho, no creo que le importara. Ella trataba el trabajo como un trabajo, y probablemente ese era el principal problema entre nosotros. Yo no lo trato como un trabajo. Yo lo trataba como si fuera mi vida. Bueno, ¿algo más Clyde? Tengo cosas que hacer.

Esperaba que camuflar su única mentira en verborrea e indignación colara con Vernon.

—¿Cuándo lo supo Charlie Condon?—preguntó Vernon.

Condon era el director financiero de la empresa y, algo más importante, era el hombre que había contratado a Vernon.

—Se lo dijimos ayer —contestó Pierce—. Juntos. Oí que había quedado para hablar con él a última hora, justo antes de irse. Si Charlie no se lo dijo, yo no puedo hacer nada. Supongo que él tampoco lo consideró necesario.

Recordarle a Vernon que había sido dejado de lado por su propio valedor era

un golpe bajo, pero el exagente del FBI lo dejó pasar con un arqueo de cejas y siguió adelante.

—No me ha contestado antes. ¿Recibió una indemnización por cese?

—Por supuesto. Sí. Seis meses de paga y dos años de seguro médico y de vida. También va a vender la casa y se quedará con lo recaudado. ¿Satisfecho? No creo que sea vulnerable. Sólo de la casa sacará más de cien mil dólares limpios.

Vernon pareció calmarse un poco. Saber que Charlie Condon estaba enterado lo tranquilizaba. Pierce sabía que Vernon veía a Charlie como la parte práctica del negocio, mientras que él era más el talento efímero. Y, de algún modo, que Pierce estuviera en el lado del talento rebajaba el respeto que Vernon sentía por él. Charlie era diferente, vivía para el negocio. Si había dado el visto bueno a la marcha de Nicole James, entonces no habría problemas.

Aunque claro, por más que Vernon estuviera satisfecho no iba a reconocerlo.

—Lo siento si no le gustan las preguntas —dijo—, pero es mi trabajo y mi deber mantener la seguridad de esta empresa y de sus proyectos. Hay mucha gente y muchas compañías cuyas inversiones deben salvaguardarse.

Estaba aludiendo a la razón por la que estaba allí. Charlie Condon lo había contratado de cara a la galería. Vernon estaba en Amedeo para aplacar a potenciales inversores que necesitaban saber que los proyectos de la compañía estaban a salvo y, por tanto, que sus inversiones serían seguras. El currículo de Vernon era impresionante y tenía una importancia más vital para la compañía que el trabajo real de seguridad que llevaba a cabo.

Cuando Maurice Goddard había hecho su primer viaje desde Nueva York para que le enseñaran las instalaciones y asistir a la primera presentación, también le habían presentado a Vernon y habían pasado veinte minutos hablando con él de la seguridad de la planta y del personal.

Pierce miró a Clyde Vernon y sintió ganas de gritarle, de hacerle saber lo cerca que estaban de quedarse sin financiación significativa y qué inconsecuente era en su esquema de cosas.

Pero se mordió la lengua.

—Entiendo perfectamente sus preocupaciones, Clyde. Pero no creo que tenga que preocuparse por Nicole. Todo va bien.

Vernon asintió y finalmente dio el brazo a torcer, quizá sintiendo la creciente tensión que mostraban los ojos de Pierce.

—Creo que probablemente tiene razón.

—Gracias.

—Bueno, ha dicho que iban a vender la casa.

—He dicho que ella iba a venderla.

—Sí. ¿Ya se ha mudado? ¿Tiene un número de teléfono donde pueda encontrarle?

Pierce dudó. Vernon no había estado en la lista A de personas a las que había comunicado su nuevo número y dirección. El respeto iba en dos sentidos. Aunque Pierce veía a Vernon como alguien capacitado, también sabía que lo que le había valido el puesto al hombre era su currículum en el FBI. De sus veinticinco años en la agencia, Vernon había pasado la mitad en la oficina de campo de Los Angeles en investigaciones de delitos de cuello blanco y espionaje industrial.

No obstante, Pierce veía a Vernon en gran medida como pura pose. Siempre estaba en activo, corriendo por los pasillos y dando portazos como un hombre en una misión. Pero lo cierto era que no había demasiada misión en proporcionar seguridad a una empresa que empleaba a treinta y tres personas, sólo diez de las cuales podían pasar la trampa y acceder al laboratorio, donde se guardaban todos los secretos.

—Tengo un número nuevo, pero no lo recuerdo —dijo Pierce—. Se lo daré en cuanto pueda.

—¿Y la dirección?

—Está encima del Sands, en la playa. Apartamento doce cero uno.

Vernon sacó una libretita y anotó la información. Parecía salido de una peli antigua, con sus manazas tapando toda la libreta mientras escribía. «¿Por qué llevan siempre libretitas tan pequeñas?», era una pregunta que había hecho Cody Zeller después de que vieran juntos una de polis.

—Ahora voy a volver al trabajo, Clyde. Al fin y al cabo, todos esos inversores confían en nosotros, ¿no?

Vernon levantó la mirada de la libreta, con una ceja arqueada como si tratara de calibrar si Pierce estaba siendo sarcástico.

—Sí —dijo—. Dejaré que vuelva al trabajo.

Pero en cuanto el jefe de seguridad hubo traspasado la trampa, Pierce volvió a darse cuenta de que no podía volver al trabajo. Se sentía apático. Por primera vez en tres años no tenía cargas fuera del laboratorio que le impidieran trabajar. Pero por primera vez en tres años no quería hacerlo.

Apagó el ordenador y salió. Siguió la estela de Vernon a través de la trampa.

Cuando volvió a su despacho, Pierce encendió las luces con la mano. El interruptor por reconocimiento de voz era una chorrada y lo sabía. Lo habían instalado con el único fin de impresionar a los potenciales inversores a los que Charlie Condon les mostraba la compañía cada pocas semanas. Era un artificio. Como el sinfín de cámaras, como Vernon. Pero Charlie aseguraba que todo eso era necesario, que simbolizaba la naturaleza vanguardista de su investigación. Decía que ayudaba a que los inversores visualizaran los proyectos y la importancia de la compañía. Les hacía sentirse bien antes de extender un cheque.

De todos modos, para Pierce el resultado era que a veces las oficinas le parecían desalmadas en la misma medida que de alta tecnología. Había empezado con la empresa en un almacén de renta baja de Westchester, donde tenía que tomar las lecturas de los experimentos entre despegues y aterrizajes del aeropuerto LAX. Sin empleados. Ahora tenía tantos que necesitaba un jefe de personal. Antes conducía un Volkswagen escarabajo de los antiguos, con el guardabarros abollado. Y ahora conducía un BMW. Sin duda alguna, él y Amedeo habían recorrido un largo camino. Pero cada vez con más frecuencia se dejaba llevar por recuerdos de aquel almacén laboratorio supeditado a los vuelos de la pista 17. Su amigo Cody Zeller, que siempre buscaba una referencia cinematográfica, le había dicho en una ocasión que «pista 17» sería su «Rosebud», las últimas palabras susurradas por sus labios agonizantes. Al margen de otras similitudes con *Ciudadano Kane*, Pierce no descartaba que Zeller tuviera razón en eso.

Se sentó ante su escritorio y pensó en llamar a Zeller y decirle que había cambiado de idea respecto a lo de salir. También consideró la posibilidad de telefonar a la casa para ver si Nicole quería hablar. Claro que sabía que no podía hacerlo. Ese paso le correspondía darlo a ella y Pierce tenía que esperar, tenía que esperar algo que tal vez nunca sucedería.

Sacó la libreta de su mochila y llamó al número para acceder al buzón de voz desde una localización remota. Marcó la contraseña y averiguó que tenía un mensaje nuevo. Lo reprodujo y escuchó la voz nerviosa de un hombre a quien no conocía.

Ah, sí, hola, me llamo Frank. Estoy en el Península. Habitación seiscientos doce. Así que llámame cuando puedas. He sacado tu número del sitio Web y quería saber si estás disponible esta noche. Ya sé que es tarde, pero pensé que podía probarlo. Bueno, soy Frank Behmer, habitación seiscientos doce del Península. Espero tener noticias tuyas pronto.

Pierce borró el mensaje, pero una vez más sintió la extraña magia de hallarse secretamente en el mundo oculto de otra persona. Se lo pensó un momento y luego llamó a Información para solicitar el teléfono del Península de Beverly Hills. Frank Behmer estaba tan nervioso al dejar el mensaje, que no había facilitado el número del hotel.

Pierce llamó al hotel y preguntó por Behmer, en la habitación 612. Contestaron al cabo de cinco timbrazos.

—¿Hola?

—¿Señor Behmer?

—¿Sí?

—Hola, ¿ha llamado por Lilly?

Behmer dudó antes de contestar.

—¿Quién es?

Pierce no dudó porque había previsto la pregunta.

—Me llamo Hank. Llevo las llamadas de Lilly. Está bastante ocupada ahora, pero estoy tratando de localizarla.

—Sí, he probado en su móvil, pero no contesta.

—¿El móvil?

—El que sale en la Web.

—Ah, entiendo. Verá, es que aparece en varios sitios. ¿Le importa que le pregunte de cuál sacó usted el número? Tratamos de averiguar cuál es más eficaz, no sé si me explico.

—Lo vi en el sitio de L. A. Darlings.

—Ah, L. A. Darlings. Sí. Es una de nuestras mejores webs.

—Es ella de verdad la que sale allí, ¿no? En la foto.

—Ah, sí, señor, es ella de verdad.

—Preciosa.

—Sí. De acuerdo, bueno, como le he dicho le pediré que le llame en cuanto la localice. No debería tardar mucho. Pero si no tiene noticias mías o de Lilly en una hora, tendrá que ser en otra ocasión.

—¿En serio? —La desilusión se percibía en la voz del hombre.

—Está muy ocupada, señor Behmer. Pero haré todo lo posible. Buenas noches.

—Bueno, dígame que sólo estoy en la ciudad por negocios durante unos días y que la trataría muy bien, no sé si me explico.

Esta vez había una leve nota de súplica en la voz del hombre que hizo que Pierce se sintiera culpable por el subterfugio.

Sintió que de repente sabía demasiado de Behmer y de su vida.

—Sé a qué se refiere —dijo—. Adiós.

—Adiós.

Pierce colgó. Trató de dejar de lado sus recelos. No sabía qué estaba haciendo ni por qué, pero algo lo arrastraba por un camino. Reinició el ordenador y conectó la línea telefónica. Se conectó a Internet y probó con diversas configuraciones hasta que tecleó www.la-darlings.com y accedió al sitio.

La primera página era de texto, un formulario de advertencia-exención en el que se explicaba que el sitio Web contenía material explícito sólo para adultos. Al hacer clic en el botón de entrada, el visitante declaraba que tenía más de dieciocho años y que no se sentía ofendido por la desnudez o el contenido adulto. Sin leer la letra pequeña, Pierce hizo clic en Entrar y la pantalla mostró la página principal del sitio Web. En el margen izquierdo aparecía la foto de una mujer desnuda que se tapaba con una toalla y tenía un dedo delante de los labios en una pose de «no se lo digas a nadie». El título de la página era de color magenta, en letra grande.

L. A. DARLINGS
UN DIRECTORIO LIBRE DE ENTRETENIMIENTO
Y SERVICIOS PARA ADULTOS

Debajo había una fila de pestañas rojas con los servicios que se ofrecían, que iban desde las chicas de compañía clasificadas por raza y color del pelo hasta el masaje y expertos en toda clase de orientaciones sexuales. Incluso se ofrecía la opción de contratar estrellas del porno para sesiones privadas. Pierce sabía que existían infinidad de sitios como ese en toda la Red. Probablemente no había proveedor de servicios de Internet en ninguna ciudad que no tuviera al menos un sitio de esas características, el equivalente de un burdel *on-line*. Él nunca se había tomado el tiempo de explorar uno, aunque sabía que Charlie Condon en una ocasión había utilizado un sitio así para contratar a una acompañante para un potencial inversor. Era una decisión que lamentó y que no volvió a repetirse: antes de que se produjera ningún acto sexual, la chica de compañía ya había drogado, emborrachado y robado al inversor. Huelga decir que este no invirtió en Amedeo Technologies.

Pierce hizo clic en la sección de acompañantes rubias sin ninguna razón especial, salvo que era un lugar para empezar a buscar a Lilly. La página se abrió en dos mitades. En el lado izquierdo de la pantalla había un panel deslizante con *thumbnails* de las acompañantes rubias con sus nombres debajo de cada foto. Al hacer clic en una de las imágenes de tamaño reducido se abría la página de la

chica en el marco de la derecha, con la foto ampliada.

Pierce fue deslizándose por el panel, leyendo los nombres. Había casi cuarenta chicas, pero ninguna se llamaba Lilly. Lo cerró y pasó a la sección de las morenas. Hacia la mitad de los *thumbnails* se encontró con la foto de una chica que se hacía llamar Tigresa Lilly. Hizo clic en la foto y su página se abrió a la derecha. Comprobó el número de teléfono, pero no coincidía con el suyo.

Cerró la página y volvió al panel de *thumbnails*. Más abajo había otra chica de compañía llamada simplemente Lilly. Hizo clic en su página y comprobó el número. El mismo. Había encontrado a la Lilly cuyo teléfono había heredado.

La foto del anuncio era la de una mujer en la mitad de la veintena. La joven tenía el pelo oscuro, largo hasta los hombros, y ojos castaños. Muy bronceada. Estaba arrodillada en una cama con barrotes de latón, desnuda bajo un *negligée* negro de malla. Las curvas de sus pechos eran claramente visibles. Las marcas del bronceado en su entrepierna, también. La chica miraba directamente a la cámara y sus labios gruesos formaban lo que Pierce pensó que era un mohín seductor.

Si no habían retocado la foto y si de verdad era Lilly, entonces era preciosa, como había dicho Frank Behmer. Pura fantasía, un sueño de chica de compañía. Pierce comprendió por qué su teléfono no había cesado de sonar desde que lo había conectado. La abundante competencia en ese sitio y en otros de la Red no importaban. Un hombre bajando por la columna de fotos difícilmente habría pasado por esta sin levantar el teléfono.

Había una cinta azul bajo la imagen. Pierce colocó el cursor encima y apareció una leyenda emergente que decía: «Foto verificada por el equipo», lo cual significaba que la modelo de la foto era realmente la mujer que había puesto el anuncio. En otras palabras, obtendrías lo que veías si contratabas a la chica de compañía. Supuestamente.

—Verificador de fotos —musitó Pierce—. No es un mal trabajo.

Sus ojos pasaron al anuncio que había debajo de la imagen y lo leyó.

Deseos especiales

Hola, caballeros. Me llamo Lilly y soy la chica de compañía más relajante, complaciente y sensata de todo el Westside. Tengo 23 años, 86-63-86 (todo natural), 1,55 y 45 kilos. Y no fumo. Soy parte española y parte italiana y ¡todo americana! Así que si estás buscando el mejor rato de tu vida, llámame y ven a visitarme a mi casita junto a la playa. Nunca tengo prisa y la satisfacción está garantizada. Se atienden todos los deseos especiales. Y si quieres doblar tu placer, visita

la página de mi amiga Robin en la sección de Rubias. Trabajamos juntas, en equipo. Contigo o en nosotras. Amo mi trabajo y amo trabajar. Así que llámame.

Sólo llamadas locales. Sólo VIP.

Debajo del anuncio estaba el número de teléfono asignado al apartamento de Pierce, así como un teléfono móvil.

Pierce levantó el auricular y marcó el número del móvil. Le salió el buzón de voz.

Hola, soy Lilly. Deja tu nombre y número y te llamaré enseguida. No devuelvo llamadas a teléfonos de pago. Y si estás en un hotel no te olvides de decirme tu nombre completo o no dejarán pasar mi llamada. Gracias. Espero verte muy pronto. Adiós.

Pierce había llamado antes de saber qué quería decir. Sonó el bip y empezó a hablar.

—Ah, sí, Lilly, me llamo Henry. Resulta que tengo un problema porque tengo tu antiguo número de teléfono. Lo que quiero decir es que la compañía telefónica me lo ha dado... Está en mi apartamento y..., no sé, me gustaría hablar contigo de eso.

Soltó el número y colgó.

—¡Mierda!

Sabía que había sonado como un idiota. Ni siquiera estaba seguro de por qué la estaba llamando. Si había renunciado al número no había nada que pudiera hacer para ayudarlo, salvo quitarlo del sitio Web. Y esa idea planteó la primera pregunta. ¿Por qué su número continuaba en la Red?

Miró la foto de la pantalla otra vez. La examinó. Lilly era increíblemente seductora y sintió el hambre creciente del deseo. Finalmente un único pensamiento se abrió paso: « ¿Qué estoy haciendo? ».

Era una buena pregunta. Sabía que lo que tenía que hacer era desconectar el ordenador, conseguir un número nuevo el lunes, concentrarse en el trabajo y olvidarse de todo el asunto.

Pero no podía. Volvió al teclado, cerró la página de Lilly y retrocedió hasta la página principal. Abrió otra vez el panel de Rubias y fue bajando hasta que encontró un *thumbnail* con el nombre de Robin debajo.

Cargó la página. La mujer llamada Robin era rubia, como decía el anuncio. Estaba desnuda boca arriba en una cama, con pétalos de rosa en el abdomen y también distribuidos estratégicamente para cubrir parcialmente sus pechos y su entrepierna. Lucía una sonrisa de carmín rojo. Había una cinta azul debajo de la

foto que indicaba que esta había sido verificada. Siguió bajando hasta el anuncio.

Belleza americana

Hola, caballeros. Mi nombre es Robin y soy la chica con la que habéis estado soñando. Soy rubia auténtica y con ojos azules, una chica americana cien por cien. Tengo 24 años, 96-76-91 y casi metro ochenta. No fumo, pero me encanta el champán. Puedo ir a tu casa o puedes venir tú. No importa porque nunca tengo prisa. RN absolutamente positiva. Y si quieres doblar tu placer visita la página de mi amiga Lilly en la sección de Morenas. Trabajamos juntas en equipo, contigo o en nosotras. Así que llámame. Satisfacción garantizada.

Sólo VIP, por favor.

Había un número de teléfono y el de un busca en la parte inferior del anuncio. Sin pensárselo mucho, Pierce los anotó en su libreta. Luego volvió a la foto. Robin era atractiva, pero no de la manera dolorosa en que lo era Lilly. Robin tenía líneas afiladas en la boca y una mirada más fría. Estaba más en la línea de lo que Pierce siempre había pensado que encontraría en un sitio así. Lilly no.

Pierce releyó el anuncio y se quedó pensando qué significaría «RN absolutamente positiva». No tenía ni la menor idea. Entonces cayó en la cuenta de que los anuncios de ambas páginas —el de Robin y el de Lilly— habían sido redactados por la misma persona, como indicaban las frases idénticas y la estructura repetitiva. También se fijó en que la cama de barrotes era la misma en ambas fotos. Abrió la ventana Historial y rápidamente pasó a la página Web de Lilly para confirmarlo.

La misma cama. No sabía qué significaba eso, salvo quizá la confirmación de que las dos mujeres trabajaban juntas.

La principal diferencia que detectó en el anuncio era que Lilly sólo atendía clientes en su casa. Robin trabajaba también a domicilio. De nuevo, no sabía si esto tenía algún significado en el mundo en el que ellas vivían y trabajaban.

Se acomodó en la silla, observando la pantalla del ordenador y preguntándose qué hacer a continuación. Miró el reloj. Eran casi las once.

Abruptamente se inclinó y levantó el teléfono. Tras comprobar sus notas, llamó al número de la página de Robin. Se impacientó y ya estaba a punto de colgar cuando, después del cuarto timbrado, contestó una mujer con voz ronca y de dormida.

—Eh, ¿Robin?

—Sí.

—Lo siento, ¿te he despertado?

—No, estoy despierta. ¿Quién es?

—Eh, me llamo Hank. Esto, te he visto en tu página de L. A. Darlings. ¿Te estoy llamando demasiado tarde?

—No, está bien. ¿Qué es Amedeo Techno?

Comprendió que ella tenía identificador de llamadas y tuvo una punzada de miedo. Miedo al escándalo, a que gente como Vernon conociera algo secreto de él.

—En realidad, es Amedeo Technologies. En tu pantalla no cabe el nombre completo.

—¿Es ahí dónde trabajas?

—Sí.

—¿Eres el señor Amedeo?

Pierce sonrió.

—No, no hay ningún señor Amedeo. Ya no.

—¿De veras? Lástima. ¿Qué le pasó?

—Amedeo era Amedeo Avogadro. Era un químico que hace unos doscientos años fue el primero en entender la diferencia entre moléculas y átomos. Era una distinción importante, pero no lo tomaron en serio durante al menos cincuenta años, hasta después de muerto. Simplemente era un hombre adelantado a su tiempo. La empresa se llama así por él.

—¿A qué te dedicas? ¿Juegas con átomos y moléculas?

La escuchó bostezar.

—Más o menos. Yo también soy químico. Estamos construyendo un ordenador con moléculas. —Pierce bostezó.

—¿Ah sí? Genial.

Pierce sonrió otra vez. La joven no parecía ni impresionada ni interesada.

—Da igual, la razón por la que te llamo es porque veo que trabajas con Lilly. ¿La acompañante morena?

—Trabajaba.

—¿Ya no?

—No, ya no.

—¿Qué sucedió? He estado intentando llamarla y...

—No voy a hablar de Lilly contigo. Ni siquiera te conozco.

La voz de Robin había cambiado. Había adquirido un matiz más cortante. Pierce sabía por instinto que podía perderla si no jugaba bien sus cartas.

—Vale, lo siento. Sólo preguntaba porque me gustaba.

—¿Estuviste con ella?

—Sí, un par de veces. Parecía buena chica y me preguntaba dónde se habría ido. Eso es todo. La última vez propuso que tal vez podríamos estar los tres juntos.

¿Crees que puedes pasarle un mensaje?

—No. Se fue hace mucho y lo que le haya pasado... simplemente le ha pasado. Eso es todo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué le pasó exactamente?

—¿Sabes? Me estás empezando a asustar con tantas preguntas y el caso es que no tengo que hablar contigo. Así que por qué no pasas la noche con tus propias moléculas.

La chica colgó.

Pierce se quedó sentado con el auricular todavía pegado a la oreja. Estuvo tentado de volver a llamar, pero sabía que sería infructuoso tratar de obtener algo de Robin. Lo había estropeado por la forma en que había manejado el asunto.

Al final colgó y pensó en lo que había averiguado. Miró la foto de Lilly que continuaba en la pantalla de su ordenador. Pensó en el críptico comentario de Robin acerca de que a ella le había ocurrido algo.

—¿Qué te pasó?

Retrocedió hasta la página principal del sitio Web e hizo clic en una pestaña llamada « Anúnciese con nosotros ». Conducía a una página con instrucciones para colocar anuncios en el sitio. Podía hacerse a través de la Web, proporcionando un número de tarjeta de crédito, texto del anuncio y una fotografía digital, pero para recibir la cinta azul que indicaba que la foto había sido contrastada, la anunciante tenía que entregar todos los materiales en persona de manera que pudiera confirmarse que era la mujer de la fotografía. La dirección física del sitio Web estaba en Sunset Boulevard, en Hollywood. Aparentemente eso es lo que habían hecho Lilly y Robin. La página informaba de que el horario de oficina era de lunes a viernes, de nueve a cinco y los sábados de diez a tres.

Pierce escribió las direcciones y horarios en la libreta. Estaba a punto de desconectarse del sitio cuando decidió abrir otra vez la página de Lilly. Imprimió en color su foto en la *DeskJet*. Acto seguido apagó el ordenador y desconectó la línea. De nuevo una voz interior le dijo que ya había ido demasiado lejos. Era hora de cambiar de número de teléfono y olvidarse del asunto.

Pero otra voz—una voz más fuerte del pasado— le ordenaba otra cosa.

—Luces—dijo.

La oficina quedó a oscuras. Pierce no se movió. Le gustaba la oscuridad. A oscuras era como mejor pensaba.

La escalera estaba oscura y el niño, asustado. Volvió a mirar a la calle y vio el coche que esperaba. Su padraastro advirtió la vacilación y sacó la mano por la ventanilla del coche. Le hizo una señal al chico para que siguiera adelante, para que entrara. El chico se volvió y miró hacia la oscuridad. Encendió la linterna y empezó a subir.

Mantuvo la linterna enfocada a los escalones, no quería anunciar que subía iluminando la habitación. A mitad de camino, uno de los peldaños crujió ruidosamente bajo su pie. Se quedó paralizado. Oía su propio corazón batiendo en su pecho. Pensó en Isabelle y en el miedo que probablemente ella llevaba en su corazón día tras día y noche tras noche. Cobró determinación con la idea y empezó a subir de nuevo.

Cuando sólo le faltaban tres peldaños, apagó la luz y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. En unos momentos pensó que distinguía una luz tenue en la habitación que tenía delante de él. La luz de las velas lamía el techo y las paredes. Se apretó contra la pared lateral y subió los últimos tres escalones.

La habitación era grande y estaba repleta. Vio las camas improvisadas alineadas junto a las dos paredes más largas. En cada una de ellas dormía una figura inmóvil, como una pila de ropa de oferta hurgada. Al fondo de la habitación ardía una única vela y una chica, unos años mayor que él y más suda, calentaba un tapón de botella en la llama. El chico estudió su cara a la luz irregular. No era Isabelle.

Empezó a moverse hacia el centro de la habitación, entre los sacos de dormir y los camastros hechos con diarios. Miró a uno y otro lado en busca de la cara familiar. Estaba oscuro, pero no importaba. La conocería en cuanto la viera.

Llegó al fondo, junto a la chica con el tapón. Isabelle no estaba allí.

—¿A quién estás buscando? —preguntó la chica.

Estaba tirando del émbolo de la hipodérmica, succionando el líquido marrón oscuro del tapón a través del filtro de una colilla. En la luz tenue, el niño vio que la aguja se clavaba en el cuello a la chica.

—A alguien —dijo.

La chica, sorprendida por su voz, apartó la mirada de lo que hacía y miró al niño. Vio la cara infantil camuflada por ropa demasiado grande y sucia.

—Eres un crío —dijo ella—. Será mejor que salgas de aquí antes de que vuelva el casero.

El chico sabía a qué se refería. En todos los squats de Hollywood había alguien a cargo. El casero. Se cobraba una cuota en dinero, drogas o carne.

—Si te encuentra te romperá tu culito y te pondrá en la calle en...

La muchacha se detuvo de repente y apagó la vela, dejando al chico en la oscuridad. Él retrocedió hasta la puerta y la escalera y todos sus miedos lo agarrotaron como un puño que se cierra en torno a una flor. En lo alto de la escalera se definía la silueta de un hombre. Un hombre grande, con el pelo revuelto. El casero. El chico involuntariamente retrocedió un paso y tropezó con la pierna de alguien. Cayó, la linterna repiqueteó en el suelo a su lado y se apagó.

El hombre del umbral empezó a acercársele.

—Hanky —gritó el hombre—. ¡Ven aquí, Hank!

Pierce se despertó al amanecer, el sol lo rescató del sueño en el que huía de un hombre cuyo rostro no podía ver. Todavía no tenía cortinas en el apartamento y la luz entró por la ventana y le deslumbró a través de sus párpados. Salió reptando del saco de dormir, miró la foto de Lilly que había dejado en el suelo y se metió en la ducha. Tuvo que secarse con dos camisetas que sacó de una de las cajas de ropa, porque se había olvidado de comprar toallas.

Caminó hasta Main Street en busca de café, un batido de limón y el diario. Leyó y tomó el café tranquilamente, casi con un sentimiento de culpabilidad. La mayoría de los sábados estaba en el laboratorio en cuanto amanecía.

Cuando hubo terminado con el diario eran casi las nueve. Volvió paseando hasta el Sands y cogió el coche, pero no fue al laboratorio como de costumbre.

A las diez menos cuarto Pierce llegó a la dirección de L. A. Darlings que había anotado la noche anterior. El lugar era un complejo de oficinas de Hollywood, en varios niveles, que parecía tan legítimo como un McDonald's. L. A. Darlings estaba en el complejo 310. En la puerta de cristal esmerilado el cartel más grande decía: «Entrepreneurial Concepts Unlimited». Debajo y en letra más pequeña había una lista de diez sitios Web diferentes, incluido L. A. Darlings, que al parecer entraba dentro del saco de conceptos empresariales. Por los nombres de los sitios Web Pierce se dio cuenta de que todos estaban relacionados con el sexo y formaban parte del oscuro universo del ocio para adultos en Internet.

La puerta estaba cerrada, pero Pierce llegaba unos minutos temprano. Decidió usar el tiempo dando un paseo y pensando en qué iba a decir y cómo iba a moverse.

—Ahora abro.

Se volvió cuando una mujer se aproximaba a la puerta con una llave. Tendría unos veinticinco años y el pelo rubio alborotado que parecía apuntar en todas direcciones. Iba vestida con unos vaqueros cortados y sandalias y una camiseta corta que dejaba al descubierto un ombligo con un *piercing*. Colgado al hombro llevaba un bolso que parecía lo bastante grande para contener un paquete de cigarrillos, pero no las cerillas. Y tenía aspecto de que las diez en punto era decididamente una hora demasiado temprana para ella.

—Llega pronto —dijo.

—Ya lo sé —dijo Pierce—. Vengo del Westside y pensaba que habría más tráfico.

Entró en la oficina tras la mujer. En la sala de espera había un mostrador de recepción situado enfrente de una partición que vedaba la entrada a un pasillo posterior. A la derecha había una puerta cerrada con la palabra «Privado» escrita en ella. Pierce observó mientras la mujer se situaba detrás del mostrador y metía el bolso en un cajón.

—Tendrá que esperar unos minutos hasta que esté lista. Estoy sola aquí hoy.

—¿Hay poco trabajo los sábados?

—En general.

—¿Quién se cuida de las máquinas si no hay nadie más aquí?

—Ah, bueno, siempre hay alguien allí atrás. Me refería a aquí fuera.

La mujer se sentó en una silla, tras el mostrador. El aro de plata que sobresalía de su estómago atrajo la mirada de Pierce y le recordó a Nicole. Esta llevaba más de un año trabajando en Amedeo antes de que se la encontrara en una cafetería de Main Street, un domingo por la tarde. Acababa de salir de una sesión de ejercicios y llevaba unos pantalones de chándal grises y un sujetador de deporte que exponía un aro dorado en el ombligo. Fue como descubrir un secreto de un conocido de largo tiempo. Nicole siempre había sido una mujer atractiva a sus ojos, pero todo cambió después de ese momento en la cafetería. Nicole se volvió erótica para él y le fue detrás, deseoso de descubrir tatuajes ocultos y de conocer todos sus secretos.

Pierce paseó dentro de los límites de la sala de espera mientras la mujer del mostrador hacía lo que tuviera que hacer para estar lista. Oyó que se iniciaba un ordenador y que la mujer abría y cerraba algunos cajones. Se fijó en una serie de logos colgados de la pared, correspondiente a diversos sitios Web que operaban a través de Entrepreneurial Concepts. Vio el de L. A. Darlings y varios más. La mayoría eran sitios de pornografía, donde una suscripción de 19,95 dólares mensuales daba acceso a miles de fotos descargables de tus actos sexuales y fetichismos favoritos. El *banner* de PinkMink.com bien podría haber servido para un anuncio de pomada para el acné.

Junto a la pared de los *banners* estaba la puerta con el rótulo de «Privado». Pierce miró a la mujer de detrás del mostrador y vio que estaba absorta en la pantalla. Giró el pomo. La puerta se abrió. Llevaba a un pasillo sin iluminar con tres conjuntos de puertas dobles, con una separación de seis metros entre ellas, en el lado izquierdo.

—Eh, disculpe —dijo la mujer desde detrás de él—. No puede entrar ahí.

Los rótulos colgados del techo con finas cadenas enfrente de las puertas las identificaban como Estudio A, Estudio B y Estudio C.

Pierce retrocedió y cerró la puerta. Volvió al mostrador. Se fijó en que la

mujer llevaba un alfiler con su nombre.

—Pensaba que eran los lavabos. ¿Qué hay allí atrás?

—Son los estudios de fotografía. No tenemos lavabos públicos aquí. Están en el vestíbulo del edificio.

—Puedo esperar.

—¿En qué puedo ayudarle?

Pierce apoyó los codos en el mostrador.

—Tengo un problema, Wendy. Una de las anunciantes de una página Web de L. A. Darlings tiene mi número de teléfono. Las llamadas que debería recibir ella las recibo yo. Y supongo que si me presentara en la puerta de la habitación de un hotel alguien se llevaría una decepción.

Sonrió, pero ella no dio muestras de apreciar su broma.

—¿Una errata? —dijo—. Puedo arreglarlo.

—No es exactamente una errata.

Le explicó que había obtenido un número de teléfono nuevo y que se había dado cuenta de que era la misma línea que la que figuraba en una página Web con el nombre de Lilly.

La mujer estaba sentada detrás del mostrador. Levantó la cabeza con ojos de sospecha.

—Si acaban de darle el número, ¿por qué no pide que se lo cambien?

—Porque no me había dado cuenta de que tenía este problema y ya he encargado tarjetas de visita nuevas con el número impreso y las he enviado por correo. Sería muy caro y costoso volver a hacer lo mismo con un número nuevo. Estoy seguro de que si me dice cómo contactar con esta mujer, ella estará de acuerdo en modificar su página. Vamos, ella no está haciendo ningún negocio si todas sus llamadas me llegan a mí, ¿no?

Wendy negó con la cabeza como si la explicación y el razonamiento de Pierce la superaran.

—Muy bien, déjeme ver algo.

La mujer se volvió hacia el ordenador y fue a la lista de chicas de compañía morenas del sitio L. A. Darlings. Hizo clic en la foto de Lilly y descendió hasta el número de teléfono.

—Dice usted que este es su número y no el de ella, pero antes sí era el de ella.

—Exactamente.

—Entonces, si la chica cambió el número, ¿por qué no lo cambió también con nosotros?

—No lo sé, por eso estoy aquí. ¿Tiene alguna otra forma de contactar con ella?

—Ninguna que pueda darle. Nuestra información de clientes es confidencial.

Pierce asintió. No esperaba otra cosa.

—Muy bien. Pero ¿puede ver si hay otro número de contacto para llamarla y hablarle de este problema?

—¿Ha probado en el móvil?

—He probado y sale el buzón de voz. Le he dejado tres mensajes explicándole todo este asunto, pero no me ha llamado. No creo que haya recibido los mensajes.

Wendy pulsó en la barra de desplazamiento vertical y miró la foto de Lilly.

—Es sexy —dijo—. Apuesto a que está recibiendo un montón de llamadas.

—Sólo hace un día que tengo el teléfono y me está sacando de quicio.

Wendy empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Voy a comprobar algo. Vuelvo enseguida.

Pasó por detrás de la partición que había tras el mostrador y desapareció en el pasillo de atrás, dejando por estela el chancleteo de las sandalias. Pierce esperó un momento y se inclinó sobre el mostrador para inspeccionar todas las superficies. Suponía que Wendy no era la única que trabajaba allí. Probablemente era un trabajo que compartían dos o tres empleados con sueldos mínimos, empleados que podrían precisar ayuda para acordarse de las contraseñas del sistema.

Buscó algún *Post-it* en el ordenador y en la parte posterior del mostrador, pero no vio nada. Se agachó y levantó el cartapacio, pero tampoco había nada debajo, salvo un billete de un dólar. Metió el dedo en un plato de clips, pero no encontró nada. Se inclinó un poco más por encima del mostrador para ver si había un cajón para lápices, pero no lo había.

Justo cuando se le ocurrió algo oyó el ruido de las sandalias. Wendy estaba volviendo. Pierce hurgó en el bolsillo, sacó un dólar y volvió a inclinarse sobre el mostrador. Levantó el cartapacio, dejó el billete y cogió el que estaba allí. Se lo guardó en el bolsillo sin mirarlo. Todavía tenía la mano en el bolsillo, cuando la mujer regresó con una carpeta fina en la mano y se sentó.

—Bueno, he averiguado parte del problema —dijo.

—¿Cuál era?

—Esta chica dejó de pagar su cuota.

—¿Cuándo fue eso?

—En junio pagó hasta agosto. Después no pagó septiembre.

—Entonces, ¿por qué sigue colgada la página?

—Porque a veces se tarda un poco en limpiar a las gorronas. Sobre todo cuando tienen un aspecto como el de esta tía.

Wendy señaló la pantalla del ordenador con la carpeta y dejó esta en el mostrador.

—No me sorprendería que el señor Wentz quisiera mantenerla aunque no pague. Los tíos ven chicas así y vuelven.

Pierce asintió.

—Y el número de visitas es lo que determina las tarifas, ¿no?

—Eso es.

Pierce miró la pantalla. En cierto modo, Lilly seguía trabajando. Si no para ella, sí para Entrepreneurial Concepts Unlimited. Volvió a mirar a Wendy.

—¿Está el señor Wentz? Me gustaría hablar con él.

—No, hoy es sábado. Tendrá suerte si lo encuentra entre semana, pero yo nunca lo he visto un sábado.

—¿Y qué podemos hacer? Mi teléfono no para de sonar.

—Bueno, puedo tomar nota y tal vez el lunes alguien podría...

—Mire, Wendy, no quiero esperar hasta el lunes. Tengo un problema ahora. Si el señor Wentz no está aquí, vaya a ver al chico que se ocupa de los servidores. Tiene que haber alguien que pueda acceder al servidor y bajar su página. Es un proceso simple.

—Hay un chico allí dentro, pero no creo que esté autorizado a hacer nada. Además, cuando he entrado estaba medio dormido.

Pierce se inclinó sobre el mostrador y adoptó un tono contundente.

—Lilly..., digo Wendy, escúcheme. Insisto en que vaya allí atrás y lo despierte y lo haga salir. Tiene que entender una cosa. Está en una situación legal precaria. Les he comunicado que su sitio Web tiene mi teléfono en la Red. A causa de este error estoy recibiendo repetidamente llamadas que considero de naturaleza ofensiva y embarazosa. Tanto es así que esta mañana me he presentado en esta oficina antes de que abriera. Quiero que se solucione esto. Si lo demora hasta el lunes, voy a demandarla a usted, a esta empresa, al señor Wentz y a todo aquel que esté relacionado con este negocio. ¿Lo ha entendido?

—A mi no puede demandarme. Yo sólo trabajo aquí.

—Wendy, uno puede demandar a quien quiera en este país.

La mujer se levantó, con cara de enfado, y rodeó la partición sin decir ni una palabra. A Pierce no le importó su enfado. Lo que le importaba era que había dejado la carpeta sobre el mostrador. En cuanto el sonido de las sandalias se alejó, se inclinó y abrió la carpeta. Había una copia de la foto de Lilly, junto con el texto impreso del anuncio y un formulario de información sobre el anunciante. Eso era lo que Pierce quería. Sintió una sensación de absoluta taquicardia al leer la hoja y trató de recordarlo todo.

El nombre de la chica era Lilly Quinlan. Su número de contacto era el mismo teléfono móvil que había puesto en su página Web. En la casilla del domicilio, la joven había escrito una dirección de Santa Monica. Pierce la leyó rápidamente en silencio tres veces y luego volvió a dejar todo en la carpeta justo cuando oyó las sandalias y otro par de zapatos aproximándose desde el otro lado de la partición.

Lo primero que hizo Pierce cuando volvió al coche fue coger un bolígrafo del cenicero y escribir la dirección de Lilly Quinlan en el resguardo de un tiquet de aparcamiento viejo. Después sacó del bolsillo el billete de un dólar que había estado debajo del cartapacio. Lo examinó y encontró las palabras «Arbadac Arba» escritas en la frente de George Washington, en la parte anterior del billete.

—Abra Cadabra —dijo, leyendo las palabras al revés.

Pensó que había muchas posibilidades de que la clásica fórmula mágica fuera un nombre de usuario y una contraseña para acceder al sistema informático de Entrepreneurial Concepts. Aunque estaba satisfecho por la maniobra que había puesto en práctica para obtener la información, no estaba seguro de qué utilidad podría tener una vez conseguido el nombre y la dirección de Lilly Quinlan de la carpeta.

Puso en marcha el coche y se dirigió hacia Santa Monica. El apartamento de Lilly estaba en Wilshire Boulevard, cerca de Third Street Promenade. Cuando se acercó y empezó a leer los números de los edificios, se dio cuenta de que no había complejos de apartamentos en la vecindad. Al detener finalmente el coche enfrente del edificio que correspondía a la dirección que había leído en la hoja de información, vio que se trataba de un servicio de correos privado, un negocio llamado All American Mail. El número del apartamento que Lilly Quinlan había escrito en la hoja de información era en realidad un apartado de correos. Pierce estacionó en la esquina, aunque no estaba seguro de qué podía hacer. Al parecer estaba en un callejón sin salida. Pensó durante unos minutos en un plan de acción y bajó del vehículo.

Pierce entró en la oficina y de inmediato fue al lugar en el que se hallaban los buzones. Con un poco de suerte las puertas de estos serían de cristal y podría ver si Lilly Quinlan tenía correspondencia. No tuvo suerte: todos los buzones eran de aluminio y sin nada de cristal. Lilly había anotado el apartamento 333 como dirección en el formulario. Pierce localizó el buzón 333 y se limitó a mirarlo durante un instante, como si pudiera darle algún tipo de respuesta. No se la dio.

Al final, Pierce abandonó la sala y se acercó al mostrador. Un joven con una franja de granos en cada mejilla y una etiqueta que lo identificaba como Curt le preguntó en qué podía ayudarlo.

—Es un poco extraño —dijo Pierce—, necesito un apartado de correos, pero quiero un número en concreto. Tiene que ver con el nombre de mi empresa. Se llama Three Cubed Productions.

El chico parecía desorientado.

—Entonces, ¿qué número quiere?

—Tres tres tres. He visto que tiene un buzón con ese número. ¿Está disponible?

Era lo mejor que se le había ocurrido a Pierce sentado en el coche. Curt buscó debajo del mostrador y sacó una carpeta azul, la cual abrió por una página que enumeraba los apartados de correos y su disponibilidad. El chico siguió con el dedo una columna de números y se detuvo.

—Ah, este.

Pierce trató de leer lo que ponía en la hoja, pero estaba al revés y demasiado lejos.

—¿Qué?

—Bueno, de momento está ocupado, pero no creo que por mucho tiempo.

—¿Qué significa eso?

—La cuestión es que el apartado de correos pertenece a una persona, pero no ha pagado el alquiler de este mes. Así que está en el periodo de gracia. Si se presenta y paga, se lo queda. Si no viene antes de final de mes, entonces ella pierde el buzón y se lo queda usted... si puede esperar hasta entonces.

Pierce puso cara de preocupación.

—Es bastante tiempo. Quiero solucionar esto. ¿Sabe si hay algún número o dirección de esa persona? Me gustaría contactar con ella y preguntarle si todavía quiere el buzón.

He enviado dos últimos avisos y hemos puesto uno en el buzón. Normalmente no llamamos.

Pierce disimuló su entusiasmo. Lo que Curt había dicho significaba que había otra dirección de Lilly Quinlan. Su entusiasmo se atemperó de inmediato por el hecho de que no tenía ni idea de cómo conseguirla.

—Bueno, ¿hay un número? Si llama a esta mujer y averigua algo, alquilaría el buzón ahora mismo. Y pagaría un año por adelantado.

—He de comprobarlo. Tardaré un minuto.

—Tómese su tiempo. Prefiero solucionarlo ahora que tener que volver.

Curt fue a un escritorio situado contra la pared de detrás del mostrador y se sentó. Abrió el archivador y sacó una gruesa carpeta colgante. Seguía estando demasiado lejos para que Pierce pudiera leer ninguno de los documentos que estaba revisando el joven. Curt pasó el dedo por una página y luego lo dejó fijo en un punto. Con la otra mano cogió el teléfono del escritorio, pero una clienta que acababa de entrar en la tienda lo interrumpió antes de que hablara.

—Necesito enviar un fax a Nueva York —dijo.

Curt se levantó, sacó de debajo del mostrador una hoja de portada de fax y le pidió a la mujer que la rellenara. Volvió al escritorio. Colocó de nuevo el dedo en el papel y levantó el teléfono.

—¿Me van a cobrar por enviar esta cabecera de fax?

Era la otra cliente.

—No, señora. Sólo los documentos que necesite enviar.

Lo dijo como si lo hubiera dicho un millón de veces antes.

Finalmente, Curt marcó un número en el teléfono. Pierce trató de observar el dedo del empleado y conseguir el número, pero se movía demasiado deprisa. Curt tardó un buen rato antes de hablar por el teléfono.

—Este es un mensaje para Lilly Quinlan. ¿Puede hacer el favor de llamarnos a All American Mail? El alquiler de su buzón está vencido y vamos a realquilarlo si no tenemos noticias tuyas. Mi nombre es Curt. Muchas gracias.

Le dio el número y colgó, luego se acercó al mostrador en el que se hallaba Pierce. La mujer con el fax lo agitó ante él.

—Tengo mucha prisa —dijo.

—Enseguida estoy con usted, señora —dijo Curt.

Miró a Pierce y negó con la cabeza.

—Me ha salido él contestador. No hay nada que pueda hacer hasta que tenga noticias de ella o llegue final de mes sin que las tenga. Es la norma.

—Lo entiendo. Gracias por intentarlo.

Curt otra vez empezó a pasar el dedo por las columnas de la lista.

—¿Quiere dejar un número en el que pueda contactar con usted si tengo noticias?

—Ya le llamaré yo mañana.

Pierce cogió una tarjeta de un organizador de plástico que había sobre el mostrador y se encaminó a la puerta. Curt le llamó desde atrás.

—¿Y el veintisiete?

Pierce se volvió.

—¿Qué?

—Veintisiete. Tres al cubo es veintisiete, ¿no?

Pierce asintió lentamente. Curt era más listo de lo que parecía.

—Tengo ese buzón disponible si lo quiere.

—Me lo pensaré.

Pierce saludó y se volvió hacia la puerta. Detrás de él oyó que la mujer le decía a Curt que no debería hacer esperar a los clientes que pagan.

En el coche, Pierce se guardó la tarjeta en el bolsillo de la camisa y miró el reloj. Era casi mediodía. Tenía que volver a su apartamento para encontrarse con Mónica Purl, su secretaria personal. Ella había aceptado esperar en su apartamento para recibir el envío de muebles que había encargado. La hora de entrega era entre las doce y las cuatro y el viernes por la mañana Pierce había

decidido que prefería pagar a otra persona para que esperara mientras él aprovechaba el tiempo en el laboratorio preparando la presentación de la semana siguiente para Goddard. En ese momento no sabía si iba a ir al laboratorio, pero de todos modos dejaría que Mónica recibiera a los transportistas. También tenía un nuevo plan para ella.

Cuando llegó al Sands, Pierce se encontró a Mónica en el vestíbulo. El vigilante de seguridad no iba a dejarla pasar al piso doce sin la aprobación del residente al que se disponía a visitar.

—Lo siento —dijo Pierce—. ¿Hace mucho que esperas?

Ella llevaba una pila de revistas para leer mientras aguardaba la entrega.

—Sólo unos minutos —dijo Mónica.

Entraron en la zona de ascensores. Mónica Purl era una rubia alta y delgada, con ese tipo de piel tan pálida que basta que la toques para que quede una marca. Tenía unos veinticinco años y llevaba en la empresa desde los veinte. Sólo hacía seis meses que era secretaria personal de Pierce, después de que Charlie Condon le concediera el ascenso por sus cinco años de servicio. En ese periodo Pierce había aprendido que el aura de fragilidad que proyectaban su constitución y su tez no se correspondía con la realidad. Mónica era organizada y fiel a sus ideas, y sacaba adelante el trabajo.

El ascensor se abrió y ambos entraron. Pierce pulsó el botón del doce y empezaron a subir a gran velocidad.

—¿Estás seguro de que quieres vivir aquí cuando llegue el Grande? —preguntó Mónica.

—Este edificio fue diseñado para resistir un ocho punto cero —contestó él—. Lo comprobé antes de alquilarlo. Confío en la ciencia.

—¿Porque eres científico?

—Supongo.

—Pero ¿confías en los constructores que aplican la ciencia?

Era una buena pregunta. Pierce no tenía respuesta para eso. La puerta se abrió en el doce y recorrieron el pasillo hasta su apartamento.

—¿Dónde voy a decirles que coloquen todo? —preguntó Mónica—. ¿Tienes un plano o una idea en mente?

—No. Simplemente diles que dejen las cosas donde tú creas que van a quedar bien. También necesito que me hagas un favor antes de irme.

Pierce abrió la puerta.

—¿Qué clase de favor? —preguntó Mónica con recelo.

Pierce se dio cuenta de que Mónica pensaba que él podría dar un paso hacia ella tras la separación de Nicole. Pierce tenía la teoría de que todas las mujeres atractivas pensaban que todos los hombres iban a intentarlo con ellas. Estuvo a punto de reír, pero no lo hizo.

—Sólo una llamada. Te la escribiré.

En la sala de estar, Pierce cogió el teléfono. Había tono de marcado y cuando comprobó los mensajes sólo había uno y era para Lilly. No era de Curt de All American Mail, sino de otro potencial cliente. Borró el mensaje y trató de entenderlo. Probablemente Lilly había dejado su móvil en los formularios de la empresa de correo y Curt la había llamado al móvil.

Eso no cambió su plan.

Pierce se llevó el teléfono al sofá, se sentó y escribió el nombre de Lilly Quinlan en una hoja en blanco de su libreta. A continuación sacó la tarjeta de visita del bolsillo.

—Quiero que llames a este número y digas que eres Lilly Quinlan. Pregunta por Curt y dile que has recibido su mensaje. Dile que su llamada es la primera noticia de que no estaba al corriente de pago y pregúntale por qué no le habían puesto un aviso en el correo. ¿De acuerdo?

—¿Por qué? ¿Para qué?

—No puedo explicártelo todo, pero es importante.

—No estoy segura de que quiera hacerme pasar por otra persona. No es...

—Lo que vas a hacer es totalmente inofensivo. Es lo que los *hackers* llaman ingeniería social. Lo que Curt va a decirte es que sí que te enviaron un aviso. Entonces tú dices: «¿Ah sí? ¿A qué dirección lo enviaron?». Cuando te dé la dirección anótala. Eso es lo único que necesito. La dirección. En cuanto la tengas, le dices que pasarás a pagar lo antes que puedas y cuelgas. Sólo necesito la dirección.

Ella lo miró de una manera en que no lo había mirado nunca antes en los seis meses que llevaba trabajando directamente para él.

—Vamos, Mónica, no es nada. No vas a hacer daño a nadie. Y puede que incluso ayudes a alguien. De hecho, es lo que yo creo. —Dejó la libreta y el bolígrafo en el regazo de Mónica.

—¿Estás lista? Voy a marcar el número.

—Doctor Pierce, esto no me parece...

—No me llames doctor Pierce, nunca me has llamado doctor Pierce.

—Entonces, Henry. No quiero hacer esto. No sin saber qué estoy haciendo.

—Muy bien. Te lo contaré. ¿Sabes el número nuevo que me contrataste?

Ella asintió.

—Bueno, antes pertenecía a una mujer que ha desaparecido, o a la que le ha pasado algo. Estoy recibiendo sus llamadas y trato de descubrir qué le ha sucedido. ¿Entiendes? Y esta llamada que quiero que hagas podría conseguirme la dirección de su casa. Es lo único que quiero.

Quiero ir allí y ver si está bien. Nada más. Bueno, ¿harás esa llamada?

Mónica negó con la cabeza como si quisiera rechazar tanta información. Por su expresión parecía que Pierce acabara de decirle que lo había abducido una nave espacial y un alien lo había sodomizado.

—Esto es una locura. ¿Por qué te has enredado en esto? ¿Conocías a esa mujer? ¿Cómo sabes que ha desaparecido?

—No, no la conozco. Ha sido casualidad, porque me dieron el número equivocado. Pero ahora sé lo suficiente para saber que he de descubrir lo que le ha sucedido o asegurarme de que está bien. ¿Me harás el favor que te pido, Mónica?

—¿Por qué no cambias el número y ya está?

—Lo haré. Es lo primero que quiero que hagas el lunes por la mañana.

—Y entretanto, llama a la policía.

—Todavía no tengo suficiente información para llamar a la policía. ¿Qué les diría? Creerían que estoy loco.

—Y podrían tener razón.

—Oye, ¿vas a hacer esto o no?

Mónica asintió, resignada.

—Si va a hacerte feliz y va a servir para que conserve mi empleo.

—Uf, espera un momento. No te estoy amenazando con despedirte. Si no quieres hacerlo, no hay problema. Conseguiré a alguien que lo haga. No tiene nada que ver con tu trabajo. ¿Está claro?

—Sí, está claro. Pero no te preocupes. Lo haré. Terminemos con esto.

Pierce repitió el guión una vez más y luego marcó el número de All American Mail y le tendió el teléfono a Mónica. La secretaria preguntó por Curt y luego efectuó la llamada tal y como la habían planeado, con sólo unos momentos de mala actuación y confusión. Pierce observó cómo ella anotaba la dirección en la libreta. Estaba extasiado, pero no lo reveló. Cuando Mónica colgó, Pierce le pasó la libreta y el teléfono.

Pierce leyó la dirección —era en Venice— y luego arrancó la hoja, la dobló y se la guardó en el bolsillo.

—Curt parecía un buen tipo —dijo Mónica—. Me siento mal por haberle mentido.

—Siempre puedes ir a visitarlo y pedirle una cita. Lo he visto. Créeme, una cita contigo lo haría feliz para el resto de su vida.

—¿Lo has visto? ¿Tú eres la persona de quien estaba hablando? Me dijo que había ido un tipo que quería mi apartado de correos. O sea, el de Lilly Quinlan.

—Sí, ese era yo. Es así como yo...

El teléfono sonó y Pierce contestó, pero la persona que había llamado colgó. Pierce miró en el identificador de llamadas. La llamada se había hecho desde el Ritz-Carlton Marina.

—Mira —dijo—, has de dejar el teléfono conectado para que cuando lleguen los muebles puedan llamar de seguridad para dejarles pasar. Pero entre tanto probablemente vas a recibir un montón de llamadas para Lilly. Como eres una mujer van a pensar que eres ella. Así que podrías decir algo enseguida como:

« No soy Lilly, tiene mal el número » . Algo así o si no...

—Bueno, tal vez podría hacerme pasar por ella y conseguir información para ti.

—No, no querrás hacer eso.

Pierce abrió la mochila y sacó la foto impresa de la página Web de Lilly.

—Esta es Lilly. No creo que quieras hacerte pasar por ella con la gente que llama.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Mónica mientras miraba la foto—. ¿Es prostituta o algo así?

—Eso creo.

—Entonces ¿qué estás haciendo tratando de encontrar a esta prostituta cuando deberías estar...?

Mónica se detuvo abruptamente. Pierce la miró y esperó a que terminara. Ella no lo hizo.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Qué debería hacer?

—Nada. No es asunto mío.

—¿Has hablado con Nicki sobre nosotros dos?

—No, mira, no es nada. No sé lo que iba a decir. Sólo me parece que es extraño que vayas por ahí tratando de descubrir si esta prostituta está bien. Es raro.

Pierce se sentó en el sofá. Sabía que Mónica estaba mintiendo sobre Nicole. Ambas mujeres habían trabado cierta amistad y solían ir a comer juntas cuando Pierce no podía salir del laboratorio, que era casi cada día. ¿Por qué iba a terminar la relación entre ellas sólo porque Nicki lo había dejado? Probablemente seguían hablando a diario, intercambiando historias sobre él.

Pierce también sabía que Mónica tenía razón sobre lo que estaba haciendo. Pero había llegado demasiado lejos. Su vida y su carrera se habían basado en seguir el hilo de su curiosidad. En su último año en Stanford se sentó en una conferencia sobre la siguiente generación de microchips. El catedrático habló de *nanochips* tan pequeños que las supercomputadoras del futuro podrían ser del tamaño de una moneda de diez centavos. Pierce se enganchó y había perseguido su curiosidad desde entonces.

—Voy a ir a Venice —le dijo a Mónica—. Sólo quiero comprobar que está todo en orden y nada más.

—¿Lo prometes?

—Sí, puedes llamarme al laboratorio antes de irte, después de que lleguen los muebles.

Se levantó y se colgó la mochila a la espalda.

—Si hablas con Nicki no menciones nada de esto, ¿vale?

—Claro, Henry. No lo haré.

Pierce sabía que no podía contar con ello. Se encaminó a la puerta del

apartamento y se fue. Cuando recorrió el pasillo hasta el ascensor, pensó en lo que Mónica había dicho y consideró la diferencia entre la investigación privada y la obsesión privada. En algún sitio había una línea que separaba ambas, pero Pierce no sabía dónde localizarla.

Había algo raro en la dirección, algo que no encajaba. Y Pierce no sabía qué era. Le dio vueltas a la cuestión mientras conducía hacia Venice, pero no logró desentrañarla. Era como algo oculto tras una cortina de ducha. Estaba desdibujado, pero estaba ahí.

La dirección de contacto que había dado Lilly Quinlan en All American Mail era un bungalow en Altair Place, a una manzana del tramo de tiendas de antigüedades con estilo y restaurantes en Abbot Kinney Boulevard. Era una casita blanca con moldura gris que a Pierce, de algún modo, le evocó una gaviota. En el jardín de la entrada había una palmera real. Pierce estacionó al otro lado de la calle y durante varios minutos se quedó sentado en el coche, examinando la casa en busca de signos de vida recientes.

El césped estaba pulcramente cortado. Pero era una casa de alquiler, de cuyo jardín probablemente se ocupaba el casero. No había ningún coche en el sendero de entrada ni en el garaje abierto de atrás, ni tampoco diarios apilados junto al bordillo. A primera vista nada parecía fuera de lugar.

Pierce finalmente decidió abordar la cuestión de manera directa. Salió del BMW, cruzó la calle y siguió el sendero hasta la puerta de la casa. Había un timbre de botón. Lo pulsó y oyó un repique leve en algún lugar del interior. Esperó.

Nada.

Apretó de nuevo el timbre y acto seguido golpeó la puerta.

Esperó.

Y nada.

Echó un vistazo. Las persianas de lamas de detrás del ventanal estaban cerradas. Se volvió y examinó las casas del otro lado de la calle con aire despreocupado, mientras estiraba una mano a su espalda y trataba de abrir la puerta. Estaba cerrada.

No quería que su jornada terminara sin obtener información nueva o alguna revelación, de modo que se alejó de la puerta y miró al sendero de entrada, que conducía, por el lado izquierdo de la casa, a un garaje de una plaza situado en el patio de atrás. Un enorme pino de Monterrey que empequeñecía la casa estaba combando el sendero con sus raíces. Estas se dirigían a la vivienda y Pierce

supuso que en otros cinco años causarían daños estructurales y entonces la cuestión consistiría en decidir qué salvar, la casa o el árbol.

La puerta de madera del garaje, arqueada por el tiempo y por su propio peso, estaba abierta. Daba la impresión de que estaba permanentemente fijada en esa posición. La cochera estaba vacía, salvo por una colección de latas de pintura alineadas contra la pared del fondo.

A la derecha del garaje había un patio del tamaño de un sello de correos que ofrecía intimidad gracias a un seto alto que recorría los costados. Dos tumbonas ocupaban el césped y había un bebedero para pájaros seco. Pierce miró las tumbonas y pensó en las marcas del bronceado que había visto en el cuerpo de Lilly, en la foto de la página Web.

Después de dudar un momento en el patio, Pierce volvió a la puerta trasera y golpeó de nuevo. La puerta tenía una ventana en su parte superior. Sin esperar a ver si alguien contestaba, Pierce ahuecó las manos contra el cristal y miró al interior. Era la cocina. Parecía ordenada y limpia. No había nada en la mesita apoyada contra la pared de la izquierda. Pierce vio un periódico cuidadosamente doblado en una de las dos sillas.

En la encimera, al lado de la tostadora, había un bol grande lleno de unas formas oscuras. Pierce se dio cuenta de que eran piezas de fruta podrida. Era una señal de algo que no encajaba, el primer indicio de que algo no iba bien. Golpeó con fuerza en la ventana de la puerta, aunque sabía que no había nadie dentro para contestar. Se volvió y buscó en el patio algo con lo que romper la ventana. Instintivamente se agarró del pomo y lo giró mientras se volvía.

La puerta no estaba cerrada con llave.

Pierce retrocedió. Con el tirador todavía en la mano, empujó y la puerta se abrió quince centímetros. Esperó a que sonara una alarma, pero su intrusión fue recibida únicamente con silencio. Y casi de inmediato olió la empalagosa fetidez de la fruta podrida. O quizá, pensó, era otra cosa. Sacó la mano del tirador y abrió más la puerta, se asomó al interior y gritó.

—¿Lilly? Lilly, soy yo, Henry.

No sabía si lo estaba haciendo por los vecinos o por él mismo, pero gritó el nombre de la joven dos veces más. Esperó, pero no obtuvo respuesta. Antes de entrar, se volvió y se sentó en el escalón para sopesar su decisión. Pensó en la anterior reacción de Mónica a lo que estaba haciendo y lo que ella había dicho: llama a la policía.

Era el momento de hacerlo. Algo iba mal en la casa y ciertamente tenía un motivo para llamar. Sin embargo, la verdad era que no estaba preparado para renunciar. Todavía no. Fuera lo que fuese, seguía siendo suyo y no iba a soltarlo. Sabía que sus motivaciones no se limitaban a Lilly Quinlan, que tenían un alcance mayor y se enmarañaban con el pasado. Sabía que estaba tratando de intercambiar el presente por el pasado, que trataba de hacer lo que no había

logrado entonces.

Se levantó del escalón y abrió la puerta por completo. Entró en la cocina y cerró la puerta tras de sí.

Había un sonido bajo de música que llegaba de algún lugar de la casa. Pierce se quedó inmóvil y examinó la cocina otra vez, pero no encontró nada salvo la fruta en el bol. Abrió la nevera y vio un *brik* de zumo de naranja y una botella de leche desnatada. La leche estaba caducada desde el 18 de agosto. El zumo desde el 16. Había pasado más de un mes desde que el contenido de ambos envases había caducado.

Pierce se acercó a la mesa y retiró la silla donde estaba el diario. Era la edición del *Los Angeles Times* del 1 de agosto.

Había un pasillo que iba desde la parte izquierda de la cocina a la entrada de la casa. Cuando Pierce pasó al recibidor, vio la pila de correo que se acumulaba debajo de la ranura de la puerta de la calle. Pero antes de llegar a la parte delantera de la casa exploró las tres puertas que flanqueaban el pasillo. Una era la de un cuarto de baño, donde encontró todas las superficies horizontales llenas de perfumes y artículos de belleza, todos ellos aguardando bajo una fina capa de polvo. Eligió una botellita verde y la olió. Se la acercó a la nariz y aspiró el aroma de lilas. Era el mismo perfume que usaba Nicole; había reconocido el frasco. Después de un momento cerró la botellita y la devolvió a su lugar antes de retroceder hasta el pasillo.

Las otras dos puertas se abrían a sendos dormitorios. Uno parecía el dormitorio principal. Los dos armarios de la habitación estaban abiertos y repletos de ropa en colgadores de madera. La música que había oído antes la ponía una radio con reloj y alarma situado en la mesita de noche del lado derecho. Buscó un teléfono en ambas mesas y un posible contestador automático, pero no había ninguno.

Al parecer la otra habitación estaba destinada a sala de ejercicios. No había cama. Vio una máquina de *steps* y una de remo sobre una alfombra gris y una televisión pequeña enfrente de ambos aparatos. Pierce abrió el único armario y encontró más ropa en colgadores. Estaba a punto de cerrarlo cuando se dio cuenta de algo. Esa ropa era distinta. Casi sesenta centímetros del espacio para perchas estaba consagrado a prendas pequeñas: *negligées* y ligueros. Vio algo familiar y se estiró hacia la percha. Era el *negligée* de malla negro con el que Lilly había posado en la foto del sitio Web.

Se acordó de algo. Volvió a poner la percha en su lugar y regresó al otro dormitorio. La cama no era la cama de barrotes de la foto. En ese momento se dio cuenta de qué era lo que no encajaba, lo que le había preocupado de la dirección de Venice. El anuncio de Internet. Lilly decía que recibía a los clientes en una casita de playa discreta y limpia en el Westside. Esa no era una casa de playa y no era la misma cama, lo cual significaba que todavía existía una

dirección relacionada con Lilly Quinlan que debía encontrar.

Pierce se quedó de piedra cuando oyó un ruido procedente de la parte anterior de la casa. Se dio cuenta de que como artista del asalto aficionado había cometido un error. Debería haber revisado rápidamente toda la casa para asegurarse de que estaba vacía antes de empezar por el fondo y avanzar lentamente hacia la entrada.

Aguardó, pero no se produjo ningún otro sonido. Había sido un único golpe seco seguido por lo que sonaba como algo que rodaba por el suelo de madera. Lentamente avanzó hacia la puerta del dormitorio y luego miró al recibidor. Lo único que vio fue la pila de correo delante de la puerta de entrada.

Se hizo a un lado del pasillo, donde era menos probable que el suelo de madera crujiera, y avanzó lentamente hacia la parte delantera de la vivienda. El pasillo se abría a una sala a la izquierda y a un comedor a la derecha. No había nadie en ninguna de las dos estancias y tampoco vio nada que pudiera explicar el ruido que había oído.

La sala de estar se mantenía en orden. Los muebles de estilo artesanal estaban a tono con la casa. Lo que desentonaba era el doble estante de productos electrónicos de gama alta situados debajo de la televisión de plasma que colgaba de la pared. Lilly Quinlan tenía equipamiento de ocio doméstico que probablemente le había costado veinticinco mil dólares: el sueño erótico de un fanático de la modernidad. Parecía en contradicción con todo lo que había visto hasta el momento.

Pierce se acercó a la puerta y se agachó junto a la pila de correo. Empezó a revisarlo. La mayoría era correo basura dirigido al «Residente actual». Había dos sobres de All American Mail, los avisos de impago. Había facturas de tarjetas de crédito y extractos bancarios, así como un sobre grande de la Universidad del Sur de California.

Pierce buscaba específicamente cartas —facturas— de la compañía telefónica, pero no vio ninguna. Le extrañó, aunque enseguida supuso que probablemente le enviaban las facturas telefónicas a su casilla de All American Mail. Se guardó uno de los extractos bancarios y una factura de Visa en el bolsillo de atrás de los vaqueros sin pensárselo dos veces; su primera idea fue que estaba complementando el delito de entrar en una casa sin permiso con un robo de correo. Decidió abandonar esa línea de raciocinio.

En el comedor encontró un escritorio de persiana apoyado contra la pared del fondo. Giró una silla de la mesa hacia el escritorio, subió la persiana de este y se sentó. Revisó rápidamente los cajones y determinó que era el lugar donde Lilly preparaba el pago de sus facturas. Había talonarios de cheques, sellos y bolígrafos en el cajón central. Los cajones de ambos lados del escritorio estaban llenos de sobres de compañías de tarjetas de crédito, luz, gas y otras facturas. Encontró una pila de sobres de Entrepreneurial Concepts Unlimited, aunque

estaban dirigidos al apartado postal. En cada uno de los sobres, Lilly había anotado la fecha en la que había pagado la factura. De nuevo llamaba la atención la ausencia de facturas telefónicas viejas. Aunque no las recibiera en esa dirección, daba la impresión de que extendía los cheques para abonar todas sus facturas desde ese escritorio. Pero no había recibos, ni sobres con la fecha de pago escrita en ellos.

Pierce no tenía tiempo de demorarse en eso ni tampoco podía revisar todas las facturas. De todos modos, no estaba seguro de qué iba a encontrar en ellas que pudiera ayudarle a determinar lo que le había ocurrido a Lilly Quinlan. Volvió al cajón del centro y rápidamente examinó los resguardos de los talonarios de cheques. No había actividad en ninguna cuenta desde final de julio. Retrocediendo rápidamente por uno de los talonarios, descubrió el comprobante de pago a la compañía telefónica hasta el mes de junio. De manera que Lilly había pagado la factura telefónica con un cheque del talonario que tenía en la mano y muy probablemente lo había extendido en el escritorio en el que estaba sentado. Sin embargo, no logró encontrar ningún otro registro de la facturación en los cajones. Ni siquiera encontró un teléfono.

Apurado por las circunstancias, Pierce se rindió ante la contradicción y cerró el cajón. Cuando se estiró para cerrar el escritorio de persiana vio un librito al fondo de los separadores verticales. Era una pequeña agenda telefónica personal. Fue pasando las hojas con el pulgar y descubrió que estaba llena de entradas escritas a mano. Sin pensárselo dos veces, se guardó la agenda en el bolsillo de atrás junto con el correo que había decidido llevarse.

Cerró la persiana del escritorio, se levantó y procedió a un último examen de las dos habitaciones de la parte delantera, buscando infructuosamente un teléfono. Casi inmediatamente vio una sombra que se movía detrás de las cortinas de la ventana de la sala de estar. Alguien se acercaba a la casa.

Pierce sintió una cuchillada de puro pánico. No sabía si esconderse o correr por el pasillo y huir por la puerta de atrás. Pero no pudo hacer nada. Estaba allí paralizado, incapaz de mover los pies mientras oía pasos en la entrada embalsada.

Un clac metálico le hizo saltar. Un instante después, una pequeña pila de cartas fue empujada por la rejilla y cayó al suelo sobre el resto de la correspondencia. Pierce cerró los ojos.

—¡Por Dios! —susurró al tiempo que espiraba el aire y trataba de calmarse.

La sombra cruzó de nuevo las persianas de la sala, en dirección contraria. Y desapareció.

Pierce se acercó y miró la última remesa del cartero. Unas pocas facturas más, pero principalmente correo basura. Apartó los sobres con el pie para asegurarse y entonces vio uno pequeñito con la dirección escrita a mano. Se agachó para recogerlo. En la esquina superior izquierda del sobre decía «V.

Quinlan», pero no había más remite. El sello estaba parcialmente manchado y sólo logró distinguir las letras «pa, Fla». Dio la vuelta al sobre y vio que tendría que rasgarlo si quería abrirlo.

Había algo en el hecho de abrir esa misiva obviamente personal que le parecía más entrometido y delictivo que nada de lo que había hecho hasta entonces. Pero su vacilación no duró demasiado. Abrió el sobre con una uña y sacó una hojita de papel doblada. Era una carta fechada cuatro días antes.

Lilly:

Estoy preocupadísima por ti. Si recibes esto, por favor llámame para que sepa que estás bien. Por favor, cariño. Desde que has dejado de llamarme no he podido dormir. Estoy muy preocupada por ti y por ese trabajo tuyo. Aquí las cosas nunca fueron demasiado bien y sé que yo me equivoqué. Pero creo que deberías decirme si estás bien. Si recibes esto, llámame enseguida, por favor.

Te quiero,

Mamá

Lo leyó dos veces y luego volvió a doblar la hoja y la devolvió al sobre. Más que ninguna otra cosa en el apartamento, incluida la fruta podrida, la carta inspiró en Pierce una sensación de fatalidad. No creía que la carta de V. Quinlan fuera a ser contestada nunca, ni por medio de una llamada ni de ninguna otra forma.

Pierce cerró el sobre lo mejor que pudo y lo enterró rápidamente en la pila de correo del suelo. La intrusión del cartero había servido para infundirle cierto sentido del riesgo que estaba corriendo al estar en la casa. Ya tenía bastante. Se volvió rápidamente y recorrió de nuevo el pasillo hacia la cocina.

Salió por la puerta de atrás y la cerró, pero no echó la llave. Tan disimuladamente como podía hacerlo un delincuente aficionado, dobló la esquina de la casa y se dirigió hacia la calle por el sendero de entrada.

Ya estaba a medio camino por el lateral de la casa cuando oyó un fuerte sonido seco procedente del tejado y acto seguido una piña que caía rodando por el alero y aterrizaba a sus pies. Al acercarse, Pierce se dio cuenta de lo que había causado el ruido que le había alarmado antes. Asintió al comprenderlo. Al menos había resuelto un misterio.

—Luces.

Pierce rodeó el escritorio y se sentó. Sacó de la mochila todo lo que se había llevado de la casa de Lilly Quinlan. Tenía una factura de la tarjeta Visa, un extracto bancario y una agenda de teléfonos.

Empezó pasando las hojas de la agenda. Había bastantes hombres designados sólo por el nombre de pila o por el nombre y una inicial. Los números cubrían toda la gama de códigos de área. Había muchos locales, pero todavía más con prefijos de fuera de Los Angeles. También figuraban varios hoteles y restaurantes de la ciudad, así como un concesionario Lexus de Hollywood. Vio el nombre de Robin y el de ECU, que sabía que era Entrepreneurial Concepts Unlimited.

Bajo el encabezamiento «Dallas» había varios números de hoteles, restaurantes y nombres de pila de varones. Lo mismo ocurría con Las Vegas.

Encontró una anotación correspondiente a Vivian Quinlan con un prefijo telefónico 813 y una dirección de Tampa, Florida; lo cual resolvía el misterio del matasellos manchado. Hacia el final de la agenda encontró a alguien llamado Wainwright, con el número de teléfono y una dirección de Venice que no estaba lejos de la casa de Altair.

Volvió a la Q y utilizó el teléfono de su escritorio para llamar a Vivian Quinlan. Una mujer contestó al segundo timbrado. Su voz era rasposa, como una escoba barriendo la acera.

—¿Hola?

—¿Señora Quinlan?

—¿Sí?

—Ah, hola, la llamo desde Los Angeles. Me llamo Henry Pierce y...

—¿Es por Lilly? —La voz tenía un tono de ansiedad y desesperación.

—Sí. Estoy tratando de localizarla y me preguntaba si usted podría ayudarme.

—Oh, ¡gracias a Dios! ¿Es usted policía?

—Eh..., no, señora, no.

—No importa. Por fin hay alguien que se interesa.

—Bueno, sólo estoy tratando de encontrarla, señora Quinlan. ¿Ha tenido

noticias de ella últimamente?

—Ninguna desde hace más de siete semanas, y eso no es propio de Lilly. Siempre llamaba. Estoy muy preocupada.

—¿Ha contactado con la policía?

—Sí, he llamado y he hablado con los de Personas Desaparecidas. No estaban interesados porque ella es adulta y por la forma en que se gana la vida.

—¿Cómo se gana la vida, señora Quinlan?

Hubo cierta vacilación.

—Pensaba que había dicho que...

—Sólo soy un conocido.

—Ella trabaja de acompañante de caballeros.

—Ya veo.

—Sin sexo, ni nada. Me cuenta que casi siempre va a cenar con hombres de esmoquin.

Pierce lo dejó pasar como una negación materna de lo obvio. Era algo que había visto antes en su propia familia.

—¿Qué le dijo la policía de ella?

—Sólo que puede que se marchara con uno de esos tipos y que probablemente pronto tendré noticias tuyas.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un mes. Verá, Lilly me llama todos los sábados por la tarde. Cuando pasaron dos semanas sin que telefonara avisé a la policía. No volvieron a llamarme. Después de la tercera semana, llamé otra vez y hablé con Personas Desaparecidas. Ni siquiera hicieron un informe ni nada, sólo me dijeron que continuara esperando. No les importó.

Por alguna razón una visión se coló en la mente de Pierce y lo distrajo. Era la noche que había llegado de Stanford. Su madre estaba esperándolo en la cocina, con las luces apagadas. Simplemente lo esperaba allí para contarle la noticia de su hermana Isabelle.

Cuando habló a la madre de Lilly Quinlan, era su propia madre.

—He llamado a un detective privado, pero no me ha ayudado. Tampoco ha podido encontrarla.

El contenido de lo que la señora Quinlan estaba diciendo finalmente devolvió a Pierce al presente.

—Señora Quinlan, ¿está ahí el padre de Lilly? ¿Puedo hablar con él?

—No, hace mucho que se fue. No ha estado aquí desde hace doce años... desde el día que lo encontré con ella.

—¿Está en prisión?

—No, simplemente se fue.

Pierce no sabía qué decir.

—¿Cuándo se trasladó Lilly a Los Angeles?

—Hace unos tres años. Antes fue a una escuela de azafatas en Dallas, pero nunca hizo ese trabajo. Después se instaló en Los Angeles. Ojalá se hubiera hecho azafata de vuelo. Yo le decía que en el trabajo de las chicas de compañía, aunque no tenga relaciones sexuales con esos hombres..., la gente seguirá pensando que las tiene.

Pierce asintió. Suponía que era un consejo de madre sensato. Se imaginaba a una mujer obesa, con mucho pelo y un cigarrillo en la comisura de los labios. Entre eso y su padre, no era de extrañar que Lilly se hubiera marchado lo más lejos posible de Tampa. Lo que le sorprendía era que sólo hiciera tres años que se había ido.

—¿Dónde contrató a un detective privado, en Tampa o aquí en Los Angeles?

—Allí. No serviría de mucho contratar uno aquí.

—¿Cómo contactó con él?

—El policía de Personas Desaparecidas me envió una lista. Lo elegí de allí.

—¿Vino aquí a buscarla, señora Quinlan?

—No tengo buena salud. El doctor dice que tengo enfisema y dependo de la botella de oxígeno. No serviría de mucho que fuera a Los Angeles.

Pierce reconstruyó su imagen de ella. El cigarrillo había desaparecido y lo había sustituido un tubo de oxígeno. El pelo abundante permanecía. Pensó en qué más podía preguntar o qué información podría obtener de la mujer.

—Lilly me dijo que le estaba enviando dinero.

Era una suposición. Parecía concordar con la relación madre-hija.

—Sí, y si la encuentra, dígame que me estoy quedando sin nada. Tengo que pagarle una fortuna al señor Glass.

—¿Quién es el señor Glass?

—Es el detective privado que he contratado. Pero desde que ya no puedo pagarle no he vuelto a tener noticias suyas.

—¿Puede darme su nombre completo y su número de teléfono?

—Voy a buscarlo.

La mujer dejó el teléfono y tardó dos minutos antes de volver y proporcionarle a Pierce el número y dirección del investigador privado. El nombre completo era Philip Glass y su oficina estaba en Culver City.

—Señora Quinlan, ¿tiene alguna otra forma de contactar con Lilly? ¿Amigos o algo parecido?

—No, nunca me dio ningún número ni me habló de amigos. Sólo mencionó a esa chica Robin con la que trabajaba a veces. Robin era de Nueva Orleans y me dijo que tenían cosas en común.

—¿Dijo el qué?

—Creo que tuvieron el mismo tipo de problemas con hombres en sus familias cuando eran jóvenes. Creo que se refería a eso.

—Entiendo.

Pierce estaba tratando de pensar como un detective. Vivían Quinlan parecía una pieza importante del rompecabezas, aunque no se le ocurría ninguna otra pregunta. Estaba a cinco mil kilómetros de distancia y obviamente estaba literal y metafóricamente distante del mundo de su hija. Miró la agenda de teléfonos del escritorio que tenía delante de él y finalmente se le ocurrió una pregunta.

—¿Significa algo para usted el nombre de Wainwright, señora Quinlan? ¿Lo mencionaron alguna vez Lilly o el señor Glass?

—Um, no. El señor Glass no mencionó ningún nombre. ¿Quién es?

—No lo sé. Creo que es alguien a quien conocía.

Eso era todo. No tenía nada más.

—Muy bien, señora Quinlan, voy a seguir tratando de encontrarla y cuando lo haga le diré que la llame.

—Se lo agradezco, y asegúrese de mencionar lo del dinero. Me estoy quedando sin nada.

—Muy bien. Lo haré.

Pierce colgó y pensó por unos momentos en lo que sabía. Probablemente sabía demasiado de Lilly. Le hizo sentirse deprimido y triste. Esperaba que alguno de sus clientes se la hubiera llevado con la promesa de riquezas y lujo. Tal vez estaba en algún lugar de Hawai o en el ático de un hombre rico en París.

Pero lo dudaba.

—Hombres de esmoquin —dijo en voz alta.

—¿Qué?

Levantó la cabeza. Charlie Condon estaba en el umbral. Pierce había dejado la puerta abierta.

—Ah, nada. Hablaba solo. ¿Qué estás haciendo aquí?

Pierce se dio cuenta de que la agenda de Lilly Quinlan y su correo estaban esparcidos delante de él. Disimuladamente cogió el planificador diario que tenía en el escritorio, lo miró como si estuviera comprobando una fecha y luego lo puso encima de los sobres que tenían el nombre de Lilly escrito.

—Te he llamado a tu nuevo número y se ha puesto Mónica. Dijo que supuestamente ibas a estar aquí mientras ella esperaba los muebles. Pero nadie contestaba en el laboratorio ni en tu oficina, así que me he pasado.

Charlie se apoyó en el marco de la puerta. Era un hombre atractivo y lucía lo que aparentemente era un bronceado perpetuo. Había trabajado de modelo en Nueva York durante unos años antes de aburrirse y volver a la universidad para sacarse un master en finanzas. Los había presentado un banquero de inversiones que sabía que Condon era experto en conseguir capitales para empresas de tecnología emergente cortas de activos. Pierce se había unido a Condon porque este le había prometido conseguir inversores para Amedeo Technologies sin que él tuviera que sacrificar el control. A cambio, Charlie se quedaba con el 10% de la compañía, una porción que en última instancia podría valorarse en cientos de

millones, si ganaban la carrera y salían a bolsa con una oferta pública de acciones.

—Me he perdido tus llamadas —dijo Pierce—. En realidad acabo de llegar. He parado a comer algo por el camino.

Charlie asintió.

—Pensaba que estarías en el laboratorio.

Lo que significaba: ¿por qué no estás en el laboratorio, que hay trabajo que hacer? Estamos en una carrera. Tenemos que hacer una presentación a una ballena. No puedes crear un mundo en una mota de polvo desde la oficina.

—Sí, no te preocupes. Ahora iré. Sólo tengo que revisar el correo. ¿Has venido hasta aquí para controlarme?

—En realidad no. Pero sólo tenemos hasta el jueves para ponernos las pilas con Maurice. Quiero asegurarme de que todo va bien.

Pierce sabía que estaban concediendo demasiada importancia a Maurice Goddard. Incluso el *mail* de Charlie en que se refería al inversor como Dios era una indicación subliminal de esto. Era cierto que el número de feria del jueves sería el número de feria más importante de todos los tiempos, pero Pierce se estaba preocupando cada vez más por la fe ciega de Condon en el acuerdo con Goddard. Estaban buscando un inversor dispuesto a dedicar al menos seis millones de dólares al año durante un mínimo de tres o cuatro años. Goddard, según la «auditoria» llevada a cabo por Nicole James y Cody Zeller, contaba con 250 millones de dólares, gracias a que había invertido pronto en empresas como Microsoft. Estaba claro que Goddard tenía el dinero. Pero si no ofrecía un plan de financiación importante después de la presentación del jueves, entonces tendrían que buscar otro inversor. Y el trabajo de Condon consistía en encontrarlo.

—No te preocupes —dijo Pierce—. Estaremos listos. ¿Va a venir Jacob?

—Aquí estará.

Jacob Kaz era el abogado de patentes de la firma. Ya tenían cincuenta y ocho patentes registradas o solicitadas y Kaz iba a presentar nueve más el lunes, después de la presentación a Goddard. Las patentes eran la clave de la carrera. El control de las patentes suponía estar metido en la lucha desde el principio y la posibilidad de hacerse con el control del mercado. Las nueve nuevas solicitudes de patentes, las primeras que surgían del proyecto Proteus, enviarían una onda expansiva por el nanomundo. Pierce casi sonrió al pensarlo. Y Condon pareció leerle el pensamiento.

—¿Aún no has mirado las patentes?

Pierce palpó en el espacio para las rodillas de debajo de su escritorio y golpeó con el puño la caja fuerte atornillada al suelo, donde estaban guardados los borradores de las patentes. Pierce tenía que aprobarlos antes de que se presentaran, pero era un lectura muy pesada y había estado distraído por otras

cosas incluso antes de que surgiera Lilly Quinlan.

—Aquí están. Pienso ponerme hoy o volver mañana.

Iba contra la política de la empresa que Pierce se llevara los formularios a casa para revisarlos.

Condon asintió a modo de aprobación.

—Muy bien. Entonces, ¿todo en orden? ¿Estás bien?

—¿Te refieres a Nicki y todo eso?

Charlie asintió.

—Sí, estoy bien. Trato de mantener la cabeza en otras cosas.

—Como el laboratorio, espero.

Pierce se reclinó en la silla, separó las manos y sonrió. Se preguntó qué le habría explicado Mónica a Condon cuando este había llamado al apartamento.

—Aquí estoy.

—Bueno, bien.

—Por cierto, Nicole dejó otro recorte en el archivo de Bronson sobre el acuerdo con Tagawa. Ha salido en los medios.

—¿Alguna novedad?

—Nada que no supiéramos. Elliot dijo algo de los biológicos. Muy general, pero nunca se sabe. Tal vez tiene noticias de Proteus.

Mientras lo decía, Pierce miró más allá de Condon al cartel enmarcado que colgaba en la pared de su oficina, junto a la puerta. Era el póster de la película de 1966 *Viaje alucinante*. Mostraba al submarino blanco *Proteus* descendiendo a través de un mar multicolor de fluidos corporales. Era un cartel original. Se lo había conseguido Cody Zeller, quien a su vez lo había obtenido en una subasta *on-line* de objetos de interés de Hollywood.

—A Elliot le gusta hablar —dijo Condon—. No sé cómo podría saber algo de Proteus. Pero después de que se registre la patente lo conocerá. Se pondrá hecho una furia. Y Tagawa sabrá que no ha apostado al caballo ganador.

—Sí, eso espero.

Ese mismo año habían flirteado con Tagawa, pero la empresa japonesa quería una porción demasiado grande de la compañía a cambio de su dinero, y las negociaciones se rompieron pronto. Aunque Proteus se mencionó en las primeras reuniones, los representantes de Tagawa jamás llegaron a estar completamente informados y nunca se acercaron al laboratorio. Pierce trató de recordar qué se mencionó exactamente del proyecto, porque era lógico que la información hubiera pasado al nuevo socio de Tagawa, Elliot Bronson.

—Si necesitas algo, házmelo saber.

La intervención sacó a Pierce de sus pensamientos.

—Gracias, Charlie. ¿Te vuelves a casa?

—Probablemente, Melissa y yo vamos a cenar a Jar esta noche. ¿Quieres venir? Puedo llamar y que preparen la mesa para tres.

—No, pero gracias. Hoy me llegan los muebles y seguramente me dedicaré a poner orden en casa.

Charlie asintió y luego dudó un momento antes de plantear la siguiente pregunta.

—¿Vas a cambiar tu número de teléfono?

—Sí, creo que he de hacerlo. Será lo primero que haga el lunes. Mónica te lo ha contado, ¿eh?

—Un poco. Me ha dicho que te han dado el viejo número de una prostituta y que los tíos no paran de llamar.

—Es chica de compañía, no prostituta.

—Ah, no sabía que hubiera una gran diferencia.

Pierce no podía creer que hubiera saltado a defender a una mujer a la que ni siquiera conocía. Sintió que se ruborizaba.

—Probablemente no la hay. Da igual, cuando te vea el lunes ya podré darte un número nuevo, ¿vale? ¡Quiero terminar aquí, así podré ir al laboratorio y hacer algo hoy!

—Muy bien, socio. Nos vemos el lunes.

Condon se marchó, y cuando Pierce se hubo asegurado de que estaba al otro lado del pasillo, se levantó y cerró la puerta. Se preguntó qué más le habría contado Mónica, y si ella estaba dando la voz de alarma respecto a sus actividades. Pensó en llamarla, pero decidió esperar a más tarde, para hablar con ella en persona.

Volvió a la agenda de Lilly y la repasó otra vez. Casi al final se fijó en una anotación en la cual no había reparado antes. Simplemente decía USC y había un teléfono. Pierce pensó en el sobre que había visto en casa de Lilly. Levantó el teléfono y marcó el número. Le salió una grabación de la oficina de admisiones de la Universidad del Sur de California. La oficina estaba cerrada los fines de semana.

Pierce colgó. Se preguntó si Lilly había pasado por el proceso de solicitar plaza para la universidad cuando había desaparecido. Tal vez estaba tratando de dejar el oficio. Tal vez esa era la razón de su desaparición.

Puso la agenda a un lado y abrió la factura de la Visa. No había ninguna compra con tarjeta correspondiente al mes de agosto y se fijó en que había un plazo vencido de 354,25 dólares. El pago debía haberse hecho efectivo el 10 de agosto.

El extracto del Washington Savings & Loan era el documento siguiente. Se trataba de un extracto combinado que mostraba los saldos en cuenta corriente y en cuentas de ahorro. Lilly Quinlan no había hecho ningún depósito en el mes de agosto, pero no andaba corta de fondos. Tenía 9240 dólares en la cuenta corriente y 54 542 en las de ahorros. No bastaba para cuatro años en la USC, pero habría sido un sólido punto de partida si Lilly estaba cambiando de rumbo.

Pierce revisó el extracto y la colección de cheques que el banco le había cargado en cuenta. Se fijó en uno a Vivian Quinlan por 2000 dólares y supuso que esa era la cuota mensual de mantenimiento materno. Otro cheque, este de 4000 dólares, había sido extendido a James Wainwright y en la línea de comentarios Lilly había escrito « Alquiler » .

Pierce se golpeó suavemente la mejilla con el cheque mientras pensaba en el posible significado de este dato. Le parecía que 4000 dólares era una suma excesiva para el bungalow de Altair. Se preguntaba si había pagado por más de un mes con el cheque.

Volvió a poner el cheque en la pila y terminó de revisar los registros bancarios. No hubo nada más que captara su interés y volvió a poner los cheques y el extracto en el sobre.

La sala de fotocopias del tercer piso estaba cerca del despacho de Pierce. La sala, además de una copiadora y un fax, contenía una trituradora de documentos. Pierce entró, abrió su mochila y echó la correspondencia de Lilly Quinlan a la trituradora. El silbido de la máquina le pareció lo bastante audible como para llamar la atención del servicio de seguridad. Pero no vino nadie. Sintió que lo invadía una sensación de culpa. No sabía nada de las leyes de robo de correspondencia federal, pero estaba seguro de que probablemente había agravado el delito al destruir el correo.

Cuando hubo finalizado se asomó al pasillo y verificó que estaba solo en la planta. Entonces volvió y abrió uno de los archivadores donde se almacenaban las resmas de papel de copia. Sacó de la mochila la agenda de Lilly Quinlan y la dejó detrás del papel apilado. Creía que podría quedarse allí un mes sin que nadie la descubriera.

Una vez que concluyó con la ocultación y destrucción de las pruebas de su delito, Pierce cogió el ascensor al sótano y pasó por la trampa hasta el complejo de laboratorios. Se fijó en la lista de entrada y vio que esa mañana había estado Grooms, así como Larraby y algunas otras ratas de laboratorio de un nivel más bajo en el escalafón laboral. Todos habían entrado y salido. Pierce cogió el bolígrafo y estaba a punto de firmar cuando se lo pensó mejor.

En la consola de ordenadores, Pierce introdujo las tres claves en el orden correcto para un sábado y se conectó. Abrió los protocolos de pruebas del proyecto Proteus. Empezó a leer los resúmenes de los tests más recientes de índices de conversión de energía celular, que había realizado Larraby esa mañana.

Pero entonces se detuvo. Seguía sin poder concentrarse en el trabajo. Estaba consumido por otras ideas, y sabía por experiencia del pasado —y el proyecto Proteus era un ejemplo— que tendría que terminar con aquello que le absorbía si quería volver al trabajo.

Apagó el ordenador y salió del laboratorio. De regreso en su despacho, sacó

la libreta de la mochila y marcó el número del detective privado Philip Glass. Como esperaba, teniendo en cuenta que era sábado por la tarde, le salió el contestador. Dejó un mensaje.

—Señor Glass, me llamo Henry Pierce. Me gustaría hablar con usted lo antes posible acerca de Lilly Quinlan. Su madre me dio su nombre y dirección. Espero hablar con usted pronto. Puede llamarme en cualquier momento.

Dejó el número de su apartamento y el de la línea directa de su oficina y colgó. Se dio cuenta de que Glass podría reconocer que el número de su apartamento era el que había pertenecido a Lilly Quinlan.

Pierce tamborileó con los dedos en el borde del escritorio. Trató de pensar en cuál debía ser el siguiente paso. Decidió que iría a ver a Cody Zeller. Pero primero llamó al número de su apartamento y Mónica contestó con voz brusca.

—¿Qué?

—Soy yo, Henry. ¿Aún no han llegado mis muebles?

—Acaban de llegar. Por fin. Lo primero que van a subir es la cama. Oye, no me eches la culpa si no te gusta dónde ponen las cosas.

—Dime una cosa, ¿les has pedido que pongan la cama en el dormitorio?

—Claro.

—Entonces seguro que me parecerá bien. ¿Por qué estás tan brusca?

—Es este maldito teléfono. Cada quince minutos llama algún asqueroso preguntando por Lilly. Te diré una cosa: no sé dónde está, pero seguro que es rica.

Pierce tenía cada vez más la sensación de que allá donde estuviera el dinero no importaba. Pero no lo dijo.

—¿Sigue habiendo llamadas? Me dijeron que a las tres en punto habrían quitado el número de la página Web.

—Bueno, acaban de llamarme hace cinco minutos. Antes de que pudiera decirle que no era Lilly, el tío ya me había preguntado si hacía masajes de próstata, sea lo que sea. Le colgué. Es completamente asqueroso.

Pierce sonrió. Él tampoco sabía lo que era. Pero trató de que su voz no trasluciera humor.

—Lo siento. Con un poco de suerte no tardarán mucho en subirlo todo y tú podrás irte en cuanto hayan terminado.

—Gracias a Dios.

—Tengo que ir a Malibú, de lo contrario volvería ahora.

—¿Malibú? ¿Qué pasa en Malibú?

Pierce lamentó haberlo mencionado. Había olvidado su anterior interés y desaprobación por lo que estaba haciendo.

—No te preocupes, no tiene nada que ver con Lilly Quinlan —mintió—. Voy a ver a Cody Zeller por un asunto.

Sabía que era una mala excusa, pero no tenía otra. Colgaron y Pierce empezó a guardarse la libreta en su mochila.

—Luces —dijo.

El trayecto hacia el norte por la autopista del Pacífico era lento, pero bonito. La autopista bordeaba el océano, y el sol estaba bajo por el lado izquierdo de Pierce. Hacía calor, pero tenía las ventanas bajadas y el techo solar abierto. No recordaba la última vez que había hecho ese recorrido. Quizá fue la vez que él y Nicole se habían escapado de Amedeo para comer tranquilamente y habían ido en coche hasta Geoffrey's, el restaurante con vistas al Pacífico y popular escenario de películas de Malibú.

Cuando llegó a las primeras construcciones de la población playera y las casas que se agolpaban al borde de la costa le robaban la visión del océano, redujo la marcha y buscó la vivienda de Zeller. No tenía la dirección a mano, de manera que tendría que reconocer la casa, en la que no había estado desde hacía más de un año. Las residencias de esa zona estaban adosadas y todas parecían iguales. Sin césped, construidas hasta el límite de la calle, planas como cajas de zapatos.

Le salvó ver el Jaguar XKR negro de Zeller que estaba estacionado enfrente del garaje cerrado de su casa. Ya hacía tiempo que Zeller había convertido su garaje en sala de trabajo y tenía que alquilar el garaje a un vecino para proteger su coche de noventa mil dólares. Que el coche estuviera fuera indicaba que o bien Zeller acababa de llegar a casa o estaba a punto de salir. Pierce llegaba justo a tiempo. Dio un giro de ciento ochenta grados y aparcó detrás del Jaguar, con cuidado de no abollar el automóvil que Zeller trataba como a una hermanita pequeña.

La puerta delantera de la casa se abrió antes de que Pierce llegara; o Zeller lo había visto a través de una de las cámaras montadas bajo el tejado o Pierce había activado un sensor de movimiento. Zeller era la única persona a la que conocía cuya paranoia rivalizaba con la suya. Probablemente era eso lo que los había unido en Stanford. Recordó que cuando cursaban el primer año de carrera Zeller tenía la teoría, a menudo citada, de que el presidente Reagan había caído en coma tras el intento de asesinato en el primer año de su presidencia y que había sido sustituido por un doble que era una marioneta de la extrema derecha. La teoría daba para unas risas, pero Zeller creía seriamente en ella.

—Doctor Strangelove, supongo —dijo Zeller.

—*Mein Führer*, ¡puedo andar! —replicó Pierce.

Había sido su saludo habitual desde Stanford, cuando vieron juntos *¿Teléfono rojo?*, *volamos hacia Moscú* en una retrospectiva de Kubrick en San Francisco.

Ambos intercambiaron el saludo que habían inventado en el relajado grupo de amigos al que pertenecían en la facultad. Se llamaban a sí mismos los Maléficos por la novela de Ross MacDonald. El saludo consistía en entrelazar los dedos como vagones de tren y luego darse tres rápidos apretones como cuando uno agarra una pelota de goma en un banco de sangre: los Maléficos habían vendido plasma de manera regular en la facultad para comprar cerveza, marihuana y software informático.

Pierce llevaba varios meses sin ver a Zeller y este no se había cortado el pelo desde entonces. Lo llevaba mal atado en la nuca, desarreglado y decolorado por el sol. Iba vestido con una camiseta Zuma Jay, pantalones holgados y sandalias de cuero. Tenía la piel del color cobrizo de las puestas de sol en días de niebla. Él siempre había tenido el aspecto al que aspiraban el resto de los Maléficos. Cumplidos los treinta y cinco, estaba empezando a parecer un surfista entrado en años incapaz de dejarlo, lo cual lo hacía más entrañable para Pierce. En muchos aspectos Pierce sentía que había capitulado y admiraba a Zeller por el camino que se había abierto en la vida.

—Vaya, vaya, el doctor Strangelove en persona. Tío, no llevas el bañador puesto y no veo tu tabla, así que ¿a qué debo este placer inesperado?

Hizo una seña a Pierce para que pasara y entraron en un espacioso *loft* que estaba partido en dos mitades: la mitad derecha servía de vivienda y la mitad izquierda estaba destinada al trabajo. Más allá de estas dos zonas había un ventanal de suelo a techo que se abría a la terraza y, justo detrás, al océano. El rítmico batir de las olas era el latido de la casa. Zeller le había contado a Pierce en una ocasión que era imposible dormir sin tapones para los oídos y una almohada encima de la cabeza.

—He pensado en dar una vuelta y ver cómo estaba esto —contestó Pierce.

Camaron por el suelo de madera de haya hacia la panorámica. En una casa como aquella era un acto reflejo. Uno gravitaba hacia la vista, hacia el agua azul oscuro del Pacífico. Pierce vio una luz que se perdía en la niebla en el horizonte, pero ni un solo barco. Cuando se acercaron más al cristal miró al rompiente desde la barandilla de la terraza. Un reducido grupo de surfistas con bañadores multicolores estaban sentados en sus tablas, aguardando al momento adecuado. Pierce sintió que algo tiraba de él. Hacía mucho tiempo que no estaba allí. Siempre había sentido que la camaradería del grupo mientras se esperaba la cresta era una sensación más grata que el propio hecho de cabalgar la ola.

—Esos de ahí son mis chicos —dijo Zeller.

—Parecen adolescentes de instituto.

—Lo son. Y yo también.

Pierce asintió. Siéntete joven, permanece joven era una filosofía de vida habitual en Malibú.

—Siempre me olvido de lo bien que vives aquí, Code.

—Para no haber terminado la facultad, no puedo quejarme. Es mejor que vender la pureza esencial por veinticinco pavos la bolsa.

Zeller se estaba refiriendo al plasma. Pierce dio la espalda a la panorámica del Pacífico. En la zona de vivienda había sofás grises a juego y una mesita de café enfrente de una chimenea no empotrada con un acabado industrial, de hormigón. Detrás de la chimenea se hallaba la cocina y a la izquierda el dormitorio.

—¿Cerveza, colega? Tengo Pacífico y Saint Mike.

—Sí, claro. Cualquiera.

Mientras Pierce iba a la cocina, Pierce se acercó a la zona de trabajo. Una enorme estantería de suelo a techo llena de material electrónico bloqueaba la luz del exterior y servía de partición. Había dos escritorios y otro conjunto de estantes con libros de código y manuales de software y sistemas. Pierce pasó a través de la cortina de plástico que había sido la puerta al garaje. Bajó un escalón y se encontró en una sala de ordenadores climatizada. Había dos puestos de ordenador completos, ambos equipados con múltiples pantallas. Los dos sistemas parecían en funcionamiento. Las columnas de datos se movían por las pantallas como gusanos que reptaban por el proyecto en el que Zeller estaba trabajando. Las paredes de la sala estaban cubiertas con espuma negra para ahogar el ruido exterior. La sala se hallaba tenuemente iluminada con puntos de luz. En un equipo de música que no estaba a la vista sonaba un viejo disco de los Guns N'Roses que Pierce no había oído desde hacía más de diez años.

Una procesión de pegatinas de logos de compañías y marcas registradas cubría la pared acolchada del fondo. La mayoría eran nombres de empresas omnipresentes en la vida cotidiana. Había muchas más pegatinas en la pared que en la última visita de Pierce. Este sabía que Zeller enganchaba un logo cada vez que conseguía introducirse con éxito en los servidores de la empresa en cuestión. Eran las muescas de su cinturón.

Zeller ganaba quinientos dólares la hora como *hacker* de guante blanco. Era el mejor. Trabajaba de forma independiente, normalmente vendiendo sus servicios a una de las seis grandes compañías auditoras para llevar a cabo pruebas de penetración en sus clientes. En cierto modo era un fraude. Raro era el sistema que Zeller no podía derrotar. Y después de cada penetración con éxito su empleador normalmente conseguía un jugoso contrato de seguridad digital, con una buena prima para Zeller. Este le había dicho en una ocasión a Pierce que la seguridad digital era el sector de crecimiento más rápido en la industria de las empresas auditoras. Constantemente le llovían ofertas succulentas para trabajar a tiempo completo en una u otra de las grandes firmas, pero siempre ponía

reparos, argumentando que le gustaba trabajar por su cuenta.

Zeller entró en la sala acondicionada con dos botellas marrones de San Miguel. Entrechocaron las botellas antes de beber. Otra tradición. A Pierce le gustó. Suave y fría. Botella en mano, señaló un cuadrado rojo y blanco pegado a la pared. Era el símbolo empresarial más conocido del mundo.

—Ese es nuevo, ¿no?

—Sí, lo acabo de conseguir. Hice el trabajo en Atlanta. ¿Sabes cómo consiguieron una fórmula secreta para hacer el refresco? Ponían...

—Sí, cocaína.

—Eso es el mito urbano. Da igual, querían saber lo bien protegida que estaba la fórmula. Yo entré de cero. Tardé unas siete horas y entonces le mandé la fórmula por correo electrónico al director general. Él ni siquiera sabía que estábamos llevando a cabo un test de seguridad; lo había encargado gente que estaba por debajo de él. Me dijeron que casi le da un ataque al corazón. Supongo que tenía visiones de la fórmula viajando por Internet, cayendo en manos de Pepsi.

Pierce sonrió.

—Genial. ¿Estás trabajando en algo ahora mismo? La máquina parece ocupada. —Señaló a las pantallas con la botella.

—No, en realidad no. Estoy de pesca, buscando a alguien que sé que está escondido por ahí.

—¿Quién?

Zeller miró a Pierce y sonrió.

—Si te lo dijera tendría que matarte.

Era un comentario de índole laboral. Zeller estaba diciendo que parte de lo que él vendía era discreción. La amistad entre ambos se remontaba a buenos tiempos y a un momento muy malo —al menos para Pierce— en la facultad. Pero el trabajo era el trabajo.

—Entiendo —dijo Pierce—. Y no quiero entrometerme, así que déjame ir al grano. ¿Estás demasiado ocupado para aceptar un encargo?

—¿Cuándo tendría que empezar?

—Ayer, sería perfecto.

—Un rápido. Me encantan los rápidos. Y me gusta trabajar para Amedeo Tech.

—No es para la empresa, es para mí. Pero te lo pagaré.

—Eso me gusta más todavía. ¿Qué necesitas?

—Quiero observar a alguna gente y algunos negocios y a ver qué sale.

Zeller asintió, pensativo.

—¿Gente peligrosa?

—No lo sé, pero usaría todas las precauciones. Podríamos decir que se trata del mundo del ocio para adultos.

Esta vez Zeller sonrió de oreja a oreja y su piel quemada se arrugó en torno a los ojos.

—Oh, cielo, no me digas que se te ha quedado enganchada.

—No, nada de eso.

—¿Entonces qué?

—Vamos a sentarnos. Y será mejor que cojas algo para tomar notas.

En la sala de estar, Pierce le dio a Zeller toda la información que tenía de Lilly Quinlan sin mencionar de dónde la había sacado. También le pidió a Zeller que averiguara todo lo que pudiera de Entrepreneurial Concepts Unlimited y de Wentz, el hombre que lo dirigía.

—¿Sabes el nombre?

—No, sólo Wentz. Supongo que no habrá muchos en el sector.

—¿A fondo?

—Todo lo que puedas conseguir.

—¿Me mantengo dentro de las líneas?

Pierce vaciló. Zeller no dejó de mirarlo a los ojos. Le estaba preguntando a Pierce si quería que se mantuviera dentro de los límites establecidos por la ley. Pierce sabía por experiencia que podía descubrirse mucho más si Zeller cruzaba la frontera y se introducía en ordenadores a los que no estaba autorizado a acceder. Y sabía que Zeller era experto en cruzar esa frontera. Ambos habían formado los Maléficos cuando estaban en segundo curso de la facultad. La piratería informática estaba empezando a ponerse de moda entre los de su generación y los miembros del grupo, en gran medida bajo la dirección de Zeller, no se quedaron atrás. Sobre todo cometieron bromas, la mejor de las cuales fue cuando accedieron a la base de datos de información del 411 de la compañía telefónica local y cambiaron el número del Domino's Pizza más cercano al campus por el número de la casa del decano del Departamento de Ciencias de la Computación.

Pero su mejor momento fue también el peor. Los seis maléficos fueron detenidos por la policía y después suspendidos. Por el lado delictivo, todos salieron en condicional y los cargos fueron eliminados al cabo de seis meses sin mayores problemas. Cada uno de los chicos tuvo también que cumplir con ciento sesenta horas de trabajo para la comunidad. Por el lado académico, todos fueron suspendidos durante un semestre. Pierce volvió después de cumplir con la condicional y la suspensión. Bajo la lupa de la policía y los administradores de la facultad, cambió de ciencias de la computación a química y nunca volvió a mirar atrás.

Zeller tampoco miró atrás. No volvió a Stanford. Lo contrató una empresa de seguridad informática con un buen sueldo. Como un atleta con cualidades que deja la facultad para pasar a profesional, Zeller no podía volver a la facultad una vez que había probado los placeres de tener dinero y hacer lo que más le gustaba

en la vida.

—¿Sabes qué te digo? —respondió finalmente Pierce—. Consigue todo lo que puedas. De hecho, creo que alguna variación de abra cadabra te permitirá entrar en Entrepreneurial Concepts. Pruébalo primero del revés.

—Gracias por el empujoncito. ¿Cuándo lo necesitas?

—Como te he dicho ayer estaría bien.

—Vale, un rápido. ¿Estás seguro de que no has metido la polla en algo sucio?

—Sí.

—¿Nicole lo sabe?

—No, no hay ningún motivo para que lo sepa. Nicole me ha dejado, ¿recuerdas?

—Vale, vale. ¿Esa es la razón?

—No te rindes, ¿eh? No, no tiene nada que ver con ella.

Pierce se terminó la cerveza. No le apetecía quedarse, porque quería que Zeller se pusiera a trabajar en lo que le había encargado. Pero Zeller no parecía tener prisa por empezar.

—¿Quieres otra cerveza, comandante?

—No, paso. He de volver a mi apartamento. Tengo a mi secretaria con los chicos de los muebles. Además, vas a ponerte con esto, ¿no?

—Oh, claro, tío. Enseguida. —Hizo un gesto hacia la zona de trabajo—. Ahora mismo todas las máquinas están ocupadas. Pero me pondré esta noche. Te llamaré mañana por la noche.

—Vale, Code. Gracias.

Pierce se levantó. Ambos hombres chocaron las manos. Hermanos de sangre. Otra vez Maléficos.

II

Cuando Pierce llegó a su apartamento los transportistas ya se habían ido, pero Mónica seguía allí. Les había pedido que colocaran los muebles de una forma que resultaba aceptable. De hecho no se aprovechaba la vista del ventanal que ocupaba todo un lado de la sala de estar y el comedor, pero a Pierce no le importaba demasiado. De todos modos no iba a pasar mucho tiempo en el apartamento.

—Queda bien —dijo Pierce—. Gracias.

—De nada, espero que te guste todo. Estaba a punto de irme.

—¿Por qué te has quedado?

Ella cogió la pila de revistas con ambas manos.

—Quería acabar de leer una revista.

Pierce no entendía por qué eso implicaba que se quedara en el apartamento, pero lo dejó estar.

—Escucha, hay una cosa que quiero preguntarte antes de que te vayas. Siéntate un momento.

Mónica pareció desconcertada con la petición. Probablemente se vio a sí misma haciéndose pasar por Lilly Quinlan en otra llamada. No obstante, se sentó en uno de los sillones de cuero que ella había encargado junto con el sofá.

—Dime.

Pierce se sentó en el sofá.

—¿Cuál es tu categoría en Amedeo Technologies?

—¿Qué quieres decir? Ya sabes cuál es.

—Quiero saber si tú también la conoces.

—Secretaria personal del presidente. ¿Por qué?

—Porque quiero asegurarme de que recuerdas que eres secretaria personal, no sólo secretaria.

Ella parpadeó y miró a Pierce a los ojos durante un largo momento antes de responder.

—De acuerdo, Henry, ¿qué pasa?

—Lo que pasa es que no me ha gustado que le hablaras a Charlie Condon de los problemas con mi número de teléfono y de lo que estaba tratando de hacer al respecto.

Mónica se enderezó y puso cara de aterrorizada, pero era una mala actuación.

—No lo hice.

—Eso no es lo que él dijo. Y si tú no se lo dijiste, ¿cómo es que lo sabía todo después de hablar contigo?

—Oye, vale, lo único que le conté era que te habían dado el antiguo número de esa prostituta y estabas recibiendo todo tipo de llamadas. Tuve que decirle algo porque cuando llamó no le reconocí la voz y él no reconoció la mía y dijo «¿Quién es?», y yo casi le muerdo porque pensaba que, bueno, que estaba llamando a Lilly.

—Ajá.

—Y no se me ocurrió ninguna mentira en el momento. No soy tan buena como otros en mentir, o en esa ingeniería social o como sea que lo llaméis. Así que le dije la verdad.

Pierce casi mencionó que ella también acababa de mentir bastante bien al decir que no se lo había contado a Charlie, pero decidió no soliviantar los ánimos.

—¿Y eso es todo lo que le dijiste, que me habían dado el número de esa mujer? ¿Nada más? ¿No le contaste cómo conseguiste la dirección para mí y que yo fui a su casa?

—No, no lo hice. De todos modos, ¿qué problema hay? Sois socios, ¿o no? —Se levantó—. ¿Puedo irme, por favor?

—Mónica, quédate sentada un momento más. —Señaló la silla y ella volvió a sentarse de mala gana—. El problema es que por la boca muere el pez, ¿lo entiendes?

Mónica se encogió de hombros y bajó la mirada a la pila de revistas que tenía en su regazo. En la cubierta de una de ellas había una foto de Clint Eastwood.

—Mis acciones repercuten en la compañía —dijo Pierce—. Sobre todo en este momento. Incluso lo que hago en privado. Si lo que hago se interpreta mal o se exagera, podría dañar gravemente a la empresa. Ahora mismo nuestra empresa no produce dinero, y dependemos de que los inversores apoyen la investigación para pagar el alquiler, los salarios, todo. Si los inversores nos ven poco firmes, tendremos un problema gordo. Si información sobre mí (verdadera o falsa) llega a según qué gente, podríamos tener problemas.

—No sabía que Charlie fuera según qué gente —dijo ella con voz enfurruñada.

—No lo es, por eso no me preocupa lo que le has dicho a él, lo que me preocuparía es que le contaras a alguna otra persona lo que estoy haciendo y lo que me está pasando. A nadie, Mónica. Ni de dentro ni de fuera de la empresa.

Pierce confiaba en que ella hubiera entendido que se refería a Nicole y a cualquier otra persona que tratara en su vida cotidiana.

—No lo haré. No se lo diré a nadie. Y por favor no vuelvas a pedirme que me

implique en tu vida privada. No quiero esperar entregas ni hacer nada fuera de la empresa.

—De acuerdo. No te lo pediré. Ha sido error mío porque no pensaba que fuera a suponer un problema y tú me dijiste que te vendría bien el dinero extra.

—El dinero extra me viene bien, pero no me gustan todas estas complicaciones.

Pierce aguardó un momento, sin dejar de observarla.

—Mónica, ¿sabes lo que hacemos en Amedeo? Me refiero a si sabes de qué trata el proyecto.

Ella se encogió de hombros.

—Más o menos. Sé que es acerca de informática molecular. He leído algunos de los artículos de la pared de la fama. Pero son muy... científicos y todo es tan secreto que nunca he querido preguntar. Me limito a hacer mi trabajo.

—El proyecto no es secreto. Los procesos que inventamos sí lo son. No es lo mismo.

Pierce se inclinó hacia ella y trató de pensar en la mejor manera de explicárselo sin que resultara confuso y sin pisar terreno confidencial. Decidió servirse de una táctica que Charlie Condon utilizaba con frecuencia con potenciales inversores que se sentían confundidos por la ciencia. Era una explicación que se le había ocurrido a Charlie después de hablar del proyecto en general con Cody Zeller. A Cody le encantaba el cine. Y a Pierce también, aunque rara vez tenían tiempo para ir juntos a ver una película.

—¿Has visto *Pulp Fiction*?

Mónica entrecerró los ojos y asintió con suspicacia.

—Sí, pero qué tiene que ver con...

—Recuerdas que es una peli de gánsteres. Las historias se entrecruzan y disparan a gente y se meten drogas, pero en el núcleo de todo está ese maletín. Y aunque nunca enseñan lo que hay en el maletín, todos lo quieren. Y cuando alguien lo abre no ves lo que hay dentro, pero sea lo que sea brilla como el oro. Ves ese brillo. Y todo aquel que mira en el maletín queda fascinado.

—Lo recuerdo.

—Bueno, eso es lo que buscamos en Amedeo. Buscamos eso que brilla como el oro, pero que nadie puede ver. Vamos tras ello (y un montón de otra gente también) porque todos creemos que cambiará el mundo.

Pierce se detuvo un momento y ella se limitó a mirarlo, atónita.

—Ahora mismo, en todo el mundo, los chips de los procesadores están hechos de silicio, es el estándar, ¿sí?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Vale.

—Lo que intentamos hacer en Amedeo, y lo que trata de hacer Bronson Tech y Midas Molecular y las decenas de compañías y universidades y gobiernos de

todo el mundo con los que estamos compitiendo, es crear una nueva generación de chips hechos de moléculas. Construir un sistema informático completo sólo con moléculas orgánicas. Un ordenador que algún día surgirá de una cuba de productos químicos, que se montará a sí mismo a partir de la fórmula adecuada que se ponga en el tanque. Estamos hablando de un ordenador sin silicio ni partículas magnéticas. Es infinitamente más barato de construir y astronómicamente más potente; sólo una cucharadita de café de moléculas podría contener más memoria que el mayor ordenador que funciona hoy.

Ella esperó hasta estar segura de que Pierce había terminado.

—Guau —dijo de manera poco convincente.

Pierce sonrió ante la terquedad de Mónica. Sabía que probablemente había sonado de manera muy parecida a un vendedor. Como Charlie Condon, para ser precisos. Decidió intentarlo de nuevo.

—¿Sabes qué es la memoria de un ordenador, Mónica?

—Sí, bueno, supongo.

Pierce sabía por la cara que puso ella que estaba disimulando. Para la mayoría de la gente de la edad de su secretaria los ordenadores eran algo aceptado sin necesidad de explicación.

—Me refiero a si sabes cómo funciona —dijo Pierce—. Sólo es una secuencia de unos y ceros. Cada dato, cada número, cada letra tiene una secuencia específica de unos y ceros. Unes las secuencias y obtienes una palabra o un número. Hace cuarenta o cincuenta años hacía falta una computadora del tamaño de esta habitación para almacenar aritmética básica. Y ahora nos hemos reducido a un chip de silicio.

Levantó el pulgar y el índice separados por sólo un centímetro y luego los acercó hasta casi juntarlos.

—Pero podemos hacerlos más pequeños —dijo—. Mucho más pequeños.

La joven asintió, pero Pierce no sabía si había visto la luz o simplemente estaba asintiendo sin más.

—Moléculas —dijo ella.

—Eso es, Mónica. Y créeme, quien lo consiga antes va a cambiar este mundo. Es concebible que podamos construir todo un ordenador que sea más pequeño que un chip. Nuestro objetivo es coger un ordenador que ahora llena una habitación y hacerlo del tamaño de una moneda de diez centavos. Por eso en el laboratorio hablamos de «conseguir la moneda». Estoy seguro de que has oído el dicho en la oficina.

Ella negó con la cabeza.

—Pero para qué iba alguien a querer un ordenador del tamaño de una moneda. Ni siquiera se podría leer.

Pierce empezó a reír, pero se detuvo. Sabía que tenía que mantener a esa mujer callada y de su parte. No podía insultarla.

—Eso es sólo un ejemplo, una posibilidad. La cuestión es que la potencia de cálculo y memoria de este tipo de tecnología es ilimitada. Tienes razón, nadie quiere ni necesita un ordenador del tamaño de una moneda de diez centavos. Pero piensa en lo que este avance supondría para un PalmPilot o un portátil. ¿Qué te parece no tener que cargar con nada de eso? ¿Y si el ordenador estuviera en el botón de tu camisa o en la montura de tus gafas? ¿Qué te parecería que en tu oficina tu ordenador no estuviera en el escritorio sino en la pintura de las paredes? ¿Qué te parecería hablar a las paredes y que te respondieran?

Mónica negó con la cabeza y Pierce se dio cuenta de que seguía sin comprender las posibilidades ni sus aplicaciones. La joven no podía liberarse del mundo que conocía, entendía y aceptaba. Pierce sacó la cartera del bolsillo de atrás. Extrajo la American Express y la sostuvo ante ella.

—¿Y si esta tarjeta fuera un ordenador? ¿Y si contuviera un chip lo suficientemente potente para registrar todas las compras que se han hecho en esta cuenta junto con la fecha, la hora y el lugar de la compra? Me refiero a toda la vida de su usuario, Mónica. Un pozo sin fondo de memoria en este fino trozo de plástico.

Mónica se encogió de hombros.

—Supongo que estaría bien.

—Estamos a menos de cinco años de eso. Ahora mismo ya tenemos RAM molecular. Memoria de acceso aleatorio. Y estamos perfeccionando las puertas lógicas. Circuitos. Los unimos (lógica y memoria) y tendremos circuitos integrados, Mónica.

Pierce todavía se entusiasmaba al hablar de las posibilidades. Volvió a guardarse la tarjeta de crédito en la cartera y esta en el bolsillo. En ningún momento apartó la mirada de la secretaria y se dio cuenta de que seguía sin causar ningún efecto en ella. Decidió olvidarse de impresionarla e ir al grano.

—Mónica, la cuestión es que no estamos solos. Hay mucha competencia. Hay muchas empresas privadas como Amedeo Technologies. Un montón de ellas son más grandes y tienen mucho más dinero. También está DARPA y la UCLA y otras universidades, está...

—¿Qué es DARPA?

La Agencia de Proyectos de Investigaciones Avanzadas de Defensa. El gobierno. La agencia que tiene siempre un ojo en todas las tecnologías emergentes. Está respaldando varios proyectos distintos en nuestro campo. Cuando fundé la compañía, elegí conscientemente no tener de jefe al gobierno. Pero la cuestión es que la mayoría de nuestros competidores tienen buenos apoyos económicos y contactos. Nosotros no. Y por eso para avanzar necesitamos un flujo de financiación para mantenernos a flote. No podemos hacer nada que corte ese flujo o nos caemos de la carrera y Amedeo Technologies deja de existir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Una cosa sería que fuéramos un concesionario de coches o un negocio por el estilo. Pero creo que tenemos una oportunidad de cambiar el mundo. El equipo que he reunido en el laboratorio no tiene nada que envidiar a nadie. Tenemos la...

—He dicho que de acuerdo. Pero si todo esto es tan importante, tal vez deberías pensar en lo que estás haciendo tú. Yo sólo he hablado de ello. Eres tú el que va a su casa y hace cosas turbias.

Pierce sintió que se encendía y esperó a que su ira remitiera.

—Mira, tenía curiosidad por esto y quería asegurarme de que la mujer estaba bien. Si eso es ser turbio, entonces de acuerdo, fui turbio. Pero ahora he terminado. El lunes quiero que me cambies el número y con suerte será el final de este asunto.

—Bueno. ¿Puedo irme ya?

Pierce asintió. Se rendía.

—Sí, puedes irte. Gracias por esperar por los muebles. Espero que tengas un buen fin de semana, lo que queda de él, y te veré el lunes.

No la miró al decirlo ni cuando ella se levantó de la silla. Mónica se fue sin pronunciar una palabra más y Pierce se quedó enfadado. Decidió que una vez que las cosas se olvidaran se buscaría otra secretaria personal y Mónica volvería al grupo de las secretarías generales de la compañía.

Pierce se sentó en el sofá durante un rato, pero el teléfono lo sacó de su ensueño reflexivo. Otra llamada para Lilly.

—Llega tarde —dijo Pierce—. Ha dejado el negocio y ha entrado en la universidad. —Colgó.

Al cabo de un rato levantó de nuevo el teléfono y llamó a Información de Venice para solicitar el número de James Wainwright. Un hombre contestó su siguiente llamada y Pierce se levantó y caminó hasta la ventana mientras hablaba.

—Estoy buscando al casero de Lilly Quinlan —dijo—. Por la casa de Altair en Venice.

—Ese vendría a ser yo.

—Me llamo Pierce. Estoy tratando de localizar a Lilly y quería saber si había tenido algún contacto con ella en el último mes.

—Bueno, en primer lugar, no creo que lo conozca, señor Pierce, y no hablo de mis inquilinos con extraños a no ser que me expliquen qué desean y me convenzan de que debo actuar de otro modo.

—Me parece muy bien, señor Wainwright. No tengo problema en ir a verle en persona si lo prefiere. Soy un amigo de la familia. La madre de Lilly, Vivian, está preocupada por su hija porque no ha tenido noticias suyas desde hace ocho semanas. Me pidió que hiciera algunas averiguaciones. Puedo darle el número de Vivian en Florida por si quiere llamar y preguntar por mí.

Era un riesgo, pero Pierce pensó que valía la pena correrlo para convencer a Wainwright de que hablara. De todos modos, no estaba muy lejos de la verdad. Era ingeniería social. Gira un poquito la verdad y ponía a trabajar para ti.

—Tengo el número de su madre en los formularios. No necesito llamar porque no tengo nada que pueda ayudarle. Lilly Quinlan ha pagado hasta final de mes. No tengo ocasión de verla o hablar con ella a no ser que tenga un problema y no he hablado con ella ni la he visto desde hace al menos dos meses.

—¿Hasta final de mes? ¿Está seguro?

Pierce sabía que eso no cuadraba con los registros de cheques que había examinado.

—Eso es.

—¿Cómo pagó el último alquiler, con un cheque o en efectivo?

—Eso no es asunto suyo.

—Señor Wainwright, si es asunto mío. Lilly ha desaparecido y su madre me ha pedido que la busque.

—Eso dice usted.

—Llámela.

—No tengo tiempo para llamarla. Me ocupo de treinta y dos apartamentos y casas. Si cree que...

—Oiga, ¿hay alguien que cuide el césped con quien pueda hablar?

—Ya lo está haciendo.

—¿Entonces no la ha visto cuando ha ido a cortar el césped?

—Ahora que lo pienso, muchas veces salía a saludarme cuando estaba allí cortando el césped o poniendo en marcha los aspersores. O me traía una Pepsi o una limonada. En una ocasión me trajo una cerveza fría. Pero las últimas veces no estaba. Y el coche tampoco. No pensé nada al respecto. La gente tiene su vida, ¿sabe?

—¿Qué coche era?

—Un Lexus dorado. No conozco el modelo, pero sé que era un Lexus. Bonito coche. Y ella lo cuidaba bien.

A Pierce no se le ocurrían más preguntas. Wainwright no era de gran ayuda.

—Señor Wainwright, ¿buscará el número y llamará a la madre? Necesito que me vuelva a llamar.

—¿La policía está metida en esto? ¿Hay algún informe de personas desaparecidas?

—Su madre ha hablado con la policía, pero no cree que le estén ayudando mucho. Por eso me ha pedido ayuda a mí. ¿Tiene algo para escribir?

—Claro.

Pierce dudó al comprender que si le daba el número de su casa, Wainwright podría darse cuenta de que era el mismo que el de Lilly. Le facilitó el de su línea directa de Amedeo. Después le dio las gracias y colgó.

Se quedó allí sentado, mirando el teléfono, repasando mentalmente la llamada y llegando cada vez a la misma conclusión. Wainwright estaba siendo evasivo. O bien sabía algo o estaba ocultando algo, o ambas cosas.

Abrió la mochila y sacó la libreta en la que había escrito el número de Robin, la chica que trabajaba con Lilly.

Cuando llamó en esta ocasión, trató de engolar la voz cuando ella contestó. Tenía la esperanza de que no lo reconociera de la noche anterior.

—Me preguntaba si podríamos vernos esta noche.

—Bueno, estoy abierta, cariño. ¿Nos hemos visto alguna vez? Me sueñas familiar.

—Ah, no. Es la primera vez.

—¿En qué estabas pensando?

—Eh, podríamos ir a cenar y luego a tu casa. No sé.

—Bueno, cielo, cobro cuatrocientos la hora. La mayoría de los tíos prefieren saltarse la cena y venir a verme directamente. O voy yo a verlos.

—Entonces iré directamente a verte.

—Vale, muy bien. ¿Cómo te llamas?

Sabía que tenía identificador de llamadas, de modo que no podía mentir.

—Henry Pierce.

—¿Y a qué hora pensabas?

Pierce miró el reloj, eran las seis en punto.

—¿Qué te parece a las siete?

Eso le daría tiempo para concebir un plan y sacar dinero del cajero automático. Tenía algo de efectivo, pero no suficiente. Con la tarjeta sólo podía retirar cuatrocientos dólares por vez.

—Un especial madrugador —dijo—. Por mí no hay problema, pero no tengo tarifa especial.

—Bueno. ¿Adónde voy?

—¿Tienes un lápiz?

—En la mano.

—Estoy segura de que tienes un lápiz bien duro.

Robin se rio y le dio una dirección de la tienda de Smooth Moves en Lincoln, Marina del Rey. Le dijo que entrara en el establecimiento y comprara un Strawberry Blitz y después la llamara desde el teléfono público que había enfrente de la tienda a las siete menos cinco. Cuando le preguntó por qué lo hacía de esta forma, ella dijo:

—Precauciones. Quiero echarte un vistazo antes de dejarte subir. Y además me gustan esas cosas de fresa. Es como traerme flores, dulzura. Diles que le echen polvo energético, ¿quieres? Tengo la impresión de que voy a necesitarlo contigo.

Ella se rio de nuevo, pero a Pierce le sonó a risa demasiado ensayada y

hueca. Le dio una sensación extraña. Dijo que le llevaría el batido y haría la llamada y le dio las gracias, y eso fue todo. Al colgar el teléfono sintió que le recorría una oleada de temor. Pensó en el discurso que le había dado a Mónica y en cómo ella lo había vuelto adecuadamente contra él.

—Eres un idiota —se dijo.

A la hora de la cita, Pierce eligió un teléfono público que estaba al lado de Smooth Moves y llamó al número de Robín. Dando la espalda al teléfono, vio que al otro lado de Lincoln había un gran complejo de apartamentos llamado Marina Executive Towers. Sólo que el edificio no podía calificarse de torre o torres. Era ancho y achaparrado: tres pisos de apartamentos encima de un garaje. El complejo ocupaba media manzana y su longitud quedaba disimulada por los tres tonos pastel diferentes en que estaba pintada la fachada: rosa, azul, amarillo. Una pancarta colgada del tejado anunciaba alquileres de corta duración para ejecutivos con servicio de asistencia gratuita. Pierce se dio cuenta de que era un lugar perfecto para el negocio de una prostituta. El complejo de apartamentos era tan grande y el desfile de inquilinos tan incesante que una procesión de hombres diferentes entrando y saliendo no sería advertido ni llamaría la atención de otros residentes.

Robín contestó después de tres timbrazos.

—Soy Henry. He llamado...

—Hola, pequeño. Deja que te eche un vistazo.

Sin tratar de resultar demasiado obvio, Pierce examinó las ventanas del edificio que se alzaba al otro lado de la calle, en busca de alguien más que lo estuviera observando. No vio a nadie ni ningún movimiento en las cortinas, pero reparó en que varios apartamentos tenían cristal de espejo. Se preguntó si habría más de una mujer como Robin trabajando en el edificio.

—Veo que tienes mi batido —dijo ella—. ¿Lleva ese polvo energético?

—Sí, lo han llamado lanzacohetes. ¿Es lo que querías?

—Eso es. Vale, me gusta tu aspecto. No eres poli, ¿verdad?

—No, no lo soy.

—¿Seguro?

—Sí.

—Pues dilo. Estoy grabando esto.

—No soy agente de policía, ¿vale?

—Muy bien, entonces sube. Cruza la calle hasta el edificio de apartamentos y en la puerta principal pulsa el timbre del doscientos tres. Te veo enseñuida.

—De acuerdo.

Pierce colgó y siguió las instrucciones. Cuando pulsó el botón del 203, la cerradura de la puerta zumbó sin que Robin preguntara nada por el interfono. Dentro, Pierce no encontró las escaleras, así que subió en ascensor. El apartamento de Robin estaba a dos puertas del ascensor.

La joven abrió la puerta antes de que Pierce tuviera ocasión de llamar. Había una mirilla y probablemente ella había estado observando. Robin cogió el batido e invitó a Pierce a entrar.

La casa tenía pocos muebles y a primera vista carecía de cualquier objeto personal. Únicamente había un sofá, una silla, una mesita de café y una lámpara de pie. Pierce vio en la pared una reproducción de museo enmarcada. Parecía medieval: dos ángeles guiaban a los que acababan de fallecer hacia la luz que se abría al final del túnel.

Cuando Pierce entró vio que las puertas de cristal que daban al balcón tenían una película de espejo. Daban casi directamente a la tienda de Smooth Moves.

—Yo podía verte, pero tú a mí no —dijo Robin desde detrás de él—. He visto que mirabas.

Pierce se volvió hacia ella.

—Sentía curiosidad por la puesta en escena. Bueno, por cómo trabajabas esto.

—Pues ahora ya lo sabes. Siéntate.

Ella se sentó en un sofá y le hizo un gesto para que se acomodara a su lado. Pierce lo hizo. Trató de mirar en torno a sí. El lugar le recordaba a una habitación de hotel, aunque suponía que la atmósfera no era lo más importante para la actividad que normalmente se desarrollaba en el apartamento. Sintió que la mano de Robin le agarraba la mandíbula y le giraba la cara hacia ella.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó.

Estaba casi seguro de que era la mujer de la foto de la página Web, aunque le costaba tener la certeza porque no la había estudiado durante tanto tiempo ni con tanta frecuencia como la foto de Lilly.

Robin iba descalza y llevaba una camiseta corta y unos *shorts* de pana rojos, tan minúsculos, que un bañador habría sido más recatado. No llevaba sujetador y tenía pechos grandes, probablemente como resultado de implantes. Los pezones se dibujaban claramente bajo la camiseta. El pelo rubio, con la raya al medio, le caía a los lados de la cara en rizos. No llevaba maquillaje, a juicio de Pierce.

—Sí, me gusta —contestó.

—La gente me dice que me parezco a Meg Ryan.

Pierce asintió, aunque no veía el parecido. La estrella de cine era mayor, pero su mirada era mucho más suave.

—¿Me has traído algo?

Al principio pensó que ella estaba hablando del batido, pero luego se acordó del dinero.

—Sí, lo tengo aquí.

Se recostó en el sofá para buscar en el bolsillo. Tenía los cuatrocientos preparados en billetes de veinte, tal y como habían salido del cajero. Esta era la parte que se había preparado. No le importaba perder los cuatrocientos, pero no quería dárselos a Robin y que luego ella lo echara cuando le explicara la verdadera razón que lo había llevado hasta allí.

Sacó el dinero para que pudiera verlo y sabía que estaba lo bastante cerca de ella para que lo cogiera.

—¿Es la primera vez, pequeño?

—¿Perdona?

—¿Con una chica de compañía? ¿La primera vez?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se supone que has de ponerlo en un sobre para mí. Como un regalo. Es un regalo, ¿no? No me estás pagando para que haga nada.

—Sí, eso es. Un regalo.

—Gracias.

—¿Es eso lo que significa la R en RN, regalo?

Ella sonrió.

—De verdad que eres nuevo en esto. Significa relación de novia, cariño. Una relación de novia absolutamente positiva. Significa que consigues lo que quieres, como con tu novia antes de que fuera tu mujer.

—No estoy casado.

—No importa.

Ella se estiró para alcanzar el dinero mientras lo decía, pero Pierce apartó la mano.

—Eh, antes de que te dé este... regalo, he de decirte algo.

Todas las luces de alarma se encendieron al mismo tiempo en el rostro de Robin.

—No te preocupes, no soy poli.

—Entonces, ¿qué?, ¿no quieres usar goma? Olvídalo esa es la regla número uno.

—No, no es eso. De hecho, ni siquiera quiero tener relaciones sexuales contigo. Eres muy atractiva, pero lo único que quiero es información.

Robin se tensó. A Pierce le pareció más alta, pese a que estaba sentada.

—¿De qué coño estás hablando?

—He de encontrar a Lilly Quinlan. Tú puedes ayudarme.

—¿Quién es Lilly Quinlan?

—Vamos, la nombras en la página Web. ¿Dobla tu placer? Ya sabes de quién estoy hablando.

—Tú eres el tío de anoche. Llamaste anoche.

Pierce asintió.

—¡Lárgate de aquí!

La joven se levantó con rapidez y caminó hacia la puerta.

—Robin, no abras esa puerta. Si no hablas conmigo, hablarás con la poli. Ese es mi próximo paso.

Ella se volvió.

—A la poli no le importa una mierda.

Pero no abrió la puerta. Se limitó a quedarse allí, enredada y esperando, con una mano en el pomo.

—Quizá ahora no, pero se preocuparán si yo acudo a ellos.

—¿Por qué? ¿Quién eres tú?

—Tengo influencia —mintió—. Es cuanto necesitas saber. Si yo acudo a la poli, ellos vendrán a verte. No serán tan amables como yo... y no te pagarán cuatrocientos dólares por tu tiempo.

Pierce dejó el dinero en el sofá donde estaba sentada ella. Vio que sus ojos iban hacia los billetes.

—Sólo información, es lo único que quiero. Es sólo para mí.

Esperó y después de un largo silencio Robin se acercó al sofá y agarró el dinero. De algún modo encontró sitio para guardarlo en sus minúsculos *shorts*. Cruzó los brazos y se quedó de pie.

—¿Qué información? Apenas la conocía.

—Sabes algo. Hablas de ella en pasado.

—No sé nada. Lo único que sé es que se ha ido. Ella simplemente... desapareció.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace más de un mes. De repente desapareció sin más.

—¿Por qué todavía mantienes su nombre en tu página si hace tanto que se fue?

—Has visto su foto. Ella trae clientes. A veces se quedan conmigo.

—Muy bien, ¿cómo sabes que su desaparición fue tan repentina? A lo mejor hizo las maletas y se fue.

—Lo sé porque estaba hablando por teléfono con ella y al cabo de un rato no se presentó. Por eso.

—¿Presentarse para qué?

—Teníamos un trabajo. Un trío. Ella lo arregló y me llamó. Me dijo la hora y luego no se presentó. Yo estaba allí, y entonces llegó el cliente y no le hizo ninguna gracia. Para empezar no había sitio para aparcar, después ella no estaba allí y yo tuve que rebuscar para encontrar a otra chica que viniera aquí a mi apartamento... Y no hay otras chicas como Lilly, y él quería a Lilly. Joder, fue un fiasco, eso es lo que fue.

—¿Dónde pasó?

—En su lugar de citas. Ella no trabajaba en ningún otro sitio. Ni a domicilio, ni siquiera aquí. Yo siempre tenía que ir a donde ella estaba. Aunque fueran mis

clientes los que querían el doble, teníamos que ir a su apartamento, o no se hacía.

—¿Tienes llave de su apartamento?

—No. Ya te he dado bastante por los cuatrocientos. Habría sido más fácil follar y olvidarte. Se acabó.

Pierce buscó de mala gana en el bolsillo y sacó el resto de lo que tenía en efectivo. Doscientos treinta dólares. Lo había contado en el coche. Se lo dio a ella.

—Entonces coge esto, porque no he terminado. Algo le ocurrió a Lilly y voy a averiguarlo.

Robin cogió el dinero y se lo guardó sin contarlo.

—¿Por qué te preocupas?

—Tal vez porque nadie más lo hace. Bueno, si no tienes llave de su apartamento, ¿cómo sabes que ella no se presentó esa noche?

—Porque estuve quince minutos llamando y luego esperé veinte minutos con el cliente. Te digo que no estaba allí.

—¿Sabías si tenía alguna cita antes del trabajo contigo?

Robin lo pensó un momento antes de responder.

—Ella dijo que tenía algo que hacer, pero no sé si era con un cliente. Lo sé porque yo quería hacerlo más temprano, pero Lilly dijo que estaba ocupada con algo a esa hora. Así que quedamos cuando ella quería, y por eso tendría que haber estado allí, pero no estaba.

Pierce trató de imaginar qué preguntas haría un policía, pero no sabía cómo abordaría el caso la policía. Pensó en ello como si fuera un problema del trabajo, decidió aplicar su enfoque riguroso habitual para resolver problemas y construir teorías.

—O sea que antes de encontrarse contigo tenía que hacer algo —dijo—. Ese algo podría haber sido citarse con un cliente. Y como dices que no trabajaba en otro sitio que no fuera el apartamento, ella tenía que haberse encontrado con el cliente en el apartamento. En ningún otro lugar, ¿verdad?

—Eso es.

—Así que cuando fuiste allí y llamaste a la puerta ella podría haber estado dentro con ese cliente o tal vez estaba sola y simplemente no contestó.

—Supongo, pero ya debería haber terminado y tendría que haber contestado. Estaba todo concertado. Así que a lo mejor no era un cliente.

—O a lo mejor no la dejaron contestar. Quizá no podía contestar.

Esto pareció darle que pensar a Robin, como si se hubiera dado cuenta de lo cerca que había estado del destino de Lilly.

—¿Dónde está ese apartamento?

—En Venice. Cerca de Speedway.

—¿Cuál es la dirección exacta?

—No me acuerdo, sólo sé cómo llegar.

Pierce asintió. Pensó en qué más necesitaba preguntarle a Robin. Tenía la sensación de que tenía una sola ocasión con ella. No habría segundas oportunidades.

—¿Cómo os juntasteis para hacer estos, eh..., números?

—Teníamos un enlace en el sitio Web. Si la gente nos quería a las dos, preguntaba y lo organizábamos si las dos estábamos disponibles.

—Me refería a cómo os conocisteis para poner el vínculo en la Web. ¿Cómo la conociste?

—Nos conocimos en una sesión y de algún modo surgió. Surgió de ahí.

—¿Una sesión? ¿A qué te refieres?

—De modelos. Era una escena chica-chica y nos conocimos en el estudio.

—¿Para una revista?

—No, para una Web.

Pierce pensó en la puerta que había abierto en Entrepreneurial Concepts.

—¿Era uno de los sitios Web de Entrepreneurial Concepts?

—Mira, no importa qué...

—¿Cuál era el nombre del sitio?

—Se llamaba algo así como Fetish Castle punto esto o lo otro. No lo sé. No tengo ordenador. ¿Qué importa?

—¿Dónde fue la sesión? ¿En Entrepreneurial Concepts?

—Sí, en los estudios.

—O sea que conseguiste el trabajo a través de L. A. Darlings y el señor Wentz, ¿verdad?

Pierce vio que los ojos de la joven destellaban ante la mención del nombre, pero ella no dijo nada.

—¿Cómo se llama de nombre?

—No voy a hablar de él contigo. No puedes decirle que conseguiste información de mí, ¿entiendes?

Pierce pensó que esta vez había visto un brillo de miedo en los ojos de Robin.

—Todo lo que me digas aquí es confidencial. Te lo prometo. ¿Cómo se llama?

—Mira, tiene contactos y hay gente que trabaja para él que es muy peligrosa. Él es peligroso. No quiero hablar de él.

—Sólo dime su nombre y no te haré más preguntas, ¿de acuerdo?

—Billy. Se llama Billy Wentz. Es muy peligroso, ¿vale?

—Gracias.

Pierce se levantó y echó un vistazo por el apartamento. Caminó hasta la esquina de la sala de estar y miró por un pasillo que supuso que conducía al dormitorio. Le sorprendió averiguar que había dos dormitorios con un baño en medio.

—¿Por qué tienes dos dormitorios?

—Comparto el apartamento con otra chica. Cada una tiene el suyo.

—¿Del sitio Web?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Cleo.

—También fue Billy Wentz quien la puso contigo.

—No, fue Grady.

—¿Quién es Grady?

—Trabaja con Billy. Él es el que de verdad maneja el cotarro.

—¿Por qué no haces dobles con Cleo? Sería más fácil.

—Probablemente lo haré. Pero ya te he dicho que conseguía mucho trabajo de Lilly. No hay muchas chicas como ella.

Pierce asintió.

—No vives aquí, ¿verdad?

—No, trabajo aquí.

—¿Dónde vives?

—No te lo voy a decir.

—¿Tienes ropa aquí?

—¿A qué te refieres?

—¿Tienes otra ropa aparte de eso? —Hizo un ademán hacia la ropa que llevaba puesta—. ¿Y dónde están tus zapatos?

—Sí, me cambio cuando llego aquí. No salgo vestida así.

—Bien. Cámbiate y vámonos.

—¿De qué estás hablando? ¿Adónde?

—Quiero que me enseñes dónde trabaja Lilly. O trabajaba.

—Ni hablar, tío. Ya tienes tu información. Esto es todo.

Pierce miró el reloj.

—Mira, has dicho cuatrocientos la hora. Llevo aquí veinte minutos como mucho. Eso significa que me quedan cuarenta minutos o me devuelves dos tercios del dinero.

—No funciona así.

—Hoy funciona así.

Ella lo miró enfadada un largo momento y luego pasó por delante de él en silencio para ir a la habitación a cambiarse. Pierce caminó hasta las puertas del balcón y miró al otro lado de la calle.

Vio a un hombre de pie en el teléfono público enfrente de Smooth Moves, con un batido en la mano y mirando a las ventanas del edificio en el que se hallaba Pierce. Otro batido, otro cliente. Se preguntó cuántas mujeres trabajaban en el edificio. ¿Todas trabajaban para Wentz? ¿Era Wentz el dueño del edificio? Tal vez incluso tenía una parte de la tienda que vendía los batidos.

Se volvió para preguntarle a Robin acerca de Wentz y por el ángulo en el que se hallaba pudo mirar por el pasillo y a través de la puerta abierta de la

habitación. Robin estaba desnuda y poniéndose unos vaqueros ajustados Por encima de las caderas. Sus pechos perfectamente bronceados colgaban pesadamente cuando se dobló para vestirse.

Cuando se levantó para subirse la cremallera por encima de su abdomen plano y el pequeño triángulo de vello dorado, miró directamente a Pierce a través de la puerta. Robin no parpadeó, sino que puso una cara desafiante. Se inclinó hacia la cama y cogió una camiseta blanca que se puso por encima de la cabeza sin hacer ningún movimiento para girarse u ocultar su desnudez a Pierce.

Salió del dormitorio y se puso un par de sandalias que sacó de debajo de la mesita de café.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

—Sí. Supongo que no hace falta que te lo diga. Tienes un cuerpo precioso.

Ella pasó por delante de Pierce hasta la cocina americana. Abrió un armario de encima del fregadero y sacó un bolsito negro.

—Vamos. Te quedan treinta y cinco minutos. —Caminó hasta la puerta del apartamento, la abrió y salió al pasillo.

Pierce la siguió.

—¿Quieres tu batido?

Estaba en la barra de la cocina.

—No, aborrezco los batidos. Engordan. Mi vicio es la pizza. La próxima vez tráeme pizza.

—Entonces ¿por qué has pedido un batido?

—Sólo era una forma de ponerte a prueba, de ver qué harías por mí.

«Y de establecer control», pensó Pierce, pero no lo dijo. Un control que no siempre duraba mucho una vez que el dinero había cambiado de manos y la chica se había quitado la ropa.

Pierce salió al pasillo y volvió a mirar el lugar donde Robin trabajaba. Sintió desazón, tristeza incluso. Pensó en la página Web. ¿Qué era una relación de novia absolutamente positiva y cómo podía surgir de un lugar semejante?

Cerró la puerta, se aseguró de que quedaba trabada y luego siguió a Robin al ascensor.

Pierce conducía y Robín le guiaba. El trayecto entre Marina Executive Towers y Speedway, en Venice, era corto. Pierce trató de aprovechar al máximo su tiempo en el camino, pese a que Robín se mostraba reticente a hablar.

—Así que no eres independiente, ¿no?

—¿De qué estás hablando?

—Trabajas para Wentz, el tío que lleva el sitio Web. Supongo que podríamos llamarlo un macarra virtual. Os pone el apartamento y controla la Web. ¿Cuánto se lleva? He visto en el sitio que cobra cuatrocientos al mes por la foto, pero tengo la impresión de que se lleva mucho más. Un tipo así... probablemente es el dueño del edificio de apartamentos y de la tienda de batidos.

Robín no dijo nada.

—Se lleva una parte de esos primeros cuatrocientos que te he dado, ¿no?

—Mira, no voy a hablar de él contigo. Conseguirás que me maten también. Cuando lleguemos a su apartamento se acabó. Hemos terminado. Cogeré un taxi.

—¿También?

Robín se quedó en silencio.

—¿Qué sabes de lo que le pasó a Lilly?

—Nada.

—Entonces ¿por qué has dicho « también » ?

—Mira, tío, si supieras lo que te conviene « también » tú dejarías este asunto. Vuelve al mundo donde todo es bonito y seguro. No conoces a esta gente ni lo que pueden llegar a hacer.

—Me hago una idea.

—¿Sí? ¿Cómo coño vas a hacerte una idea?

—Tenía una hermana...

—¿Y?

—Y se podría decir que estaba en tu línea de trabajo.

Apartó la vista de la avenida para mirar a Robín. Ella seguía mirando al frente.

—Una mañana el conductor de un autobús escolar vio su cuerpo al otro lado de la barrera de seguridad, en Mulholland. En esa época yo estaba en Stanford. —Pierce volvió a mirar a la avenida—. Es una cosa curiosa de esta ciudad —

continuó después de un momento—. Ella estaba tirada al descubierto, desnuda... y la policía dijo que podían afirmar por las... pruebas que llevaba al menos un par de días allí. Y siempre me he preguntado cuánta gente la vio. Cuánta gente la vio y no hizo nada, no llamó a nadie. Esta ciudad puede ser muy fría a veces.

—Todas las ciudades.

Pierce miró a Robin. Vio la angustia en sus ojos, como si estuviera mirando un capítulo de su propia vida. Un posible último capítulo.

—¿Encontraron al que lo hizo?—preguntó.

—Al final, pero no antes de que matara a cuatro más.

Robin sacudió la cabeza.

—¿Qué estás haciendo aquí, Henry? Esa historia no tiene nada que ver con nada de esto.

—No sé qué estoy haciendo. Estoy... buscando algo.

—Buena manera de que te hagan daño.

—Mira, nadie va a saber que has hablado conmigo. Dime, ¿qué has oído decir sobre Lilly?

Silencio.

—Quería dejarlo, ¿verdad? Había ganado suficiente dinero, iba a ir a la universidad. Quería cambiar de vida.

—Todo el mundo quiere cambiar de vida. ¿Te crees que nos gusta esto?

Pierce se sintió avergonzado por la forma en que la estaba presionando. La forma en que la estaba usando no era muy distinta a la del resto de los clientes.

—Lo siento—dijo.

—No, no lo sientes. Eres como los demás. Quieres algo y estás desesperado por conseguirlo. Sólo que para mí es mucho más fácil darte lo otro que darte lo que tú me pides.

Pierce se mantuvo en silencio.

—Gira a la izquierda aquí y sigue hasta el final. Sólo hay una plaza de aparcamiento para su apartamento. Solía dejarla libre para su cliente.

Pierce siguió la indicación de Robin y se vio en un callejón con pequeñas construcciones a ambos lados. Parecían edificios de cuatro o seis apartamentos con pasillos de un metro entre uno y otro. No había espacio sin edificar. Era la clase de barrio donde un perro ladrando podía poner de los nervios a todo el mundo.

Cuando llegó al último edificio, Robin dijo:

—Alguien lo ha alquilado. —Señaló a un coche estacionado debajo de una escalera que conducía a la puerta del apartamento—. Es allí.

—¿Ese es su coche?

—No, ella tiene un Lexus.

Bien. Recordó lo que había dicho Wainwright. El coche estacionado era un monovolumen Volvo. Pierce retrocedió y encajó su BMW entre dos filas de

cupos de basura. Estaba prohibido aparcar ahí, pero los coches todavía podían pasar por el callejón y no pensaba quedarse mucho rato.

—Vas a tener que salir por este lado.

—Genial. Gracias.

Pierce sostuvo la puerta abierta mientras Robin trepaba por encima de los asientos. En cuanto estuvo fuera del coche empezó a caminar hacia Speedway.

—Espera —dijo Pierce.

—No, he terminado. Vuelvo a la avenida y cogeré un taxi.

Pierce podría haber discutido con ella, pero lo dejó estar.

—Oye, gracias por tu ayuda. Si la encuentro te lo haré saber.

—¿A quién? ¿A Lilly o a tu hermana?

Eso le dio que pensar por un momento. A veces la lucidez llegaba de quien menos uno la esperaba.

—¿Necesitas algo? —gritó Pierce tras ella.

Robin se detuvo de repente, se volvió y caminó a paso rápido hasta él, con la ira destellando de nuevo en sus ojos.

—Oye, no finjas que te preocupas por mí, ¿de acuerdo? Esta mierda tuya es más asquerosa que los tíos que quieren correrse en mi cara. Al menos ellos son honestos.

Robin se volvió y se alejó por el callejón. Pierce la observó unos segundos para ver si ella lo miraba por encima del hombro. Pero no lo hizo, se limitó a continuar caminando, al tiempo que sacaba del bolso un teléfono móvil para pedir un taxi.

Pierce rodeó el Volvo y se fijó en que en la parte de atrás había dos cajas de cartón y otros objetos voluminosos tapados por mantas. Subió las escaleras que conducían al apartamento de Lilly. Al llegar allí vio que la puerta estaba entornada. Se inclinó por encima de la barandilla y miró al callejón, pero Robin estaba casi en Speedway, demasiado lejos para llamarla.

Se volvió de nuevo y pegó la cabeza a la jamba, pero no oyó nada. Empujó la puerta con un dedo y se quedó en el porche cuando esta giró hacia adentro. A medida que se abría fue viendo una sala de estar con pocos muebles y una escalera que subía por la pared del fondo hasta un *loft*. Debajo del *loft* había una pequeña cocina con una ventanilla de servir que comunicaba con la sala. A través de la ventanilla Pierce vio el torso de un hombre, que estaba poniendo botellas de licor en una caja situada sobre la barra.

Pierce se asomó y miró al interior del apartamento sin llegar a entrar en él. Vio tres cajas de cartón en el suelo de la sala, pero no parecía haber nadie más en el apartamento salvo el hombre de la cocina. Daba la sensación de que este estaba vaciando la casa y llevándose las cosas en cajas.

Pierce golpeó la puerta y llamó:

—¿Lilly?

El hombre de la cocina se sobresaltó y casi se le cayó la botella de ginebra que sostenía. Entonces puso cuidadosamente la botella en la barra.

—Ya no está aquí —gritó desde la cocina—. Se ha mudado.

Pero se quedó en la cocina, inmóvil. Pierce pensó que el hombre actuaba de manera extraña, como si no quisiera que le vieran la cara.

—¿Entonces quién es usted?

—Soy el casero y estoy ocupado. Tendrá que volver.

Pierce empezó a entenderlo. Entró en el apartamento y avanzó hacia la cocina. Cuando llegó al umbral vio a un individuo con una melena gris recogida en una cola de caballo. El hombre llevaba una camiseta blanca sucia y pantalones cortos blancos más sucios todavía. Estaba muy moreno.

—¿Por qué he de volver si se ha mudado?

La pregunta sorprendió al hombre.

—Lo que quiero decir es que no puede entrar aquí. Ella se ha ido y yo estoy trabajando.

—¿Cuál es su nombre?

—Mi nombre no importa. Haga el favor de marcharse.

—Usted es Wainwright, ¿no?

El hombre miró a Pierce con una expresión que era una respuesta afirmativa.

—¿Quién es usted?

—Soy Pierce. He hablado con usted hoy. Yo fui el que le dijo que ella se había ido.

—Ah. Bueno, tiene razón, hace mucho que se ha ido.

—El dinero que le pagaba era por los dos sitios. Los cuatro mil. Eso no me lo dijo.

—No lo preguntó.

—¿Es el dueño de este edificio, señor Wainwright?

—No voy a responder a sus preguntas, gracias.

—¿O es de Billy Wentz y usted sólo lo administra para él?

De nuevo, el reconocimiento destelló en los ojos un instante antes de desaparecer.

—Muy bien, ahora márchese. Fuera de aquí.

Pierce negó con la cabeza.

—Todavía no voy a irme. Si quiere llamar a la policía, adelante. Veremos qué opinan de que se lleve sus cosas, aunque me ha dicho que ha pagado el mes. Tal vez también miremos debajo de las mantas en la parte de atrás del coche. Apuesto a que encontraríamos una televisión de plasma que estaba colgada en la pared de la casa que ella alquilaba en Altair. Probablemente ha estado antes allí, ¿no?

—Ella abandonó la casa —dijo Wainwright con irritación—. Debería haber visto la cocina.

—Estoy seguro de que estaba horrible. Tan horrible, supongo, que decidió vaciar la casa y quizá cobrar dos veces el alquiler, ¿eh? Los alquileres en Venice escasean. ¿Ya tiene otro inquilino preparado? A ver si lo adivino, ¿otra chica de L. A. Darlings?

—Mire, no trate de darme lecciones en mi trabajo.

—Ni lo sueño.

—¿Qué quiere?

—Echar un vistazo. Mirar las cosas que se lleva.

—Entonces dese prisa, porque en cuanto termine me voy. Y cerraré la puerta con llave, tanto si está usted fuera como si no.

Pierce dio un paso hacia él, entrando en la cocina y posando la mirada en la caja que había sobre la barra. Estaba llena de botellas de licor y cristalería vieja, nada importante. Levantó una de las botellas marrones y vio que era *whisky* escocés de dieciséis años. Del bueno. Volvió a dejar la botella en la caja.

—Eh, despacio —protestó Wainwright.

—¿Entonces, Billy sabe que está vaciando el apartamento?

—No conozco a ningún Billy.

—Así que tenía la casa de Altair y esta. ¿De qué otras propiedades se ocupa? Wainwright cruzó los brazos y se recostó en la barra.

No estaba colaborando y Pierce de repente sintió el impulso de coger una de las botellas de la caja y rompérsela en la cabeza.

—¿Y las Marina Executive Towers? ¿Son tuyas?

Wainwright buscó en uno de los bolsillos delanteros del pantalón y sacó un paquete de Camel. Extrajo un cigarrillo y volvió a guardarse el paquete. Se volvió hacia uno de los quemadores de gas de la cocina y encendió el cigarrillo en la llama, luego metió la mano en la caja y rebuscó entre la cristalería hasta que encontró lo que estaba buscando. Sacó la mano con un cenicero de cristal que puso encima de la barra y dejó el cigarrillo en él.

Pierce se fijó en que había algo grabado en el cenicero. Se inclinó ligeramente para leerlo.

ROBADO DE NAT'S DAY OF THE LOCUST BAR HOLLYWOOD, CA

Pierce había oído hablar del lugar. Era un antro tan cutre que era fino. Lo frecuentaban los noctámbulos de Hollywood con ropa de cuero negro. También estaba cerca de las oficinas de Entrepreneurial Concepts Unlimited. ¿Era una pista? No tenía ni idea.

—Ahora voy a echar ese vistazo —le dijo a Wainwright.

—Sí, hágalo y dese prisa.

Mientras escuchaba el sonido discordante de cristales y botellas que hacía

Wainwright al llenar la caja, Pierce entró en la sala de estar y se agachó delante de las cajas que el casero ya había preparado. Una contenía vajilla y otros utensilios de cocina. Las otras dos contenían objetos del *loft*. Cosas del dormitorio. Había una cesta con preservativos surtidos y varios pares de zapatos de tacón alto. Había correas de cuero y fustas, una máscara completa con cremalleras en la boca y los ojos. En su página de L. A. Darlings, Lilly no anunciaba servicios sadomasoquistas. Pierce se preguntó si eso significaba que había otro sitio Web, algo más oscuro y con todo un nuevo conjunto de elementos a considerar en su desaparición.

La última caja estaba llena de sujetadores y ropa interior transparente y *negligées* y minifaldas en colgadores. Era ropa similar a la que Pierce había visto en uno de los armarios de la casa de Altair. Por un momento se preguntó qué planeaba hacer Wainwright con las cajas. ¿Venderlo todo en una singular venta de garaje? ¿O simplemente iba a guardarlo mientras realquilaba el apartamento y la casa?

Satisfecho con su inventario de las cajas, Pierce decidió revisar el *loft*. Al levantarse, sus ojos se clavaron en la puerta y reparó en el cerrojo. Era un cerrojo de doble llave. Era preciso utilizar la llave tanto para entrar como para salir. Entonces entendió la amenaza de Wainwright de dejarlo encerrado tanto si había terminado con su registro como si no. Si no tenías llave podías quedarte encerrado dentro. Pierce se preguntó qué sentido tenía. ¿Encerraba Lilly a los clientes en su apartamento con ella? Quizá era una forma de asegurarse el pago de los servicios ofrecidos. Tal vez no significaba nada en absoluto.

Pasó a la escalera y empezó a subir al *loft*. En el rellano de arriba había una ventanita desde la que se veía el tejado de la casa de enfrente y, más allá, el extremo de la playa y el Pacífico. Pierce miró al callejón y vio su coche. Su mirada vagó hasta la avenida, donde vislumbró a Robín debajo de una farola justo cuando la joven subía a un taxi verde y amarillo, cerraba la puerta y se alejaba.

Pierce se volvió de la ventana hacia el *loft*. El piso superior no tenía más de veinte metros cuadrados, incluido el espacio para un pequeño cuarto de baño con ducha. El aire olía a una desagradable mezcla de incienso y algo más que a Pierce le costaba situar. Era como el aire viciado de una nevera que se ha apagado. Estaba allí, pero quedaba enmascarado por el incienso que se aferraba a la habitación como un fantasma.

En el suelo había una cama grande sin cabezal que ocupaba casi todo el espacio disponible, dejando sitio tan sólo para una mesita de noche pequeña y una luz de lectura. En la mesa había un quemador de incienso: una escultura del *Kama Sutra* de un hombre gordo copulando desde atrás con una mujer delgada. La larga ceniza de una barrita de incienso consumida lamía el cuenco de la escultura y manchaba la mesa. A Pierce le sorprendió que Wainwright no se

hubiera llevado la pieza, porque al parecer se estaba llevando todo lo demás.

La colcha era azul claro y la alfombra beige. Pierce se acercó a un armario y abrió la puerta corredera. Estaba vacío, porque su contenido se hallaba en una de las cajas de abajo.

Pierce miró la cama. Parecía haber sido hecha con cuidado, la colcha estaba firmemente metida por debajo del colchón. Sin embargo, no había almohadas, y eso le extrañó. Pensó que tal vez fuera una de las reglas del negocio de las chicas de compañía. Robin había dicho que la regla número uno era decir no al sexo sin protección. Tal vez la dos era que no hubiera almohadas: resultaba demasiado fácil que te asfixiaran con una.

Se agachó en la moqueta y miró debajo del somier. No había nada más que polvo.

Pero entonces vio una mancha oscura en la moqueta beige. Curioso, se irguió y empujó la cama contra la pared para dejar al descubierto el lugar. Una de las ruedas estaba rota y le costó mover la cama, que avanzó medio rodando medio saltando por la moqueta.

Fuera lo que fuese lo que había salpicado o goteado en la moqueta estaba seco. Era de un color marronoso y Pierce no quiso tocarlo, porque pensó que podía ser sangre. En ese momento entendió cuál era la fuente del olor que se ocultaba tras el incienso. Se levantó y volvió a colocar la cama en su sitio.

—¿Qué diablos está haciendo ahí arriba? —gritó Wainwright.

Pierce no contestó. Estaba enfrascado en su objetivo inmediato. Cogió una esquina de la colcha y tiró de ella para dejar al descubierto el colchón. No había cubre colchones, ni sábana, ni mantas.

Empezó a retirar la colcha. Quería ver el colchón. Era fácil llevarse sábanas y mantas de un apartamento y deshacerse de ellas. También podían tirarse las almohadas, pero un colchón de tamaño *king-size* era otra cuestión.

Al tirar de la colcha se cuestionó el instinto que estaba siguiendo ciegamente. No entendía por qué sabía lo que aparentemente sabía. Pero cuando la colcha resbaló, Pierce sintió que se le hacía un nudo en el estómago. El centro del colchón era negro. Algo se había solidificado y secado allí, algo que era del color de la muerte. Sólo podía ser sangre.

—Dios mío —exclamó Wainwright.

Había subido la escalera para ver cuál era el origen de tanto ruido y estaba de pie detrás de Pierce.

—¿Es eso lo que creo que es?

Pierce no respondió. No sabía qué decir. El día anterior le habían conectado un nuevo teléfono. Poco más de veinticuatro horas más tarde, había conducido a un macabro descubrimiento.

—Se equivoca de número —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Wainwright—. ¿Qué está diciendo?

—No importa. ¿Hay teléfono aquí?

—No, no que yo sepa.

—¿Tiene teléfono móvil?

—En el coche.

—Vaya a buscarlo.

Pierce levantó la mirada cuando entró el detective Renner. Trató de contener su ira, consciente de que con cuanta más calma manejara la situación, antes podría irse a casa. De todos modos, más de dos horas en una sala de dos metros y medio por dos metros y medio con nada más que una página de deportes de hacía cinco días para leer le estaba agotando la paciencia. Ya le habían tomado declaración en dos ocasiones. La primera vez, los agentes de patrulla que habían respondido a la llamada de Wainwright y la segunda, Renner y su compañero cuando estos habían llegado al apartamento. Uno de los agentes de patrulla lo había conducido entonces a la comisaría de la División del Pacífico y lo había encerrado en la sala de interrogatorios.

Renner llevaba una carpeta en la mano. Se sentó frente a Pierce, al otro lado de la mesa, y la abrió. Pierce vio algún tipo de formulario policial con texto escrito a mano en todas las casillas. Renner miró el formulario durante un periodo desmesurado y luego se aclaró la garganta. Parecía un poli que había estado en infinidad de escenas de crímenes. De cincuenta y constitución todavía firme, a Pierce le recordó a Clyde Vernon por su aspecto taciturno.

—¿Tiene usted treinta y cuatro años?

—Sí.

—Vive en el dos mil ochocientos de Ocean Way, apartamento doce cero uno.

—Sí.

Esta vez la exasperación se filtró en la voz de Pierce. Los ojos de Renner subieron momentáneamente a los suyos y luego volvieron a fijarse en el formulario.

—Pero esa no es la dirección que consta en su licencia de conducir.

—No, acabo de mudarme. Ocean es mi nuevo domicilio. Antes vivía en Amalfi Drive. Mire, es más de medianoche. ¿De verdad me ha tenido aquí esperando todo este tiempo para hacerme estas preguntas obvias? Ya he declarado. ¿Qué más quiere?

Renner se recostó en su silla y miró a Pierce con severidad.

—No, señor Pierce, le tengo aquí porque he de conducir una investigación a fondo de lo que parece ser la escena de un crimen. Estoy seguro de que no le molesta eso.

—No me molesta eso. Me molesta que me tengan aquí como a un sospechoso. He tratado de abrir esa puerta y estaba cerrada. He llamado y no ha venido nadie.

—Lo siento. No había ningún detective en la oficina. Es medianoche. Pero el agente de patrulla no debería haber cerrado la puerta, porque usted no está detenido. Si quiere presentar una queja personal contra él o contra mí, iré a buscarle los formularios necesarios para que los rellene.

—No quiero presentar ninguna queja, ¿de acuerdo? No quiero ningún formulario. ¿Podemos ocuparnos de esto para que pueda irme de aquí? ¿Era de ella la sangre?

—¿Qué sangre?

—La de la cama.

—¿Cómo sabe que es sangre?

—Lo supongo. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Dígame lo usted.

—¿Qué? ¿Qué se supone que significa eso?

—Era una pregunta.

—Espere un momento. Acaba de decir que no era un sospechoso.

—He dicho que no está detenido.

—Entonces ¿está diciendo que no estoy detenido, pero que soy sospechoso en esto?

—Yo no estoy diciendo nada, señor Pierce. Sólo estoy haciendo preguntas para tratar de formarme una idea de lo que ha ocurrido en ese apartamento y lo que está sucediendo ahora.

Pierce contuvo su creciente rabia. No dijo nada. Renner consultó el formulario y habló sin levantar la mirada.

—Veamos, en la declaración que ha hecho antes, dice que ese teléfono nuevo de Ocean Way pertenecía antes a la mujer a cuyo apartamento ha ido esta tarde.

—Exactamente. Por eso estaba allí. Para averiguar qué le había sucedido.

—¿Conoce a esta mujer, Lilly Quinlan?

—No, no la he visto nunca.

—¿Nunca?

—En mi vida.

—Entonces ¿por qué hace esto? Ir a su apartamento, meterse en problemas. ¿Por qué no se limitó a cambiar el número? ¿Qué le importaba?

—Le diré que en las últimas dos horas me he estado haciendo la misma pregunta. Mire, uno trata de saber de alguien, de hacer algún bien y ¿qué consigue? Que la policía lo encierre dos horas en una sala.

Renner no dijo nada. Dejó que Pierce echara pestes.

—¿Qué importa por qué me preocupé o si tenía o no un motivo para hacer lo que hice? ¿No debería ocuparse de lo que le sucedió a ella? ¿Por qué me está

planteando las preguntas a mí? ¿Por qué no está sentado en esta sala Billy Wentz y no yo? Ya le he hablado de él.

—Hablabamos con Billy Wentz, señor Pierce. No se preocupe. Pero ahora mismo estoy hablando con usted.

Renner se quedó en silencio un momento mientras se rascaba la frente con dos dedos.

—Vuelva a explicarme cómo supo que existía este apartamento.

Las primeras declaraciones de Pierce habían estado repletas de ocultaciones de la verdad concebidas para esconder las ilegalidades que había cometido. Pero la historia que había contado acerca de cómo había encontrado el apartamento era una mentira completa pergeñada para mantener a Robin al margen de la investigación. Había cumplido su promesa de no descubrirla como una fuente de información. De todo lo que había dicho en las últimas cuatro horas, era la única cosa que le hacía sentirse bien.

—En cuanto conecté mi teléfono empecé a recibir llamadas de hombres que buscaban a Lilly. Algunos eran anteriores clientes y querían verla otra vez. Traté de conversar con ellos para ver si podía descubrir algo acerca de ella. Hoy un hombre me habló del apartamento y me dijo dónde estaba. Así que fui.

—Ya veo, y ¿cuál era el nombre de ese antiguo cliente?

—No lo sé, no me lo dijo.

—¿Tiene identificador de llamadas en su teléfono nuevo?

—Sí, pero llamaba desde un hotel. Lo único que decía el identificador era que la llamada era del Ritz-Carlton.

Allí hay muchas habitaciones. Supongo que estaba en una de ellas.

Renner asintió.

—Y el señor Wainwright ha dicho que usted y a lo había llamado esta mañana para preguntarle acerca de la señorita Quinlan y otra propiedad que le alquilaba.

—Sí, una casa en Altair. Ella vivía allí y trabajaba en el apartamento de al lado de Speedway. Era en el apartamento donde se citaba con los clientes. Cuando le dije que había desaparecido él fue y vació la casa.

—¿Había estado antes en el apartamento?

—No, nunca. Ya se lo he dicho.

—¿Y en la casa de Altair? ¿Ha estado allí?

Pierce eligió sus palabras como si eligiera qué pasos dar por un campo minado.

—Fui allí y nadie contestó cuando golpeé la puerta. Por eso llamé a Wainwright.

Confiaba en que Renner no hubiera notado el cambio en su voz. El detective estaba formulando muchas más preguntas que durante la declaración inicial. Pierce sabía que estaba en terreno traicionero. Cuanto menos dijera más posibilidades tenía de salir indemne.

—Estoy tratando de establecer la secuencia de los hechos —dijo Renner—. Nos ha dicho que primero fue a ECU en Hollywood. Allí consiguió el nombre de Lilly Quinlan y la dirección de un apartado de correos en Santa Monica. Fue allí y utilizó eso que usted ha llamado ingenio social para...

—Ingeniería. Ingeniería social.

—Lo que sea. Usted le sonsacó la dirección de la casa al tipo del servicio postal, ¿verdad? Primero fue a la casa, después llamó a Wainwright y por último fue a verlo al apartamento. ¿Es correcto todo esto?

—Sí.

—Ahora bien, usted ha dicho en las dos declaraciones que ha hecho esta noche que llamó y no encontró a nadie en la casa, de modo que se fue. ¿Es eso cierto?

—Sí, es cierto.

—Entre el momento en que llamó y no encontró a nadie en casa y abandonó la propiedad, ¿entró en la casa de Altair, señor Pierce?

Allí estaba. La gran pregunta. Requería un sí o un no. Requería una respuesta verdadera o una mentira que podría descubrirse con facilidad. Tenía que dar por supuesto que había dejado huellas en la casa. Recordó concretamente los tiradores del escritorio de persiana. El correo que había revisado.

Les había dado la dirección de Altair hacía más de dos horas. Por lo que sabía, ya habían estado allí y ya tendrían sus huellas. La pregunta podía ser una trampa para atraparle.

—La puerta estaba abierta —dijo Pierce—. Entré para asegurarme de que ella no estaba allí. Por si necesitaba ayuda o algo.

Renner estaba ligeramente inclinado sobre la mesa. Sus ojos buscaron los de Pierce y establecieron contacto.

—¿Estuvo dentro de esa casa?

—Sí.

—¿Por qué no nos lo dijo antes?

—No lo sé. No creí que fuera necesario. Estaba tratando de ser breve. No quería quitarle tiempo a nadie, supongo.

—Bueno, gracias por pensar en nosotros. ¿Qué puerta estaba abierta?

Pierce vaciló un instante, pero sabía que debía responder.

—La de atrás.

Lo afirmó como un delincuente que se declara culpable. Tenía la cabeza baja, lo dijo en voz baja.

—¿Disculpe?

—La puerta de atrás.

—¿Tiene la costumbre de ir a la puerta de atrás de la casa de un perfecto desconocido?

—No, pero esa era la puerta que no estaba cerrada con llave. La de delante sí

lo estaba. Le he dicho que quería ver si había algún problema.

—Eso es. Quería ser un rescatador, un héroe.

—No eso, sólo quería...

—¿Qué encontró en la casa?

—Poca cosa. Comida estropeada, una pila enorme de correo. Seguro que ella no había estado allí en mucho tiempo.

—¿Se llevó algo?

—No.

Lo dijo sin dudar, sin pestañear.

—¿Qué tocó?

Pierce se encogió de hombros.

—No lo sé. Algo del correo. Hay un escritorio. Abrí algunos cajones.

—¿Esperaba encontrar a la señorita Quinlan en un cajón de escritorio?

—No, sólo...

No terminó. Se recordó a sí mismo que estaba caminando en una cornisa. Tenía que mantener la máxima concisión posible en las respuestas.

Renner cambió de postura, acomodándose en la silla, y también cambió la táctica de interrogatorio.

—Dígame una cosa. ¿Cómo supo que tenía que llamar a Wainwright?

—Porque es el casero.

—Sí, pero ¿cómo lo sabía usted?

Pierce se quedó de piedra. Sabía que no podía dar una respuesta que se refiriera en modo alguno a la agenda de teléfonos o al correo que se había llevado de la casa. Pensó en la agenda escondida detrás de pilas de papel en la sala de fotocopias de su oficina. Por primera vez sintió que se formaba un sudor frío en su cuero cabelludo.

—Eh, creo... no, sí, estaba escrito en algún lugar en el escritorio de su casa. Creo que era una nota.

—¿Se refiere a una nota que estaba a la vista?

—Sí, eso creo. Yo...

De nuevo se detuvo antes de darle a Renner algo con lo que el detective pudiera golpearle. Pierce bajó la mirada. Estaban conduciéndolo a una trampa y tenía que pensar en una vía de escape. Lo de la nota había sido un error, pero ya no podía retroceder.

—Señor Pierce, acabo de llegar de esa casa en Altair y he mirado en ese escritorio. No he visto ninguna nota.

Pierce asintió como si estuvieran de acuerdo, a pesar de que había dicho lo contrario.

—¿Sabe lo que era?, era mi propia nota en lo que estaba pensando, la que escribí después de hablar con Vivían. Fue ella quien me habló de Wainwright.

—¿Vivían? ¿Quién es Vivían?

—La madre de Lilly. Vive en Tampa, Florida. Cuando ella me pidió que buscara a Lilly me dio algunos nombres y contactos. Acabo de recordar que fue de allí de donde saqué el nombre de Wainwright.

Las cejas de Renner se alzaron otra vez en su frente cuando registró de nuevo su sorpresa.

—Todo esto es información nueva, señor Pierce. ¿Ahora me está diciendo que la madre de Lilly Quinlan le pidió que buscara a su hija?

—Sí, dijo que la policía no estaba haciendo nada. Me pidió que hiciera lo que pudiera.

Pierce se sintió bien. La respuesta era cierta, o al menos más cierta que la mayoría de las cosas que estaba diciendo. Pensó que tal vez podría salir airoso de la situación.

—¿Y la madre tenía en Tampa el nombre del casero de su hija?

—Bueno, creo que obtuvo algunos nombres y contactos de un detective privado al que había contratado previamente para localizar a Lilly.

—Un detective privado.

Renner miró la declaración que tenía delante como si se reprendiera por no haber encontrado en la declaración una referencia al investigador privado.

—¿Conoce su nombre?

—Philip Glass. Tengo su número anotado en una agenda que está en mi coche. Mi coche está al lado del apartamento. Lléveme allí y se lo daré.

—Gracias, pero resulta que ya conozco al señor Glass y sé cómo contactar con él. ¿Ha hablado con él?

—No. Le dejé un mensaje, pero no contestó. Pero por lo que me dijo Vivian, no había tenido mucho éxito en encontrar a Lilly. No esperaba mucho de él. No sabía si era bueno o simplemente la estaba estafando, ¿sabe?

Renner tenía la oportunidad de decirle lo que sabía de Glass, pero el detective no la aprovechó.

—¿Qué hay de Vivian? —preguntó en cambio.

—También tengo su número en el coche. Le daré todo lo que tengo en cuanto pueda salir de aquí.

—No, me refiero a Vivian en Florida. ¿Cómo supo la forma de contactar con ella?

Pierce tosió. Era como si le hubieran dado una patada en el estómago. Renner lo había vuelto a atrapar. La agenda otra vez. No podía mencionarla. Su respeto por el detective taciturno estaba aumentando al mismo tiempo que sentía que su mente se combaba por el peso de sus propias mentiras y ofuscación. Sólo veía una salida.

Pierce tuvo que darle el nombre. Sus propias mentiras no le habían dejado otra salida. Se dijo a sí mismo que Renner de todos modos llegaría a ella por sus propios medios. El sitio Web de Lilly Quinlan tenía un vínculo con el de ella. La conexión era inevitable. Al menos dándole el nombre de Robín en ese momento, podría controlar las cosas. Les diría lo mínimo para poder salir y luego llamaría para avisarla.

—Una chica llamada Robin —dijo.

Renner sacudió la cabeza una vez, de manera casi imperceptible.

—Bueno, bueno, otro nombre nuevo —dijo—. ¿Por qué será que no me sorprende, señor Pierce? Ahora dígame quién es Robin.

—En la Web de Lilly Quinlan menciona la disponibilidad de otra chica que trabaja con ella. Dice «Dobla tu placer». La otra chica se llama Robin. Hay un enlace de la página de Lilly a la de Robin. Trabajan juntas. Visité la página y llamé al número de Robin. No pudo ayudarme mucho. Dijo que pensaba que Lilly podría haber ido a Tampa, donde vivía su madre. Así que después llamé al número de información de Tampa y pedí números de gente apellidada Quinlan. Al final contacté con Vivían.

Renner asintió.

—Debía de haber un montón de nombres. Un apellido irlandés como Quinlan no es demasiado raro.

—Sí, había muchos.

—Y Vivían está al final del alfabeto. Habrá llamado a Información de Tampa un montón de veces.

—Sí.

—Por cierto, ¿cuál es el prefijo de Tampa?

—Es el ocho uno tres.

Pierce se sintió bien por haber podido contestar finalmente una pregunta sin tener que mentir y preocuparse por cómo encajaría con las otras mentiras que había contado. Pero entonces vio que Renner sacaba un teléfono móvil del bolsillo de su cazadora de cuero. Lo abrió y marcó el número de Información del 813.

Pierce se dio cuenta de que iban a pillarlo directamente en una mentira si el

número de Vivian Quinlan no constaba en Información.

—¿Qué está haciendo? Son más de las tres de la mañana en Tampa. Va a asustarla de veras si...

Renner levantó una mano para que se callara y habló por el teléfono.

—Listado de residentes de Tampa. El nombre es Vivian Quinlan.

Renner aguardó entonces y Pierce observó la cara del detective en busca de una reacción. Conforme pasaban los segundos sentía que el estómago se le retorcía como una doble hélice de ADN.

—De acuerdo, gracias —dijo Renner.

El detective cerró el teléfono y volvió a guardarlo. Miró a Pierce un momento, luego sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa y anotó un número de teléfono en la parte exterior de la carpeta. Pierce pudo leer el número del revés y reconoció que era el que había obtenido de la agenda telefónica de Lilly Quinlan.

Exhaló demasiado sonoramente. Por fin un respiro.

—Creo que tiene razón —dijo Renner—. Comprobaré lo que me ha dicho a una hora más razonable.

—Sí, eso sería mejor.

—Como creo que le he dicho antes, no tenemos acceso a Internet aquí en la brigada, así que no he visto ese sitio Web que ha mencionado. En cuanto llegue a casa lo comprobaré. Pero usted ha dicho que el sitio está vinculado con el de esa otra mujer, Robin.

—Exacto. Trabajaban juntas.

—¿Y usted llamó a Robin cuando no pudo contactar con Lilly?

—Eso es.

—Y habló con ella por teléfono y ella le dijo que Lilly se había ido a Tampa a ver su mamá.

—Dijo que no lo sabía. Pensaba que podría haber ido allí.

—¿Conocía a Robin de antes de esta llamada telefónica?

—No.

—Voy a arriesgarme aquí, señor Pierce, y le digo que apuesto a que Robin es una chica de alterne. Una prostituta. Así que lo que me está diciendo es que esa mujer metida en esa clase de negocio recibe una llamada de un perfecto desconocido y termina contándole a ese desconocido dónde cree que está su compañera de delito desaparecida. Un poco raro, ¿no cree?

Pierce casi gimió. Renner no iba a ceder. Estaba picoteando implacablemente en los flecos de su declaración, amenazando con sacar a la luz todo el asunto. Pierce solo quería salir, irse. Y de pronto se dio cuenta de que necesitaba decir o hacer algo que se lo permitiera. Ya no le preocupaban las consecuencias a largo plazo. Sólo necesitaba salir. Si lograba llegar a Robin antes que Renner, quizá con un poco de suerte podría hacerlo funcionar.

—Bueno... supongo que de algún modo fui capaz de convencerla de que, bueno, de que de verdad quería encontrarla y asegurarme de que estaba bien. Quizá ella también estaba preocupada por Lilly.

—¿Y eso fue por teléfono?

—Sí, por teléfono.

—Ya veo. Bueno, de acuerdo, comprobaré todo esto con Robin.

—Sí, compruébelo. ¿Puedo...?

—Y está dispuesto a someterse a la prueba del polígrafo, ¿no?

—¿Qué?

—Un polígrafo. No tardará mucho. Podemos ir al centro y que se ocupen de esto.

—¿Esta noche? ¿Ahora mismo?

—Probablemente no. No creo que consiguiera sacar a nadie de la cama para que le hiciera la prueba. Pero podríamos hacerlo mañana a primera hora.

—Bien. Prepárelo para mañana. ¿Puedo irme ahora?

—Ya casi estamos, señor Pierce.

Los ojos de Pierce se fijaron de nuevo en la declaración. « Seguro —pensó— que ya hemos cubierto todo el formulario. ¿Qué es lo que falta? » .

Renner buscó los ojos de Pierce sin mover la cabeza en absoluto.

—Bueno, su nombre ha surgido un par de veces en el ordenador. Pensaba que podríamos hablar de eso.

Pierce sintió que enrojecía de calor. Y de rabia. Se suponía que aquella vieja detención no debía constar en sus antecedentes. Había cumplido con la condicional y con las ciento sesenta horas de servicio a la comunidad. Eso había sido hacía mucho tiempo. ¿Cómo lo sabía Renner?

—¿Está hablando del asunto de Palo Alto? —preguntó—. Nunca me acusaron oficialmente. Se desvió. Me suspendieron de la facultad durante un semestre. Cumplo con el servicio comunitario y la condicional. Nada más.

—Detenido como sospechoso de suplantar a un agente de policía.

—Fue hace casi quince años. Estaba en la facultad.

—Pero se da cuenta de lo que estoy viendo aquí. Suplantar a un agente de policía entonces. Ahora dando vueltas como una especie de detective. Tal vez tiene un complejo de héroe, señor Pierce.

—No, es completamente distinto. Lo que hice entonces fue hacer unas cuantas llamadas de teléfono para obtener cierta información con un poco de ingeniería social. Actué como si fuera un policía del campus para conseguir un número de teléfono. Eso fue todo. No tengo complejo de héroe, ni siquiera sé lo que es eso.

—¿Un número de teléfono de quién?

—De un catedrático. Quería el número de su casa y no estaba en la guía. No fue nada.

—El informe dice que usted y sus amigos utilizaron el número para molestar al catedrático. Para gastarle una broma muy elaborada. Detuvieron a otros cinco estudiantes.

—Fue inofensivo, pero tuvieron que hacer un ejemplo de nosotros. Fue cuando el *hacking* estaba empezando a proliferar. Nos suspendieron a todos y nos cayó la condicional y servicio a la comunidad, pero el castigo fue más severo que el delito. Lo que hicimos era inofensivo. Menor.

—Lo siento, pero no considero que hacerse pasar por un agente de policía sea ni ofensivo ni menor.

Pierce estuvo a punto de protestar más, pero se mordió la lengua. Sabía que no iba a convencer a Renner. Esperó a la siguiente pregunta y al cabo de un momento el detective continuó.

—En los registros dice que cumplió el servicio a la comunidad en Sacramento, en un laboratorio del Departamento de Justicia. ¿Estaba pensando en hacerse policía?

—Fue después de que yo cambiara mi orientación a química. Sólo trabajé en el laboratorio de hematología. Comprobaba distintas muestras de sangre para ver si coincidían, trabajo básico. Distaba mucho de ser trabajo policial.

—Pero tuvo que ser interesante, ¿eh? Tratar con policías, reunir pruebas de casos importantes. Lo bastante interesante para que se quedara después de cumplir con sus horas.

—Me quedé porque me ofrecieron un trabajo y Stanford es caro. Y no me dieron los casos importantes. La mayoría de los casos me llegaban por *courier*. Yo hacía el trabajo y enviaba el paquete de vuelta. No era gran cosa. De hecho era bastante aburrido.

Renner continuó sin transición.

—Su detención por suplantar a un agente de policía también sucedió un año después de que su nombre apareciera en un informe criminal aquí en Los Angeles. Está en el ordenador.

Pierce empezó a negar con la cabeza.

—No. Nunca me han detenido por nada aquí. Sólo esa vez en Stanford.

—No he dicho que lo detuvieran. He dicho que su nombre aparece en un informe criminal. Ahora todo está en el ordenador. Usted es *hacker*, ya lo sabe. Uno pone un nombre y a veces es sorprendente lo que descubre.

—Yo no soy *hacker*. Ya no tengo ni idea de eso. Y sea cual sea el informe del que está hablando tiene que ser otro Henry Pierce. No recuer...

—No lo creo. ¿Kester Avenue en Sherman Oaks? ¿Tenía una hermana llamada Isabelle Pierce?

Pierce se quedó de piedra. Estaba sorprendido de que Renner hubiera establecido la conexión.

—La víctima de un homicidio, mayo de mil novecientos ochenta y ocho.

Pierce no pudo hacer otra cosa que asentir. Era como un secreto que salía a la luz o una venda arrancada de una herida abierta.

—Se cree que fue víctima de un asesino conocido como el Fabricante de Muñecas, más tarde identificado como Norman Church. Caso cerrado con la muerte de Church, el nueve de septiembre de mil novecientos noventa.

Caso cerrado, pensó Pierce. Como si Isabelle fuera simplemente un expediente que pudiera cerrarse, guardarse en un cajón y olvidarse. Como si un asesinato pudiera resolverse de verdad.

Salió de sus pensamientos y miró a Renner.

—Sí, mi hermana. ¿Qué ocurre? ¿Qué tiene que ver con esto?

Renner dudó y luego lentamente su rostro de cansancio estalló en una leve sonrisa.

—Supongo que tiene todo y nada que ver.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que sí. Era mayor que usted, ¿no?

—Algunos años.

—Se había fugado de casa. Usted iba a buscarla, ¿no?

Lo dice en el ordenador, así que será verdad, ¿no? Por la noche. Con su padre. Él...

—Padrastró.

—Padrastró, entonces. Él lo enviaba a los edificios abandonados a mirar porque usted era un niño y los niños de esos *squats* no huyen de otros niños. Eso es lo que pone el informe. Dice que nunca la encontró. Nadie lo hizo hasta que fue demasiado tarde.

Pierce cruzó los brazos y los apoyó en la mesa.

—Oiga, ¿adónde quiere ir a parar? Porque de verdad que quiero salir de aquí, si no le importa.

—La cuestión es que antes ya había buscado a la chica perdida, señor Pierce. Me pregunto si no quiere arreglar algo con esta chica Lilly. ¿Sabe a qué me refiero?

—No —dijo Pierce con una voz que le sonó muy débil incluso para sí mismo. Renner asintió.

—De acuerdo, señor Pierce, puede irse. Por ahora. Pero deje que le diga, para que conste, que no creo ni remotamente que me haya dicho toda la verdad. Mi trabajo consiste en saber cuándo la gente está mintiendo y creo que está mintiendo o está omitiendo información, o las dos cosas. Pero, sabe, no me siento mal por eso, porque tarde o temprano me enteraré. Puede que avance despacio, señor Pierce. Seguro, le he tenido aquí esperando demasiado. A un ciudadano destacado y respetable como usted. Pero eso es porque soy concienzudo y soy bastante bueno en lo que hago. Pronto tendré toda la información. Se lo garantizo. Y si descubro que ha cruzado alguna línea, será un placer para mí, no sé si sabe

qué quiero decir. —Renner se levantó—. Estaré en contacto por lo del polígrafo. Y si yo fuera usted, pensaría en volver a ese bonito apartamento de Ocean Way y me quedaría allí, lejos de todo este asunto, señor Pierce.

Pierce se levantó y rodeó con torpeza la mesa y a Renner para llegar a la puerta. Pensó en algo antes de salir.

—¿Dónde está mi coche?

—¿Su coche? Supongo que está donde lo dejó. Vaya al mostrador de la entrada. Le pedirán un taxi.

—Muchas gracias.

—Buenas noches, señor Pierce. Estaré en contacto.

Mientras caminaba por la desierta sala de la brigada hacia el pasillo que conducía al mostrador y la salida, Pierce miró el reloj. Eran las doce y media. Sabía que tenía que llegar a Robin antes de que lo hiciera Renner, pero su número estaba en la mochila, en el coche.

Y cuando se acercaba al mostrador cayó en la cuenta de que no tenía dinero para un taxi. Le había dado hasta el último dólar a Robin. Dudó un momento.

—¿Puedo ayudarle, señor?

Era el policía de detrás del mostrador. Pierce se dio cuenta de que lo estaba mirando a él.

—No, estoy bien.

Se volvió y salió de la comisaría. En Venice Boulevard echó a correr hacia la playa.

Cuando Pierce recorrió el callejón hasta su coche vio que el apartamento de Lilly Quinlan seguía siendo un nido de actividad policial. Varios coches bloqueaban el paso y se había instalado un generador para iluminar la parte delantera del apartamento.

Se fijó en que Renner estaba de pie, conversando con su compañero, un detective cuyo nombre Pierce no recordaba. Eso significaba que probablemente Renner había pasado al lado de Pierce en su regreso a la escena del crimen y no se había fijado en él, o bien había decidido intencionadamente no ofrecerse a llevarlo. Incluso de noche, un policía habría reparado en un hombre de traje corriendo por la calle. Renner había pasado a su lado a propósito.

De pie al lado de su coche, o tal vez escondiéndose mientras se recuperaba de la carrera, Pierce observó unos momentos la situación. Renner y su compañero no tardaron en volver a entrar en el apartamento. Finalmente Pierce utilizó el control remoto para abrir la puerta del BMW.

Entró en el vehículo y cerró la puerta con suavidad. Se peleó con la llave, tratando de encontrar el contacto y se dio cuenta de que la bombilla del techo estaba apagada. Pensó que se habría fundido, porque estaba preparada para encenderse cuando se abría la puerta. Se levantó y pulsó el botón de todos modos. No ocurrió nada. Volvió a hacerlo y la luz se encendió.

Se sentó allí mirando la bombilla durante un largo momento y pensando en ello. El dispositivo tenía un ciclo de tres posiciones que se controlaba pulsando el botón situado en el techo, al lado de la bombilla. En la primera posición, la luz se encendía cuando se abría la puerta y se apagaba al cabo de quince segundos de que se cerrara o en cuanto se ponía en marcha el motor. En la segunda posición la luz quedaba encendida de manera permanente, incluso con la puerta cerrada. En la tercera posición la luz permanecía siempre apagada, aunque se abrieran las puertas.

Pierce siempre mantenía la luz en la primera posición para que el interior se iluminara al abrir la puerta. Eso no había ocurrido cuando había entrado en el coche. La luz tenía que haber estado en la tercera posición del ciclo. Entonces había pulsado el botón una vez —a la posición uno— y la luz no se había encendido porque la puerta ya estaba cerrada. La había pulsado una segunda vez

y la luz había entrado en la posición dos.

Abriendo y cerrando la puerta, repasó el ciclo hasta que confirmó su teoría. Su conclusión fue que alguien había estado en su coche y había tocado las luces.

De repente sintió pánico al darse cuenta, se estiró entre los dos asientos delanteros hasta que su mano palpó la mochila que estaba en el suelo. Tiró de ella e hizo una rápida revisión de su contenido. Sus libretas seguían allí. No parecía que faltara nada.

Abrió la guantera y eso también parecía intacto. Sin embargo, estaba seguro de que alguien había estado dentro del vehículo.

Sabía que lo más caro del coche era probablemente la mochila de cuero en sí, y no obstante no se la habían llevado. Esto le llevó a concluir que el coche había sido registrado, pero no robado, lo cual explicaba por qué lo habían vuelto a cerrar. Un ladrón de coches probablemente no se habría molestado en disimular lo que había hecho.

Pierce levantó la vista hacia el umbral iluminado del apartamento y supo lo que había ocurrido. Renner. La policía. Ellos habían registrado su coche. Estaba seguro.

Consideró esto y decidió que había dos posibilidades respecto a cómo había ocurrido el registro y cómo se había producido el error que había delatado el hecho. La primera era que quien había llevado a cabo el registro había abierto la puerta —probablemente con una «ganzúa» profesional— y luego había pulsado dos veces el interruptor de la luz para apagarla y no ser visto en el coche.

La segunda posibilidad era que la persona hubiera entrado en el coche y cerrado la puerta, con lo cual la luz cenital se habría apagado transcurridos quince segundos. La persona habría pulsado entonces el botón para volver a encender la luz. Finalizado el registro habría vuelto a pulsar el botón para apagar la luz, dejando el dispositivo en la posición del ciclo en que Pierce lo había encontrado.

Él apostaba por esta última posibilidad, aunque tampoco tenía importancia. Pensó en Renner, que seguía dentro del apartamento, y comprendió por qué el policía no lo había llevado en coche. Había visto la oportunidad de llegar antes que Pierce a la escena y registrar el BMW.

El registro era ilegal sin su autorización, pero Pierce de hecho sentía lo opuesto al enfado. Sabía que no había nada en el coche que lo incriminara en la desaparición de Lilly Quinlan ni en ningún delito. Pensó en Renner y en la decepción que probablemente había sentido al descubrir que el coche estaba limpio.

—Jódete, cabrón —dijo en voz alta.

Justo cuando estaba a punto de poner en marcha el coche vio que sacaban el colchón del apartamento. Dos hombres que supuso que eran especialistas en escenas del crimen cargaban cuidadosamente con la voluminosa pieza,

llevándola en posición vertical a través de la puerta y escaleras abajo hasta una furgoneta de la División de Investigaciones Científicas del Departamento de Policía de Los Angeles.

Habían envuelto el colchón en un plástico grueso, como una cortina de ducha, pero el amplio y oscuro manchón del centro todavía se traslucía con claridad. La visión del colchón sostenido ante la cruda luz deprimió de inmediato a Pierce. Era como si estuvieran sosteniendo un tablón de anuncios que avisara que era demasiado tarde para hacer algo por Lilly Quinlan.

El colchón era excesivamente grande y ancho para entrar en la furgoneta. Los hombres de la División de Investigaciones Científicas lo alzaron hasta la baca del vehículo y lo aseguraron con pulpos. Pierce supuso que el envoltorio de plástico garantizaría la integridad de las pruebas que de allí pudieran surgir.

Cuando apartó la mirada de la furgoneta se fijó en que Renner estaba de pie en el umbral del apartamento, observándolo. Pierce le sostuvo la mirada un buen rato y luego arrancó. Había tantos coches oficiales en el callejón que se vio obligado a dar marcha atrás hasta Speedway antes de poder dar la vuelta y poner rumbo a su casa.

En su apartamento, diez minutos después, levantó el teléfono e inmediatamente oyó el tono que indicaba que tenía mensajes. Antes de escucharlos pulsó el botón de rellamada porque sabía que la última persona a la que había telefoneado era Robin. La llamada fue a un buzón de voz sin que sonara un solo timbrado, lo cual indicaba que ella había apagado el teléfono o estaba atendiendo otra llamada.

—Escucha, Robin, soy yo, Henry Pierce. Sé que estabas enfadada conmigo, pero escucha lo que tengo que decirte ahora. Después de que te fuiste encontré la puerta del apartamento de Lilly abierta. El casero estaba allí vaciando el apartamento. Encontramos lo que parecía sangre en la cama y tuvimos que llamar a la poli. Traté de mantenerte...

Sonó el bip y la llamada se cortó. Pierce pulsó de nuevo el botón de rellamada, preguntándose por qué tenía establecido un tiempo tan corto para los mensajes. Le dio señal de ocupado.

—¡Mierda!

Empezó de nuevo y otra vez comunicaba. Frustrado, salió al balcón. La brisa marina era intensa y cortante. Las luces de la noria seguían encendidas, pero el parque de atracciones había cerrado a medianoche. Pulsó de nuevo el botón de rellamada y sostuvo el teléfono pegado a la oreja. Esta vez sonó y Robin contestó al primer timbrado. Tenía voz soñolienta.

—¿Robin?

—Sí, ¿Henry?

—Sí, no cuelgues. Estaba dejándote un mensaje. Yo...

—Lo sé. Lo estaba escuchando. ¿Has oído el mío?

—¿Qué? ¿Un mensaje? No, acabo de llegar a casa. He estado toda la noche con la policía. Escucha, sé que estás furiosa conmigo, pero como trataba de decirte en el mensaje, la poli va a llamarte. Te mantuve al margen. No les dije que me habías llevado allí. Pero entonces me preguntaron que cómo sabía que Lilly era de Tampa y que su madre vivía allí y les dije que tú me lo habías dicho. Era mi única salida. Para mí, lo admito, pero no creo que suponga un problema para ti. Me refiero a que vuestras páginas están vinculadas. De todos modos iban a ir a hablar contigo.

—No pasa nada.

Pierce se quedó un momento en silencio, sorprendido por la reacción de Robin.

—Les dije que te había convencido de que quería encontrar a Lilly para asegurarme de que estaba bien y que tú me creíste y así fue como me contaste cosas de ella.

—¿Sabes?, me convenciste. Por eso te llamé y dejé un mensaje. Es una suerte que tenga identificador de llamadas y tuviera tu número. Quería decirte que lo sentía por lo que te dije en el callejón. Estuvo muy mal.

—No te preocupes por eso.

—Gracias.

Ambos se quedaron un momento en silencio.

—Oye —dijo Pierce—. El colchón del apartamento... Había mucha sangre. No sé lo que le pasó a Lilly, pero si estaba tratando de dejar el oficio para ir a la universidad... Sé que tienes miedo de Billy Wentz, pero deberías tener más que eso, Robin. Hagas lo que hagas, ten cuidado.

Ella no dijo nada.

—Tienes que escapar de él y de este oficio. Pero, escúchame: cuando lo hagas, no se lo digas a nadie. Simplemente desaparece sin que ellos sepan que te vas. Creo que ese pudo ser el error que cometió Lilly. Debí de decírselo a él o se lo contó a otra persona y él acabó enterándose.

—¿Y crees que fue él quien lo hizo? Ella le hacía ganar dinero. ¿Por qué iba a...?

—No lo sé. No sé qué pensar. Pudo ser la persona que estuvo con ella antes de la cita que tenía contigo. Hay muchas posibilidades. He visto cosas en ese apartamento, fustas y máscaras y demás. ¿Quién sabe qué le pasó? Pero pudo ser Wentz enviando el mensaje de que nadie puede irse. Lo único que estoy diciendo es que este mundo en el que vives es peligroso, Robin. Deberías dejarlo y deberías tener mucho cuidado cuando lo hagas.

Robin se quedó un momento en silencio y Pierce se dio cuenta de que no le había dicho nada que ella no supiera ya. Entonces pensó que la estaba oyendo llorar, aunque no estaba seguro.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo ella—. Es sólo que no es fácil, ¿sabes? Dejarlo. Salir y volver a la vida normal. O sea, ¿qué otra cosa voy a hacer? Gano mucho dinero con esto. Más del que ganaría nunca en otro sitio. ¿Qué podría hacer, trabajar en McDonald's? Probablemente ni siquiera conseguiría trabajo allí. ¿Qué pondría en el formulario, que he estado haciendo de puta en los últimos dos años?

No era la conversación que Pierce pensaba que iba a tener con Robin. Entró de nuevo desde el balcón y volvió a meterse en la sala de estar. Tenía dos sillas nuevas, pero ocupó su sitio habitual en el viejo sofá.

—¿Robin? Ni siquiera conozco tu apellido.

—LaPorte. Y tampoco me llamo Robin.

—¿Cómo te llamas?

—Lucy.

—Bueno, me gusta más. Lucy LaPorte. Sí, me gusta. Suena bien.

—Tuve que darles todo lo demás a esos tipos, así que decidí guardarme el nombre.

Parecía que había parado de llorar.

—Bueno... Lucy, si me dejas que te llame así. Guárdate mi número. Cuando estés preparada para dejar esta vida, me llamas y haré todo lo posible para ayudarte. Dinero, un trabajo, un apartamento, lo que necesites, llámame y lo tendrás. Haré lo que pueda.

—Lo haces por tu hermana, ¿verdad?

Pierce se lo pensó antes de contestar.

—No lo sé, probablemente.

—No me importa. Gracias, Henry.

—Muy bien, Lucy. Creo que voy a derrumbarme. Ha sido un día muy largo y estoy agotado. Lamento haberte despertado.

—No te preocupes por eso. Y no te preocupes por los polis. Me arreglaré.

—Gracias, buenas noches.

Pierce cortó la llamada y buscó los mensajes del buzón de voz. Tenía cinco. O mejor dicho, Lilly tenía tres y él dos. Borró los de Lilly en cuanto determinó que no eran para él. Su primer mensaje era de Charlie.

Sólo quería ver cómo te había ido hoy en el laboratorio y preguntarte si has tenido ocasión de revisar las solicitudes de patentes. Si ves algún problema, deberíamos comentarlo el lunes a primera hora para que tengamos tiempo de arreglarlo...

Borró el mensaje. Pensaba revisar las solicitudes de patentes por la mañana. Después de eso llamaría a Charlie. Escuchó el mensaje completo de Lucy LaPorte.

Hola, soy Robin. Oye, sólo quería decirte que siento lo que te dije al final. Últimamente he estado insoportable con todo el mundo. Pero la verdad es que sé que te preocupas por Lilly y quieres asegurarte de que está bien. Tal vez he actuado así porque me gustaría que hubiera alguien en el mundo que se preocupara por mí de esa forma. Bueno, da igual. Llámame algún día si quieres. Podemos salir. Y la próxima vez no te pediré que me compres un batido. Chao.

Por alguna razón guardó el mensaje y apagó el teléfono. Pensó que tal vez quisiera volver a escucharlo. Se dio golpecitos en la barbilla con el teléfono mientras pensaba en Lucy. Había una dulzura latente en ella que se abría paso entre su lenguaje brusco y la realidad de lo que hacía para abrirse camino en el mundo. Pensó en lo que le había dicho acerca de usar el nombre de Robin y guardarse para ella el de Lucy.

«Tuve que darles todo lo demás a esos tipos, así que decidí guardarme el nombre».

Recordó al detective de policía sentado en la sala de estar, hablando con su madre y su padrastro. Su padre también estaba allí. Les dijo que Isabelle había estado usando otro nombre en la calle con los hombres con los que se iba por dinero. Recordó que el detective dijo que usaba el nombre de Ángel.

Pierce sabía que Renner lo había calado. Lo que había ocurrido tanto tiempo atrás siempre se había mantenido cerca de la superficie y había aflorado al presentarse el misterio de Lilly Quinlan. En su deseo de encontrar a Lilly, de intentar salvarla, estaba encontrando y salvando a su propia hermana perdida.

Pierce pensó que era sorprendente y horrible lo que las personas se hacían unas a otras, pero sobre todo lo que se hacían a ellas mismas. Pensó que tal vez esta fuera la razón por la que se encerraba tantas horas en el laboratorio. Se encerraba del mundo, para no conocer cosas malas ni pensar en ellas. En el laboratorio todo era claro y simple. Cuantificable. La teoría científica se ponía a prueba y se aprobaba o desaprobaba. No había zonas grises. No había sombras.

De repente sintió la necesidad abrumadora de hablar con Nicole, de decirle que en los dos últimos días había aprendido algo que no sabía. Algo que era difícil de expresar con palabras, pero que era palpable en su pecho. Quería decirle que no iba a seguir obsesionado de ese modo con el trabajo.

Pierce marcó su número de teléfono. Su antiguo número. Amalfi Drive. Ella contestó al tercer timbrado. Su voz sonó alerta, pero Pierce supo que no estaba dormida.

—Nicole, soy yo.

—Henry... ¿qué...?

—Ya sé que es tarde, pero...

—No... ya lo hemos hablado. Me dijiste que no ibas a hacer esto.

—Lo sé, pero quiero hablar contigo.

—¿Has estado bebiendo?

—No, sólo quería decirte algo.

—Es medianoche. No puedes hacer esto.

—Sólo esta vez. Necesito decirte algo. Déjame que vaya y...

—No, Henry, no. Estaba profundamente dormida. Si quieres hablar, llámame mañana. Ahora adiós.

Nicole colgó. Pierce sintió que se ponía colorado de vergüenza. Acababa de hacer algo que antes de esa noche estaba seguro de que nunca haría, algo que ni siquiera podía imaginarse haciendo.

Dejó escapar un gemido de dolor y se levantó para acercarse a la ventana. Más allá del muelle, hacia el norte, podía distinguir el collar de luces que trazaba la autopista del Pacífico. Las montañas que se alzaban sobre la ruta eran formas oscuras difíciles de discernir bajo el cielo nocturno. Oía el océano mejor de lo que lo veía. El horizonte se perdía en la oscuridad.

Se sintió deprimido y cansado. Su mente vagaba de Nicole a sus pensamientos sobre Lucy y lo que parecía el destino de Lilly. Cuando miró a la noche se prometió que no olvidaría lo que le había dicho a Lucy. Cuando ella decidiera que quería salir y estuviera lista para dar el paso, él estaría allí, aunque fuera por una razón egoísta. Quién sabe, pensó, tal vez resultara ser lo mejor que había hecho en su vida.

Justo cuando miró hacia allí, las luces de la noria se apagaron. Lo tomó como una señal y volvió a entrar en el apartamento. En el sofá cogió el teléfono y marcó el número de su buzón de voz. Escuchó una vez más el mensaje de Lucy y se fue a acostar. Todavía no tenía sábanas ni mantas ni almohadas. Colocó el saco de dormir sobre el colchón nuevo y se metió dentro. Entonces se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día. No recordaba que le hubiera ocurrido nunca, salvo cuando se pasaba el día entero en el laboratorio. Se durmió mientras componía mentalmente una lista de tareas para cuando se levantara por la mañana.

Pronto estuvo soñando con un pasillo oscuro con puertas abiertas a ambos lados. Mientras avanzaba por el pasillo iba mirando desde el umbral de cada puerta. Cada habitación que miraba parecía una habitación de hotel con una cama, un escritorio y una tele. Y todas las habitaciones estaban ocupadas. En su mayoría por gente que no reconocía y que no se fijaba en que él estaba mirando. Había parejas que discutían, follaban y gritaban. A través de un umbral reconoció a sus padres. Su madre y su padre, no su padrastro, aunque tenían una edad en la que ya estaban divorciados. Se estaban vistiendo para salir a un cóctel.

Pierce continuó por el pasillo y en otra habitación vio al detective Renner.

Estaba solo y paseaba a lo largo de la cama. Las sábanas y las mantas estaban retiradas y se veía una gran mancha de sangre en el colchón.

Pierce siguió avanzando y en otra habitación estaba Lilly Quinlan, tan quieta como un maniquí. La habitación estaba oscura. Ella estaba desnuda y tenía la mirada fija en la televisión. Aunque Pierce no veía la pantalla desde el ángulo en el que se encontraba, el brillo azul que proyectaba en el rostro de Lilly la hacía parecer muerta. Dio un paso hacia el interior de la habitación para ver cómo estaba y ella lo miró. Lilly sonrió y él sonrió y se volvió para cerrar la puerta, pero descubrió que no había puerta en la habitación. Cuando se volvió hacia ella en busca de una explicación, la cama estaba vacía y sólo la televisión permanecía encendida.

Exactamente a mediodía del domingo el sonido del teléfono despertó a Pierce. Un hombre dijo:

—¿Es demasiado temprano para hablar con Lilly?

—No, en realidad es demasiado tarde —dijo Pierce.

Colgó y miró el reloj. Pensó en el sueño que había tenido y empezó a interpretarlo, pero de pronto dejó escapar un gemido cuando se entrometió en sus pensamientos el primer recuerdo del resto de la noche: la llamada a Nicole. Salió del saco de dormir y bajó de la cama para darse una larga ducha mientras pensaba en si debía volver a llamarla para disculparse. Pero ni siquiera el agua caliente podía borrar la vergüenza que sentía. Decidió que lo mejor sería no volver a llamarla ni tratar de explicarse. Intentaría olvidarse de lo que había hecho.

Para cuando terminó de vestirse, su estómago ya le exigía comida a gritos. El problema era que no había nada en la cocina, no tenía dinero y su tarjeta del cajero automático estaba agotada hasta el lunes. Sabía que podía ir a un restaurante o una tienda de comestibles y utilizar una tarjeta de crédito, pero eso le llevaría demasiado tiempo. Había salido de la vergüenza de la llamada a Nicole y el bautismo de la ducha con el deseo de dejar atrás el episodio de Lilly Quinlan y permitir que la policía se hiciera cargo del asunto. Tenía que volver al trabajo. Y sabía que cualquier retraso en llegar a Amedeo podía minar su resolución.

A la una en punto estaba entrando en las oficinas. Hizo una señal con la cabeza al vigilante de seguridad, pero no se dirigió a él por su nombre. Era uno de los nuevos contratados de Clyde Vernon y siempre había tratado con frialdad a Pierce, que esta vez se sintió satisfecho de devolverle el favor.

Pierce tenía una taza de café llena de cambio en el escritorio. Antes de ponerse a trabajar, dejó la mochila en el escritorio, cogió la taza y bajó por la escalera hasta la segunda planta, donde había máquinas de *snacks* y refrescos en el comedor. Casi vació la taza para comprarse dos coca colas, dos bolsas de patatas fritas y un paquete de Oreo. Luego miró en la nevera de la sala para ver si alguien se había dejado algo comestible, pero no había nada que robar. Por regla general los conserjes vaciaban la nevera todos los viernes por la noche.

Cuando llegó a la cocina ya había dado buena cuenta de una bolsa de patatas. Pierce abrió la otra y también una de las latas de coca cola antes de llegar al despacho. Sacó la nueva tanda de solicitudes de patentes de la caja fuerte de debajo de su escritorio. Jacob Kaz era un excelente abogado de patentes, pero siempre necesitaba que los científicos volvieran a leerse las presentaciones y los resúmenes de los formularios legales. Pierce siempre tenía que dar el visto bueno final a las patentes.

Hasta la fecha, las patentes que Pierce y Amedeo Technologies habían solicitado y obtenido durante los últimos seis años giraban en torno a proteger legalmente diseños de arquitectura de complejos biológicos. La clave para el futuro de la nanotecnología estaba en crear nanoestructuras capaces de contenerlos y transportarlos. Hacía mucho tiempo que Pierce había decidido cimentar en este sector su posición en el campo de la informática molecular.

En el laboratorio, Pierce y los otros miembros de su equipo diseñaban y construían una amplia variedad de interruptores que se enlazaban delicadamente en cadena para crear puertas lógicas, el umbral básico de la computación. La mayoría de las patentes de Pierce y Amedeo pertenecían a este ámbito o al área complementaria de la RAM molecular. Un número reducido de otras patentes se centraban en el desarrollo de puentes moleculares, el entramado de robustos tubos de carbono que algún día conectarían los cientos de miles de nanointerruptores que juntos formarían un ordenador tan pequeño como una moneda de diez centavos y tan poderosa como un camión Mack digital.

Antes de iniciar su revisión del nuevo conjunto de patentes, Pierce se reclinó en la silla y miró a la pared que tenía detrás del monitor, donde había una caricatura suya levantando un microscopio, con la cola de caballo levantada y los ojos tan abiertos como si acabara de hacer un descubrimiento fantástico. El pje decía: « ¡Henry escucha a Quién! » .

Se lo había regalado Nicole. Le había pedido a un caricaturista del muelle que lo dibujara después de que Pierce le contara la historia de su recuerdo infantil preferido: su padre leyendo y explicando cuentos a su hermana y a él. Antes de que sus padres se separaran. Antes de que su madre se trasladara a Portland y fundara una nueva familia. Antes de que las cosas empezaran a torcerse para Isabelle.

Su libro favorito de entonces era uno del doctor Seuss *¡Horton escucha a Quién!* Era la historia de un elefante que descubre la existencia de todo un mundo en una mota de polvo. Un nanomundo mucho antes de que nadie pensara en los nanomundos. Pierce todavía se sabía de memoria muchas de las frases del libro. Y pensaba en ellas con frecuencia mientras trabajaba.

En el cuento, Horton es marginado por una sociedad selvática que no cree en su descubrimiento. Sobre todo lo persiguen los monos —conocidos como la banda de Wickersham—, pero en última instancia Horton salva de los monos el

minúsculo mundo de la mota de polvo y demuestra su existencia al resto de la sociedad.

Pierce abrió las Oreo y se comió dos galletas enteras, con la esperanza de que la dosis de azúcar le ayudara a centrarse.

Empezó a revisar las solicitudes con nerviosismo y expectativa. Esa tanda de patentes pondría a Amedeo en una nueva situación y a la ciencia en un nivel superior. Pierce sabía que sacudiría el mundo de la nanotecnología. Y sonrió al pensar en la reacción que tendrían sus competidores cuando sus agentes de espionaje industrial les copiaran las páginas no propietarias de los formularios o cuando leyeran la fórmula de Proteus en las revistas científicas.

El paquete de solicitudes pretendía proteger una fórmula de conversión de energía celular, según se decía en los términos profanos utilizados en el resumen de la primera solicitud del paquete. Amedeo estaba buscando protección de patente para un « sistema de suministro energético » que proporcionaría energía a los robots biológicos que un día patrullarían los torrentes sanguíneos de los seres humanos y destruirían los patógenos que amenazaban a sus huéspedes.

Llamaron a la fórmula Proteus en un guiño a la película *Viaje alucinante*. En la película de 1966 se coloca un equipo médico en un submarino llamado *Proteus*, que luego se miniaturiza con un rayo y se inyecta en un cuerpo humano para buscar y destruir un coágulo inoperable en el cerebro.

La película era ciencia ficción y probablemente los rayos miniaturizadores siempre formarían parte del ámbito de la imaginación. Sin embargo, la idea de atacar patógenos en el organismo con robots celulares o biológicos, algo no muy distante del *Proteus* en la imaginación, estaba en el horizonte de la investigación científica.

Desde los albores de la nanotecnología, las aplicaciones médicas potenciales siempre habían sido la cara más atractiva de la ciencia. La posibilidad de curar el cáncer, el sida o cualquier otra enfermedad era más fascinante que un salto cuántico en la potencia de los ordenadores. La posibilidad de crear dispositivos que patrullaran en el organismo para encontrar, identificar y eliminar patógenos a través de una reacción química era el Santo Grial de la ciencia.

No obstante, el cuello de botella —aquello que mantenía este lado de la ciencia en la teoría mientras que un sinfín de investigadores trabajaba en el desarrollo de RAM y circuitos integrados moleculares— era la cuestión del abastecimiento de energía: cómo mover estos submarinos moleculares a través de la sangre mediante una fuente de energía que fuera natural y compatible con el sistema inmunitario humano.

Pierce había descubierto junto con Larraby, su investigador experto en inmunología, una fórmula rudimentaria aunque de gran fiabilidad. Utilizando las propias células del huésped —en este caso, las de Pierce eran cultivadas y clonadas para investigación en una incubadora— los dos investigadores

desarrollaron una combinación de proteínas que envolverían a la célula y obtendrían de ella un estímulo eléctrico. Este hecho significaba que la energía para conducir el nanodispositivo podía surgir de dentro y por tanto ser compatible con el sistema inmunitario humano.

La fórmula Proteus era simple y en esa simplicidad radicaba su belleza y valor. Pierce imaginaba que toda la posterior nanoinvestigación en ese campo estaría basada en ese único descubrimiento. La experimentación y otros descubrimientos e invenciones que llevarían a un uso práctico —que antes se veían en un horizonte de dos o más décadas— podrían situarse mucho más próximas a la realidad.

El descubrimiento, que Pierce había hecho sólo tres meses antes, cuando estaba en lo peor de sus dificultades con Nicole, había sido el momento más excitante de su vida.

—Nuestros edificios os parecerán sumamente pequeños —susurró Pierce mientras terminaba de revisar las patentes—, pero para nosotros, que no somos grandes, son maravillosamente amplios.

Las palabras del doctor Seuss.

Pierce estaba satisfecho con el paquete. Kaz, como de costumbre, había hecho un trabajo excelente mezclando jerga científica y legal en las primeras páginas de presentación de cada patente. No obstante, la sustancia de cada formulario lo constituía la información científica y la fórmula. Estas páginas las habían escrito Pierce y Larraby y ambos investigadores las habían revisado repetidamente.

El paquete de solicitudes estaba listo para seguir su curso, a juicio de Pierce. Estaba entusiasmado. Sabía que botar ese paquete de solicitudes al nanomundo traería consigo una riada de publicidad y el consecuente aumento en el interés de los inversores. El plan consistía en mostrar el descubrimiento en primer lugar a Maurice Goddard y cerrar su inversión, y después presentar las solicitudes. Si todo iba bien, Goddard comprendería que contaba con una corta ventaja —una pequeña ventana de oportunidad— y llevaría a cabo un ataque preventivo, firmando un contrato que lo convertiría en el principal inversor de la empresa.

Pierce y Charlie Condon lo habían coreografiado cuidadosamente. Le mostrarían el descubrimiento a Goddard. Le permitirían comprobarlo por sí mismo en el microscopio de efecto túnel. Entonces el inversor neoyorquino dispondría de veinticuatro horas para tomar una decisión. Pierce quería un mínimo de 18 millones de dólares para un periodo de tres años, lo suficiente para seguir adelante más deprisa y con más fuerza que ningún competidor. Y a cambio ofrecía un diez por ciento de la compañía.

Pierce escribió una nota de felicitación a Jacob Kaz en un *Post-it* amarillo y lo pegó en la cubierta del paquete de solicitudes de Proteus. Luego volvió a guardar todo en la caja fuerte. Por la mañana, un furgón de seguridad lo llevaría

a la oficina de Kaz en Century City. Sin faxes ni mensajes de correo electrónico. Pierce incluso podría llevarlo él mismo.

Se echó hacia atrás en la silla, se metió otra Oreó en la boca y miró el reloj. Eran las dos en punto. Había pasado una hora desde que había llegado a la oficina, pero parecía que sólo hubieran transcurrido diez minutos. Le sentó bien tener otra vez esa sensación, la buena vibración. Decidió capitalizarla e ir al laboratorio a trabajar de verdad. Cogió el resto de las galletas y se levantó.

—Luces.

Pierce estaba en el pasillo, cerrando la puerta en la oficina ya a oscuras cuando sonó el teléfono. Era el característico bitono de su línea privada. Pierce volvió a abrir la puerta.

—Luces.

Había pocas personas que tuvieran el número directo de su oficina, pero una de ellas era Nicole. Pierce rodeó rápidamente el escritorio y miró la pantalla de identificación de llamada. Decía identidad oculta y supo que no era Nicole, porque ni su móvil ni la línea de su casa en Amalfi estaban protegidas. Pierce dudó un momento, pero entonces recordó que Cody Zeller tenía el número. Levantó el teléfono.

—¿Señor Pierce?

No era Cody Zeller.

—¿Sí?

—Soy Philip Glass. ¿Me llamó usted ayer?

El detective privado. Pierce se había olvidado.

—Ah, sí, sí. Gracias por llamar.

—No había recibido el mensaje hasta hoy. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Quiero hablarle de Lilly Quinlan. Ha desaparecido. Su madre le contrató a usted hace unas semanas. Desde Florida.

—Sí, pero ya no me ocupo de eso.

Pierce continuaba sentado tras su escritorio. Puso una mano encima del monitor mientras habló.

—Lo entiendo, pero me preguntaba si podría hablar del asunto conmigo. Tengo el permiso de Vivian Quinlan. Puede llamarla si lo desea. ¿Todavía conserva su número?

Glass tardó en responder, tanto que Pierce pensó que tal vez había colgado silenciosamente.

—¿Señor Glass?

—Sí, aquí estoy. Estaba pensando. ¿Puede decirme qué interés tiene en esto?

—Bueno, quiero encontrarla.

La respuesta fue recibida con más silencio y Pierce comenzó a entender que estaba tratando desde una posición de debilidad. Algo ocurría con Glass, y Pierce se hallaba en desventaja por el hecho de no saberlo. Decidió insistir. Quería esa

entrevista.

—Soy un amigo de la familia —mintió—. Vivian me pidió que viera qué podía descubrir.

—¿Ha hablado con el departamento de policía?

Pierce dudó. Instintivamente supo que la cooperación de Glass podía depender de su respuesta. Pensó en los acontecimientos de la noche anterior y se preguntó si Glass ya estaría al corriente de ellos. Renner había dicho que conocía a Glass y lo más probable era que planeara llamarlo. Era domingo por la tarde. Tal vez el detective de la policía estaba esperando hasta el lunes, puesto que aparentemente Glass se hallaba en la periferia del caso.

—No —mintió de nuevo Pierce—. Por lo que entendí de Vivian el Departamento de Policía de Los Angeles no estaba interesado en el caso.

—¿Quién es usted, señor Pierce?

—¿Qué? No entien...

—¿Para quién trabaja?

—Para nadie. Para mí.

—¿Es DP?

—¿Qué es eso?

—Vamos.

—Quiero decir que no entien... Ah, detective privado. No, no soy DP. Como le he dicho soy un amigo.

—¿En qué se gánala vida?

—Soy químico. No entiendo qué tiene que ver con...

—Puedo verle hoy, pero no en mi oficina. Hoy no iré a la oficina.

—De acuerdo, entonces, ¿dónde? ¿Cuándo?

—Dentro de una hora. ¿Conoce un lugar llamado Cathode Ray's, en Santa Monica?

—En la Dieciocho, ¿no? Allí estaré. ¿Cómo nos conoceremos?

—¿Tiene un sombrero o algo distintivo que ponerse?

Pierce se inclinó y abrió un cajón del escritorio. Sacó una gorra de béisbol con letras azules bordadas en el ala.

—Llevaré una gorra de béisbol gris. Pone MOLES bordado en azul en el ala.

—¿Como el guacamole?

Pierce casi rio.

—De moléculas. Las Moléculas Luchadoras era el nombre de nuestro equipo de *softball*. Cuando jugábamos. Mi empresa lo patrocinaba. Fue hace mucho tiempo.

—Le veré en el Cathode Ray's. Por favor, venga solo. Si me doy cuenta de que no está solo o parece una trampa no me verá.

—¿Una trampa? ¿De qué está...?

Glass colgó y Pierce se quedó escuchando el vacío.

Colgó el teléfono y se puso la gorra. Consideró las extrañas preguntas que le había formulado el detective privado y pensó en lo que había dicho al final de la conversación y en cómo lo había dicho. Pierce se dio cuenta de que era como si tuviera miedo de algo.

Cathode Ray's era un local frecuentado por la generación tecnológica, por lo general allí todos tenían un portátil o un PDA en la mesa, junto al café con leche. El local permanecía abierto las veinticuatro horas y disponía de enchufe de corriente y conector telefónico de alta velocidad en todas las mesas. Sólo con conexiones a proveedores de servicios de Internet locales. Estaba cerca de la Universidad de Santa Monica y de los distritos de producción de películas y software del Westside, y no estaba vinculado a ninguna gran empresa. La combinación de todo ello hacía del lugar un sitio popular entre los «conectados».

Pierce había estado allí en muchas ocasiones, pero le resultaba extraño que Glass hubiera elegido ese lugar para su cita. Por teléfono Glass le había parecido un hombre mayor, con voz bronca y cansada. Si era así, llamaría la atención en un local como Cathode Ray's y teniendo en cuenta la paranoia que había percibido durante la conversación telefónica, le extrañaba que hubiera elegido la cafetería para la cita.

A las tres en punto, Pierce entró en Cathode Ray's y echó un rápido vistazo por el local en busca del hombre mayor. No había nadie que destacara. Se puso a la cola para pedir un café.

Antes de salir de la oficina se había guardado en el bolsillo todo el cambio que le quedaba. Lo contó mientras aguardaba y concluyó que tenía lo justo para un café normal, tamaño medio, con unos centavos para la propina.

Después de echar una generosa dosis de nata al café, salió a la zona del patio y eligió una mesa vacía de la esquina. Se tomó el café despacio, pero todavía transcurrieron veinte minutos hasta que se le acercó un hombre bajo con vaqueros y camiseta negros. Tenía la cara recién afeitada y ojos oscuros. Era mucho más joven de lo que Pierce había supuesto, sin duda menos de cuarenta. No llevaba café, había ido directo a la mesa.

—¿Señor Pierce?

Pierce extendió la mano.

—¿Señor Glass?

Glass apartó la otra silla y tomó asiento. Se inclinó sobre la mesa.

—Si no le importa, quiero ver su documentación —dijo.

Pierce dejó la taza y empezó a hurgar en el bolsillo en busca de su billetera.

—Probablemente es una buena idea —dijo—. ¿Le importa que vea la suya?

Después de que ambos hombres se hubieran convencido mutuamente de que estaban hablando con el interlocutor adecuado, Pierce apoyó la espalda en la silla y examinó a Glass. Le pareció un hombre grande embutido en un cuerpo pequeño. Irradiaba intensidad. Era como si tuviera la piel demasiado tensa en torno a su cuerpo.

—¿Quiere tomar un café antes de que empecemos a hablar?

—No, no tomo cafeína.

Eso sí cuadraba.

—Entonces supongo que podemos empezar. ¿Qué pasa con todo ese rollo terrorífico?

—¿Disculpe?

—Ya sabe, eso de que me asegurara de que estaba solo y la pregunta de a qué me dedicaba. Me ha parecido un poco extraño.

Antes de hablar, asintió como si estuviera de acuerdo.

—¿Qué sabe de Lilly Quinlan?

—Sé a qué se dedicaba, si es a eso a lo que se refiere.

—¿Y a qué se dedicaba?

—Era chica de compañía. Tenía un anuncio en Internet. Estoy casi seguro de que trabajaba para un tipo llamado Billy Wentz, que es una especie de macarra virtual. Él maneja el sitio Web donde ella tiene su página. Creo que la embaucó en otras cosas: sitios porno, cosas así. También creo que estaba metida en la escena sadomaso.

La mención de Wentz pareció dar una nueva intensidad al rostro de Glass. Cruzó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia Pierce.

—¿Ya ha hablado con el señor Wentz?

Pierce negó con la cabeza.

—No, pero lo he intentado. Ayer fui a Entrepreneurial Concepts, que aglutina sus empresas. Pregunté por él, pero no estaba. ¿Por qué tengo la sensación de que le estoy contando cosas que ya sabe? Oiga, yo quiero hacer preguntas, no contestarlas.

—No puedo decirle gran cosa. Estoy especializado en investigaciones de personas desaparecidas. Un conocido del Departamento de Personas Desaparecidas de la policía me recomendó a Vivian Quinlan. Así empezó todo. Ella me pagó por una semana de trabajo. No encontré a Lilly ni descubrí mucho más acerca de su desaparición.

Pierce consideró la información durante un momento. Él era un aficionado y había descubierto mucho en menos de cuarenta y ocho horas. No creía que Glass fuera tan inepto como se estaba presentando.

—Conoce la Web, ¿verdad? L. A. Darlings.

—Sí. Me dijeron que trabajaba de chica de compañía y fue fácil encontrarla.

L. A. Darlings es uno de los sitios más populares.

—¿Encontró su casa? ¿Habló con su casero?

—No y no.

—¿Y Lucy LaPorte?

—¿Quién?

—En el sitio Web usa el nombre de Robin. Su página está vinculada con la de Lilly.

—Ah, sí, Robin. Sí, hablé con ella por teléfono. Fue muy breve. No cooperó mucho.

Pierce no estaba convencido de que Glass hubiera llamado realmente. Creía que Lucy habría mencionado que un investigador privado ya había preguntado por Lilly. Pensaba verificar con ella la supuesta llamada.

—¿Cuándo fue eso? La llamada a Robin.

Glass se encogió de hombros.

—Hace tres semanas. Fue al principio de mi semana de trabajo. Fue una de las primeras llamadas que hice.

—¿Llegó a verla?

—No, surgieron otras cosas. Y al final de la semana la señora Quinlan ya no quería pagarme para que continuara trabajando en el caso. Eso fue todo.

—¿Qué otras cosas surgieron?

Glass no contestó.

—Habló con Wentz, ¿verdad?

Glass bajó la mirada a los brazos que tenía cruzados, pero no contestó.

—¿Qué le dijo?

Glass se aclaró la garganta.

—Escúcheme con mucha atención, señor Pierce. Será mejor que no se acerque a Billy Wentz.

—¿Porqué?

—Porque es un hombre peligroso. Porque se está metiendo en un terreno que no conoce en absoluto. Puede acabar mal si no tiene cuidado.

—¿Es lo que le pasó a usted? ¿Acabó mal?

—No estamos hablando de mí. Estamos hablando de usted.

Un hombre con un café con hielo se sentó a su lado en la mesa.

Glass lo miró y lo examinó con ojos paranoicos. El hombre sacó un Palm Pilot del bolsillo y lo abrió. Se puso a escribir con el lápiz óptico sin fijarse en ningún momento en Glass ni en Pierce.

—Quiero saber qué ocurrió cuando fue a ver a Wentz—dijo Pierce.

Glass des cruzó los brazos y se frotó las manos.

—¿Sabe...?

Se detuvo. Pierce tuvo que insistir.

—¿Si sé qué?

—¿Sabe que hasta el momento el único sector en el que Internet es provechoso es el del ocio para adultos?

—Eso he oído. ¿Qué tiene que...?

—En este país el sexo electrónico mueve diez mil millones de dólares. Gran parte por la Red. Es un gran negocio, con vínculos con los círculos empresariales de altos vuelos. Está en todas partes, disponible en cualquier ordenador, en cada tele. Encienda la tele y pida porno duro cortesía de AT&T. Conéctese y pida que una mujer como Lilly Quinlan llame a su puerta.

La voz de Glass adoptó un fervor que a Pierce le recordó a un párroco en el púlpito.

—¿Sabe que Wentz vende franquicias en todo el país? Lo investigué. Cincuenta mil dólares por ciudad. Ahora hay New York Darlings y Vegas Darlings y Miami y Seattle y Denver y etcétera, etcétera. Vinculados con esos sitios tiene webs porno dedicadas a todas las perversiones y deseos sexuales que se imagine. Él...

—Todo eso lo sé —le interrumpió Pierce—. Pero lo que a mí me interesa es Lilly Quinlan. ¿Qué tiene que ver todo eso con lo que le pasó a ella?

—No lo sé —dijo Glass—, pero lo que intento decirle es que hay mucho dinero en juego. Manténgase alejado de Billy Wentz.

Pierce se echó hacia atrás y observó a Glass.

—Le descubrió, ¿no? ¿Qué hizo? ¿Amenazarle?

Glass negó con la cabeza. No iba a entrar en eso.

—Olvídese de mí. He venido para tratar de ayudarle. Para advertirle de lo cerca que está del fuego. Apártese de Wentz. No puedo decirlo más claro. Aléjese.

Pierce vio en los ojos del detective la sinceridad del aviso. Y el miedo. No le cabía duda de que Wentz de algún modo había llegado a Glass y lo había intimidado para que dejara el caso Quinlan.

—De acuerdo —dijo—. Me alejaré.

Pierce barajó la idea de volver al laboratorio después de tomar café con Philip Glass, pero al final se reconoció a sí mismo que la conversación con el detective privado había petrificado la motivación que había sentido sólo una hora antes. De manera que decidió ir al Lucky Market de Ocean Park Boulevard, donde llenó un carrito de la compra con comida y otros artículos básicos que necesitaría para el apartamento nuevo. Pagó con tarjeta de crédito y cargó las numerosas bolsas en el maletero de su BMW. Hasta que estuvo en su plaza del garaje del Sands no cayó en la cuenta de que tendría que hacer al menos tres viajes en ascensor para subir la compra a su apartamento. Había visto a otros inquilinos con pequeñas carretillas cargando ropa de la colada o alimentos por el ascensor. En ese momento se dio cuenta de que era una buena idea.

En el primer viaje cogió la nueva canasta de plástico que había comprado para la ropa sucia y la llenó con seis bolsas de comida; incluidos todos los perecederos, que quería guardar en la nevera de su apartamento antes que nada.

Al llegar a la zona de ascensores vio a dos hombres de pie junto a la puerta que conducía a los cuartos de almacenamiento individuales que correspondían a cada apartamento. Pierce se acordó de que tenía que conseguir un candado para el trastero e ir a buscar las cajas de discos viejos y recuerdos que Nicole todavía le guardaba en el garaje de la casa de Amalfi. Y también la tabla de surf.

Uno de los hombres pulsó el botón para llamar al ascensor. Pierce intercambió saludos silenciosos con ellos y supuso que era una pareja de gays. Uno de los hombres estaba en la cuarentena, más bien bajo y con una cintura ancha. Llevaba botas de puntera con unos talones que le daban cinco centímetros adicionales. El otro hombre era mucho más joven, alto y fuerte, aunque su lenguaje corporal evidenciaba respeto por el compañero mayor.

Cuando se abrió la puerta del ascensor, dejaron pasar a Pierce y el hombre más bajo le preguntó a qué piso iba. Después de que la puerta se cerrara, Pierce vio que el hombre no pulsaba ningún otro botón después de apretar el del doce para él.

—¿Vivis en el doce? —preguntó—. Acabo de mudarme hace unos días.

—Venimos de visita —dijo el más pequeño.

Pierce asintió. Fijó su atención en los números que se iluminaban encima de

la puerta. Tal vez fuera porque había pasado poco tiempo desde la advertencia de Glass o por la forma en que el hombre más bajo observaba el reflejo de Pierce en el marco cromado de la puerta, el caso es que su ansiedad fue subiendo al tiempo que lo hacía el ascensor. Recordó que los dos hombres habían permanecido de pie junto al trastero y sólo se habían acercado al ascensor cuando lo había hecho él. Como si hubieran estado esperando allí por alguna razón.

O a alguna persona.

Finalmente el ascensor llegó a la planta doce y la puerta se abrió. Los dos hombres se hicieron a un lado para dejar que Pierce saliera primero. Pierce sostuvo con ambas manos la cesta de la ropa sucia e hizo una señal hacia adelante con la cabeza.

—Salid —dijo—. ¿Podéis apretar el botón de la planta baja por mí? He olvidado el correo.

—No hay correo los domingos —dijo el más bajo.

—No, me refiero al de ayer, olvidé recogerlo.

—Nadie se movió. Los tres hombres permanecieron quietos, mirándose mutuamente, hasta que la puerta empezó a cerrarse y el hombre más grande sacó la mano y golpeó el marco con un fuerte antebrazo. La puerta tembló y lentamente volvió a abrirse, como si se recuperara de un golpe bajo. Al fin el hombre mayor habló.

—A la mierda el correo, Henry. Vas a bajar aquí, ¿tengo razón Dosmetros?

El hombre, al que obviamente llamaban así por su estatura agarró a Pierce por los brazos. Giró sobre sí mismo y lanzó al químico a través de la puerta del ascensor. Su impulso lo hizo recorrer el pasillo y golpear en la puerta de las máquinas del ascensor. Pierce sintió que la respiración se le desbocaba y la cesta de la ropa se le cayó de las manos, aterrizando con un fuerte ruido en el suelo.

—Ahora tranquilo. Tranquilo. Llaves, Dosmetros.

Pierce todavía no había recuperado la respiración. El tal Dosmetros se le acercó y mientras con una mano lo aprisionaba contra la pared con la otra le palpó los bolsillos del pantalón. Al notar las llaves metió su manaza en el bolsillo y sacó el llavero. Se lo pasó al otro hombre.

—Muy bien.

El hombre más bajo marcó el camino —un camino que conocía— y Pierce se vio empujado por el pasillo hacia su propio apartamento. Cuando recuperó el aliento empezó a decir algo, pero la mano del hombre más corpulento le tapó la boca desde detrás. El más bajo levantó un dedo sin volverse.

—Todavía no, Lumbreras. Vamos a entrar para no molestar a los vecinos más de lo necesario. Al fin y al cabo acabas de mudarte, no querrás causar mala impresión.

El hombre mayor caminaba con la cabeza baja, aparentemente estudiando

las llaves del llavero.

—Un BMW —dijo.

Pierce sabía que la llave de control remoto de su coche llevaba la insignia de BMW.

—Me gustan los BMW. Lo tiene todo: potencia, lujo y una sensación de solidez. No hay nada mejor en un coche... o en una mujer.

Miró a Pierce y sonrió arqueando una ceja. Llegaron a la puerta y el más bajo la abrió con la segunda llave que probó. Dosmetros empujó a Pierce al apartamento y lo arrojó al sofá. Enseguida se apartó y el otro hombre se situó delante de Pierce. Se fijó en el teléfono que estaba en el brazo del sofá y lo cogió. Pierce vio que toqueteaba los botones y revisaba el directorio de identificación de llamadas.

—Has estado ocupado aquí, Henry —dijo mientras repasaba la lista—. Philip Glass...

Miró hacia atrás, donde Dosmetros se había apostado junto a la puerta, con sus enormes brazos cruzados ante el pecho. El hombre más bajo arrugó los ojos.

—¿No es ese el tío con el que discutimos hace unas semanas?

Dosmetros asintió. Pierce se dio cuenta de que Glass debía de haber llamado al apartamento antes de localizarlo en Amedeo.

El hombre bajo volvió a la pantallita del teléfono y sus ojos pronto se fijaron en otro nombre familiar.

—Vaya, Robin te ha estado llamando. Es maravilloso.

Pero por el tono de voz Pierce supo que no era maravilloso, que iba a ser cualquier cosa menos maravilloso para Lucy LaPorte.

—No es nada —dijo Pierce—. Sólo dejó un mensaje. Puedes escucharlo si quieres. Lo he grabado.

—¿Te has enamorado de ella?

—No.

El hombre más bajo se volvió y le hizo una sonrisa falsa a Dosmetros. Entonces, de repente, hizo un rápido movimiento con el brazo y golpeó a Pierce con el teléfono en el puente de la nariz, descargando el impacto con toda la potencia del arco descrito por el brazo.

Un fognazo rojo y negro se encendió en el campo visual de Pierce, que sintió un dolor desgarrador en la cabeza. No sabía si tenía los ojos cerrados o había perdido la visión. Instintivamente se balanceó hacia atrás en el sofá y se apartó de la procedencia del golpe por si venía otro. Oyó vagamente que el hombre que tenía delante gritaba, pero no registró lo que estaba diciendo. De pronto unas manos fuertes y grandes hicieron pinza por encima de sus codos y lo levantaron en volandas del sofá, poniéndolo de pie.

Sintió que Dosmetros lo cargaba al hombro y lo transportaba. La boca se le llenó de sangre y trató de abrir los ojos, pero no pudo hacerlo. Oyó el sonido de

la puerta corredera, percibió el aire frío del océano que le tocaba la piel.

—¿Qué...? —consiguió articular.

De repente el duro hombro donde se había apoyado su estómago ya no estaba y Pierce empezó a caer cabeza abajo. Sus músculos se tensaron y abrió la boca para emitir el último sonido furioso de su vida. Entonces, en el último instante, sintió que las enormes manos lo sujetaban por los tobillos. Su cabeza y hombros golpearon con fuerza el áspero hormigón de la fachada del edificio.

Pero al menos ya no seguía cayendo.

Pasaron unos segundos. Pierce se llevó las manos a la cara y se tocó la nariz y los ojos. Tenía la nariz partida vertical y horizontalmente y estaba sangrando profusamente. Consiguió frotarse los ojos y abrirlos parcialmente. Doce pisos por debajo veía el césped verde del parque contiguo a la playa. Había gente tumbada en mantas, la mayoría vagabundos. Vio que su sangre caía en gruesas gotas sobre los árboles que tenía justo debajo. Escuchó una voz por encima de él.

—Hola, ¿puedes oírme?

Pierce no dijo nada y entonces las manos que lo sujetaban por los tobillos se sacudieron violentamente, haciéndolo rebotar de nuevo en la pared exterior.

—¿Me prestas atención?

Pierce escupió sangre en el muro exterior y dijo:

—Sí, te oigo.

—Bueno. Supongo que ahora ya sabes quién soy.

—Eso creo.

—Bien. Entonces no hace falta que mencionemos nombres. Sólo quería asegurarme de que nos vamos a entender.

—¿Qué quieres?

Era difícil hablar cabeza abajo. La sangre se estaba acumulando en el fondo de su garganta y en el paladar.

—¿Qué quiero? Bueno, en primer lugar quería verte.

Cuando un tipo se pasa dos días oliéndote el culo tienes ganas de ver qué aspecto tiene, ¿no? Eso ya está. Y luego quería darte un mensaje. Dosmetros.

Pierce fue alzado de repente. Todavía cabeza abajo, su cara había subido hasta la altura de la barandilla. A través de los barrotes vio que quien hablaba se había agachado de manera que estaban cara a cara, con las barrotes entre ambos.

—Lo que quería decirte es que no sólo tienes el número equivocado, tienes el mundo equivocado, socio. Y te doy treinta segundos para decidir si quieres volver al sitio de donde saliste o quieres irte al otro barrio. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Pierce asintió y empezó a toser.

—En... tiendo. Está claro.

—Debería pedirle a mi amigo que te soltara ahora mismo. Pero no necesito

escándalos, así que no voy a hacerlo. Pero tengo que decirte, Lumbreras, que si te pilló hurgando otra vez, vas a caerle. ¿De acuerdo?

Pierce asintió. El hombre que Pierce estaba convencido de que era Billy Wentz pasó una mano por entre los barrotes y le dio una bofetada a Pierce.

—Ahora sé bueno.

Wentz se levantó e hizo una señal a Dosmetros. Este izó a Pierce por encima del balcón y lo dejó caer en el suelo. Pierce frenó la caída con las manos y luego se arrastró hasta la esquina. Miró a sus dos agresores.

—Tienes una bonita vista —dijo el más bajo de los hombres—. ¿Cuánto pagas?

Pierce miró al océano. Escupió una gruesa flema de sangre al suelo.

—Tres mil.

—Joder. Por ese precio te puedo conseguir tres putos apartamentos.

Pierce pensó en los apartamentos donde trabajaban las prostitutas. Trató de sacudirse las nubes que lo invadían y pensó que al margen de la amenaza a él mismo, era importante que tratara de proteger a Lucy LaPorte.

Escupió más sangre en el suelo del balcón.

—¿Qué pasa con Lucy? ¿Qué vais a hacer?

—¿Lucy? ¿Quién coño es Lucy?

—Me refiero a Robin.

—Ah, nuestra pequeña Robin. Es una buena pregunta, Henry. Porque Robin es una buena empleada. He de ser prudente. Tengo que calmarme con ella. Quédate tranquilo, hagamos lo que hagamos no le quedarán marcas y en dos o tres semanas como máximo estará de vuelta, como nueva.

Pierce movió las piernas desesperadamente en un intento de ponerse de pie, pero estaba demasiado débil y desorientado.

—Dejadla en paz —dijo con la máxima energía posible—. La he utilizado y ella ni siquiera lo sabía.

Los ojos oscuros de Wentz parecieron adquirir una nueva luz. Pierce vio que la ira se abría paso en ellos. Vio que Wentz ponía una mano encima de la barandilla como para apoyarse.

—Dice que la dejemos en paz.

Sacudió la cabeza otra vez como para conjurar una idea.

—Por favor —dijo Pierce—. Ella no ha hecho nada. Fui yo. Dejadla en paz.

El hombre bajo miró a Dosmetros y sonrió, después negó con la cabeza.

—¿Crees lo que estás viendo? ¿Tú oyes cómo me habla?

Se volvió de nuevo hacia Pierce, dio un paso hacia él y velozmente levantó el otro pie para darle una violenta patada. Pierce la estaba esperando y pudo poner el antebrazo para desviarla en gran parte, pero la puntera de la bota le impactó en el lado derecho de su caja torácica. Sintió que al menos le había roto dos costillas.

Pierce resbaló en la esquina y trató de cubrirse, esperando más y tratando de

controlar el ardiente dolor que se extendía por su pecho. Pero Wentz se agachó delante de él. Le gritó a Pierce de manera que la baba cayó sobre él junto con las palabras.

—No se te ocurra decirme cómo he de manejar mis negocios. No se te ocurra, cabrón.

Se levantó y se sacudió las manos.

—Y otra cosa más. Si le hablas a alguien de esta pequeña discusión habrá consecuencias. Consecuencias nefastas. Para ti, para Robin y para la gente que quieres. ¿Entiendes lo que te digo?

Pierce asintió débilmente.

—No te he oído.

—Entiendo las consecuencias.

—Bien. Vámonos, Dosmetros.

Pierce se quedó solo, tratando de respirar y de centrar la vista, pugnando por permanecer en la luz cuando sentía que la oscuridad se cerraba en torno a él.

Pierce cogió una camiseta de una caja del dormitorio y se la llevó a la cara para tratar de contener la hemorragia. Se incorporó y fue a mirarse en el espejo del cuarto de baño. La cara ya empezaba a hinchársele y estaba cambiando de color. La inflamación de la nariz le estaba nublando la visión y ampliando las heridas de la nariz y alrededor del ojo izquierdo. La mayor parte de la hemorragia parecía ser interna, un chorro continuo de sangre que circulaba por el fondo de su garganta. Sabía que tenía que ir a un hospital, pero primero debía advertir a Lucy LaPorte.

Encontró el teléfono en el suelo de la sala de estar. Trató de buscar el directorio de llamadas, pero la pantalla no se encendía. Lo intentó con el botón de encendido, pero no había tono. El teléfono estaba roto, y a fuera por el impacto en su rostro o cuando Wentz lo había lanzado al suelo.

Aguantándose la camiseta en la cara y con lágrimas fluyendo involuntariamente de sus ojos, Pierce miró por el apartamento en busca de la caja que contenía el *kit* de supervivencia para terremotos que había solicitado con los muebles. Mónica le había mostrado una lista del inventario del *kit* antes de pedirlo. Sabía que contenía un botiquín de primeros auxilios, linternas, pilas, cinco litros de agua, numerosos productos de comida liofilizada y otros artículos. También contenía un teléfono básico que no necesitaba electricidad. Sólo hacía falta conectarlo a la toma de la pared para que funcionara.

Encontró la caja de cartón en el armario del dormitorio y la puso perdida de sangre mientras utilizaba desesperadamente ambas manos para abrirla. Perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer. Se dio cuenta de que se estaba mareando por la pérdida de sangre y el agotamiento de la adrenalina. Al final encontró el teléfono y lo conectó en la caja de al lado de la cama. Consiguió tono. Lo único que le hacía falta era el número de Robin.

Lo había anotado en la libreta, pero esta estaba en la mochila, en el coche. No creía que pudiera llegar hasta allí sin desmayarse por el camino. Ni siquiera estaba seguro de dónde estaban sus llaves. La última vez que las había visto tenía Billy Wentz.

Apoyándose en la pared, llamó en primer lugar a Información de Venice y lo intentó con el nombre de Lucy LaPorte, pidiéndole a la telefonista que

comprobara varias formas distintas de escribir el apellido. Pero no había ningún número.

Resbaló por la pared hasta el suelo, al lado de la cama. Empezó a sentir pánico. Tenía que contactar con ella, pero no podía. Pensó en algo y llamó al laboratorio. Los domingos eran sacrosantos para los investigadores del laboratorio. Trabajaban muchas horas y normalmente seis días a la semana, pero rara vez lo hacían en domingo. Trató con el número de la oficina de Charlie Condon y en su casa, pero en ambos casos le saltó el contestador.

Pensó en Cody Zeller, pero sabía que nunca contestaba al teléfono. La única manera de contactar con él era mediante el busca, y luego quedaría a merced de que le devolviera la llamada.

Sabía lo que tenía que hacer. Marcó el número y esperó. Al cuarto timbrazo contestó Nicole.

—Soy yo. Necesito tu ayuda. Puedes ir a...

—¿Quién es?

—Yo, Henry.

—Suenas raro. ¿Qué estás...?

—¡Nicki! —gritó—. Escúchame. Es una emergencia y necesito tu ayuda. Después podemos hablar de todo. Puedo explicártelo después.

—Bueno —dijo en un tono que indicaba que no estaba convencida—. ¿Cuál es la emergencia?

—Todavía tienes el ordenador conectado, ¿no?

—Sí, todavía no he puesto en venta la casa. No...

—Está bien. Ve al ordenador. ¡Corre!

Pierce sabía que Nicole tenía ADSL. Él siempre había sido paranoico al respecto, pero esta vez le serviría para acceder a la Web con más rapidez.

Cuando ella llegó al ordenador cambió a un auricular de casco que tenía en el escritorio.

—Bueno, necesito que vayas a un sitio Web. Se llama ele a guión darlings punto com.

—¿Estás de broma? ¿Es alguna clase de...?

—Hazlo. O alguien puede morir.

—Vale, vale. Ele a guión darlings...

Pierce aguardó.

—Muy bien, ya estoy.

Pierce trató de visualizar mentalmente la pantalla.

—Haz doble clic en la carpeta chicas de compañía y abre Rubias. —Esperó

—. ¿Ya está?

—Estoy yendo lo más rápido que... vale, ¿ahora qué?

—Baja por las fotos y haz clic en la de una chica que se llama Robin.

Pierce aguardó de nuevo. Se dio cuenta de que su respiración era pesada. De

su garganta salía un silbido.

—Muy bien, tengo a Robin. Estas tetas tienen que ser falsas.

—Tú dame el número.

Nicole leyó el número y Pierce lo reconoció. Era el de Robin.

—Te volveré a llamar.

Apretó el botón del teléfono, lo aguantó tres segundos y lo soltó, para obtener un nuevo tono. Marcó el número de Robin. La cabeza le daba vueltas. Lo que le quedaba de visión empezaba a nublársele por los bordes. Después de cinco timbrazos su llamada fue a un buzón de voz.

—¡Mierda!

No sabía qué hacer. No podía enviarle a la policía. Ni siquiera sabía dónde vivía. La señal para dejar el mensaje pitó después de la bienvenida. Mientras hablaba empezó a sentir que tenía una lengua demasiado grande para su boca.

—Lucy, soy yo. Soy Henry. Ha venido Wentz. Me ha dado una paliza y creo que tú serás la siguiente. Si escuchas este mensaje sal de ahí. ¡Ahora mismo! Lárgate de ahí y llámame cuando estés en un lugar seguro.

Añadió su número al mensaje y colgó.

Sostuvo la camisa ensangrentada en la cara y se apoyó en la pared. El flujo de adrenalina y endorfinas que habían inundado su organismo durante el ataque de Wentz estaba refluyendo, y el profundo dolor punzante estaba llegando como el invierno, penetrando en todo su cuerpo. Era como si le dolieran todos y cada uno de sus músculos y articulaciones. Sentía la cara como un letrero de neón que se encendía con estallidos rítmicos de fuego desgarrador. No creía que pudiera volver a moverse. Sólo quería desmayarse y despertarse cuando estuviera curado y todo fuera mejor.

Sin mover nada más que el brazo, levantó el teléfono de nuevo para poder mirar el teclado. Marcó con el pulgar el botón de rellamada y aguardó. La llamada volvió a terminar en el buzón de voz de Lucy. Quiso maldecir en voz alta, pero sólo mover la boca le provocaba un dolor insoportable. Buscó a tientas el soporte del teléfono y colgó.

Sonó cuando todavía tenía la mano en él y se lo puso en la oreja.

—¿Sí?

—Soy Nicki. ¿Puedes hablar? ¿Estás bien?

—No.

—¿Llamo en otro momento?

—No, y o to... no bien.

—¿Qué pasa? ¿Por qué hablas así? ¿Para qué necesitabas el teléfono de esa mujer?

A pesar del dolor, del miedo y de todo lo demás, Pierce se sintió soliviantado por la forma en que ella dijo « esa mujer » .

—Es lar... de contar y no pue... yo...

Sintió que se desvanecía, pero cuando empezó a rodar de la pared al suelo, el ángulo que formó su cuerpo le provocó un fuerte dolor en las costillas que se extendió a su pecho y le hizo gritar.

—¡Henry! ¿Estás herido? ¡Henry! ¿Me oyes?

Pierce deslizó las caderas por la alfombra hasta que logró quedar tumbado boca arriba. De algún modo percibió una alerta interior. Sabía que podía ahogarse en su propia sangre si permanecía en esa posición. Por su mente pasaron pensamientos de estrellas del rock que se habían ahogado en su propio vómito. Se le había caído el teléfono y lo tenía en la alfombra, al lado de la cabeza. En su oído derecho percibía el sonido débil de una voz que gritaba su nombre. Creyó que reconocía la voz, y eso le hizo sonreír. Pensó en Jimmy Hendrix ahogándose en su vómito y decidió que era mejor ahogarse en sangre. Trató de cantar, y su voz salió como un susurro húmedo.

—*Suze me why I iss the sy...*

Por alguna razón no podía articular la k. Era extraño. Pero pronto dejó de importarle. La vocecita de su oído derecho se fue apagando y enseguida hubo un sonido estridente en la oscuridad. E incluso ese sonido no tardó en desvanecerse y sólo hubo oscuridad en torno a él. Y le gustó la oscuridad.

Una mujer a la que Pierce no había visto nunca le estaba pasando los dedos por el cabello. Parecía extrañamente distante y mecánica para estar llevando a cabo una acción tan íntima. La mujer se acercó más y Pierce pensó que iba a besarle. Pero lo que hizo fue ponerle la mano en la frente. A continuación levantó algún tipo de instrumento, una linterna, y le iluminó un ojo y luego el otro. Entonces oyó una voz masculina.

—Las costillas —dijo—. La tercera y la cuarta. Podría haber una perforación.

—Si le ponemos una mascarilla en la nariz verá las estrellas —dijo la mujer.

—Le daré algo.

Pierce vio al hombre. Entró en su campo de visión cuando levantó una jeringuilla hipodérmica con una mano enguantada y pulverizó un poco de líquido en el aire. Después sintió el pinchazo en el brazo y muy pronto el calor y el discernimiento fluyeron por su cuerpo, cosquilleándole en el pecho. Sonrió y estuvo a punto de echarse a reír. Calor y discernimiento en una aguja. Las maravillas de la química. Había elegido bien.

—Más correas —dijo la mujer—. Vamos en vertical.

Significara lo que significase, a Pierce se le estaban cerrando los ojos. Lo último que vio antes de evadirse en la calidez fue a un policía.

—¿Se salvará? —preguntó el agente.

Pierce no oyó la respuesta.

La siguiente vez que recobró la conciencia estaba de pie. Bueno, no exactamente. Abrió los ojos, y allí estaban todos apiñados en torno a él. La mujer con la linterna y el hombre con la jeringuilla. Y el poli. Y Nicole también estaba allí. Lo estaba mirando con lágrimas en sus ojos verdes. Aun así, a Pierce le pareció hermosa con su piel morena y suave, el pelo recogido en una coleta y el brillo de los reflejos rubios.

El ascensor empezó a bajar y Pierce pensó de repente que podría vomitar. Trató de avisar, pero no consiguió mover la mandíbula. Era como si estuviera atado con fuerza a la pared. Trató de debatirse, pero no logró moverse. Ni siquiera podía mover la cabeza.

Sus ojos se encontraron con los de Nicole. Ella se estiró y le puso una mano

en la mejilla.

—Tranquilo, Hewlett —dijo—. Te pondrás bien.

Pierce advirtió que era mucho más alto que ella. Eso era nuevo. Había un sonido metálico que parecía hacer eco en su cabeza. Entonces las puertas del ascensor se abrieron. El hombre y la mujer se colocaron uno a cada lado de él y lo sacaron. Sólo que él no caminaba y finalmente se dio cuenta de lo que significaba « ir en vertical » .

Una vez que estuvieron fuera lo colocaron en horizontal y lo sacaron en una camilla con ruedas. Muchas caras lo observaron a su paso. El portero cuyo nombre él no conocía lo miró con gravedad mientras lo sacaban por la puerta. Lo metieron en una ambulancia. Pierce no sentía ningún dolor, pero le costaba respirar, suponía un trabajo mucho más arduo de lo habitual.

Al cabo de un rato, advirtió que Nicole estaba sentada a su lado. Le pareció ver que estaba llorando.

Pierce se dio cuenta de que en posición horizontal podía moverse un poco. Trató de hablar, pero su voz sonó como un eco ahogado. La mujer del equipo médico entró en su campo de visión y lo miró.

—No hable —dijo—. Lleva una mascarilla.

« Eso es verdad —pensó—. Todo el mundo lleva una máscara » . Lo intentó otra vez, en este caso hablando lo más alto posible. De nuevo sonó ahogado.

La enfermera se inclinó de nuevo y le levantó la mascarilla de oxígeno.

—Deprisa. ¿Qué pasa? No puede quitarse esto.

Miró más allá del brazo de la mujer hacia Nicole.

—Lucy. Dile e está en peligro.

La enfermera volvió a colocarle la máscara. Nicole se acercó a Pierce y le dijo:

—¿Lucy? ¿Quién es Lucy?

—¿De dónde...?

Le levantaron la mascarilla.

—Robin. Avisala.

Nicole asintió. Lo había entendido. Volvieron a colocarle la mascarilla sobre la nariz y la boca.

—De acuerdo, lo haré —dijo Nicole—. En cuanto lleguemos al hospital. Llevo aquí el número.

—¡No, ahora! —gritó a través de la mascarilla.

Observó mientras Nicole abría el bolso y sacaba el teléfono móvil y una libretita de espiral. Ella marcó el número que leyó del cuaderno y esperó con el teléfono pegado a la oreja. A continuación le puso el teléfono en la oreja a Pierce y este oyó la voz de Lucy. Era el buzón de voz. Gimió y trató de negar con la cabeza, pero no pudo.

—Espacio —dijo la enfermera—, ahora espacio.

Cuando lleguemos a urgencias, quitaremos las correas.

Pierce cerró los ojos. Quería volver a la calidez y la oscuridad. El discernimiento. Donde nadie le preguntara por qué. Especialmente él mismo.

Enseguida estuvo allí.

La claridad vino y se fue durante las siguientes dos horas. En ese lapso llevaron a Urgencias, y un doctor lo examinó, lo trató y lo admitió en el hospital. Al final su cabeza se aclaró y despertó en una sala de hospital blanca, sobresaltado del sueño por la tos rítmica de alguien situado al otro lado de la cortina de plástico que se utilizaba para dividir la habitación. Miró a su alrededor y vio a Nicole sentada en una silla con el móvil en la oreja. Se había soltado el pelo, que le caía por los hombros. La antena del teléfono asomaba a través de la suavidad sedosa de su melena. Pierce la observó hasta que ella cerró el teléfono sin decir palabra.

—Ni'í —dijo con voz áspera—. Era...

Seguía siendo difícil pronunciar el sonido de la k sin dolor. Nicole se levantó y se puso a su lado.

—Henry. Tú...

La tos sonó desde el otro lado de la cortina.

—Están tratando de conseguirte una habitación privada —susurró—. Tu seguro médico la cubre.

—¿Dónde estoy?

—En el St. John's. Henry, ¿qué ha pasado? La policía llegó a tu casa antes que yo. Dijeron que toda esa gente de la playa llamó desde los móviles para decir que había dos tipos colgando a alguien del balcón. A ti, Henry. Hay sangre en la pared de la fachada.

Pierce miró a Nicole a través de sus ojos tumefactos. La hinchazón del puente de la nariz y la gasa de la herida le partían la visión en dos. Recordó lo que Wentz le había dicho justo antes de irse.

—No me a'uerdo. ¿E más dijeron?

—Nada más. Empezaron a llamar a las puertas del edificio y cuando llegaron a la tuya estaba abierta de par en par. Tú estabas en el dormitorio. Yo llegué cuando te estaban sacando. Había un detective allí. Quiere hablar contigo.

—No re'uerdo nada.

Pierce lo dijo con la máxima fuerza posible. Le empezaba a costar menos hablar. Era cuestión de práctica.

—Henry, ¿en qué lío estás metido?

—No sé.

—¿Quién es Robin? ¿Y Lucy? ¿Quiénes son?

De repente recordó que tenía que avisarla.

—¿'uánto tiempo llevo a'í?

—Un par de horas.

—Déjame tu teléfono. He de llamarla.

—He estado llamando a ese número cada diez minutos. Estaba llamando cuando te has despertado. Siempre sale el buzón de voz.

Pierce cerró los ojos. Se preguntaba si Lucy habría recibido su mensaje y habría huido de Wentz.

—Déjame el teléfono de todos modos.

—Deja que lo haga yo. Creo que no deberías moverte demasiado. ¿A quién quieres llamar?

Le dio el número de su buzón de voz y luego el número secreto. Ella no pareció darle ninguna importancia a la clave.

—Tienes ocho mensajes.

—Los e sean para Lilly, bórralos. No los esuches.

Todos eran para Lilly, menos uno que Nicole le dijo que debería escuchar. Levantó el teléfono y se lo colocó en la oreja para que pudiera escucharlo cuando lo volvía a pasar. Era la voz de Cody Zeller.

«Eh, Einstein, tengo algo para ti de eso que me pediste. Dame un toque y hablamos. Hasta luego, colega».

Pierce borró el mensaje y volvió a pasarle el teléfono a Nicole.

—¿Era Cody? —preguntó ella.

—Sí.

—Me lo había parecido. ¿Por qué sigue llamándote así? Es tan de instituto.

—De la facultad.

Le dolió decir facultad, pero no tanto como esperaba.

—¿De qué estaba hablando?

—De nada. Estaba haciendo unas búsquedas en la Red para mí.

Estuvo a punto de empezar a contarle a Nicole eso y todo lo demás. Pero antes de que pudiera reunir las palabras entró un hombre con bata de laboratorio. Llevaba una tablilla con sujetapapeles. Estaba cerca de los sesenta, tenía pelo y barba plateados.

—Es el doctor Hansen —dijo Nicole.

—¿Cómo está? —preguntó el doctor.

Se inclinó sobre la cama y puso la mano en la mandíbula de Pierce para girarle levemente la cara.

—Sólo me duele cuando respiro. O al hablar. O cuando alguien me hace esto.

Hansen le soltó la mandíbula y utilizó una linterna de boli para examinarle las pupilas.

—Bueno, tiene algunas heridas bastante sustanciales. Ha sufrido una conmoción de grado dos y le hemos puesto seis puntos en el cuero cabelludo.

Pierce ni siquiera se acordaba de esa herida. Se la habría producido al golpear la pared exterior del edificio.

—La conmoción es la causa de la debilidad que siente y del dolor de cabeza.

Veamos, ¿qué más? Tiene una contusión pulmonar, una profunda contusión en el hombro; tiene dos costillas fracturadas y, por supuesto, la nariz rota. Las laceraciones en la nariz y alrededor del ojo van a requerir cirugía plástica para que cicatricen adecuadamente sin dejar cicatriz permanente. Puedo conseguir que venga alguien esta noche, depende de la hinchazón, o si tiene un cirujano personal, puede contactar con él.

Pierce negó con la cabeza. Sabía que había mucha gente en la ciudad que llevaba encima el teléfono de su cirujano plástico, pero él no era una de esas personas.

—El'e pueda 'onseguir...

—Henry —dijo Nicole—. Estamos hablando de tu cara. Creo que deberías buscarte al mejor cirujano que puedas.

—Creo que puedo conseguirle uno muy bueno —dijo Hansen—. Déjeme hacer algunas llamadas y volvemos a hablar.

—Gracias, doctor.

Dijo la palabra con mucha claridad. Al parecer su capacidad de habla se estaba adaptando con rapidez a las nuevas circunstancias físicas de su boca y orificios nasales.

—Trate de permanecer lo más horizontal posible —dijo Hansen—. Volveré.

El doctor saludó con la cabeza y salió de la habitación. Pierce miró a Nicole.

—Parece que voy a estar aquí bastante tiempo. No hace falta que te quedes.

—No me importa.

Pierce sonrió y le dolió, pero sonrió de todos modos. Estaba muy contento con la respuesta.

—¿Por qué me llamaste en plena noche, Henry?

Lo había olvidado y el hecho de que se lo recordaran le hizo sentir de nuevo una vergüenza desgarradora.

Preparó cuidadosamente la respuesta antes de contestar.

—No lo sé. Es una larga historia. Ha sido un fin de semana muy extraño. Quería hablarte de eso. Y quería contarte en qué había estado pensando.

—¿En qué?

Le dolía hablar, pero tenía que decírselo.

—No lo sé exactamente. Lo que sé es que las cosas que me pasaron de alguna manera me hicieron entender mejor tu punto de vista. Ya sé que no es mucho y que probablemente es demasiado tarde. Pero por alguna razón quería decirte que finalmente había visto la luz.

Ella negó con la cabeza.

—Está bien, Henry. Pero estás aquí tumbado con la cabeza y la cara abiertas. Parece que alguien te colgó desde el balcón de un piso doce y la policía quiere hablar contigo. Has tenido un montón de problemas para entender mi punto de vista, así que perdona si no salto a abrazar al nuevo hombre que aseguras ser.

Pierce sabía que si estuviera bien estarían dirigiéndose por el camino hacia un territorio familiar. Pero no creía que tuviera la vitalidad para discutir con ella.

—¿Puedes intentar volver a llamar a Lucy?

Nicole, furiosa, pulsó el botón de rellamada de su móvil.

—Voy a tener que ponerlo en llamada directa.

Pierce observó los ojos de Nicole y leyó en ellos que había vuelto a salirle el buzón de voz.

Ella cerró el teléfono y miró a su exnovio.

—Henry, ¿qué pasa contigo?

Pierce trató de negar con la cabeza, pero le dolió.

—Me dieron el número equivocado.

Pierce salió de un sueño tenebroso en el que se precipitaba en caída libre con los ojos vendados y sin saber dónde estaba el fondo. Cuando finalmente golpeó el suelo, abrió los ojos y allí estaba el detective Renner con una sonrisa torcida en el rostro.

—Usted.

—Sí, otra vez y o. ¿Cómo se encuentra, señor Pierce?

—Estoy bien.

—Parece que ha tenido una pesadilla. No paraba de revolverse.

—A lo mejor estaba soñando con usted.

—¿Quiénes son los Wickershams?

—¿Qué?

—Ha dicho el nombre en sueños. Wickershams.

—Son monos. De la jungla. Los no creyentes.

—No lo entiendo.

—Ya lo sé. Así que da igual. ¿Por qué está usted aquí? ¿Qué quiere? No recuerdo lo que pasó, pero ocurrió en Santa Monica y ya he hablado con ellos. Tengo una conmoción, ¿recuerda?

Renner asintió.

—Oh, ya estoy al corriente de sus lesiones. La enfermera me dijo que el cirujano plástico le puso ciento sesenta micropuntos en la nariz y en torno al ojo ayer por la mañana. Bueno, yo estoy aquí por un asunto de la policía de Los Angeles. Aunque es cada vez más probable que los departamentos de Los Angeles y Santa Monica tengan que trabajar juntos en este caso.

Pierce levantó la mano y se tocó con suavidad el puente de la nariz. No había gasa. Sintió la cremallera de puntos y la hinchazón. Trató de recordar. La última imagen de la que se acordaba con claridad era la del cirujano plástico cerniéndose sobre él con una luz brillante. Desde entonces había estado recuperando y perdiendo la conciencia, flotando a través de la oscuridad.

—¿Qué hora es?

—Las tres y cuarto.

Por entre las persianas se filtraba luz brillante. Sabía que no era plena noche. También se dio cuenta de que estaba en una habitación privada.

—¿Es lunes? No, ¿es martes?

—Eso es lo que pone en el periódico de hoy, si es que cree usted en los periódicos.

Pierce se sentía físicamente fuerte —probablemente había dormido más de quince horas seguidas—, pero estaba trastornado por la persistente sensación del sueño. Y por la presencia de Renner.

—¿Qué quiere?

—Bueno, en primer lugar, déjeme que me saque un poco de trabajo de encima. Voy a leerle sus derechos en un momento. De esta manera usted estará protegido y yo también.

El detective colocó la bandeja móvil para la comida sobre la cama y puso una minigrabadora encima.

—¿Qué quiere decir que estaremos protegidos? ¿Para qué necesita protección? Eso es una estupidez, Renner.

—En absoluto. Necesito proteger la integridad de mi investigación. A partir de ahora voy a grabarlo todo.

Pulsó un botón de la grabadora y se encendió un piloto rojo. Renner dijo su nombre, la hora, la fecha y el lugar donde se desarrollaba la entrevista. Identificó a Pierce y le leyó sus derechos constitucionales de una tarjetita que sacó de su cartera.

—Bien, ¿entiende los derechos que acabo de leerle?

—Los he oído muchas veces en mi juventud.

Renner arqueó una ceja.

—En las películas y en la tele —aclaró Pierce.

—Por favor, conteste las preguntas y deje de hacerse el listo si puede.

—Sí, entiendo mis derechos.

—Bueno. ¿Le parece bien que le haga unas preguntas?

—¿Soy sospechoso?

—¿Sospechoso de qué?

—No lo sé, dígamelo.

—Bueno, esa es la cuestión. Es difícil decir qué tenemos aquí.

—Pero aun así cree que necesita leerme mis derechos. Para protegerme, por supuesto.

—Así es.

—¿Cuáles son las preguntas? ¿Han encontrado a Lilly Quinlan?

—Estamos trabajando en ello. Usted no sabe dónde está, ¿verdad?

Pierce sacudió la cabeza y el movimiento le hizo sentirse mareado. Esperó a que se le pasara antes de hablar.

—No. Ojalá lo supiera.

—Sí, aclararía bastante las cosas si ella entrara por esa puerta, ¿no?

—Sí. ¿Era suya la sangre de la cama?

—Todavía estamos trabajando en ello. Las pruebas preliminares muestran que era sangre humana. Pero no tenemos ninguna muestra de Lilly Quinlan para compararla. Creo que tengo una pista sobre su médico. Veremos qué registros y posibles muestras tiene él. Es probable que una mujer como ella se hiciera controles de sangre con regularidad.

Pierce supuso que Renner se estaba refiriendo a las enfermedades de transmisión sexual. Aun así, la confirmación de lo aparentemente obvio —que lo que había encontrado en la cama era sangre humana— le hizo sentirse más deprimido. Como si la última tenue esperanza que tenía por Lilly Quinlan se le estuviera escurriendo.

—Ahora deje que yo haga las preguntas —dijo Renner—. ¿Qué hay de esa chica, Robín, que mencionó antes? ¿La ha visto?

—No, he estado aquí.

—¿Ha hablado con ella?

—No, ¿y usted?

—No, no hemos logrado localizarla. Sacamos su número del sitio Web como usted dijo, pero lo único que conseguimos es un mensaje. Incluso tratamos de dejarle uno en el que un chico de la brigada que es bueno al teléfono se hizo pasar por un, bueno, un cliente.

—Ingeniería social.

—Sí, ingeniería social. Pero tampoco contestó esa llamada.

Pierce sintió que se le hundía el estómago. Lo último que recordaba era que Nicole había tratado de llamarla y que tampoco había tenido éxito. Wentz podría haber llegado a ella, tal vez todavía estaba en sus manos. Se dio cuenta de que tenía que tomar una decisión. Podía danzar con Renner y continuar cubriéndose con un velo de mentiras para protegerse o podía tratar de ayudar a Lucy.

—Bueno, ¿investigaron el número?

—Es un móvil.

—¿Y la dirección de la factura?

—El teléfono está registrado a nombre de uno de sus clientes habituales. Él dijo que lo hace como un favor. Se ocupa del teléfono por ella y paga el alquiler de su pisito y ella le regala un polvo cada domingo por la tarde mientras su mujer hace la compra en el Ralph del puerto. Si me lo pregunta, creo que más bien es Robín la que le hace el favor a él. El tío es un gordo vago. Da igual, ella no apareció el domingo por la tarde en el pisito; es un pequeño apartamiento del puerto. Estuvimos allí. Fuimos con ese tipo, pero ella no se presentó.

—¿Y él no sabe dónde vive ella?

—No, nunca se lo dijo. Él sólo paga por el móvil y el apartamento y se presenta cada domingo. El tipo lo carga todo en su cuenta de gastos.

—Mierda.

Pierce imaginó a Lucy en manos de Wentz y Dosmetros. Se levantó y se

pasó un dedo por las costuras de la cara. Esperaba que ella se hubiera escapado y que simplemente se estuviera escondiendo en algún sitio.

—Sí, «mierda». Es exactamente lo que dijimos nosotros. Y la cuestión es que ni siquiera conocemos su nombre completo. Tenemos su foto de la Web, si es que es su foto, y el nombre de Robin. Es todo, y tengo la curiosa sensación de que ni una cosa ni la otra son auténticas.

—¿Y no fueron a la Web?

—Le he dicho que fuimos...

—No, al lugar real. A la oficina de Hollywood.

—Lo hicimos y nos encontramos con un abogado.

No hay cooperación. Necesitamos una orden judicial para que compartan información sobre sus clientes. Y por lo que respecta a Robin, no tenemos lo suficiente para ir a pedirle una orden a un juez.

Una vez más Pierce consideró sus opciones. Protegerse o ayudar a Renner y posiblemente ayudar a Lucy. Si es que no era ya demasiado tarde.

—Apague eso.

—¿Qué, la cinta? No puedo. Es un interrogatorio formal. Se lo he dicho, lo estoy grabando.

—Entonces se ha terminado, pero si lo apaga creo que puedo decirle algunas cosas que le ayudarán.

Renner pareció dudar mientras lo pensaba, pero Pierce tenía la sensación de que hasta el momento todo iba según el guión y avanzaba en la dirección exacta que había elegido el detective.

El detective pulsó un botón y la luz roja se apagó. Se metió la grabadora en el bolsillo derecho de su americana.

—Muy bien, ¿qué es?

—No se llama Robin. Me dijo que su nombre es Lucy LaPorte. Es de Nueva Orleans. Tiene que encontrarla. Está en peligro. Puede que ya sea demasiado tarde.

—¿En peligro de qué?

Pierce no contestó. Pensó en la amenaza de Wentz respecto a que hablara con la policía. Pensó en las advertencias del detective privado, Glass.

—Billy Wentz —dijo finalmente.

—Otra vez Wentz —dijo Renner—. Es el coco de todo esto, ¿eh?

—Oiga, puede creer lo que le digo o no. Pero encuentre a Robin (quiero decir, a Lucy) y asegúrese de que está bien.

—¿Eso es todo? ¿Es todo lo que tiene que ofrecerme?

—Su foto de la Web es auténtica. Yo la vi.

Renner asintió como si lo hubiera supuesto desde el principio.

—La cosa se va aclarando un poco —dijo—. ¿Qué más puede decirme de ella? ¿Cuándo la vio?

—El sábado por la noche. Ella me llevó al apartamento de Lilly. Pero se fue antes de que yo entrara. Ella no vio nada, de manera que traté de mantenerla al margen. Era parte del trato que hicimos. Tenía miedo de que Billy Wentz lo descubriera.

—Eso fue brillante. ¿Le pagó?

—Sí, pero ¿qué importa eso?

—Importa porque el dinero influye en los motivos. ¿Cuánto?

—Unos setecientos dólares.

—Un montón de pasta sólo por un paseo por Venice. ¿También le dio el otro paseo?

—No, detective.

—Y entonces si ese cuento que me ha explicado de que Wentz es un chulo virtual muy malo, entonces que ella le mostrara el apartamento de Lilly de alguna forma la pone en peligro, ¿no es así?

Pierce asintió. Esta vez su cabeza no pasó por el efecto pecera. Con el movimiento vertical no había problema. Eran los movimientos horizontales los que le causaban problemas.

—¿Qué más?—dijo Renner, que seguía insistiendo.

—Ella comparte el apartamento del puerto con una mujer llamada Cleo. Supuestamente está en la misma Web, aunque no lo comprobé. Tal vez hablando con Cleo consigan alguna pista.

—Tal vez sí, y tal vez no. ¿Es todo?

—Lo último: la vi en un taxi verde y amarillo en Speedway el sábado por la noche. Tal vez puedan seguirle la pista hasta su casa.

Renner sacudió levemente la cabeza.

—Eso funciona en las películas. Pero es muy difícil en la vida real. Además, probablemente ella volvió al apartamento. Las noches de sábado son movidas.

La puerta de la habitación se abrió y entró Mónica Purl, pero al ver a Renner se detuvo en el umbral.

—Oh, lo siento. ¿Estoy...?

—Sí—dijo Renner—. Asunto policial. ¿Puede esperar fuera, por favor?

—Ya volveré.

Mónica miró a Pierce y su rostro reaccionó con horror ante lo que vio. Pierce trató de sonreír y levantó la mano izquierda para saludar.

—Te llamaré—dijo Mónica, y a continuación se fue y cerró la puerta.

—¿Quién era? ¿Otra amiga?

—No, mi secretaria.

—Entonces, ¿quiere hablar de lo que ocurrió en ese balcón el domingo? ¿Fue Wentz?

Pierce no dijo nada durante un largo rato, mientras sopesaba las consecuencias de contestar a la pregunta. Por un lado quería denunciar a Wentz.

Pierce se sentía profundamente humillado por lo que Wentz y su gigante le habían hecho. Incluso si la cirugía facial tenía éxito y no le quedaban cicatrices físicas, sabía sin lugar a dudas que sería difícil convivir con aquella agresión, que nunca la olvidaría. Habría cicatrices de todos modos.

Aun así, la amenaza de Wentz se había alojado en su mente como algo muy real, para él, para Robin, incluso para Nicole. Si Wentz podía encontrarle e invadir su casa con tanta facilidad, también podría encontrar a Nicole.

Al final habló.

—Es un caso de la policía de Santa Monica. ¿Qué le importa?

—Es todo el mismo caso, y lo sabe.

—No quiero hablar de eso. No recuerdo lo que ocurrió. Recuerdo que estaba llevando comida a mi apartamento y luego me desperté en una camilla.

—La mente juega malas pasadas, ¿no cree? Tiene una curiosa forma de bloquear las cosas malas.

El tono era sarcástico y Pierce supo por la expresión de Renner que no se creía su amnesia. Los dos hombres se miraron durante unos segundos, hasta que el detective buscó en su americana.

—¿Y esto le sacude algo suelto?

Sacó una foto de diez por quince y se la mostró a Pierce. Era una foto con mucho grano del apartamento del Sands tomada desde larga distancia. Desde la playa. Pierce se acercó la foto y vio pequeñas imágenes de gente en uno de los balcones más altos. Sabía que era el piso doce. Sabía que eran él, Wentz y el hombre musculoso, Dosmetros. Pierce estaba siendo sostenido por los tobillos en el vacío. Las figuras de la foto eran demasiado pequeñas para resultar reconocibles. Se la devolvió al detective.

—No, nada.

—Ahora mismo es lo mejor que tenemos, pero en cuanto anuncien en las noticias que estamos buscando fotos, vídeos o el material que sea puede que consigamos algo decente. Había mucha gente por ahí. Puede que alguien tenga una buena toma.

—Buena suerte.

Renner se mantuvo en silencio, estudiando a Pierce durante un buen rato antes de volver a hablar.

—Oiga, si le amenazó podemos protegerle.

—Le he dicho que no recuerdo qué ocurrió. No recuerdo nada en absoluto.

Renner asintió.

—Claro, claro. Muy bien, entonces olvidémonos del balcón. Deje que le pregunte otra cosa. Dígame, ¿dónde escondió el cadáver de Lilly?

Los ojos de Pierce se abrieron desmesuradamente. Renner lo había despistado para asestarle un golpe bajo.

—¿Qué? ¿Está...?

—¿Dónde está, Pierce? ¿Qué hizo con ella? ¿Y qué hizo con Lucy LaPorte?

Pierce empezó a notar en su pecho una incontenible sensación de miedo. Miró a Renner y supo que el detective hablaba muy en serio. Y de repente cayó en la cuenta de que no era un sospechoso. Era el sospechoso.

—¿Se está burlando de mí? Ni siquiera sabrían nada de esto si yo no les hubiera llamado. Yo fui el único que se preocupó.

—Sí, y tal vez al llamarnos y recorrer toda la escena del crimen y la casa estaba preparando una buena defensa. Y tal vez el trabajo que encargó que Wentz o alguno de sus otros colegas le hiciera en la cara era parte de la defensa. Al pobre chico le aplastan la nariz por meterla donde no le llaman. No se ha ganado mi compasión, señor Pierce.

Pierce se quedó mirando a Renner sin decir nada. Renner percibía todo lo que él había hecho o todo lo que le habían hecho desde un ángulo completamente distinto.

—Deje que le cuente una historia muy corta —dijo Renner—. Yo trabajaba en el valle de San Fernando y una vez hubo un caso de una chica desaparecida. Tenía doce años, de buena casa, y sabíamos que no se había fugado. Algunas veces simplemente lo sabes. De manera que organizamos a los vecinos y voluntarios en una partida de búsqueda en las colinas de Encino. ¡Y quién lo iba a decir!, uno de los vecinos la encontró. Violada y estrangulada y metida en una alcantarilla. Era un caso feo. Y ¿sabe?, resultó que el chico que la había encontrado era el culpable. Nos costó bastante rodearlo, pero lo hicimos y confesó. Lo llaman el complejo del buen samaritano. El que primero lo huele... Ocurre constantemente. Al culpable le gusta estar cerca de los polis, le gusta ayudar, le hace sentir mejor que ellos y mejor respecto a lo que ha hecho.

Pierce tenía dificultades incluso para calibrar cómo todo se había vuelto contra él.

—Se equivoca —dijo con tranquilidad, con voz trémula—. Yo no lo hice.

—¿Sí? ¿Me equivoco? Bueno, deje que le diga lo que tengo. Tengo una mujer desaparecida y sangre en una cama. Tengo un montón de sus mentiras y un montón de sus huellas dactilares en las dos casas de la mujer.

Pierce cerró los ojos. Pensó en el apartamento de al lado de Speedway y en la casa de Altair. Sabía que lo había tocado todo. Había puesto las manos en todo. En su perfume, en sus armarios, en su correo.

—No...

Fue todo lo que se le ocurrió.

—No, ¿qué?

—Es todo un error. Lo único que hice... O sea... Me dieron su número. Sólo quería ver... Quería ayudarla... Verá, fue culpa mía... y creí que si...

No terminó. El pasado y el presente estaban demasiado juntos. Se estaban fundiendo en una sola cosa. Uno se movía enfrente del otro como en un eclipse.

Abrió los ojos y miró a Renner.

—¿Qué creía? —preguntó el detective.

—¿Qué?

—Acabe la frase. ¿Qué creía?

—No lo sé. No quiero hablar de eso.

—Vamos, chico. Ha dado el primer paso. Termine el viaje. Es bueno descargarse. Es bueno para el alma. Es culpa suya la muerte de Lilly. ¿A qué se refiere? ¿Fue un accidente? Cuénteme cómo pasó. Quizá pueda entenderlo y podamos ir juntos al fiscal, y solucionarlo.

Pierce sintió que el miedo y el peligro inundaban su mente. Casi podía oler cómo transpiraba por su piel, como si fueran sustancias químicas —elementos compuestos que comparten moléculas— subiendo a la superficie para escapar.

—¿De qué está hablando? ¿Lilly? Eso no es culpa mía. Ni siquiera la conocía. Yo traté de ayudarla.

—¿Estrangulándola? ¿Cortándole la garganta? ¿O hizo con ella el número de Jack *el Destripador*? Creo que decían que el Destripador era un científico. Un doctor o algo. ¿Usted es el nuevo Destripador, Pierce? ¿Ese es su fardo?

—Salga de aquí. Está loco.

—No creo que sea yo el loco. ¿Por qué fue su culpa?

—¿Qué?

—Ha dicho que fue todo culpa suya. ¿Por qué? ¿Qué hizo ella? ¿Insultó su masculinidad? ¿Tiene un pajarito pequeño, Pierce? ¿Es eso?

Pierce negó con la cabeza enfáticamente, sacudiéndose un amago de mareo. Cerró los ojos.

—Yo no he dicho eso. No fue culpa mía.

—Lo ha dicho. Yo lo he oído.

—No. Está poniendo palabras en mi boca. No es culpa mía. No tengo nada que ver en eso.

Abrió los ojos y vio que Renner hurgaba en el bolsillo y sacaba una grabadora. La luz roja estaba encendida.

Pierce se dio cuenta de que era una grabadora distinta de la que antes había estado en la bandeja de la comida y que luego había apagado. El detective había grabado toda la conversación.

Renner pulsó el botón de rebobinado durante unos segundos y después trasteó con la grabación hasta que encontró lo que quería y volvió a reproducir lo que Pierce había dicho momentos antes.

«Es todo un error. Lo único que hice... O sea... Me dieron su número. Sólo quería ver... Quería ayudarla... Verá, fue culpa mía... y creí que si...»

El detective apagó la grabadora y miró a Pierce con una sonrisa petulante. Renner lo había acorralado. Le había tendido una trampa. Todos sus instintos legales, por limitados que fueran, le decían que no dijera ni una palabra más.

Pero Pierce no podía parar.

—No —dijo—. No estaba hablando de Lilly Quinlan. Estaba hablando de mi hermana. Fue...

—Estábamos hablando de Lilly Quinlan y dijo « fue culpa mía » . Eso es un reconocimiento, amigo.

—No, le dije que yo...

—Sé lo que me dijo. Fue una bonita historia.

—No es una historia.

—Bueno, ¿sabe qué? Supongo que en cuanto encuentre el cadáver tendré la historia real contada. Le tendré en el saco, victoria asegurada.

Renner se inclinó sobre la cama hasta que su rostro quedó a sólo unos centímetros del de Pierce.

—¿Dónde está, Pierce? Sabe que es inevitable. Vamos a encontrarla. Así que terminemos con esto. Dígame lo que hizo con ella.

Las miradas de ambos conectaron. Pierce oyó el clic de la grabadora que volvía a encenderse.

—Salga.

—Será mejor que hable conmigo. Se está quedando sin tiempo. Cuando consiga esto y llegue a los abogados, no podré ayudarle más. Hable, Henry. Vamos. Descárguese.

—Le he dicho que salga. Quiero un abogado.

Renner se incorporó y esbozó una sonrisa de complicidad. De manera exagerada levantó la grabadora y la apagó.

—Por supuesto que quiere un abogado —dijo—. Y va a necesitarlo. Voy a ir al fiscal, Pierce. Sé que para empezar le tengo por allanamiento de morada y por obstrucción a la justicia. Le tendré congelado con eso, pero en el fondo no son más que minucias. Quiero el premio gordo.

Brindó con la grabadora como si las palabras que había captado allí fueran el Santo Grial.

—En cuanto aparezca el cuerpo, se terminó el juego.

Pierce ya no estaba escuchando. Volvió el rostro a Renner y empezó a mirar al espacio, pensando en lo que iba a suceder. De repente cayó en la cuenta de que lo perdería todo. La empresa... todo. En una fracción de segundo las fichas de dominó cayeron en su imaginación, la última era Goddard echándose atrás y llevando su inversión a otro sitio, a Bronson Tech o a Midas Molecular o a cualquier otro de sus competidores. Goddard se iría y nadie querría participar. No bajo el escrutinio de una investigación criminal y un posible juicio. Se terminaría. Quedaría fuera de la carrera para siempre.

Volvió a mirar a Renner.

—He dicho que no voy a volver a hablar con usted. Quiero que se vaya. Quiero un abogado.

Renner asintió.

—Le aconsejo que se busque uno bueno.

Estiró el brazo hacia una mesita donde estaban los medicamentos y cogió un sombrero que Pierce no había visto antes. Era un *porkpie* con el ala hacia abajo. Pierce pensaba que ya nadie llevaba sombreros como ese en Los Angeles. Nadie. Renner salió de la habitación sin decir ni una palabra más.

Pierce se quedó sentado un momento, pensando en el aprieto en el que estaba metido. Se preguntó cuánto de lo que Renner había dicho acerca de ir a la fiscalía había sido amenaza y cuánto realidad. Trató de desembarazarse de esa idea y buscó un teléfono en la habitación. No había nada en la mesita, pero la cama tenía barandillas laterales con todo tipo de botones electrónicos para posicionar el colchón y controlar la televisión instalada en la pared opuesta. Encontró un teléfono en la barandilla derecha. Junto al aparato, en un bolsillo de plástico, también encontró un espejito de mano. Lo levantó y se miró la cara por primera vez.

Esperaba algo peor. Cuando se había palpado la herida con la mano en los momentos posteriores a la agresión, le había parecido que le habían abierto el rostro y que sería inevitable una gruesa cicatriz. En ese momento no le había importado, porque se daba por satisfecho con estar vivo. Ahora estaba un poco más preocupado. Al mirarse la cara, vio que la hinchazón se había reducido. Tenía el rostro abotagado en torno a las comisuras de los ojos y en la parte inferior de la nariz. Llevaba algodón en ambas narinas y tenía los dos ojos amoratados. La cornea izquierda estaba inundada de sangre a un lado del iris. Y en la nariz tenía los minúsculos rastros de la microcostura.

La costura formaba una K con una línea que subía desde el puente de la nariz y los brazos de la K que se curvaban por debajo del ojo izquierdo y por encima de su ceja. Le habían afeitado la mitad de la ceja para facilitar la cirugía y a Pierce eso le pareció el elemento más extraño del rostro que estaba mirando.

Bajó el espejo y se dio cuenta de que estaba sonriendo. Tenía la cara casi destruida. Tenía a un poli del Departamento de Policía de Los Angeles tratando de encarcelarlo por un crimen que él había descubierto, pero no cometido. Tenía a un macarra virtual con un monstruo por mascota que era una amenaza viva y real para él y los que estaban próximos a él. Aun así, él estaba sentado en la cama y sonriendo.

No lo entendía, pero sabía que tenía algo que ver con lo que había visto en el espejo. Había sobrevivido y su cara mostraba lo cerca que había estado de no hacerlo. Esa era la razón del alivio y la sonrisa inadecuada.

Levantó el teléfono y llamó a Jacob Kaz, el abogado de patentes de la

empresa. Le pasaron al abogado de inmediato.

—Henry, ¿estás bien? He oído que te atacaron o algo. ¿Qué...?

—Es una larga historia, Jacob. Tendré que contártela en otro momento. Lo que necesito ahora mismo es un nombre. Necesito un abogado. Un abogado defensor criminalista. Alguien bueno, pero que no quiera que su cara salga en la tele o en los periódicos.

Pierce sabía que lo que estaba pidiendo era una rara avis en Los Angeles, pero contener la situación iba a ser una labor tan urgente como la defensa ante una falsa acusación de asesinato. Tenía que manejarse rápida y discretamente, de lo contrario, las fichas de dominó cayendo que Pierce había imaginado momentos antes se convertirían en bloques de hormigón que lo aplastarían a él y a la empresa.

Kaz se aclaró la garganta antes de responder. No dio señal alguna de que la solicitud de Pierce fuera algo inusual o algo anormal en su relación profesional.

—Creo que tengo un nombre para ti —dijo—. Te va a gustar.

El miércoles por la mañana Pierce estaba hablando por teléfono con Charlie Condon cuando una mujer vestida con un traje de chaqueta gris entró en la habitación del hospital y le tendió una tarjeta que decía: «Janis Langwiser, abogada penal». Pierce tapó con la mano el auricular y le dijo a Langwiser que ya terminaba.

—Charlie, he de dejarte. Acaba de entrar el médico. Dile que tendremos que hacerlo el fin de semana o la semana que viene.

—Henry, no puedo. Quiere ver Proteus antes de que enviemos la patente. No quiero retrasarlo, ni tú tampoco. Además, has de recibir a Maurice. No aceptará excusas.

—Tú vuelve a llamarlo y trata de retrasarlo.

—Está bien. Lo intentaré. Volveré a llamarte.

Charlie colgó y Pierce guardó el teléfono de nuevo en la barandilla de la cama. Trató de sonreír a Langwiser, pero su rostro estaba más dolorido que el día anterior y le dolía de sólo intentarlo. La abogada le tendió la mano y Pierce se la estrechó.

—Janis Langwiser. Encantada de conocerle.

—Henry Pierce. No puedo decir que las circunstancias hagan que conocerla sea un placer.

—Normalmente es así en el trabajo de la defensa criminal.

Pierce ya había leído el currículum de la abogada que le había proporcionado Jacob Kaz. Langwiser se ocupaba de la defensa criminal en el pequeño pero influyente bufete del centro Smith, Levin, Colvin & Enriquez. Según Kaz el bufete era tan exclusivo que no constaba en ningún listín telefónico. Sus clientes eran de la élite, porque incluso la gente de la élite necesitaba abogados criminalistas de vez en cuando. Allí era donde entraba Janis Langwiser. La habían contratado de la oficina del fiscal del distrito un año antes, tras una carrera en la que había participado en algunos de los casos de más altos vuelos de la ciudad de los últimos años. Kaz le explicó a Pierce que el bufete lo aceptaba como cliente como un medio para establecer una relación con él, una relación que sería mutuamente beneficiosa cuando Amedeo Technologies saliera a bolsa en los años venideros. Pierce no le dijo a Kaz que no habría ninguna eventual oferta

pública ni siquiera un Amedeo Technologies si la situación no se manejaba apropiadamente.

Tras interesarse educadamente por las lesiones de Pierce y su pronóstico, Langwiser le preguntó por qué creía que necesitaba un abogado defensor.

—Porque hay un detective de policía que cree que soy un asesino. Me dijo que iba a ir a la fiscalía para tratar de acusarme de una serie de crímenes, incluido el asesinato.

—¿Un policía de Los Angeles? ¿Cómo se llama?

—Renner. Creo que no me dijo su nombre. O no lo recuerdo. Tengo su tarjeta, pero no he mirado su...

—Robert. Lo conozco. Trabaja en la División del Pacífico. Lleva muchos años.

—¿Lo conoce de un caso?

—Antes trabajaba en la fiscalía y llevaba casos a juicio. Llevé varios que presentó él. Parecía un buen poli. Creo que la palabra que usaría es conciencizado.

—De hecho es la palabra que usa él.

—¿Va a solicitar que la fiscalía presente cargos de asesinato?

—No estoy seguro. No hay ningún cadáver. Pero dijo que primero iba a acusarme de otras cosas. Allanamiento de morada, dijo. Obstrucción a la justicia. Supongo que después tratará de preparar un caso de asesinato. No sé hasta qué punto son estupideces y amenazas ni qué es lo que puede hacer. Pero yo no he matado a nadie, así que necesito un abogado.

Ella frunció las cejas y asintió en ademán reflexivo. Hizo una señal hacia el rostro de Pierce.

—¿El caso con Renner está relacionado de algún modo con sus lesiones?

Pierce dijo que sí con la cabeza.

—¿Por qué no empezamos por el principio?

—¿Tenemos una relación abogado-cliente?

—Así es. Puede hablar con libertad.

Pierce pasó los siguientes treinta minutos contándole la historia con todo el detalle que fue capaz de recordar. Le habló libremente de todo lo que había hecho, incluidos los delitos que había cometido. No se dejó nada en el tintero.

Mientras él hablaba, Langwiser se apoyó contra la mesa donde estaba el equipo médico. La abogada tomó notas con una pluma de aspecto caro en un bloc amarillo que sacó de una bolsa negra de piel, que o bien era un bolso enorme o un maletín pequeño. Todo su aspecto inspiraba una confianza cara. Cuando Pierce hubo terminado de contarle la historia, ella volvió a la parte de lo que Renner había calificado como reconocimiento de los hechos por su parte. Planteó diversas preguntas, como cuál era el tono de la conversación en ese punto, qué medicación estaba tomando Pierce en ese momento y qué efectos de la agresión y la cirugía estaba sintiendo. Después la abogada le preguntó

específicamente qué quería decir con que era su culpa.

—Me refería a mi hermana, Isabelle.

—No lo entiendo.

—Ella murió. Hace mucho tiempo.

—Vamos, Henry, no me venga con adivinanzas. Quiero saberlo.

Pierce se encogió de hombros, y eso le causó dolor en el hombro y las costillas.

—Ella se fugó de casa cuando éramos niños. Entonces la mataron... Fue un tipo que había matado a mucha gente. Chicas que iba a buscar a Hollywood. Al final la policía lo mató y... eso fue todo.

—Un asesino en serie... ¿cuándo fue?

—En los ochenta. Lo llamaron el Fabricante de Muñecas. Los periodistas les ponían nombres a todos, ¿sabe? Al menos entonces.

Pierce vio que Langwiser revisaba su historia contemporánea.

—Recuerdo al Fabricante de Muñecas. Yo estaba en la facultad de derecho de la UCLA. Más tarde conocí al detective que le disparó. Se ha retirado este mismo año.

Los pensamientos de Langwiser parecieron vagar en el recuerdo durante unos segundos.

—De acuerdo. Entonces, ¿cómo se confundió eso con Lilly Quinlan en su conversación con el detective Renner?

—Bueno, últimamente he estado pensando mucho en mi hermana. Desde que surgió este asunto de Lilly. Creo que es la razón por la que hice lo que hice.

—¿Quiere decir que cree que es responsable de lo que le ocurrió a su hermana? ¿Cómo es posible eso, Henry?

Pierce esperó un momento antes de hablar. Compuso la historia en su mente con sumo cuidado. No toda la historia, sólo la parte que quería contarle a la abogada. Dejó de lado la parte que nunca explicaría a un desconocido.

—Mi padrastro y yo solíamos bajar aquí. Vivíamos en el valle de San Fernando e íbamos a Hollywood a buscarla. Por la noche. A veces también de día, pero sobre todo por la noche.

Pierce fijó la mirada en la pantalla apagada de la televisión que estaba montada en la pared, al otro lado de la habitación. Habló como si estuviera viendo la historia en la pantalla y la estuviera repitiendo para ella.

—Me vestía con ropa vieja para parecer uno de ellos, uno de los chicos de la calle. Mi padrastro me enviaba a los sitios donde los chicos se escondían y dormían, donde vendían su sexo o se drogaban. El caso...

—¿Por qué usted? ¿Por qué no entraba su padrastro?

—Entonces él me decía que era porque yo era un chico y me dejarían entrar. Si un hombre entraba en un sitio así, todo el mundo podía echar a correr. Y de esa forma la perderíamos.

Pierce se detuvo y Langwiser aguardó, pero al final tuvo que instigarle.

—Ha dicho que entonces le dijo que esa era la razón. ¿Qué le dijo después?

Pierce negó con la cabeza. Era una buena abogada. Había captado las sutilezas de su forma de narrar la historia.

—Nada. Es sólo que... creo..., o sea, que ella se fugó por un motivo. La policía dijo que estaba metida en la droga, pero creo que eso vino después, cuando ya estaba en la calle.

—Cree que su padrastro es el motivo por el que ella huyó.

Langwiser lo dijo como una afirmación y Pierce incluso asintió de manera casi imperceptible. Pensó en lo que la madre de Lilly Quinlan había dicho acerca de lo que tenían en común su hija y la mujer que ella conocía como Robin.

—¿Qué le hizo su padrastro?

—No lo sé, y ahora no importa.

—Entonces ¿por qué le dijo a Renner que era culpa suya? ¿Por qué cree que lo que le sucedió a su hermana fue culpa suya?

—Porque no la encontré. Todas esas noches buscándola y nunca la encontré. Si al menos...

Pierce lo dijo sin convicción ni énfasis. Era una mentira. No iba a decirle la verdad a esa mujer que conocía desde hacía sólo una hora.

Langwiser dio la impresión de que quería ir más lejos, pero también parecía consciente de que estaba llegando a un límite personal con él.

—De acuerdo, Henry. Creo que ayuda a explicar cosas... tanto sus acciones en relación con la desaparición de Lilly Quinlan como su declaración ante Renner.

Pierce asintió.

—Siento lo de su hermana. En mi antiguo trabajo tratar con los familiares de las víctimas era la parte más difícil. Al menos usted tuvo algún cierre. El hombre que lo hizo sin duda obtuvo lo que merecía.

Pierce trató de hacer una sonrisa sarcástica, pero le dolía demasiado.

—Sí, un cierre. Hace que todo sea mejor.

—¿Está vivo su padrastro? ¿Sus padres?

—Mi padrastro sí. Que yo sepa. Hace mucho tiempo que no hablo con él. Mi madre ya no vive con él. Sigue viviendo en el valle de San Fernando. Tampoco he hablado con ella en mucho tiempo.

—¿Dónde está su padre?

—En Oregon. Tiene otra familia. Pero estamos en contacto. De todos ellos es el único con el que trato.

Langwiser asintió. Estudió sus notas durante un buen rato, pasando las páginas de su bloc mientras revisaba todo lo que Pierce había dicho desde el principio de la conversación. Finalmente la abogada lo miró.

—Bueno, creo que es todo mentira.

Pierce negó con la cabeza.

—No, estoy diciéndole exactamente lo que suce...

—No, me refiero a Renner. Creo que va de farol. No tiene nada. No va a acusarle de esos delitos menores. En la oficina del fiscal se iban a reír de él por lo del allanamiento. ¿Qué pretendía usted? ¿Robar? No, lo hizo para asegurarse de que ella estaba bien. No saben nada del correo que se llevó, y de todos modos no podrían probarlo porque ya no está. Y por lo de obstrucción a la justicia, sólo era una amenaza vana. La gente miente y se reserva información constantemente cuando habla con la policía. Es lo que se espera. Tratar de acusar a alguien por eso es otra cuestión. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que se llevó a juicio un caso por obstrucción a la justicia. Al menos no hubo ninguno que recuerde cuando yo estuve en la fiscalía.

—¿Y la cinta? Yo estaba confundido. Él dijo que lo que yo había dicho era un reconocimiento.

—Estaba engañándole, poniéndole nervioso para ver cómo reaccionaba, estaba buscando alguna confesión más perjudicial para usted. He de escuchar la declaración para estar segura, pero suena a algo marginal, a que su explicación en relación con su hermana es ciertamente legítima y sería percibida así por un jurado. Si añadimos que estoy segura de que estaba bajo la influencia de una combinación de medicamentos y que...

—Esto nunca puede llegar a un jurado. Si llega, estoy acabado. Arruinado.

—Lo entiendo. Pero el punto de vista de un jurado sigue siendo el adecuado, porque es como lo verá la oficina del fiscal cuando considere los posibles cargos. Lo último que harían sería meterse en un caso sabiendo que un jurado no se lo va a tragar.

—No hay nada que tragar. Yo no lo hice. Sólo traté de descubrir si estaba bien. Eso es todo.

Langwiser asintió, pero no parecía especialmente interesada en sus alegatos de inocencia. Pierce siempre había oído que los buenos abogados defensores nunca estaban tan interesados en la pregunta última acerca de la culpabilidad o inocencia de sus clientes como en la estrategia de defensa. Practicaban la ley, no la justicia. A Pierce le resultó frustrante, porque quería que Langwiser reconociera su inocencia y luego saliera a defenderle.

—Para empezar —dijo ella—, sin cadáver es muy difícil construir una acusación contra nadie. No es imposible, pero sí muy difícil, sobre todo en este caso, considerando el estilo de vida y la fuente de ingresos de la víctima. Me refiero a que podría estar en cualquier parte. Y si está muerta, entonces la lista de sospechosos va a ser muy larga.

» En segundo lugar, vincular el hecho de que entrara en una casa con un posible homicidio en otra no va a funcionar. Es un salto que no creo que la oficina del fiscal esté dispuesta a dar. Recuerde que trabajé allí y la mitad del trabajo

consistía en devolver a la realidad a los polis. Creo que a no ser que las cosas cambien radicalmente estará a salvo, Henry. En todos los cargos.

—¿Radicalmente?

—Si descubren el cadáver. Si descubren el cadáver y de algún modo lo relacionan con usted.

Pierce negó con la cabeza.

—Nada lo va a relacionar conmigo. Yo nunca la vi.

—Perfecto. Entonces debería estar a salvo.

—¿Debería?

—Nada es nunca seguro al ciento por ciento. Especialmente en la ley. Todavía tendremos que esperar y ver.

Langwiser revisó sus notas durante unos momentos antes de volver a hablar.

—Muy bien —dijo al cabo—. Ahora, llamemos al detective Renner.

Pierce levantó las cejas —lo que quedaba de ellas— y le dolió. Hizo una mueca y dijo:

—¿Lamarlo? ¿Por qué?

—Para ponerlo sobre aviso de que tiene representación legal y para ver qué tiene que decir.

La abogada sacó un móvil del bolso y lo abrió.

—Creo que tengo su tarjeta en la cartera —dijo Pierce—. Debería estar en el cajón de la mesita.

—No importa, recuerdo el número.

La llamada a la División del Pacífico fue contestada rápidamente y Langwiser preguntó por Renner. El detective tardó unos minutos, pero al final lo tuvo en la línea. Mientras esperaba, ella subió el volumen del teléfono y lo giró para que Pierce pudiera oír ambos lados de la conversación. Señaló a Pierce y se llevó los dedos a los labios para advertirle que no participara.

—Hola, Bob, soy Janis Langwiser. ¿Se acuerda de mí?

Tras una pausa, Renner dijo:

—Claro, aunque he oído que se ha pasado al lado oscuro.

—Muy gracioso. Escuche, estoy en el St. John's. Le he hecho una visita a Henry Pierce.

Otra pausa.

—Henry Pierce, el buen samaritano. El eterno rescatador de putas desaparecidas y mascotas perdidas.

Pierce sintió que se ruborizaba.

—Está de muy buen humor hoy, Bob —dijo Langwiser con sequedad—. Se ríe mucho últimamente, ¿no?

—Henry Pierce es el bufón, las historias que cuenta...

—Bueno, por eso lo llamaba. No habrá más historias de Henry, Bob. Yo lo represento y no va a volver a hablar con usted. Desaprovechó su oportunidad.

Pierce miró a Langwiser y ella le guiñó un ojo.

—No desaproveché nada —protestó Renner—. Cuando quiera empezar a explicarme la historia completa y verdadera. Aquí estoy. De lo contrario...

—Mire, detective, está más interesado en arremeter contra mi cliente que en tratar de entender lo que ocurrió de verdad. Esto tiene que detenerse. Ahora Henry Pierce está fuera de su lazo. Y otra cosa, si trata de llevar esto a juicio voy a meterle por donde usted sabe ese truquito de las dos grabadoras.

—Le dije que estaba grabando —protestó Renner—. Le leí sus derechos y él dijo que los había entendido. Es todo lo que se me exige. No hice nada ilegal durante ese interrogatorio voluntario.

—Tal vez no *per se*, Bob, pero a los jueces y los jurados no les gusta que la poli engañe a la gente. Les gusta el juego limpio.

Esta vez hubo una larga pausa de Renner y Pierce ya comenzaba a pensar que Langwiser estaba yendo demasiado lejos, que tal vez estaba empujando al detective a buscar una acusación contra él por simple rabia o resentimiento.

—De verdad ha cruzado la línea, ¿eh? —dijo finalmente Renner—. Espero que sea feliz allí.

—Bueno, si sólo tengo clientes como Henry Pierce, gente que estaba tratando de hacer un bien, entonces lo seré.

—¿Un bien? Me pregunto si Lucy LaPorte cree que lo que hizo fue un bien.

—¿La ha encontrado? —espetó Pierce.

Langwiser inmediatamente alzó la mano para pedirle que callara.

—¿Está ahí el señor Pierce? No sabía que estaba escuchando, Janis. Hablando de trucos, ha sido bonito por su parte que me lo dijera.

—No tenía que hacerlo.

—Y yo no tenía que hablarle de la segunda grabadora después de que le advertí que la conversación estaba siendo grabada. Así que tráguese usted esa. He de irme.

—Espere. ¿Ha encontrado a Lucy LaPorte?

—Eso es un asunto policial oficial, señora. Usted se queda en su lazo y yo me quedo en el mío. Adiós.

Renner colgó y Langwiser cerró el teléfono.

—Le pedí que no dijera nada.

—Lo siento. Es que he estado tratando de localizarla desde el domingo. Ojalá supiera dónde está y si está bien o necesita ayuda. Si algo le pasa será culpa mía.

«Ya estoy otra vez —pensó—. Encontrándome culpable de cosas, ofreciendo reconocimiento público de culpabilidad».

Langwiser no pareció advertirlo. Estaba guardando su teléfono y su libreta.

—Haré algunas llamadas. Conozco gente en Pacífico que es un poco más cooperadora que el detective Renner. Como su jefe, por ejemplo.

—¿Me llamará en cuanto descubra algo?

—Tengo sus teléfonos. Mientras tanto manténgase al margen de todo esto. Con un poco de suerte esta llamada asustará a Renner por el momento, quizá se piense dos veces sus movimientos. Todavía no está a salvo, Henry. Creo que está casi fuera de peligro, pero podrían ocurrir otras cosas. Mantenga la prudencia y permanezca alejado.

—De acuerdo, lo haré.

—Y la próxima vez que venga el médico consiga una lista de los fármacos específicos que le habían puesto cuando Renner lo grabó.

—De acuerdo.

—¿Sabe cuándo le van a dar el alta?

—Supongo que en cualquier momento.

Pierce miró el reloj. Llevaba casi dos horas esperando que el doctor Hansen le firmara el alta.

Miró a Langwiser. Ella parecía lista para irse, pero lo estaba mirando como si quisiera preguntarle algo y no supiera cómo hacerlo.

—¿Qué?

—No lo sé. Estaba pensando que había un salto muy grande en su razonamiento. Me refiero a cuando usted era niño y pensaba que su padrastro fue la razón de que su hermana se fuera.

Pierce no dijo nada.

—¿Hay algo más que quiera contarme al respecto?

Pierce levantó la mirada hacia la pantalla apagada de la televisión y no vio nada allí. Negó con la cabeza.

—No, eso es todo.

Dudaba de que la hubiera convencido. Suponía que los abogados defensores trataban con mentirosos por rutina y eran tan expertos en captar las sutilezas del movimiento ocular y las inflexiones de voz como las máquinas diseñadas a tal fin. Pero Langwiser se limitó a asentir con la cabeza y lo dejó estar.

—Bueno, he de irme. Tengo una comparecencia en el centro.

—De acuerdo. Gracias por venir a verme aquí. Ha sido un detalle.

—Es parte del servicio. Haré algunas llamadas desde el coche y le contaré lo que averigüe de Lucy LaPorte o cualquier otra cosa. Pero mientras tanto es necesario que se mantenga al margen de esto. ¿De acuerdo? Vuelva a trabajar.

Pierce levantó los brazos en ademán de rendición.

—He terminado.

Ella sonrió profesionalmente y salió de la habitación.

Pierce cogió el teléfono de la barandilla de la cama y estaba marcando el número de Cody Zeller cuando Nicole James entró en la habitación. Volvió a dejar el teléfono en su sitio.

Nicole había quedado en pasar a buscar a Pierce para llevarlo a casa después de que el doctor Hansen le diera el alta. Aunque no dijo nada, la expresión de

Nicole reveló dolor al examinar el rostro herido de Pierce. Lo había visitado con frecuencia durante su estancia en el hospital, pero al parecer no lograba acostumbrarse a ver la cremallera de puntos.

De hecho, Pierce había tomado sus malas caras y murmullos de compasión como una buena señal. Si volvían juntos todo el episodio habría valido la pena.

—Pobrecito —dijo ella, dándole unos golpecitos en la mejilla—. ¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien —contestó Pierce—. Pero todavía estoy esperando que el médico me dé el alta. Ya hace casi dos horas.

—Voy a salir a averiguar qué pasa. —Ella volvió a la puerta, pero miró de nuevo a Pierce—. ¿Quién era esa mujer?

—¿Qué mujer?

—La que acaba de salir.

—Ah, es mi abogada. Kaz me la consiguió.

—¿Para qué la necesitas a ella si tienes a Kaz?

—Ella es una abogada defensora penal.

Nicole se apartó de la puerta y se acercó a la cama.

—¿Abogada defensora penal? Henry, la gente normalmente no necesita abogados porque le den un número equivocado. ¿Qué está pasando?

Pierce se encogió de hombros.

—Ya no lo sé. Me metí en algo y ahora sólo intento salir de una pieza. Deja que te pregunte algo.

Pierce se levantó de la cama y caminó hasta ella. Primero tuvo problemas de equilibrio, pero enseguida se sintió bien. Tocó suavemente los antebrazos y las manos de Nicole. En el rostro de ella se dibujó una expresión de sospecha.

—¿Qué?

—Cuando salgamos de aquí, ¿adónde me llevarás?

—Te lo he dicho, Henry, te llevaré a casa. A tu casa.

La decepción de Pierce fue visible a pesar del mapa de puntos y su hinchazón.

—Henry, acordamos que probaríamos esto. Así que vamos a probar.

—Sólo pensé...

No terminó. No sabía exactamente qué había pensado o cómo ponerlo en palabras.

—Veo que piensas que lo que nos pasó ocurrió muy deprisa —dijo ella—. Y que puede arreglarse deprisa. —Ella se volvió y se encaminó de nuevo a la puerta.

—Y me equivoco.

Ella volvió a mirarlo.

—Meses, Henry, y lo sabes. Tal vez más. No hemos estado bien juntos en mucho, mucho tiempo.

Nicole salió para ir a buscar al médico. Pierce se sentó en la cama y trató de recordar la vez que estaban en la noria y todo parecía perfecto en el mundo.

Había sangre por todas partes. Un rastro granate recorría la moqueta beige. Había sangre en la cama nueva, en dos de las paredes y por todo el teléfono. Pierce se quedó de pie en el umbral de su habitación y miró el desastre. Apenas recordaba nada de lo sucedido después de que Wentz y su monstruoso adlátere se hubieran ido.

Entró en el dormitorio y se agachó junto al teléfono. Levantó cautelosamente el auricular con dos dedos y lo sostuvo a al menos cuatro dedos de la oreja, lo justo para escuchar el tono y determinar si tenía algún mensaje.

No había ninguno. Lo desenchufó y se lo llevó al cuarto de baño para limpiarlo.

En el lavabo había salpicaduras de sangre seca. Vio huellas dactilares sanguinolentas en la puerta del botiquín. Pierce no recordaba haber entrado en el cuarto de baño después de la agresión, pero el aspecto de este era desolador. La sangre se había secado y el color oscuro le recordó el colchón que había visto sacar a la policía del apartamento de Lilly Quinlan.

Mientras usaba toallitas húmedas para limpiar el teléfono lo mejor posible recordó una película llamada *Tú asesina que nosotras limpiamos la sangre*, que había ido a ver unos años antes con Cody Zeller. Era sobre una mujer cuyo trabajo era limpiar los escenarios de crímenes después de que la policía hubiera concluido con la investigación sobre el terreno. Se preguntó si de verdad existía un trabajo semejante y un servicio al que pudiera llamar. La perspectiva de limpiar el dormitorio no le atraía lo más mínimo.

Después de que el teléfono estuviera razonablemente limpio volvió a conectarlo en la pared del dormitorio y se sentó con él en un rincón no manchado del colchón. Volvió a comprobar si había mensajes y de nuevo no había ninguno. Pensó que era inusual. No había estado en casa en setenta y dos horas, y sin embargo no había mensajes. Tal vez finalmente habían retirado la página de Lilly Quinlan de la Web de L. A. Darlings. Entonces recordó otra cosa. Marcó su número de Amedeo Technologies y esperó a que la llamada sonara en el escritorio de Mónica Purl.

—Mónica, soy yo. ¿Cambiate mi número de teléfono?

—¿Henry? ¿Qué...?

—¿Cambiate el número de mi apartamento?

—Sí, me lo pediste. Se supone que tenía que funcionar desde ayer.

—Sí, ya funciona.

Sabía que cuando le había pedido a Mónica que hiciera la llamada a All American Mail el sábado le había dicho que cambiara el número de teléfono el lunes. En ese momento supuso que era lo que quería, pero de pronto se sintió extrañamente desasosegado por haberlo perdido. Era una conexión con otro mundo, el de Lilly y Lucy.

—¿Henry? ¿Sigues ahí?

—Sí. ¿Cuál es mi nuevo número?

—He de mirarlo. ¿Has salido del hospital?

—Sí, he salido. Míralo, por favor.

—Ya va, y a va. Iba a dártelo ayer, pero cuando llegué a tu habitación tenías a ese visitante.

—Entiendo.

—Bueno, aquí está.

La secretaria le dio el número y él cogió un bolígrafo de la mesita de noche y se lo apuntó en la muñeca, porque no tenía ninguna libreta a mano.

—¿Hay mensaje de desvío en el último número?

—No, porque pensé que todos esos tipos seguirían llamándote.

—Exacto. Buen trabajo.

—Eh, Henry, ¿vas a venir hoy? Charlie estaba preguntando por tu agenda.

Pierce reflexionó antes de responder. Ya había pasado la mitad de la jornada laboral. Charlie seguramente quería hablar y después volver a hablar sobre la presentación de Proteus que seguía programada con Maurice Goddard para el día siguiente, a pesar de la insistencia de Pierce en posponerla.

—No sé si voy a poder llegar —le dijo Pierce a Mónica—. El médico quiere que me lo tome con calma. Si Charlie quiere hablar, dile que estoy en casa y dale el número nuevo.

—De acuerdo, Henry.

—Gracias, Mónica. Hasta luego.

Espерó a que ella se despidiera, pero no lo hizo. Estaba a punto de colgar cuando Mónica habló.

—Henry, ¿estás bien?

—Sí. Es sólo que no quiero ir y asustar a todo el mundo con esta cara. Como te asusté a ti ayer.

—Yo no me...

—Sí, te asustaste, pero no importa. Y gracias por preguntarme cómo estoy, Mónica. Ha sido un detalle. Ahora tengo que colgar. Ah, escucha, el hombre que estaba en mi habitación cuando tú llegaste...

—¿Sí?

—Es un detective llamado Renner, del Departamento de Policía de Los Angeles. Es probable que te llame para preguntarte por mí.

—¿Sobre qué?

—Sobre la ayuda que te pedí, lo de hacer la llamada como Lilly Quinlan, cosas así.

Hubo un breve silencio y acto seguido la voz de Mónica sonó diferente, nerviosa.

—Henry, ¿estoy metida en un lío?

—No, en absoluto, Mónica. Él está investigando su desaparición. Y me está investigando a mí. No a ti. Sólo está comprobando lo que yo hice. Así que si te llama, sólo dile la verdad y no habrá problemas.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. No te preocupes. Ahora he de colgar.

Ambos colgaron. Pierce volvió a conseguir tono y llamó al teléfono de Lucy LaPorte, que ya se sabía de memoria. Una vez más le salió el buzón de voz, pero el mensaje de bienvenida era diferente. Era su voz, pero el mensaje decía que se tomaba unas vacaciones y que no aceptaría clientes hasta mediados de noviembre.

Más de un mes. Pierce sintió que se le encogía el estómago al pensar en lo que Renner le había ocultado y en Wentz y su matón y en lo que podrían haberle hecho a la chica. Dejó el mensaje a pesar de lo que ella había dicho en su bienvenida.

—Lucy, soy Henry Pierce. Es importante. Llámame. No importa lo que haya pasado o lo que te hayan hecho, llámame. Puedo ayudarte. Tengo un número nuevo, así que apúntalo.

Leyó el número de su muñeca y después colgó. Sostuvo el teléfono en el regazo durante unos segundos, entre expectante y esperanzado en que ella lo llamara de inmediato. No lo hizo. Al cabo de un rato se levantó y salió del dormitorio.

En la cocina, Pierce encontró el canasto de la ropa vacío en la encimera. Recordó que lo había usado para subir bolsas de comida desde el coche cuando se topó con Wentz y Dosmetros en el ascensor. Recordó que el cesto de la ropa se le había caído cuando lo sacaron a empujones del ascensor. Ahora el cesto estaba allí. Abrió la nevera y miró en su interior. Todo lo que había subido —salvo los huevos, que probablemente se habían roto—, estaba dentro. Se preguntó quién lo había hecho. ¿Nicole? ¿La policía? ¿Un vecino que ni siquiera conocía?

La pregunta le hizo pensar en la declaración del detective Renner acerca del complejo del buen samaritano. Si tal teoría y complejo eran ciertos, entonces Pierce sentía lástima por todos los autores de buenas obras y voluntarios que había en el mundo. La idea de que sus esfuerzos podrían ser vistos cínicamente por miembros de las fuerzas de seguridad le deprimía.

Pierce recordó que todavía tenía varias bolsas de comestibles en el maletero del BMW. Cogió el cesto de la ropa y decidió ir a buscarlos porque tenía hambre y los *pretzels* y las sodas y otros *snacks* que había comprado estaban en el maletero.

Como todavía sentía debilidad a causa de la agresión y la cirugía, no sobrecargó el cesto en el garaje. Decidió hacer dos viajes y cuando llegó al apartamento con el segundo cesto lleno volvió a fijarse en el teléfono y entonces vio que había perdido una llamada. Tenía un mensaje. Pierce se maldijo por haberse perdido la llamada y rápidamente pasó de nuevo por el proceso de configurar un código de acceso al buzón de voz. Pronto estuvo escuchando el mensaje. Era de Lucy LaPorte.

¿Ayudarme? Ya me has ayudado bastante, Henry. Me han hecho daño. Estoy llena de moratones y nadie puede verme así. Quiero que dejes de llamarme y de querer ayudarme. Después de esto no voy a hablarte más. Deja de llamarme, ¿entendido?

El mensaje concluyó. Pierce continuó con el teléfono en la oreja, repitiendo mentalmente partes del mensaje como un viejo disco rayado. «Me han hecho daño. Estoy llena de moratones». Se sintió mareado y estiró el brazo para buscar apoyo en la pared. Se giró hasta poner la espalda en la pared para luego resbalar y quedar sentado en el suelo, de nuevo con el teléfono en el regazo.

No se movió durante varios segundos y luego levantó el auricular y empezó a marcar el número de Lucy. A medio camino se detuvo y colgó.

—De acuerdo —dijo en voz alta.

Cerró los ojos. Pensó en llamar a Janis Langwiser para decirle que había recibido un mensaje de Lucy, para contarle que al menos estaba viva. Así también podría preguntarle si había averiguado algo nuevo desde que se habían visto en el hospital esa mañana.

No pudo llevar a término la idea, porque el teléfono sonó mientras aún lo tenía en la mano. Contestó de inmediato. Pensó que podría ser Lucy otra vez, ¿quién más tenía su nuevo número?, y su hola sonó con un timbre de desesperación.

Pero no era Lucy, sino Mónica.

—Olvidé decírtelo, entre el lunes y el martes tu amigo Cody Zeller dejó tres mensajes para ti en tu línea privada. Supongo que de verdad quiere que lo llames.

—Gracias, Mónica.

Pierce no podía llamar a Zeller directamente. Su amigo no aceptaba llamadas directas. Para contactar con él, Pierce tenía que llamar al busca y dejar un número de retorno. Como Pierce tenía un número nuevo que Zeller no reconocería, añadió un prefijo de tres sietes, que era un código que a Zeller le

permitía saber que era un amigo quien trataba de contactar con él desde un número desconocido. Era una forma de conducir la vida y los negocios en ocasiones torpe y siempre pesada, pero Zeller era el colmo de la paranoia y Pierce tenía que atenerse a sus reglas.

Se preparó para esperar la devolución de su llamada, pero enseguida llegó la respuesta, algo inusual en Zeller.

—Joder, tío, ¿cuándo vas a comprarte un móvil? Llevo tres días tratando de localizarte.

—No me gustan los móviles, ¿qué hay?

—Puedes conseguirte uno con un chip cifrado, ¿sabes?

—Sí, ya sé. ¿Qué hay?

—Lo que hay es que el sábado estabas seguro de que querías esto con muchísima prisa. Y después no has vuelto a llamarme en tres días. Estaba empezando a pensar que...

—Code, he estado en el hospital. Acabo de salir.

—¿Del hospital?

—Tuve un problemita con unos tipos.

—¿No serán tipos de Entrepreneurial Concepts?

—No lo sé. ¿Has descubierto algo de ellos?

—Barrido total, como me pediste. Estás tratando con tipos chungos, Hank.

—Me hago una idea. ¿Quieres hablarme de ellos ahora?

—En realidad, estoy liado, y de todas formas no me gusta hacer esto por teléfono. Pero te lo mandé todo ayer por FedEx, cuando no tuve noticias tuyas. Debería haberte llegado esta mañana. ¿No lo has recibido?

Pierce miró el reloj. Eran las dos en punto. La entrega de FedEx llegaba alrededor de las diez cada mañana. No le gustaba la idea de que el sobre de Zeller se hubiera pasado todo ese tiempo en su escritorio.

—No he ido a la oficina. Pero ahora iré a buscarlo. ¿Tienes algo más para mí?

—No se me ocurre nada que no esté en el paquete.

—Vale, tío. Te llamaré después de que eche un vistazo a todo. Mientras tanto, deja que te pregunte algo. Necesito una dirección, y lo único que tengo es su nombre y su número de móvil. Pero la factura del móvil no va a donde ella vive, y eso es lo que quiero.

—Entonces es inútil.

—¿Otra cosa que pueda hacer?

—Es difícil, pero puede hacerse. ¿Está registrada para votar?

—Lo dudo mucho.

—Bueno, puedo buscar en los servicios públicos y las tarjetas de crédito. ¿Es un nombre muy común?

—Lucy LaPorte de Luisiana.

Pierce se recordó a sí mismo que le había dicho que dejara de llamarla. No le había pedido que no la encontrara.

—Menuda aliteración, ¿eh? —dijo Zeller—. Bueno puedo probar con algunas cosas, a ver qué sale.

—Gracias, Code.

—Y supongo que lo quieres para ayer.

—Eso es.

—Por supuesto.

—He de colgar.

Pierce entró en la cocina y buscó el pan y la mantequilla de cacahuete entre las bolsas que había dejado en la encimera. Se preparó rápidamente un sándwich y se fue del apartamento, asegurándose de ponerse la gorra de Moles y bajarse la visera sobre la frente. Se comió el sándwich mientras esperaba el ascensor. El pan sabía a rancio. Había estado en el maletero del coche desde el domingo.

En el camino hasta el garaje, el ascensor se detuvo en el sexto y entró una mujer. Como era costumbre entre viajeros de ascensor, evitó mirar a Pierce. Después de que empezaran a descender ella subrepticamente comprobó su reflejo en el marco de cromo pulido de la puerta. Pierce vio que tomaba aire asustada.

—Oh, Dios mío —gritó—. Usted es el hombre del que habla todo el mundo.

—¿Perdón?

—Es a usted a quien colgaron del balcón, ¿verdad?

Pierce se la quedó mirando un largo rato. Y en ese momento supo que al margen de lo que pasara con Nicole no iba a poder quedarse en ese edificio de apartamentos. Se iba a mudar.

—No sé de qué está hablando.

—¿Está usted bien? ¿Qué le hicieron?

—No me hicieron nada, no sé de qué me está hablando.

—¿Usted no es el tipo que acaba de mudarse al doce?

—No, estoy en el ocho. Estoy en casa de un amigo en el ocho mientras me curo.

—¿Entonces qué ocurrió?

—Tabique desviado.

Ella lo miró subrepticamente. Finalmente se abrió la puerta en la planta del garaje. Pierce no cedió el paso a la vecina. Salió con rapidez del ascensor y dobló la esquina para encaminarse hacia la puerta que daba al garaje del edificio. Miró atrás y vio que la mujer lo miraba mientras salía del ascensor.

Cuando miró de nuevo hacia adelante casi se dio de bruces contra la puerta del trastero, que había quedado abierta mientras un hombre y una mujer sacaban sus bicicletas. Pierce bajó la barbilla y se encasquetó más todavía la gorra, luego sostuvo la puerta y aguardó hasta que la pareja salió. Ambos le dieron las

gracias, pero no dijeron nada acerca de que él era el hombre que había estado colgado del balcón.

Lo primero que hizo Pierce cuando se metió en su coche fue ponerse unas gafas de sol que guardaba en la guantera.

El sobre de FedEx estaba en su escritorio cuando Pierce entró en la oficina. Llegar allí había sido una odisea. Se había visto obligado a esquivar miradas y preguntas a cada paso. Cuando alcanzó la zona de despachos del tercer piso ya estaba dando respuestas de una sola palabra a todas las preguntas: « Accidente » .

—Luces —dijo mientras rodeaba el escritorio para tomar asiento.

Pero las luces no se encendieron y Pierce se dio cuenta de que su voz era diferente a causa de la inflamación de los pasajes nasales. Se levantó, encendió las luces manualmente y volvió a su escritorio. Se quitó las gafas de sol y las puso encima del monitor de su ordenador.

Cogió el sobre y verificó el remite. Cody Zeller le arrancó una sonrisa dolorosa. Como remitente había escrito el nombre de Eugene Briggs, el jefe del departamento de Stanford al que los Maléficos habían tenido por objetivo muchos años antes. La broma que les había cambiado la vida a todos ellos.

La sonrisa desapareció del rostro de Pierce cuando dio la vuelta al sobre para abrirlo. La solapa de apertura ya estaba rota: el sobre estaba abierto. Miró en el interior y vio un sobre más pequeño, blanco. Lo sacó y descubrió que este también estaba abierto. El sobre, en cuyo anverso decía « Henry Pierce, personal y confidencial », contenía un pliego de documentos doblados. No tenía modo alguno de determinar si alguien los había sacado o no.

Se levantó y fue hasta la puerta donde estaban las secretarias. Se acercó al escritorio de Mónica con el sobre de FedEx y el sobre abierto que había estado en su interior en la mano.

—Mónica, ¿quién ha abierto esto?

La secretaria levantó la mirada.

—Yo, ¿porqué?

—¿Cómo es que lo has abierto?

—Abro toda tu correspondencia. No te gusta ocuparte de eso, ¿recuerdas? La abro para saber qué es importante y qué no lo es. Si no quieres que lo haga, dímelo. No me importa, menos trabajo.

Pierce se calmó. Mónica tenía razón.

—No, está bien. ¿Lo has leído?

—No. Vi la foto de la chica que tenía tu número y decidí que no quería

mirarlo. ¿Recuerdas el acuerdo al que llegamos el sábado?

Pierce asintió.

—Sí, muy bien. Gracias.

Pierce se volvió para regresar a su despacho.

—¿Quieres que le diga a Charlie que estás aquí?

—No, sólo voy a quedarme unos minutos.

Cuando llegó a la puerta miró por encima del hombro a Mónica y la descubrió observándole con esa mirada suya, como si lo estuviera juzgando y lo considerara culpable de algo, de algún crimen del cual él no sabía nada.

Cerró la puerta y se situó tras el escritorio. Abrió el sobre y sacó un fajo de hojas impresas por Zeller.

La foto que Mónica había mencionado no era la misma imagen de Lilly Quinlan que aparecía en la página Web de L. A. Darlings, sino una instantánea sacada en Las Vegas tres años antes, cuando la habían detenido en una redada contra la prostitución. En la instantánea no parecía ni mucho menos tan atractiva como en la foto del sitio Web. Parecía cansada y enfadada y un poco asustada, todo en uno.

El informe de Zeller sobre Lilly Quinlan era breve. Le había seguido la pista desde Tampa a Dallas, de ahí a Las Vegas y por último a Los Angeles. Tenía veintiocho años, no los veintitrés que anunciaba en la Web. En su historial constaban dos detenciones por ejercer la prostitución en Dallas y la de Las Vegas. Después de cada una de las detenciones había pasado unos días en la cárcel antes de ser puesta en libertad. Según los registros de las compañías de servicios públicos había llegado a Los Angeles tres años atrás. En California había evitado las detenciones y no había tenido contacto con la policía.

Eso era todo. Pierce volvió a mirar la foto y se sintió deprimido. La instantánea era la realidad. La foto que se había bajado de la Web y que había mirado con tanta frecuencia durante el fin de semana era fantasía. Su rastro de Tampa a Los Angeles, pasando por Dallas y Las Vegas se había perdido en aquella cama de la casa unifamiliar de Venice. En algún sitio había un asesino suelto. Y mientras tanto, los polis se estaban centrandó en él.

Dejó los papeles en el escritorio y cogió el teléfono. Después de sacar la tarjeta de visita de la billetera, llamó a Janis Langwiser. Estuvo al menos cinco minutos en espera antes de que ella se pusiera.

—Lo siento, estaba al teléfono con otro cliente. ¿Qué está pasando con usted?

—¿Conmigo? Nada. Estoy en el trabajo. Sólo quería saber si ha oído alguna cosa.

Lo que quería decir: ¿sigo teniendo a Renner tras de mí?

—No, nada nuevo. Creo que estamos a la expectativa. Renner sabe que los hemos calado y que no va a poder acosarle. Vamos a tener que esperar a ver qué surge y partir de ahí.

Pierce miró la foto de su escritorio. Por la luz severa y las sombras en la cara bien podría pasar por la foto de un depósito de cadáveres.

—¿Se refiere a que aparezca un cadáver?

—No necesariamente.

—Bueno, hoy he recibido una llamada de Lucy LaPorte.

—¿De veras? ¿Qué dijo?

—De hecho era un mensaje. Me dijo que le habían hecho daño y que no quería que volviera a ponerme en contacto con ella.

—Bueno, al menos sabemos que está viva. Es posible que la necesitemos.

—¿Por qué?

—Si esto va adelante tal vez podamos usarla como testigo de sus motivos y acciones.

—Sí, bueno, Renner cree que todo lo que hice con ella era parte de mi plan. El buen samaritano y todo eso.

—Es sólo su punto de vista. En un tribunal de justicia siempre hay dos lados.

—¿Un tribunal de justicia? Esto no puede llegar a...

—Tranquilícese, Henry. Sólo estoy diciendo que Renner sabe que por cada elemento de supuesta prueba que presenta, tendremos la misma oportunidad de presentar nuestro punto de vista y nuestras pruebas. Y el fiscal también lo sabe.

—Bueno. ¿Ha averiguado qué le dijo Lucy?

—Conozco a un supervisor de la brigada. Me dijo que no la habían encontrado. La habían llamado por teléfono, pero ella no se había presentado. No se va a presentar.

Pierce estaba a punto de decirle que tenía a Cody Zeller buscando a Lucy cuando hubo un golpe seco en la puerta y esta se abrió antes de que pudiera reaccionar. Charlie Condon asomó la cabeza. Estaba sonriendo hasta que vio la cara de Pierce.

—¡Jesús!

—¿Quién es? —preguntó Langwiser.

—Mi socio. He de colgar. Manténgame informado.

—Lo haré. Adiós, Henry.

Pierce colgó y miró el rostro herido de Condon. Sonrió.

—De hecho, Jesús está la final del pasillo a la izquierda. Yo soy Henry Pierce.

Condon sonrió incómodo y Pierce disimuladamente puso boca abajo los documentos del paquete de Zeller. Condon entró y cerró la puerta.

—Tío, ¿cómo estás? ¿Estás bien?

—Sobreviviré.

—¿Quieres hablar de eso?

—No.

—Henry, siento mucho no haber ido al hospital, pero esto ha sido una locura

preparando lo de Maurice.

—No te preocupes. Entonces entiendo que todavía tenemos la presentación mañana.

Condon asintió.

—Ya está en la ciudad esperándonos. Sin retrasos. O lo hacemos mañana o se va... y se lleva su dinero. He hablado con Larraby y Grooms y dicen que estamos...

—... preparados. Lo sé. Les llamé desde el hospital. El problema no es Proteus. No es eso lo que quiero retrasar. Es mi cara. Parezco el primo de Frankenstein y mañana no tendré mucho mejor aspecto.

—Le dije que has tenido un accidente de coche. No va a importar qué aspecto tengas. Lo que importa es Proteus. Quiere ver el proyecto y le prometimos una *première*. Antes de que enviemos las patentes. Oye, Goddard es el tipo de tío capaz de firmar un cheque aquí mismo. Hemos de hacerlo, Henry. Acabemos con esto.

Pierce levantó las manos en ademán de rendición. El dinero siempre era la mejor baza.

—Aun así hará un montón de preguntas cuando me vea la cara.

—Mira —dijo Condon—, es un numerito de feria. No será largo. A la hora de comer habrás terminado con él. Si pregunta, dile que rompiste el parabrisas y no des más explicaciones. Vamos, ni siquiera me has dicho a mí qué ha pasado. ¿Por qué ha de ser él diferente?

Pierce notó la momentánea expresión de agravio en los ojos de su compañero.

—Charlie, te lo contaré cuando llegue el momento. Ahora mismo no puedo.

—Sí, para eso están los socios, para decir las cosas en el momento oportuno.

—Oye, sé que no puedo convencerte, ¿vale? Admito que estoy equivocado. Así que dejémoslo por el momento.

—Claro, Henry, lo que tú quieras. ¿En qué estás trabajando ahora?

—En nada, un poco de burocracia absurda.

—Entonces, ¿estás listo para mañana?

—Estoy listo.

Condon asintió.

—Sea como sea ganaremos —dijo—. O conseguimos su dinero o colocamos las patentes, vamos a la prensa con Proteus y en enero, en el ETS, habrá más cola para hablar con nosotros que cuando estrenan un episodio de *La guerra de las galaxias*.

Pierce estaba de acuerdo, pero aborrecía ir a Las Vegas para el simposio anual de las tecnologías emergentes. Era el encuentro entre ciencia y finanzas más burdo de todo el mundo. Estaba lleno de charlatanes y espías de la DARPA. No obstante, era un mal necesario. Fue allí donde habían cortejado a uno de los

testaferros de Maurice Goddard diez meses antes.

—Si resistimos hasta enero —dijo Pierce—. Necesitamos dinero ahora.

—No te preocupes por eso. Mi trabajo consiste en encontrar el dinero. Creo que puedo conseguir a unos pocos peces de buen tamaño hasta que podamos cazar otra ballena.

Pierce se sintió tranquilizado por su socio. Con la situación en la que se encontraba, pensar a un mes vista ya parecía ridículo.

—De acuerdo, Charlie.

—Pero, oye, no va a hacer falta. Vamos a cazar a Maurice, ¿sí?

—Sí.

—Bien. Entonces dejaré que vuelvas al trabajo. ¿Mañana a las nueve?

Pierce se echó hacia atrás en la silla y gruñó. Su última protesta sobre el calendario.

—Aquí estaré.

—Nuestro intrépido líder.

—Sí, claro.

Charlie golpeó con fuerza en la parte interior de la puerta, quizá como señal de solidaridad, y se fue. Pierce aguardó un momento y luego se levantó y cerró la puerta. No quería más interrupciones.

Volvió a los documentos impresos. Después del breve informe sobre Lilly Quinlan había uno mucho más voluminoso acerca de William Wentz, propietario y gerente de Entrepreneurial Concepts Unlimited. El informe afirmaba que Wentz estaba en la cima de un imperio floreciente que se cimentaba en la cara más sórdida de Internet, desde servicios de acompañantes hasta webs porno. Los sitios, aunque dirigidos desde Los Angeles, operaban en veinte ciudades de catorce estados, y por supuesto eran accesibles a través de Internet desde cualquier lugar del mundo.

A pesar de que las empresas de Internet que dirigía Wentz podían ser consideradas sórdidas por la mayoría, no por ello eran ilegales. Internet era un mundo en su mayor parte gobernado por el libre comercio. Siempre y cuando Wentz no colgara fotos de menores involucradas en sexo y pusiera los correspondientes formularios de descargo de responsabilidad en sus sitios de chicas de compañía, trabajaba dentro de la legalidad. Si alguna de sus chicas era detenida en una redada contra la prostitución podía desmarcarse de ella con facilidad. Su sitio anunciaba claramente que no promovía la prostitución ni ninguna clase de intercambio de sexo por dinero o propiedades. Si una chica aceptaba dinero a cambio de sexo, era decisión de ella y su página Web sería eliminada del sitio de inmediato.

Pierce ya tenía una idea aproximada de las operaciones de Wentz a través de Philip Glass, el detective privado. No obstante, el informe de Zeller era mucho más detallado y un testimonio del poder y alcance de Internet. Zeller había

destapado el pasado delictivo de Wentz en los estados de Florida y Nueva York. Entre los documentos había varias instantáneas más, estas de Wentz y otro hombre llamado Grady Allison, que figuraba en los registros de empresas de California como el interventor de la empresa. Pierce recordó que Lucy LaPorte lo había mencionado. Pasó las fotos y leyó el informe introductorio de Zeller.

Al parecer Wentz y Allison forman un equipo. Llegaron de Florida hace seis años con sólo un mes de diferencia entre ambos. Esto fue después de que su situación en Orlando probablemente se complicara tras múltiples detenciones. Según los archivos de inteligencia del Departamento de Orden Público de Florida (DOPF), estos hombres operaban una cadena de antros de estriptis en el Orange Blossom Trail de Orlando. Fue antes de que vender sexo en Internet, real o imaginado, fuera mucho más fácil que poner chicas desnudas en un escenario y vender mamadas a un lado. Allison era conocido en Florida por su habilidad para reclutar talentos para los escenarios del Orange Blossom Trail. Los clubes de Wentz y Allison eran de desnudez completa.

NOTA IMPORTANTE: El DOPF conecta a estos tipos con un tal Dominic Silva, 71, Winter Park, FL, quien a su vez está relacionado con el crimen organizado tradicional en Nueva York y el norte de Nueva Jersey. ¡TEN CUIDADO!

El pedigrí mafioso no sorprendió a Pierce, teniendo en cuenta la forma en que Wentz había sido calculadamente frío y violento en su encuentro cara a cara. Lo que ya no le cuadraba tanto era la idea de que Wentz, el hombre que podía utilizar un teléfono como arma y llevar zapatos de puntera para aplastar mejor los huesos, pudiera estar detrás de un sofisticado imperio de Internet.

Pierce había visto a Wentz en acción. Su primera y duradera impresión era que Wentz anteponía los músculos al cerebro. Parecía más el ejecutor de la operación que el cerebro que se ocultaba detrás de esta.

Pierce pensó en el veterano mafioso del informe de Zeller. Dominic Silva, de Winter Park, Florida. ¿Era él el cerebro? ¿El intelecto detrás del músculo? Pierce pretendía averiguarlo.

Pasó a la siguiente página y se encontró con un resumen del historial delictivo de Wentz. Durante un periodo de cinco años había sufrido diversos arrestos por

alcahuetería en Florida y dos detenciones por algo que constaba como delito grave LFG. También había una detención por homicidio sin premeditación.

Los resúmenes no exponían las disposiciones finales de esos casos, pero leyéndolos —detención tras detención en los últimos cinco años—, Pierce se sintió desconcertado por el hecho de que no estuviera en prisión.

Más preguntas similares surgieron cuando pasó a la página siguiente y revisó el historial delictivo de Grady Allison. Él también había sido detenido varias veces por alcahuetería. Asimismo superaba a Wentz en la categoría de delitos LFG con cuatro detenciones. También había sido detenido en una ocasión por mantener relaciones sexuales con una menor.

Pierce miró las fotos de Allison.

Según la información adjunta, tenía cuarenta y seis años, aunque las fotos mostraban a un hombre que parecía mayor. Tenía el pelo negro grisáceo peinado hacia atrás con gomina. Su rostro pálido fantasmal quedaba resaltado por una nariz que parecía que habían roto más de una vez.

Pierce levantó el teléfono y volvió a llamar a Janis Langwiser. Esta vez no tuvo que esperar tanto a que contestara.

—Un par de preguntas rápidas —dijo—. ¿Sabe qué es alcahuetería, en el sentido legal de la palabra?

—Es un cargo por proxenetismo. Significa proporcionar a una mujer para sexo a cambio de dinero o bienes. ¿Por qué?

—Un momento. ¿Qué es delito grave LFG? ¿Qué significa LFG?

—Eso no me suena al código penal de California, pero normalmente LFG significa «lesión física grave». Puede ser parte de un cargo por agresión.

Pierce sopesó la información. LFG, como golpear a alguien en la cara con un teléfono y después colgarlo desde el balcón de un decimosegundo piso.

—¿Por qué, Henry? ¿Ha estado hablando con Renner?

Pierce vaciló. Se dio cuenta de que no debería haberla llamado, porque sus preguntas podían revelar que seguía insistiendo en aquello de lo que le había prometido mantenerse apartado.

—No, nada de eso. Estaba mirando una comprobación de antecedentes en una solicitud de empleo. A veces es difícil entender qué significa todo esto.

—Bueno, no parece que sea alguien muy recomendable para que trabaje para usted.

—Creo que tiene razón. En fin, gracias. Cárguelo a mi cuenta.

—No se preocupe por eso.

Después de colgar miró la última página del informe de Zeller. Era una lista de todos los sitios Web a los que había podido vincular a Wentz y ECU. La lista a un espacio ocupaba toda la página. Los juegos de palabras de doble sentido de los nombres de sitios y las direcciones eran casi risibles, pero de algún modo el enorme volumen los hacía más inquietantes. Eso era sólo el negocio de un

hombre. Asombroso.

Al repasar la lista se fijó en una entrada: FetishCastle.net y cayó en la cuenta de que la conocía. La había oído. Tardó un momento en recordar que Lucy LaPorte le había dicho que había conocido a Lilly Quinlan en una sesión fotográfica para la Web de FetishCastle.

Pierce giró la silla para situarse de frente al ordenador, encendió la máquina y se conectó a Internet. En unos minutos llegó a la página de inicio de FetishCastle. La primera imagen era la de una asiática que llevaba unas botas negras altas hasta los muslos y poco más. Tenía los brazos en jarras y había adoptado la pose severa de una maestra de escuela. La página prometía a los suscriptores miles de fotos de fetichismo para descargar, vídeos y enlaces a otros sitios. Todo gratis. Pagando la cuota de suscripción, claro. La lista de temas codificada pero fácilmente descifrable incluía dominantes, sumisas, intercambios, asfixia, etcétera.

Pierce hizo clic en el botón de suscripción y saltó a una página con un menú que ofrecía diversas opciones y que prometía una aprobación y acceso inmediatos. La tarifa vigente era de 29,95 dólares mensuales, que se cargaban mensualmente en tarjeta de crédito. El menú anunciaba en letras grandes que la nota de cargo aparecería en los extractos de la tarjeta de crédito como ECU Enterprises, lo cual pasaría más desapercibido a ojos de la mujer o el jefe.

Había una oferta inicial por 5,95 dólares, que permitía acceder al sitio durante cinco días. Al final de este período no se cargaba ninguna otra cuota en la tarjeta si no se suscribía otro plan mensual o anual. Era una oferta única por cada tarjeta de crédito.

Pierce sacó la cartera y utilizó su American Express para contratar la oferta de presentación. En cuestión de minutos tenía un código de acceso y un nombre de usuario y entró en el sitio. Llegó a una página con un formulario de búsqueda, escribió Robín y pulsó Entrar. Su búsqueda no produjo resultados. Lo mismo ocurrió cuando probó con Lilly, pero después tuvo éxito cuando buscó chica-chica, al recordar que era así como Lucy había descrito su sesión de modelo con Lilly.

Se cargó una página de *thumbnails*: seis filas de seis fotos de formato reducido. En la parte inferior de la página había una flecha que permitía pasar a la siguiente página de treinta y seis fotos o saltar a cualquiera de las cuarenta y ocho páginas de fotos chica-chica.

Pierce miró los *thumbnails* de la primera página. Eran todo fotos de dos o más mujeres, sin hombres. Las modelos estaban ocupadas en diversos actos sexuales y escenas de *bondage*, siempre con una fêmeina dominante y su esclava. Aunque las imágenes eran pequeñas, no quería tomarse el tiempo de hacer clic en ellas para ampliarlas. Abrió un cajón del escritorio y sacó una lupa. Se acercó al monitor y buscó a Lucy y Lilly, pasando con rapidez por la cuadrícula de

imágenes.

En la cuarta pantalla de treinta y seis encontró una serie de más de una docena de fotos de Lucy y Lilly. En todas ellas Lilly hacía el papel de dominatriz y Lucy el de sumisa, pese a que Lucy era mucho más grande que la pequeña Lilly. Pierce amplió una de las fotos y esta ocupó toda la pantalla del ordenador.

El escenario era un castillo de piedra, obviamente pintado. La pared de una mazmorra, supuso Pierce. Había paja en el suelo y velas encendidas en una mesa. Lucy estaba desnuda y encadenada a la pared con grilletes que parecían brillantes y nuevos más que medievales. Lilly, vestida con el aparentemente preceptivo cuero negro de dominatriz, estaba de pie enfrente de ella. Sostenía una vela, con la muñeca doblada lo justo para que la cera caliente goteara en los pechos de Lucy. En el rostro de Lucy se veía una expresión que Pierce pensó que pretendía expresar al mismo tiempo sufrimiento y placer. Éxtasis. El rostro de Lilly mostraba una expresión de severa aprobación y orgullo.

—Oh, lo siento, pensaba que te habías ido.

Pierce se volvió para ver a Mónica entrando por la puerta. Por ser su secretaria conocía la combinación, porque Pierce estaba con frecuencia en el laboratorio y ella podía tener la necesidad de acceder al despacho. Mónica empezó a dejar el correo en el escritorio de Pierce.

—Me habías dicho que sólo ibas a quedarte unos...

Se detuvo al ver la pantalla del ordenador. Su boca se abrió en un círculo perfecto. Pierce se estiró y apagó la pantalla. Dio gracias por tener la cara descolorida y llena de heridas, porque eso le ayudó a ocultar su vergüenza.

—Oye Mónica, yo...

—¿Es ella? ¿La mujer que me pediste que suplantara?

Pierce asintió.

—Estoy tratando de...

No sabía cómo explicar lo que estaba haciendo. No estaba seguro de lo que estaba haciendo. Se sentía todavía más estúpido con la lupa en la mano.

—Doctor Pierce, me gusta mi trabajo aquí, pero no estoy segura de que quiera seguir siendo secretaria personal.

—Mónica, no me llames así. Y no empieces otra vez con eso del trabajo.

—¿Puedo volver con el resto de secretarías, por favor?

Pierce cogió las gafas de sol de encima del monitor y se las puso. Hacía tan sólo unos días quería deshacerse de ella, en ese momento no podía evitar su mirada de desaprobación.

—Mónica, puedes hacer lo que quieras —dijo mientras miraba la pantalla apagada del ordenador—, pero creo que tienes una idea equivocada de mí.

—Gracias. Hablaré con Charlie. Y aquí está tu correo.

Y se fue, cerrando la puerta tras de sí.

Pierce continuó balanceándose lentamente en la silla, mirando la pantalla en

blanco a través de unas gafas oscuras. Pronto se disipó la ardiente humillación y empezó a sentir rabia de nuevo. Rabia hacia Mónica, por no entenderle. Rabia por el apuro en el que estaba metido y por sí mismo.

Estró el brazo para volver a encender la pantalla y apareció de nuevo la foto. Lucy y Lilly juntas. Examinó la cera que se solidificaba en la piel de Lucy, una gota congelada colgando de un pezón erecto. Para ellas había sido un trabajo, una cita. Nunca se habían visto antes de que se plasmara ese momento.

Examinó la expresión de ambas mujeres, el contacto visual que compartían, y no vio rastro de la actuación que sabía que era. En sus caras parecía real y eso fue lo que le provocó excitación. El castillo y todo lo demás eran fáciles de imitar, pero las caras no. No, las caras contaban a quien las veía una historia diferente. Decían quién estaba controlando y quién era manipulado, quién estaba encima y quién debajo.

Pierce miró la foto durante largo rato y luego miró cada una de las fotos de la serie antes de apagar el ordenador.

Pierce no volvió a casa el miércoles por la noche. A pesar de la confianza que había demostrado en su despacho con Charlie Condon, seguía sintiendo que los días pasados en el hospital lo habían dejado atrás en el laboratorio. Además, la idea de volver a su apartamento, donde sabía que le esperaba un caos sanguinolento, no le atraía en absoluto. Decidió que era preferible pasar la noche en el sótano de Amedeo Tech, revisando el trabajo que en su ausencia habían llevado a cabo Larraby y Grooms y desarrollando sus propios experimentos del proyecto Proteus. El éxito de los experimentos le cargó temporalmente de energía, como sucedía siempre, pero la fatiga finalmente lo venció en las horas anteriores al alba y se fue a acostar al laboratorio del láser.

El laboratorio del láser, donde se tomaban las mediciones más delicadas, tenía una pared con muros de hormigón de treinta centímetros, un revestimiento de cobre por el lado exterior y una gruesa cámara de espuma por el interior para eliminar la intrusión de vibraciones exteriores y ondas de radio que podían alterar las nanomediciones. Entre las ratas de laboratorio se conocía como la habitación del terremoto, porque probablemente era el lugar más seguro del edificio, y quizá de todo Santa Monica. Las piezas de espuma del tamaño de una cama estaban enganchadas a la pared con cintas de Veleiro. No era raro que un investigador con exceso de trabajo fuera al laboratorio del láser, bajara una plancha y durmiera en el suelo, siempre que nadie estuviera utilizando la instalación. De hecho, los miembros más destacados del equipo de investigación tenían planchas específicas etiquetadas con sus nombres, y con el tiempo estas habían adquirido los contornos de los cuerpos de sus usuarios. Cuando estaban en su lugar en las paredes, las planchas —abolladas y deformadas— daban al laboratorio la apariencia de haber sido el escenario de una tremenda reyerta o de un combate de lucha libre en el cual los cuerpos hubieran sido empujados de pared a pared.

Pierce durmió dos horas y se levantó como nuevo, listo para Maurice Goddard. El vestuario masculino de la segunda planta tenía duchas y Pierce siempre guardaba ropa de repuesto en su taquilla. No necesariamente eran prendas acabadas de salir de la tintorería, pero estaban en mejores condiciones que la ropa con la que había dormido. Se duchó y se puso unos vaqueros y una

camisa beige con dibujitos de peces vela. Sabía que Goddard, Condon y todos los demás estarían vestidos para causar buena impresión, pero él, como científico, tenía la opción de ahorrarse la ceremonia del mundo exterior al laboratorio.

Vio en el espejo que las marcas de los puntos de la cara eran más rojas que el día anterior, pues en el curso de la noche se había frotado el rostro repetidamente porque las heridas le picaban y le escocían. El doctor Hansen ya le había advertido que las heridas le arderían mientras la piel se recuperaba y le había dado un tubo de pomada para aliviar la irritación, pero Pierce lo había olvidado en el apartamento.

Se acercó más al espejo y se miró los ojos. La sangre casi había desaparecido de la córnea del ojo izquierdo. Las hemorragias moradas de ambos globos oculares estaban coloreándose de amarillo. Se peinó hacia atrás con los dedos y sonrió. Los puntos le daban una personalidad única. No tardó en sentir vergüenza de su vanidad y dio gracias de que no hubiera en el vestuario ningún testigo de su fijación con el espejo.

A las nueve de la mañana ya había vuelto al laboratorio. Larraby y Grooms estaban allí y poco a poco iban llegando los otros técnicos. Había electricidad en el ambiente, todo el mundo percibía el nerviosismo que suponía la presentación.

Brandon Larraby era un investigador alto y delgado a quien le gustaba la convención de vestir con bata blanca de laboratorio. Era el único que lo hacía en Amedeo. Pierce pensó que era una cuestión de confianza: ten el aspecto de un verdadero científico y harás verdadera ciencia. A Pierce no le importaba lo que se pusiera Larraby o cualquier otro siempre que fueran buenos en su trabajo. Y no había ninguna duda de que el inmunólogo lo era. Larraby era unos años mayor que Pierce y había llegado a la empresa dieciocho meses antes, procedente de la industria farmacéutica.

Sterling Grooms era el empleado a tiempo completo que llevaba más tiempo con Pierce. Había sido el director de laboratorio de Pierce en tres sitios distintos, el primero de ellos el viejo almacén cercano al aeropuerto donde había nacido Amedeo y donde Pierce había creado él solo el laboratorio. Algunas noches, después de un largo turno en el laboratorio, los dos hombres hablaban de aquellos viejos tiempos con nostálgica reverencia. No importaba que no hubiera transcurrido ni una década desde los viejos tiempos. Grooms sólo era dos años más joven que Pierce, quien lo había contratado después de que completara el postdoctorado en la UCLA. La competencia había cortejado a Grooms en dos ocasiones, pero Pierce lo había mantenido a su lado dándole puntos en la empresa, un lugar en el consejo de administración y una parte de las patentes.

A las nueve y veinte, la secretaria de Charlie Condon dio la voz: había llegado Maurice Goddard. El número de feria estaba a punto de empezar. Pierce colgó el teléfono del laboratorio y miró a Grooms y Larraby.

—Ha llegado Elvis —dijo—. ¿Estamos preparados?

Ambos hombres asintieron y Pierce devolvió la señal.

—¡Vamos a aplastar a esa mosca!

Era una frase de una película que a Pierce le gustaba. Sonrió. Cody Zeller lo habría pillado, pero Grooms y Larraby no.

—No importa. Iré a buscarlos.

Pierce pasó por la trampa y subió en ascensor a la planta de administración. Estaban en la sala de juntas. Condon, Goddard y la segunda de Goddard, una mujer llamada Justine Bechy, a quien Condon se refería en privado como Just Bitchy. Era una abogada que representaba a Goddard y que protegía las puertas a sus riquezas de inversión con un celo que no envidiaba al del más aguerrido defensa de fútbol. Jacob Kaz, el abogado de patentes, también estaba sentado ante la larga mesa. Clyde Vernon estaba de pie a un lado, como una ostentación de la seguridad de la empresa.

Goddard estaba diciendo algo acerca de las solicitudes de patentes cuando entró Pierce, anunciando su presencia con un alto hola que terminó con la conversación y atrajo todas las miradas a su rostro tumefacto.

—Oh, Dios mío —exclamó Bechy—. ¡Henry!

Goddard no dijo nada, se limitó a mirarlo con lo que a Pierce le pareció una mueca de desconcierto.

—Henry Pierce —dijo Condon—. Él sí que sabe hacer una buena entrada.

Pierce estrechó la mano de Bechy, Goddard y Kaz y apartó una silla de la ancha y pulida mesa, enfrente de donde se habían sentado los visitantes. Tocó a Charlie en el caramente vestido brazo y saludó a Vernon con la cabeza. Vernon le devolvió el saludo, pero dio la sensación de que le costaba hacerlo. Pierce simplemente no le caía bien.

—Muchas gracias por recibirnos hoy, Henry —dijo Bechy en un tono que sugería que él se había ofrecido voluntariamente a mantener la reunión según la agenda—. No teníamos idea de que tus heridas fueran tan graves.

—Bueno, no es problema. Y parecen peor de lo que son. Ayer ya volví al laboratorio y he estado trabajando. Aunque no sé muy bien si esta cara y el laboratorio combinan muy bien.

Nadie pareció captar su extraña referencia a Frankenstein. Otro puñetazo de Pierce que se perdía en el aire.

—Bien —dijo Bechy.

—Nos han explicado que fue un accidente de coche —dijo Goddard, en lo que fueron sus primeras palabras desde que había entrado Pierce.

Goddard tenía cincuenta y pocos, conservaba todo el pelo y poseía la mirada afilada de un pájaro que en su día había acaparado millones de gusanos. Llevaba un traje color crema, camisa blanca y corbata amarilla y Pierce vio que tenía a su lado un sombrero a juego. Tras la primera visita a Amedeo, se había comentado que Goddard había adoptado el aspecto del escritor Tom Wolfe. Sólo

le faltaba el bastón.

—Sí —dijo Pierce—. Choqué con un muro.

—¿Cuándo pasó? ¿Dónde?

—El domingo por la tarde, aquí en Santa Monica.

Pierce necesitaba cambiar de tema. Se sentía incómodo esquivando la verdad y sabía que el interrogatorio de Goddard no era intrascendente ni producto de una preocupación por su bienestar. El pájaro estaba pensando en aflojar 18 millones de gusanos. Sus preguntas eran parte del proceso de auditoría. Quería descubrir en qué se estaba metiendo.

—¿Había bebido? —preguntó Goddard sin rodeos.

Pierce sonrió y negó con la cabeza.

—No, ni siquiera conducía. Pero de todos modos si bebo no conduzco, Maurice, si es eso lo que quiere saber.

—Bueno, me alegro de que esté bien. Si tiene ocasión, ¿puede hacerme llegar una copia del atestado del accidente? Para nuestros archivos, ¿comprende?

Se produjo un breve silencio.

—No estoy seguro de que lo haga. No tiene ninguna relación con Amedeo ni con lo que aquí hacemos.

—Eso lo entiendo. Pero seamos francos, Henry. Usted es Amedeo Technologies. Es su genio creativo el que conduce la empresa. He conocido a muchos genios creativos. En algunos pondría hasta el último dólar, en otros no pondría ni un pavo aunque tuviera cien.

Hizo una pausa y Bechy tomó el relevo. La mujer era veinte años más joven que Goddard, tenía el pelo oscuro y corto, buen cutis y un porte que exudaba confianza y superioridad. De todos modos, Pierce y Condon habían coincidido previamente en sospechar que la posición de Bechy se cimentaba en que mantenía una relación con el casado Goddard que iba más allá del ámbito laboral.

—Lo que Maurice está diciendo es que está pensando en hacer una inversión considerable en Amedeo Technologies —dijo ella—. Y para sentirse a gusto haciéndolo tiene que sentirse a gusto con usted. No quiere invertir en alguien que probablemente asume muchos riesgos, que podría ser imprudente con su inversión.

—Pensaba que se trataba de ciencia, del proyecto.

—De eso se trata, Henry —dijo Bechy—, pero las dos cosas van de la mano. La ciencia no funciona sin el científico. Queremos que esté dedicado y obsesionado con la ciencia y con sus proyectos, pero no que sea temerario fuera del laboratorio.

Pierce sostuvo la mirada de la mujer durante unos segundos. De repente se preguntó si ella conocía la verdad de lo sucedido y si tenía noticia de su obsesiva investigación de la desaparición de Lilly Quinlan.

Condon se aclaró la garganta e intervino para tratar de proseguir con la reunión.

—Justine, Maurice, estoy convencido de que Henry no tendrá inconveniente en cooperar con cualquier tipo de investigación personal que quieran conducir. Lo conozco desde hace mucho tiempo y trabajo en el campo de las tecnologías emergentes desde hace más tiempo aún. Él es uno de los investigadores más sensatos y centrados que he conocido. Por eso estoy aquí. Me gusta la ciencia, me gusta el proyecto y me siento cómodo con el científico.

Bechy desvió la mirada de Pierce para fijarla en Condon y asintió con la cabeza.

—Puede que aceptemos esa oferta —dijo a través de una tensa sonrisa.

La conversación hizo poco para eliminar la tensión que había envuelto rápidamente la sala. Pierce aguardó a que alguien dijera algo, pero sólo hubo silencio.

—Um, entonces probablemente deba decirles algo —dijo al fin—, porque lo descubrirán de todos modos.

—Cuéntenoslo —dijo Bechy—, y ahórrenos tiempo.

Pierce casi sintió que los músculos de Charlie Condon se tensaban bajo el traje de mil dólares mientras esperaba la revelación de la cual él no sabía nada.

—Bueno, el caso es que... antes llevaba coleta. ¿Va a suponer un problema?

Al principio el silencio imperó de nuevo, pero luego el rostro de Goddard se quebró en una sonrisa y enseguida la risa brotó de su boca. A continuación Bechy sonrió y pronto todos se echaron a reír, incluido Pierce, a pesar del dolor que le producía. La tensión se había roto. Charlie cerró la mano y descargó un puñetazo en la mesa en un intento de incrementar el alborozo. La respuesta sin duda era desmedida para la nota de humor del comentario.

—Muy bien —dijo Condon—. Han venido a ver un *show*. ¿Qué les parece si bajamos al laboratorio y vemos el proyecto que va a valerle a este comediante un premio Nobel?

Colocó las manos en el cuello de Pierce y simuló que iba a estrangularlo. Pierce perdió la sonrisa y sintió que se ponía colorado. No por la falsa estrangulación de Condon, sino por la ocurrencia del Nobel. A Pierce no le gustaba trivializar sobre un honor tan importante. Además, sabía que eso nunca sucedería, que nunca concederían el premio al director de un laboratorio privado. Iba contra la política.

—Una cosa antes de que bajemos —dijo Pierce—. Jacob, ¿has traído los contratos de confidencialidad?

—Sí, aquí los tengo —respondió el abogado—. Casi lo olvido.

Levantó el maletín del suelo y lo abrió sobre la mesa.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Condon.

Todo formaba parte del guión. Pierce había insistido en que Goddard y Bechy

firmaran contratos de confidencialidad antes de entrar en el laboratorio y asistir a la presentación. Condon se había mostrado en desacuerdo, preocupado por la posibilidad de que un inversor del calibre de Goddard pudiera considerarlo insultante. Pero a Pierce no le importaba y no dio el brazo a torcer. Era su laboratorio e imponía sus reglas. De manera que habían acordado un plan para que el hecho pasara como una molesta rutina.

—Es la política del laboratorio —dijo Pierce—. No creo que debamos desviarnos de ella. Justine acaba de mencionar la importancia de evitar riesgos. Si no...

—Creo que es una muy buena idea —interrumpió Goddard—. De hecho, me habría preocupado si no hubieran tomado esta medida.

Kaz colocó sobre la mesa dos copias del documento para Goddard y Bechy. Sacó un bolígrafo del bolsillo interior, lo giró para sacar la punta y lo dejó en la mesa, frente a ellos.

—Es un contrato bastante estándar —dijo—. Básicamente, todos y cada uno de los procesos, procedimientos y fórmulas del laboratorio están protegidos. Todo lo que vean y oigan durante su visita debe ser mantenido en la más estricta confidencialidad.

Goddard no se molestó en leer el documento, dejó ese trabajo a Bechy, quien se tomó cinco minutos para leerlo dos veces. Los demás observaron en silencio y al final de su revisión ella cogió el bolígrafo sin decir palabra y firmó. A continuación le pasó el bolígrafo a Goddard, quien a su vez firmó el documento que tenía delante.

Kaz recogió los contratos y se los guardó en el maletín. Todos se levantaron de la mesa y se dirigieron hacia la puerta. Pierce dejó que los demás se adelantaran. En el pasillo, mientras se acercaban al ascensor, Jacob Kaz le dio una palmadita en el brazo y se quedaron atrás.

—¿Fue todo bien con Janis? —susurró Kaz.

—¿Quién?

—Janis Langwiser. ¿Te llamó?

—Ah, sí, me llamó. Todo bien. Gracias por presentármela, Jacob. Parece muy capaz.

—¿Algo más que pueda hacer?

—No, está todo bien. Gracias.

El ascensor del laboratorio se abrió y todos entraron en la cabina.

—A la madriguera, ¿eh, Henry? —dijo Goddard.

—Eso es —contestó Pierce.

Pierce miró atrás y vio que Vernon también se había quedado rezagado en el pasillo y que aparentemente había estado justo detrás de él y de Kaz cuando habían departido en privado. A Pierce le molestó, pero no dijo nada. Vernon fue el último en entrar en el ascensor. Puso la tarjeta en la ranura del panel de control

y pulsó el botón con la letra S.

—La S es de sótano —dijo Condon a los visitantes cuando se cerró la puerta—. Si pusiéramos L de laboratorio, la gente creería que es el *lobby*.

Se rio, pero nadie se unió a él. El comentario no venía a cuento, pero a Pierce le sirvió para calibrar el nerviosismo de Condon ante la presentación. Por alguna razón le hizo sonreír levemente, no tanto como para que le doliera. Tal vez a Condon le faltara seguridad, pero a Pierce desde luego no le ocurría lo mismo. Mientras el ascensor descendía, sintió que su energía se elevaba como el contrapeso. Sintió que enderezaba su postura y que incluso su visión se agudizaba. El laboratorio era su territorio, su escenario. El mundo exterior podía estar oscuro y sumido en el caos. Guerra y desolación. Una pintura del *Bosco* sobre el caos. Mujeres que vendían su cuerpo a desconocidos, que las tomaban y las escondían, las maltrataban e incluso les arrancaban la vida. Pero en el laboratorio no. En el laboratorio había paz, había orden. Y Pierce imponía ese orden. Era su mundo.

No tenía dudas acerca de la ciencia ni de sí mismo en el laboratorio. Sabía que en la siguiente hora cambiaría la visión del mundo de Maurice Goddard. Lo convertiría en un creyente. Sabría que su dinero no iba a ser invertido, sino que iba a ser utilizado para cambiar el mundo. Y se lo ofrecería de buena gana. Sacaría el bolígrafo y diría: «¿Dónde he de firmar? Por favor, dígame dónde he de firmar» .

Los cinco visitantes estaban de pie en un estrecho semicírculo enfrente de Pierce y Larraby y cerca del habitual grupo del laboratorio, que trataba de trabajar. Ya se habían hecho las presentaciones y se había cumplido con una rápida visita a los distintos laboratorios. Había llegado la hora del *show* y Pierce estaba preparado. Se sentía cómodo. Nunca se había considerado a sí mismo un orador, pero era mucho más fácil hablar del proyecto al calor del laboratorio en el cual este había nacido que en el escenario de un simposio de tecnologías emergentes o en el campus de una universidad.

—Creo que conocen cuál ha sido el principal centro de interés del trabajo en este laboratorio durante los últimos años —dijo—. Hablamos de ello en su primera visita. Hoy queremos hablar de nuestro retoño. El proyecto Proteus. En cierto modo es nuevo de este último año, pero ciertamente nace de otros trabajos. Podemos decir que en el mundo de la investigación todo está interrelacionado. Una idea lleva a la otra, como las fichas de dominó. Es una reacción en cadena. Proteus forma parte de esa cadena.

Pierce aseguró que su fascinación con el potencial medicobiológico de la nanotecnología venía de lejos y explicó la decisión que había tomado dos años antes de fichar a Brandon Larraby como responsable de las cuestiones biológicas del proyecto.

—Todos los artículos que lean en las revistas y publicaciones científicas hablan del aspecto biológico de este campo. Siempre es la cuestión principal. Desde la eliminación de desequilibrios químicos a posibles curas de enfermedades sanguíneas. Bueno, Proteus no hace actualmente nada de eso. Esas cosas y ese día están todavía lejos en el horizonte. Proteus es un vehículo, un sistema de entrega. Es la batería que permitirá que esos futuros diseños y dispositivos trabajen en el interior del organismo. Lo que hemos hecho es crear una fórmula que permitirá que las células del torrente sanguíneo produzcan los impulsos eléctricos que conduzcan esos dispositivos futuros.

—Es realmente la pregunta del huevo y la gallina —añadió Larraby—. ¿Qué fue primero? Nosotros decidimos que lo primero debe ser la fuente de energía. Se construye desde la base. Empezamos con el motor y luego añadiremos los dispositivos que hagan falta.

Larraby se detuvo y se hizo un silencio. Era algo que siempre se esperaba cuando un científico trataba de tender un puente verbal con un no científico. Entonces intervino Condon, como se había previsto. Él sería el puente, el intérprete.

—Lo que estás diciendo es que esta fórmula, esta fuente de energía, es la plataforma en la que se basará el resto de la investigación y la invención, ¿correcto?

—Correcto —dijo Pierce—. Cuando esto se establezca en las publicaciones científicas y en los simposios y demás, será un acicate para posteriores invenciones. Estimulará el campo de la investigación. Los científicos se sentirán más atraídos hacia este campo porque se habrá solucionado este problema de pasarela. Vamos a mostrar el camino. El lunes por la mañana pediremos una patente para esta fórmula y poco después publicaremos nuestros descubrimientos. Y a partir de ahí los licenciaremos a aquellos que trabajan en esta rama de la ciencia.

—A la gente que invente y construya estos dispositivos para el torrente sanguíneo.

Esto último lo había dicho Goddard y a modo de afirmación, no en forma de pregunta. Era una buena señal de que estaba participando. Se estaba entusiasmando.

—Exactamente —dijo Pierce—. Si puedes suministrar la energía puedes hacer muchas cosas. Un coche sin motor no va a ninguna parte. Bueno, esto es el motor. Y llevará al investigador en este campo hasta donde quiera llegar.

—Por ejemplo —dijo Larraby—, sólo en este país hay más de un millón de personas que confían en las inyecciones de insulina que ellos mismos se administran para controlar la diabetes. De hecho, yo soy una de ellas. Es concebible que en un futuro no muy lejano pueda construirse, programarse y situarse en el flujo sanguíneo un dispositivo celular, y que este dispositivo mida los niveles de insulina y procese y suministre la cantidad necesaria.

—Háblales del ántrax —dijo Condon.

—El ántrax —repetió Pierce—. Todos sabemos por acontecimientos recientes lo letal que es esta bacteria y lo difícil que resulta detectarla cuando está en el aire. Este campo de la investigación camina hacia un día en que, pongamos, todos los empleados de correos o los miembros de las fuerzas armadas o quizá todos nosotros tendremos implantado un biochip capaz de detectar y atacar a algo como el ántrax antes de que pueda cultivarse y extenderse por el organismo.

—Ya ven —dijo Larraby—, las posibilidades son infinitas. Como he dicho, la ciencia no tardará en llegar ahí. Pero ¿cómo se impulsan esos dispositivos por el organismo? Ese ha sido el cuello de botella de la investigación. Ha sido una cuestión que se ha planteado durante mucho tiempo.

—Y creemos que la respuesta es nuestra receta —sentenció Pierce—.

Nuestra fórmula.

De nuevo se hizo el silencio. Pierce miró a Goddard y supo que lo tenía en el bote. Probablemente Goddard había estado en el lugar adecuado en el momento adecuado y había aprovechado infinidad de buenas oportunidades a lo largo de los años, pero nada comparable a Proteus. Nada que pudiera conseguirle dinero a largo plazo —mucho dinero— y además convertirle en un héroe. Hacerle sentir bien de embolsarse el dinero.

—¿Podemos ver ahora la demostración? —preguntó Bechy.

—Claro —dijo Pierce—. La hemos preparado en el microscopio de efecto túnel.

Condujo al grupo a lo que llamaban el laboratorio de imagen. Era una sala del tamaño aproximado de un dormitorio que contenía un microscopio computerizado del tamaño de un escritorio, con un monitor de veinte pulgadas en la parte superior.

—Esto es un microscopio de electrones —dijo Pierce—. Los objetos de nuestros experimentos son demasiado pequeños para verse con la mayoría de microscopios. Así que lo que hemos hecho ha sido configurar una reacción predeterminada con la cual poner a prueba nuestro proyecto. Ponemos el experimento en la cámara del microscopio de electrones y los resultados se magnifican y se proyectan en la pantalla.

Pierce señaló la estructura cúbica situada en un pedestal, junto al monitor. Abrió una puerta de la estructura y sacó una bandeja en la que había una lámina de silicio.

—No voy a mencionar las proteínas específicas que utilizamos en la fórmula, pero en términos generales lo que tenemos en la oblea son células humanas a las que hemos añadido una combinación de determinadas proteínas que se unen a las células. Este proceso de unión crea la conversión de energía del que estamos hablando, un suministro de energía que puede ser utilizado por los dispositivos moleculares que antes mencionamos. Para probar esta conversión, ponemos todo el experimento en una solución química que es sensible a este impulso eléctrico y que responde a él brillando, emitiendo luz.

Mientras Pierce volvía a colocar el portaobjetos en la cámara y cerraba esta, Larraby continuó con la explicación del proceso.

—El proceso convierte la energía eléctrica en una biomolécula llamada ATP, que es la fuente de energía del organismo. Una vez creado, el ATP reacciona con la leucina, la misma molécula que hace brillar a las luciérnagas. Es lo que se denomina proceso quimioluminiscente.

Pierce pensó que Larraby se estaba poniendo excesivamente técnico. No quería perder el interés de la audiencia. Hizo un gesto a Larraby para que se sentara enfrente del monitor y el inmunólogo tomó asiento y empezó a trabajar en el teclado. La pantalla del monitor era negra.

—Brandon está ahora juntando los elementos —dijo Pierce—. Si observan el monitor, los resultados se verán enseguida y de forma muy obvia.

Retrocedió e hizo adelantarse a Goddard y Bechy para que pudieran mirar al monitor por encima del hombro de Larraby. Pierce se situó en la parte de atrás de la sala.

—Luces.

Las luces del techo se apagaron, dejando a Pierce satisfecho de que su voz hubiera recuperado la normalidad suficiente para entrar dentro de los parámetros del receptor de audio. La oscuridad era absoluta en el laboratorio sin ventanas, salvo por el brillo mortecino de la pantalla negra del monitor. La luz no bastaba para que Pierce viera las caras del resto de los que se habían reunido en la sala. Puso la mano en la pared y tanteó hasta tocar el gancho del que colgaban unas gafas de resonancia térmica. Las descolgó y se las colocó encima de la cabeza. Estiró el brazo hasta el conjunto de baterías del lado izquierdo y encendió el dispositivo. Pero enseguida se levantó las gafas, porque no estaba preparado para usarlas. Había colgado las gafas allí esa mañana. Las usaban en el laboratorio del láser, pero él las quería en el de imagen, porque le permitirían observar secretamente a Goddard y Bechy y calibrar sus reacciones.

—Muy bien, allá vamos —dijo Larraby—. Observen el monitor.

La pantalla permaneció oscura durante casi treinta segundos y entonces aparecieron unos pocos puntos de luz como estrellas en una noche nublada. Después más, y más, hasta que la pantalla pareció la Vía Láctea.

Todo el mundo estaba en silencio, limitándose a mirar.

—Pasa a térmico, Brandon —dijo finalmente Pierce.

Acabar con un crescendo formaba parte de lo planeado. Larraby tenía tal pericia en el teclado que no necesitaba ninguna luz para ver lo que tecleaba.

—En térmico veremos colores —explicó Larraby—. Gradaciones según la intensidad del impulso, desde el azul en el extremo inferior del espectro hasta el verde, amarillo, rojo y luego morado en el extremo superior.

La pantalla cobró vida con ondas de color. Amarillos y rojos sobre todo, pero el suficiente morado para resultar impresionante. El color se extendió en una reacción en cadena por la pantalla, como una racha de viento que riza la superficie del océano por la noche. Era como el Strip de Las Vegas desde una altitud de diez mil metros.

—*Aurora borealis* —susurró alguien.

Pierce pensó que tal vez había sido la voz de Goddard. Se bajó las lentes y él también vio colores. Todos los presentes en la sala brillaban en rojo y amarillo en el campo de visión de las gafas. Se centró en el rostro de Goddard. Las gradaciones de color le permitían ver en la oscuridad. Goddard tenía la atención fija en la pantalla del ordenador. Tenía la boca abierta, las mejillas y la frente de un rojo profundo, granate tirando a morado a medida que su cara se encendía de

excitación.

Las gafas eran una forma de voyeurismo científico que le permitía ver lo que la gente creía que estaba ocultando. Vio que el rostro de Goddard dibujaba una amplia sonrisa roja al ver el monitor y Pierce supo en ese momento que el trato estaba cerrado. Tenían el dinero, habían asegurado el futuro. Miró al otro lado de la sala oscura y vio a Charlie Condon apoyado en la pared opuesta. Charlie lo estaba mirando a él, aunque no llevaba ningunas gafas. Miraba a través de la oscuridad hacia el lugar donde sabía que estaba Pierce. Asintió una vez, sabiendo lo mismo sin necesidad de utilizar gafas.

Era un momento para saborear. Estaban camino de hacerse ricos y posiblemente también famosos. Pero esa no era la cuestión para Pierce. Se trataba de otra cosa, de algo mejor que el dinero. Algo que no podía guardarse en el bolsillo pero sí en la cabeza y el corazón, algo que produciría un índice asombroso de interés medido en orgullo.

Eso era lo que le aportaba la ciencia, un orgullo que lo superaba todo, que le ofrecía redención para todo lo que había ido mal, para todas las decisiones equivocadas que había tomado.

Sobre todo por Isabelle.

Se sacó las gafas y volvió a colgarlas del gancho.

«*Aurora borealis*», susurró Pierce para sus adentros.

Llevaron a cabo otros dos experimentos en el microscopio usando nuevas láminas. Ambos iluminaron la pantalla como una Navidad y complacieron a Goddard. Pierce pidió entonces a Grooms que fuera al otro laboratorio de proyectos para liquidar el tema. Después de todo, Goddard iba a invertir en todo el programa, no sólo en Proteus. A las doce y media concluyó la presentación e hicieron una pausa para comer en la sala de juntas. Condon había solicitado un servicio de catering al restaurante Joe de Abbot Kinney, que ofrecía la rara combinación de ser un lugar de moda y al mismo tiempo servir buena comida.

La conversación fue animada, incluso Bechy dio la impresión de que estaba disfrutando. Hubo mucha charla acerca de las posibilidades de la ciencia, pero no se habló del dinero ni de en qué podía invertirse. En un momento dado, Goddard se volvió hacia Pierce, que estaba sentado junto a él, y le confió en voz baja:

—Tengo una hija con síndrome de Down.

No dijo nada más, y tampoco hacía falta. Pierce pensó que Goddard estaba pensando en que llegaba tarde. Se estaba acercando un futuro en el que esas enfermedades se curarían antes de que se produjeran.

—Apuesto a que la quiere mucho —dijo Pierce—, y seguro que ella lo sabe.

Goddard sostuvo la mirada a Pierce antes de contestarle.

—Sí, la quiero y lo sabe. Muchas veces pienso en ella cuando hago mis inversiones.

Pierce asintió.

—Tiene que asegurar su futuro.

—No, no es eso. Ella tiene seguridad de sobra. En lo que pienso es que por mucho que gane en este mundo no podré cambiarla. No podré curarla... Creo que lo que estoy diciendo es que el futuro está ahí. Esto... lo que usted hace... —Desvió la mirada, incapaz de verbalizar sus ideas.

—Creo que sé a qué se refiere —dijo Pierce.

El momento de tranquilidad terminó de manera abrupta con una sonora carcajada de Bechy, que estaba sentada junto a Condon al otro lado de la mesa. Goddard sonrió y asintió como si hubiera oído aquello tan divertido.

Después, cuando sacaron el pastel de lima, Goddard sacó a colación a Nicole.

—¿Sabe a quién echo de menos? —dijo—. A Nicole James. ¿Dónde está hoy?

Me gustaría al menos saludarla.

Pierce y Condon intercambiaron una mirada. Habían acordado que Charlie se ocuparía de dar las explicaciones en relación con Nicole.

—Desafortunadamente, ya no está con nosotros —dijo Condon—. De hecho, el viernes pasado fue su último día en Amedeo.

—¿Justo ahora? ¿Adónde ha ido?

—A ningún sitio por el momento. Creo que va a tomarse un tiempo para pensar su próximo paso, pero firmó un acuerdo de no competencia con nosotros, así que no tenemos que preocuparnos por la posibilidad de que aparezca en un competidor.

Goddard frunció el ceño y asintió.

—Es un puesto muy delicado —dijo.

—Lo es y no lo es —replicó Condon—. Ella estaba centrada hacia fuera, no hacia dentro. Conocía lo justo de nuestros proyectos para saber qué buscar en relación con nuestros competidores. Por ejemplo, no tenía acceso al laboratorio, y nunca vio la demostración que usted ha visto esta mañana.

Eso era falso, aunque Charlie Condon no lo sabía. Igual que la mentira que Pierce le había embutido a Clyde Vernon acerca de lo que Nicole sabía y había visto. Lo cierto era que ella lo había visto todo. Pierce la había llevado al laboratorio un domingo por la noche para mostrárselo, para encender la pantalla del microscopio de efecto túnel como una *Aurora borealis*. Fue cuando todo se estaba viniendo abajo y Pierce andaba buscando de manera desesperada una forma de permanecer juntos, de no perderla.

Había roto sus propias reglas y la había llevado al laboratorio para mostrarle qué era lo que la había separado de ella tantas veces. Pero ni siquiera enseñarle el descubrimiento había servido para detener el impulso destructivo que los había devorado. Menos de un mes después, Nicole rompió la relación.

Pierce, como Goddard, echaba de menos a Nicole en ese momento, pero por razones diferentes. Permaneció en silencio durante el resto de la comida. Sirvieron el café y retiraron las tazas. Se llevaron los platos y cubiertos y sólo quedó la superficie pulida de la mesa y el reflejo de sus imágenes fantasmagóricas.

Los camareros se retiraron y llegó el momento de volver a los negocios.

—Háblenos de la patente —dijo Bechy, cruzando los brazos e inclinándose sobre la mesa.

Pierce señaló a Kaz con la cabeza y este se hizo cargo de la pregunta.

—De hecho es una patente por pasos. Hay nueve partes, que cubren todos los procesos relacionados con lo que han visto hoy. Creemos que lo hemos cubierto todo a conciencia. Pensamos que resistirá a cualquier desafío, ahora o en el futuro.

—¿Y cuándo la presentarán?

—El lunes por la mañana. Voy a viajar a Washington mañana o el sábado. El plan es entregar personalmente la solicitud en la oficina de patentes y marcas comerciales el lunes a las nueve.

Puesto que Goddard estaba sentado a su lado, a Pierce le resultaba más fácil y natural observar a Bechy. La mujer parecía sorprendida por la velocidad a la que avanzaban. Una buena señal. Pierce y Condon querían forzar la máquina, obligar a Goddard a que tomara la decisión en el momento si no quería arriesgarse a perder la oportunidad.

—Como saben es una ciencia muy competitiva —dijo Pierce—. Queremos asegurarnos de que registramos la fórmula los primeros. Brandon y yo también hemos completado un trabajo de investigación que enviaremos mañana.

Pierce levantó la muñeca y miró el reloj. Eran casi las dos.

—De hecho —dijo—, ahora he de dejarles para volver al trabajo. Si surge algo más que Charlie no pueda responder, pueden encontrarme en mi despacho o en el laboratorio. Si no contestamos es porque estamos usando una de las estaciones y tenemos el teléfono desconectado.

Retiró la silla y ya estaba levantándose cuando Goddard lo sujetó por el brazo para que se detuviera.

—Un momento, Henry, si no le importa.

Pierce se sentó de nuevo. Goddard lo miró y a continuación, pausadamente, fue fijando su mirada en cada uno de los rostros de la sala. Pierce sabía lo que iba a ocurrir. Sintió la tensión en el pecho.

—Sólo quiero decirle mientras estamos todos juntos que deseo invertir en su empresa. Quiero formar parte de esta gran obra que están llevando a cabo.

Se produjo una estentórea ovación. Pierce tendió la mano y Goddard se la estrechó vigorosamente, después le estrechó la mano a Condon por encima de la mesa.

—Que nadie se mueva —dijo Condon.

Se levantó y se acercó al teléfono instalado en una mesita de la esquina. Marcó un número de tres cifras —una llamada interna— y murmuró algo en el auricular. A continuación regresó a su sitio y al cabo de unos minutos Mónica Purl y la secretaria personal de Condon, una mujer llamada Holly Kannheiser, entraron en la sala de juntas con dos botellas de Dom Pérignon y una bandeja de copas de champán.

Condon abrió las botellas y sirvió. Pidieron a las secretarias que se quedaran y tomaran una copa, pero ambas llevaban también cámaras de un solo uso y tenían que sacar fotos entre sorbo y sorbo.

Condon hizo el primer brindis.

—Por Maurice Goddard. Estamos encantados de tenerlo a bordo en este viaje mágico.

Entonces fue el turno de Goddard. Alzó la copa y simplemente dijo:

—¡Por el futuro!

Miró a Pierce al decirlo. Pierce asintió y alzó su copa casi vacía. Observó cada una de las caras de la sala, incluida la de Mónica, antes de decir:

—Nuestros edificios os parecerán sumamente pequeños, pero para nosotros que no somos grandes son maravillosamente amplios.

Apuró la copa y miró a los demás. Nadie parecía haberlo captado.

—Es de un libro infantil —explicó— del doctor Seuss. Habla de creer en las posibilidades de otros mundos. Mundos del tamaño de una mota de polvo.

—Vaya, vaya —dijo Condon, alzando de nuevo su copa.

Pierce empezó a moverse por la sala, estrechando manos y compartiendo palabras de agradecimiento y de ánimo. Cuando llegó a Mónica, esta perdió su sonrisa y pareció tratarle con frialdad.

—Gracias por quedarte, Mónica. ¿Ya has hablado con Charlie de tu traslado?

—Todavía no, pero lo haré.

—De acuerdo.

—¿Ha llamado el señor Renner?

A conciencia evitó utilizar la palabra detective por si alguien de la sala estaba escuchando la conversación.

—Todavía no.

Pierce asintió. No se le ocurría nada más que decir.

—Tienes algunos mensajes en el escritorio —le informó—. Uno de ellos de la abogada, dijo que era importante, pero le dije que no podía interrumpirte durante la presentación.

—Muy bien, gracias.

Con la máxima calma posible, Pierce volvió a acercarse a Goddard y le dijo que los dejaba en manos de Condon para pulir el acuerdo de inversión. Volvió a estrecharle la mano y salió de la sala de juntas en dirección a su despacho. Tenía ganas de correr, pero mantuvo un paso constante.

—Luces.

Pierce se deslizó tras su escritorio y cogió las tres notas de mensajes que le había dejado Mónica. Dos eran de Janis Langwiser y estaban marcadas como urgentes. En ambos casos el mensaje era: « Por favor, llame lo antes posible ». El otro mensaje era de Cody Zeller.

Pierce dejó los mensajes en la mesa y pensó en ellos. No se le ocurría que la llamada de Janis Langwiser pudiera ser otra cosa que malas noticias. Pasar de la excitación de la sala de juntas al temor fue casi mareante. Empezó a tener calor, a sentir claustrofobia. Se acercó a la ventana y la abrió.

Decidió llamar primero a Zeller, pensando que tal vez su amigo había obtenido algo nuevo. Su llamada al busca de Zeller fue contestada en menos de un minuto.

—Lo siento, colega —dijo Zeller a modo de saludo—. No he podido hacer nada.

—¿Qué quieres decir?

—Con Lucy LaPorte. No he podido encontrarla. Ni rastro, tío. Esta chiquilla ni siquiera tiene cable.

—Vaya.

—¿Estás seguro de que ese es su nombre legal?

—Es el que me dijo.

—¿Es una de las chicas de la Web?

—Sí.

—Mierda, tendrías que habérmelo dicho, colega. No usan sus nombres verdaderos.

—Lilly Quinlan sí.

—Venga ya, ¿Lucy LaPorte? Suena como el nombre que se le ha ocurrido a alguien después de ver *Un tranvía llamado deseo*. Tío, fijate en lo que hace. Las posibilidades de que te dijera la verdad en algo, incluso su nombre son de una entre...

—Era la verdad. Fue en un momento de intimidad y me dijo la verdad. Lo sé.

—Un momento de intimidad. Pensaba que me habías dicho que no...

—No lo hice. Fue por teléfono cuando me lo dijó.

—Oh, vaya, sexo telefónico, eso sí que es otra cosa.

—Es igual, Cody. He de irme.

—Eh, espera un momento. ¿Cómo te ha ido con el milloneti hoy?

—Ha ido bien. Charlie está cerrando el trato ahora mismo.

—Genial.

—He de colgar, Cody. Gracias por intentarlo.

—No te preocupes, te lo voy a facturar.

Pierce colgó y cogió uno de los mensajes de Langwiser. Marcó el número. Contestó una secretaria y le pasaron de inmediato con la abogada.

—¿Dónde ha estado? —empezó ella—. Le he pedido a su secretaria que le pasara el mensaje enseñuida.

—Ella hizo lo que se supone que tiene que hacer. No me gusta que me interrumpán en el laboratorio. ¿Qué ocurre?

—Bueno, basta decir que su abogada está bien conectada. Todavía tengo mis fuentes en el departamento de policía.

—¿Y?

—Lo que voy a decirle es altamente confidencial. Es información que no debería tener. Si sale a la luz habrá una investigación sólo por esto.

—De acuerdo. ¿De qué se trata?

—Una fuente me ha dicho que Renner ha pasado buena parte de la mañana en su escritorio preparando una solicitud de orden de registro. Luego la ha llevado a un juez.

Teniendo en cuenta la urgencia de los mensajes y su advertencia, Pierce se sintió aliviado.

—Bien. ¿Y eso qué significa?

—Significa que quiere registrar su propiedad. Su apartamento, su coche, probablemente la casa donde vivía antes, porque probablemente ese era su domicilio cuando se produjo el crimen.

—Quiere decir la desaparición y posible asesinato de Lilly Quinlan.

—Exactamente. Pero (y es un gran pero) la solicitud ha sido rechazada. El juez le dijo que no había suficiente. No había presentado suficientes pruebas para justificar el registro.

—Eso está bien, ¿no? ¿Significa que se ha acabado?

—No, puede volver a intentarlo siempre que quiera. En cuanto tenga algo más. Mi suposición es que confiaba en la grabación, lo que él llamó su reconocimiento. Así que es bueno ver que un juez miró a través de eso y sentenció que no era suficiente.

Pierce sopesó toda la información. Estaba fuera de lugar y no sabía qué significaban exactamente todas las maniobras legales.

—Ahora podría intentar llamar a otras puertas —dijo Langwiser.

—¿Se refiere a llevar la solicitud a otro juez?

—Sí, a alguno más acomodaticio. La cuestión es que probablemente empezó por el más benigno para él. Ir a otro juez podría causarle problemas. Si un juez descubre que una solicitud de registro ya ha sido rechazada por un colega, se puede poner hecho una furia.

Tratar de seguir las sutilezas legales parecía una pérdida de tiempo. Pierce no se sentía tan turbado por la noticia como parecía estarlo Langwiser. Comprendía que esto era porque ella nunca podría estar completamente segura de su inocencia. Ese margen de duda planteaba interrogantes sobre lo que encontraría la policía si registraba su propiedad.

—¿Y si le dejamos que haga el registro sin la orden? —preguntó Pierce.

—No.

—No encontraría nada. Yo no lo hice, Janis. No conocía a Lilly Quinlan.

—No importa. No cooperamos. Si empezamos a cooperar, empezaremos a caer en sus trampas.

—No lo entiendo. Si soy inocente, ¿qué trampa puede haber?

—Henry, quiere que le aconseje, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces escuche y hágame caso. No hacemos concesiones a la otra parte. Hemos puesto a Renner sobre aviso y no nos moveremos de ahí.

—Como quiera.

—Gracias.

—¿Se enterará si busca a otro juez o vuelve a intentarlo con el mismo?

—Tengo una oreja alerta. Puede que nos dé una ventaja. En todo caso, hágase el sorprendido si se presenta con una orden. He de proteger a mi fuente.

—Lo haré.

Pierce de repente pensó en algo que le metió el miedo en el cuerpo.

—¿Y mi oficina y el laboratorio? ¿Querrá buscar aquí?

Si eso ocurría, sería difícil de contener. La noticia se filtraría a los círculos de las tecnologías emergentes. Sin duda Bechy y Goddard se enterarían.

—No puedo tener la certeza, pero me parece improbable. Buscará localizaciones probables para la comisión del crimen. Creo que aún sería más difícil que tratara de convencer a un juez de que le permitiera registrar un lugar de trabajo donde es altamente improbable que se cometiera el crimen.

Pierce pensó en la agenda de teléfonos que había escondido en el cuarto de las fotocopadoras. Una conexión directa con Lilly Quinlan que él todavía no había reconocido. Tenía que deshacerse de ella.

Luego se le ocurrió otra cosa.

—¿Sabe? —dijo—. Ya han registrado mi coche. Me di cuenta cuando entré esa noche, fuera del apartamento de Lilly.

Hubo un momento de silencio antes de que Langwiser hablara.

—Si lo hicieron, fue ilegal. Aunque sin un testigo nunca podremos probarlo.

—Allí no vi a nadie más que polis.

—Estoy segura de que sólo fue un registro con linterna. Rápido y chapucero. Si consigue una orden, lo harán legalmente y de forma más profesional. Buscarán pelos y fibras, cosas así. Cosas demasiado pequeñas para que se vean con una linterna.

Pierce pensó en el brindis que había hecho hacía menos de una hora. Se dio cuenta de que una mota de polvo podía contener su futuro, de un modo u otro.

—Bueno, como he dicho, dejemos que lo hagan —dijo, con una nota de desafío en su voz—. Tal vez entonces empiecen a buscar al verdadero asesino cuando no encuentren nada.

—¿Alguna idea sobre quién puede ser?

—No.

—Bueno, por ahora, debería preocuparse por usted. No parece entender la gravedad de la situación. Con la orden de registro, me refiero. ¿Cree que sólo porque no encuentren nada estará libre y a salvo?

—Oiga, Janis, soy químico, no abogado. Y lo único que sé es que estoy metido en esto, pero que yo no lo hice. Si no entiendo la gravedad de la situación, entonces dígame qué es exactamente lo que quiere que entienda.

Era la primera vez que Pierce se desahogaba con ella y se arrepintió de inmediato.

—La realidad es que tiene a un poli detrás y que es poco probable que lo deje en paz por este revés. Para Renner esto es sólo temporal. Es un hombre paciente y continuará trabajando en esto hasta que descubra o consiga lo que necesita para que le firmen una orden de registro. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Y eso es sólo el comienzo. Renner es bueno en su trabajo. La mayoría de los polis que conozco que son buenos lo son porque son implacables.

Pierce sintió que le subía la fiebre.

No sabía qué más decir, así que no dijo nada. Se produjo un largo silencio hasta que Langwiser lo rompió.

—Hay algo más. El sábado por la noche les hablé de la casa de Lilly Quinlan y les dio la dirección. Bueno, fueron allí y echaron un vistazo, pero no registraron formalmente el sitio hasta el domingo por la tarde, después de que Renner consiguiera una orden de registro. No estaba claro si estaba viva o muerta y era obvio que estaba o había estado implicada en una profesión que probablemente implicaba la prostitución y otras ilegalidades.

Pierce asintió. Estaba empezando a entender la forma de pensar de Renner.

—Entonces, para protegerse, fue a buscar una orden —dijo Pierce—. Por si acaso encontrarán algo en relación con esas otras actividades ilegales. O por si Lilly aparecía viva y decía: ¿qué demonios están haciendo en mi casa?

—Exactamente, pero también había otra razón.

—Para recoger pruebas contra mí.

—Acierta otra vez.

—Pero ¿cómo va a haber pruebas contra mí? Yo le dije que había estado allí. Mis huellas están en toda la casa porque estaba buscándola a ella y trataba de saber qué había ocurrido.

—Esa es su versión y yo le creo. Él no. Él piensa que es una historia que se inventó para cubrir el hecho de que había estado en su casa.

—No puedo creerlo.

—Debería. Y por ley Renner está obligado a presentar lo que se llama una devolución de orden de registro en cuarenta y ocho horas. Básicamente es un recibo de las cosas que la policía se ha llevado en la búsqueda.

—¿Lo hizo?

—Sí, la presentó y yo tengo una copia. No estaba sellada, cometió un error en eso. El caso es que es una lista de las pertenencias personales que se llevaron, cosas como un cepillo para comparar ADN, y etcétera, etcétera. Muchos objetos se los llevaron para analizar las huellas dactilares. Cartas, cajones, joyas, perfumes, incluso artilugios sexuales que encontraron en los cajones.

Pierce estaba en silencio. Recordó el frasco de perfume que había cogido en la casa. ¿Una cosa tan sencilla podía ser utilizada para ayudar a condenarle? Sintió que se le revolvían las tripas y se sonrojaba.

—No está diciendo nada, Henry.

—Lo sé, estoy pensando.

—No me diga que tocó esos artilugios sexuales.

Pierce negó con la cabeza.

—No, ni siquiera los vi. Pero sí que cogí un frasco de perfume.

Oyó cómo Langwiser exhalaba.

—¿Qué?

—¿Por qué cogió un frasco de perfume?

—No lo sé. Lo hice y ya está. Me recordó algo, supongo. A alguien. ¿Qué es tan grave? ¿Cómo se equipara coger un frasco de perfume con un asesinato?

—Forma parte de la red circunstancial. Le dijo a la policía que entró en la casa para ver si estaba bien, para ver si todo iba bien.

—Les dije eso porque es lo que hice.

—Bueno, ¿les dijo que también estuvo cogiendo frascos de perfume para olerlos? ¿También estuvo mirando en su cajón de ropa interior?

Pierce no respondió. Le entraron ganas de vomitar. Se agachó y sacó la papelera de debajo del escritorio y la colocó al lado de su silla.

—Henry, estoy actuando como un fiscal con usted, porque necesito que vea el peligroso camino en el que está metido. Pueden darle la vuelta a todo lo que diga o haga. A usted puede parecerle de una manera y a otro de manera completamente diferente.

—De acuerdo, vale. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que hagan la búsqueda de huellas?

—Probablemente unos días. Sin cadáver, seguramente este caso sólo es prioritario para Renner. He oído que incluso su compañero está trabajando en otros asuntos, que no lo están viendo de la misma manera y que Renner va por libre.

—¿El compañero es su fuente?

—No voy a hablar de mi fuente.

Ambos se quedaron unos segundos en silencio. Pierce no tenía nada más que decir, pero le daba cierta sensación de esperanza el hecho de permanecer al teléfono con Langwiser.

—Estoy haciendo una lista de gente con la que podemos hablar —dijo ella al fin.

—¿A qué se refiere?

—Una lista de gente relacionada de cierta manera con el caso y una serie de preguntas a hacerles. Por si lo necesitamos.

—Entendido.

Sabía que se refería a si lo detenían y acusaban. Si lo llevaban a juicio.

—Bueno, déjeme trabajar un poco más —dijo Langwiser—. Lo llamaré si surge algo.

Pierce finalmente se despidió y colgó.

Después se sentó sin moverse en la silla mientras digería la información que acababan de darle. Renner estaba dando su paso. Incluso sin cadáver. Pierce sabía que tenía que llamar a Nicole y de algún modo explicarle que la policía creía que era un asesino y advertirle de la posibilidad de que fueran a registrar la casa que habían compartido.

La idea le provocó una arcada. Miró a la papelera. Iba a levantarse para ir a buscar agua o una lata de coca cola cuando llamaron a su puerta.

Charlie Condon asomó la cabeza en el despacho. Estaba radiante. Su sonrisa era amplia y tan dura como el lecho de río Los Angeles.

—Lo has hecho, tío. Joder, si lo has hecho.

Pierce tragó saliva y trató de distanciarse de la sensación que le había dejado la llamada.

—Todos lo hemos hecho —dijo—. ¿Dónde está Goddard?

Condon entró en el despacho y cerró la puerta inmediatamente.

Pierce se fijó en que se había aflojado el nudo de la corbata después del champán.

—Está en mi despacho, hablando con su abogado por teléfono.

—Pensaba que su abogada era Just Bitchy.

—Ella es abogada, pero no abogada abogada, no sé si me explico.

A Pierce le costaba escuchar a Condon, porque los pensamientos suscitados por la llamada de Langwiser no dejaban de entrometerse.

—¿Quieres escuchar su primera oferta?

Pierce miró a Condon y asintió.

—Ofrece veinte en cuatro años. Quiere un doce por ciento y ser presidente del consejo.

Pierce conjuró la imagen de Renner y se concentró en el rostro sonriente de Condon. La oferta de Goddard era buena, no desorbitada, pero buena.

—No está mal, Charlie.

—¿No está mal? Es una pasada.

Condon hablaba acentuando en exceso la última palabra. Había bebido demasiado champán.

—Bueno, es sólo una primera oferta. Ha de mejorar.

—Lo sé. Mejorará. Quería comprobar un par de cosas contigo. En primer lugar la presidencia. ¿Te importa?

—No, si a ti no te importa.

Condon era en ese momento el presidente del consejo de administración de Amedeo Technologies. Pero no era un consejo de administración con poder, puesto que Pierce todavía controlaba la compañía. Condon contaba con un 10%, habían repartido otro 8% a anteriores inversores —ninguno de la categoría de

Maurice Goddard— y el paquete salarial de los empleados equivalía a otro 10%. El 72% restante seguía perteneciendo a Pierce. De manera que darle a Goddard la presidencia de un consejo que era predominantemente protocolario no parecía mucho ceder.

—Yo digo que se lo cedamos, hagámoslo feliz —dijo Condon—. ¿Y qué pasa con los puntos? Si consigo que nos ofrezca veinte millones por tres años, ¿le darías los puntos?

Pierce negó con la cabeza.

—No. La diferencia entre diez y doce puntos podría terminar siendo de un par de cientos de millones de dólares. Me quedo los puntos. Y si consigues veinte en tres años, genial. Pero ha de darnos un mínimo de dieciocho millones en tres años o envío de vuelta a Nueva York.

—Es mucho pedir.

—Mira, ya hemos hablado de esto. Ahora mismo nos estamos fundiendo tres millones al año. Si queremos expandirnos y mantenernos por delante vamos a necesitar el doble de eso. Seis millones al año es lo mínimo. Ve a conseguirlo.

—Sólo me ofreces la presidencia para negociar.

—No, te doy el invento de la década para negociar. Charlie, ¿le has visto los ojos cuando hemos encendido las luces? No sólo ha picado, ya le hemos sacado las tripas y lo tenemos en la sartén. Lo único que falta es concretar los detalles. Así que cierra el trato y deposita el primer cheque. Sin puntos extra, y consigue seis por año. Los necesitamos para hacer el trabajo. Si quiere venir con nosotros, ese es el precio del billete.

—Muy bien, allá voy. Pero deberías venir y hacerlo tú. Eres más contundente que yo.

—No creo.

Condon salió del despacho y Pierce volvió a quedarse a solas con sus pensamientos. Una vez más repasó todo lo que Langwiser le había dicho. Renner iba a registrar sus casas y su coche. Esta vez de manera oficial y legal. Probablemente para buscar más pruebas, pruebas que podían dejarse en el traslado de un cadáver.

—Dios —dijo en voz alta.

Decidió analizar su situación del mismo modo que analizaría un experimento en el laboratorio. De abajo arriba. Había que mirarlo por un lado y luego darle la vuelta y mirarlo por el otro. Molerlo y por último mirarlo al microscopio.

No había que creer nada de entrada.

Sacó su libreta y escribió los elementos clave de su conversación con Langwiser.

Coche — segunda vez — indicios materiales
¿Despacho/Laboratorio?
Resultado del registro: huellas
En todas partes — perfume

Miró la página, pero no se le ocurrieron más preguntas ni tampoco ninguna respuesta. Finalmente arrancó la página, la arrugó y la lanzó a la papelera de la esquina del despacho. Falló.

Se recostó en la silla y cerró los ojos. Sabía que tenía que llamar a Nicole y prepararla para lo inevitable. La policía lo registraría todo: lo suyo, lo de ella, no importaba. Nicole era muy celosa de su intimidad. La invasión le iba a causar daño y los efectos de la explicación que tenía que darle serían catastróficos para sus esperanzas de reconciliación.

—Mierda —dijo al levantarse.

Rodeó el escritorio y cogió la hoja arrugada, pero en lugar de tirarla se la llevó de nuevo a su silla. Abrió la hoja y trató de plancharla en el escritorio.

—No creas nada —dijo.

Las palabras de la hoja arrugada lo desafiaban. No tenían ningún significado. Con un rápido movimiento del brazo volvió a arrugar la hoja. Flexionó el codo, preparado para encestar en su segundo intento cuando cayó en la cuenta de algo. Bajó el brazo y volvió a abrir la página. Miró una de las líneas que había escrito.

Coche — segunda vez — indicios materiales

No creas nada. Eso suponía no creer que la policía había registrado su coche la primera vez. En su interior estalló una chispa de energía. Pensó que tal vez tenía algo. ¿Y si la policía no había registrado su coche? Entonces, ¿quién lo había hecho?

El siguiente salto era obvio. ¿Cómo sabía que habían registrado el coche? Lo cierto era que no lo sabía. Sólo sabía una cosa: alguien había estado en su coche mientras este había permanecido aparcado en el callejón. Alguien había tocado la luz interior. Pero ¿habían registrado el coche?

Se dio cuenta de que se había precipitado al suponer que la policía —es decir, Renner— había registrado su BMW. En realidad, no tenía ninguna prueba o indicación de ello. Lo único que sabía era que alguien había estado en su coche, conclusión que permitía diversas hipótesis. El registro policial era una de ellas. Un registro por otra parte era otra. La idea de que alguien hubiera entrado en su coche y se hubiera llevado algo era otra.

Y la idea de que alguien hubiera entrado en su coche para poner algo era otra.

Pierce se levantó y salió con rapidez de su despacho. En el pasillo pulsó el

botón del ascensor, pero inmediatamente decidió no esperar. Se lanzó hacia la escalera y bajó con rapidez hasta la planta baja. Pasó por el vestíbulo sin saludar al vigilante de seguridad y entró en el garaje anexo.

Empezó con el maletero del BMW. Levantó la alfombrilla, miró debajo de la rueda de repuesto, abrió el cargador de discos y la bolsa de herramientas. No advirtió que hubiera nada de más ni nada de menos. Pasó al compartimento de los pasajeros y estuvo casi diez minutos llevando a cabo el mismo tipo de registro e inventario. Nada añadido, nada en falta.

Por último levantó el capó. Nada añadido, nada en falta.

Eso sólo dejaba su mochila. Volvió a cerrar el coche y regresó al edificio de Amedeo, donde de nuevo eligió la escalera para no esperar el ascensor. Al pasar junto al escritorio de Mónica de camino a su despacho advirtió que ella lo miraba de un modo extraño.

—¿Qué?

—Nada. Es sólo que actúas de forma... rara.

—No estoy actuando.

Cerró con llave la puerta de su despacho. La mochila estaba en su escritorio. Sin sentarse, la cogió y empezó a abrir y mirar en los diversos compartimentos. Tenía una sección almohadillada para el portátil, un bolsillo para papeles y archivos y tres compartimentos diferentes con cremallera para llevar pequeños objetos como bolígrafos, libretas, un móvil o un PDA.

Pierce no encontró nada fuera de lugar hasta que llegó a la parte frontal, que contenía un compartimento dentro de otro compartimento. Era un bolsillito con cremallera, del tamaño justo para contener un pasaporte y algo de dinero. No es que fuera un bolsillo secreto, pero resultaba fácil de ocultar detrás de un libro o un periódico doblado mientras se viajaba. Abrió la cremallera y metió la mano.

Sus dedos tocaron lo que parecía una tarjeta de crédito. Pensó que tal vez era una tarjeta vieja que había puesto allí estando de viaje y de la que luego se había olvidado. Pero cuando la sacó se vio mirando una tarjeta magnética de plástico negro. En un lado tenía el logo de U-Store-It. Pierce estaba seguro de que no la había visto antes. No era suya.

Dejó la tarjeta en su escritorio y la miró durante unos segundos. U-Store-It era una empresa de escala nacional que alquilaba contenedores y espacios de almacenamiento en naves que normalmente estaban situadas junto a las autovías. Sólo en Los Angeles, recordaba dos almacenes U-Store-It visibles desde la autovía 405.

Le invadió una sensación de pánico. Quien fuera que hubiera estado en su coche el sábado le había plantado la tarjeta magnética en la mochila. Pierce sabía que estaba metido en algo que escapaba a su control. Lo estaban utilizando, tendiéndole una trampa para algo que desconocía.

Trató de sacudirse la sensación. Sabía que el miedo alimentaba la inactividad,

y eso era algo que no podía permitirse. Tenía que moverse. Tenía que hacer algo.

Se agachó ante el armarito que había debajo del monitor del ordenador y sacó las páginas amarillas. Abrió el pesado volumen y enseguida encontró los servicios de almacenamiento. U-Store-It tenía un anuncio a página completa con una lista de ocho locales de la zona de Los Angeles. Pierce empezó con el situado más cerca de Santa Monica. Cogió el teléfono y llamó al U-Store-It de Culver City. Contestó la llamada una voz joven y masculina. Pierce se imaginó a Curt, el chico con marcas de acné de All American Mail.

—Esto va a parecerle extraño —dijo Pierce—, pero creo que alquilé una unidad de almacenaje ahí, aunque no estoy seguro. Sé que era en U-Store-It, pero ahora no puedo recordar en cuál fue.

—¿Nombre? —El chico respondió como si fuera una llamada de rutina.

—Henry Pierce.

Escuchó que tecleaban la información.

—No, aquí no es.

—¿Puede conectarse con los otros almacenes? ¿Puede decirme dónde...?

—No, sólo tengo datos de aquí. No estamos conectados. Es una franquicia.

Pierce no veía por qué eso impedía la existencia de una red centralizada, pero no se molestó en preguntarlo. Dio las gracias, colgó y llamó a la siguiente franquicia geográficamente más cercana.

A la tercera, su nombre apareció en el ordenador. La franquicia de U-Store-It estaba en Van Nuys. La mujer que contestó le dijo que seis semanas antes había alquilado un depósito de cuatro por tres en Victory Boulevard. Le explicó que la sala tenía climatizador y corriente eléctrica y que estaba protegida con alarma. Era posible acceder durante las veinticuatro horas.

—¿Qué dirección mía tiene en el archivo?

—No puedo darle esa información. Si me dice su dirección puedo comprobarla en el ordenador.

Seis semanas atrás Pierce ni siquiera había comenzado su búsqueda de apartamento que finalmente concluiría en el Sands, de manera que le dio la dirección de Amalfi Drive.

—Esa es.

Pierce no dijo nada, se quedó mirando la tarjeta de plástico negro del escritorio.

—¿Cuál es el número de la unidad? —preguntó finalmente.

—Sólo puedo darle esa información si veo una identificación con foto, señor. Venga antes de las seis y enseñeme su licencia de conducir y podré recordarle qué unidad tiene.

—No entiendo, creía que había dicho que hay un servicio de veinticuatro horas.

—Así es, pero la oficina cierra a las seis.

—Ah, de acuerdo.

Trató de pensar en qué más podía preguntar, pero no se le ocurrió nada. Dio las gracias a la mujer y colgó.

Se quedó sentado, quieto, después cogió lentamente la tarjeta magnética y se la guardó en el bolsillo de la camisa. Volvió a poner la mano sobre el teléfono, pero no lo levantó.

Pierce sabía que podía llamar a Langwiser, pero no necesitaba su estilo pausado y su calma profesional, y no quería oírle decir que lo dejara. Podía llamar a Nicole, pero eso sólo conduciría a voces subidas de tono y una discusión. Claro que eso ocurriría de todos modos cuando le hablara del inminente registro policial.

Y sabía que podía llamar a Cody Zeller, pero no se veía en condiciones de tolerar el sarcasmo.

Por un fugaz momento se le pasó por la cabeza la idea de llamar a Lucy LaPorte. Descartó rápidamente la idea, pero no la sensación de lo que decía de él. Allí estaba, en la situación más desesperada de su vida y ¿a quién podía llamar para pedir ayuda o consejo?

La respuesta era que no podía llamar a nadie. Y la respuesta le hizo sentir un frío que nacía en sus propias entrañas.

Pierce entró con gafas de sol y sombrero en la oficina de U-Store-It de Van Nuys y se acercó al mostrador con el permiso de conducir en la mano. Una mujer joven vestida con pantalones de color tostado y camisa de golf verde estaba allí sentada, leyendo un libro titulado *Ojo por ojo*. Por lo visto, se le hacía cuesta arriba apartar la mirada del libro para fijarla en Pierce. Cuando lo hizo se quedó boquiabierta al reparar en la fea cicatriz que bajaba de la nariz de Pierce y que las gafas de sol no lograban ocultar por completo.

La mujer trató de sobreponerse rápidamente del sobresalto, como si no hubiera visto nada inusual.

—No se preocupe —dijo Pierce—. Ya me estoy acostumbrando. —Pasó el carnet de conducir por encima del mostrador—. He llamado hace un rato por la unidad de almacenaje que alquilé. No recuerdo el número.

Ella cogió el permiso de conducir y lo miró, después lo comparó con la cara de Pierce. Este se quitó el sombrero, pero no las gafas de sol.

—Soy yo.

—Lo siento, tenía que asegurarme.

La mujer se impulsó con los pies hacia atrás. Retrocedió rodando y girando en la silla hasta que llegó al ordenador, que estaba en una mesa situada al otro lado de la oficina.

El monitor estaba demasiado alejado para que Pierce pudiera leer en él. Vio que la mujer escribía su nombre. Al cabo de un instante apareció una pantalla de datos y ella empezó a cotejar la información del permiso de conducir con la de la pantalla. Pierce sabía que en su licencia todavía constaba la dirección de Amalfi Drive, que tal y como ella le había informado antes figuraba en el registro de alquiler de la unidad de almacenaje.

Satisfecha, la mujer utilizó la barra de desplazamiento y leyó algo, pasando el dedo por la pantalla.

—Tres tres uno —dijo.

La mujer dio una patada a la pared opuesta y regresó, otra vez rodando y girando en la silla. Dejó el carnet en el mostrador y Pierce se lo guardó.

—Subo en el ascensor, ¿no?

—¿Recuerda el código?

—No, lo siento. Creo que hoy soy bastante inútil.

—Cuatro cinco cuatro más los cuatro últimos dígitos del número de su licencia.

Pierce le dio las gracias con un gesto y empezó a volverse del mostrador. La miró.

—¿Debo algo?

—¿Disculpe?

—No recuerdo cómo pague la unidad. Me preguntaba si tenía alguna factura pendiente.

—Ah.

Rodó con la silla hasta el ordenador. A Pierce le gustaba el estilo con que ella lo hacía, en un suave movimiento de giro.

Su información seguía en la pantalla. La mujer se desplazó hacia abajo y dijo sin volverse hacia él:

—No, está bien. Pagó seis meses por adelantado en efectivo. Todavía le queda bastante.

—Gracias.

Pierce salió de la oficina y caminó hasta los ascensores. Después de marcar el código de llamada, subió a la tercera planta y salió a un pasillo desierto de las dimensiones de un campo de fútbol y con puertas con persiana a ambos lados. Las paredes eran grises y el suelo, de linóleo del mismo color, había sido rallado un millón de veces por las ruedas negras de las plataformas rodantes. Pierce caminó por el pasillo hasta que llegó a la persiana con el número 331.

La puerta era de color marrón oxidado. No había en ella ninguna otra marca salvo los números, pintados de amarillo con un troquel. A la derecha de la puerta había un lector de tarjetas magnéticas con una luz roja al lado. Además, en la parte inferior de la puerta había un candado que aseguraba la puerta. Pierce comprendió que la tarjeta que había encontrado en la mochila sólo serviría para desactivar la alarma, que no abriría la puerta.

Sacó la tarjeta U-Store-It del bolsillo y la deslizó por el lector. La luz se puso verde, la alarma estaba desconectada. Entonces se agachó y cogió el candado. Tiró de él, pero estaba bien trabado. No podía abrir la puerta.

Tras un rato de sopesar su siguiente movimiento, se levantó y se encaminó al ascensor. Decidió que iría al coche y volvería a comprobar la mochila. La llave del candado tenía que estar allí. ¿Por qué colocar la tarjeta y no la llave? Si no estaba allí volvería a la oficina de U-Store-It. La mujer de detrás del mostrador probablemente podría prestarle una cizalla si le explicaba que había olvidado la llave.

En el *parking*, Pierce levantó su llave electrónica y abrió el coche. En el momento de oír el chasquido de las puertas al desbloquearse se detuvo en seco y se miró la mano. En su mente se proyectó un recuerdo. Wentz caminando

delante de él, avanzando por el pasillo hacia la puerta de su apartamento. Pierce volvió a oír el sonido de sus llaves en las manos del matón, el comentario sobre el BMW.

Una por una, Pierce pasó las llaves de su llavero, identificando las cerraduras a las que pertenecían: apartamento, garaje, gimnasio, delantera y trasera de Amalfi Drive, copia de reserva de la oficina, escritorio, copia de reserva del laboratorio, sala de ordenadores. También tenía una llave de la casa en la que había crecido, aunque hacía mucho que esta ya no pertenecía a su familia. Siempre la había conservado. Era un último vínculo con aquel tiempo y aquel lugar, con su hermana. Se dio cuenta de que tenía el hábito de guardar llaves de lugares donde ya no vivía.

Identificó todas las llaves menos dos. Las extrañas eran de acero inoxidable y pequeñas, no eran llaves de puertas. Una era ligeramente más grande que la otra. En la circunferencia de ambas estaba grabada la palabra «Master».

Se le aceleró el pulso cuando la miró. Instintivamente supo que una de aquellas dos llaves abriría el candado del almacén.

Wentz Él había colocado las llaves en el aro mientras avanzaban por el pasillo. O tal vez después, cuando Pierce estaba colgando del balcón. Al regresar del hospital había tenido que ser el personal de seguridad del edificio quien abriera la puerta de su apartamento. Encontró las llaves en el suelo de la sala. Sabía que Wentz había tenido mucho tiempo para colocar las llaves en el llavero.

Pierce no podía calibrarlo. ¿Por qué? ¿Qué estaba sucediendo? Aunque carecía de respuestas, sabía dónde las encontraría, o dónde empezaría a encontrarlas. Se volvió y se dirigió al ascensor.

Tres minutos más tarde, Pierce colocó la mayor de las dos llaves extrañas en el candado de la parte inferior de la puerta de la unidad de almacenaje 331. La giró y el candado se abrió con mecánica precisión. Lo sacó de la anilla y lo dejó en el suelo. Acto seguido agarró el tirador de la persiana y empezó a levantarla.

Al subir, la persiana emitió un desagradable chirrido metálico que reverberó en el largo pasillo. La puerta golpeó con fuerza al llegar a lo alto. Pierce se quedó de pie, con el brazo levantado y la mano todavía sujetando el asidero.

El espacio era de cuatro por tres y oscuro. No obstante, la luz del pasillo que se filtraba por encima de su hombro le permitió vislumbrar una gran caja blanca en medio de la sala. Se percibía un zumbido grave. Pierce se acercó y sus ojos se fijaron en un cordel blanco que encendía la luz del techo. Tiró de él y el cuarto se iluminó.

La caja blanca era un congelador. Un armario congelador cuya puerta superior estaba cerrada mediante un cerrojo más pequeño, un cerrojo que sin duda podría abrir con la segunda llave extraña.

No tenía que abrir el congelador para saber lo que había dentro, pero lo hizo de todos modos. Se sintió obligado, posiblemente por la ilusión de que estuviera

vacío y de que todo formase parte de una elaborada broma. O tal vez simplemente porque sabía que tenía que verlo con sus propios ojos, para que no hubiera dudas ni vuelta atrás posible.

Levantó la segunda llave extraña, la más pequeña. Abrió el candado y a continuación la tapa del congelador.

El cierre neumático se liberó y la goma hizo un sonido característico cuando la levantó. Una vaharada de aire frío salió del congelador y un olor húmedo y fétido invadió sus fosas nasales.

Con una mano sostuvo la puerta abierta y miró hacia abajo a través del vaho que se elevaba como un fantasma. Vio la forma de un cuerpo en el fondo del congelador. Una mujer desnuda y en posición fetal, con el cuello destrozado y hecho un amasijo de sangre. Estaba tumbada sobre el costado derecho. En el fondo se había acumulado sangre ennegrecida. Se había formado escarcha en el pelo oscuro y en la cadera vuelta hacia arriba. El pelo caía sobre la cara de la joven, pero sin oscurecerla del todo. Reconoció el rostro al instante. Sólo lo había visto en fotos, pero lo reconoció sin lugar a dudas.

Era Lilly Quinlan.

—Oh, Dios...

Lo dijo en voz baja. No era una sorpresa, sino una horrible confirmación. Soltó la tapa y cerró de golpe con un pesado zamp más fuerte que lo esperado. Le asustó, pero no lo suficiente para nublar la sensación de terror absoluto que lo envolvía. Se volvió y se dejó resbalar por la parte frontal del congelador hasta quedar sentado en el suelo, con los codos en las rodillas y las manos recogiendo el pelo en la nuca.

Cerró los ojos y oyó un ruido creciente, como si alguien corriera hacia él por el pasillo. Entonces se dio cuenta de que era interno, producido por la sangre que se agolpaba en sus oídos al tiempo que él se iba mareando. Pensó que podría desmayarse, pero comprendió que tenía que resistir y permanecer alerta. «¿Y si me desmayo? ¿Y si me encuentran aquí?».

Pierce se espabiló, se agarró de la parte superior del congelador y se incorporó. Pugnó por recuperar el equilibrio y por reprimir la náusea que crecía en su estómago. Se impulsó hasta quedar encima del congelador y se abrazó a él, poniendo la mejilla encima de la fría cubierta blanca. Respiró con mayor profundidad y al cabo de unos momentos la náusea remitió y su mente se despejó. Se enderezó y retrocedió. Examinó el congelador, escuchó su zumbido leve. Sabía que era el momento de más trabajo de AE. Analizar y evaluar. Cuando en el laboratorio surgía algo desconocido o inesperado se detenía y pasaba al modo AE. ¿Qué ves? ¿Qué sabes? ¿Qué significa?

Pierce estaba allí de pie, mirando un congelador y sentado en medio de una unidad de almacenaje que —según los registros oficiales— él había alquilado. El congelador contenía el cadáver de una mujer a la que nunca había visto antes,

pero de cuya muerte sin duda se le acusaría.

Lo que Pierce sabía era que le habían tendido una trampa de manera cuidadosa y convincente. Wentz estaba detrás, o al menos era parte de ello. Lo que no sabía era por qué.

Decidió no distraerse con el porqué. Todavía no. Antes necesitaba más información. Decidió continuar en el modo AE. Si podía desmontar el ingenio y estudiar todas las partes móviles, tal vez tendría una oportunidad de averiguar quién estaba detrás y por qué.

Paseando por el reducido espacio que quedaba delante del congelador, empezó con las cosas que lo habían llevado a descubrir la trampa. La llave magnética y las llaves del candado. Las habían escondido, o al menos camuflado. ¿El objetivo era que las encontrara? Después de sopesarlo y considerar la situación durante un largo momento, decidió que no. Había tenido suerte al descubrir que habían entrado en su coche. Un plan de tal magnitud y complejidad no podía confiar en esa suerte.

Así que concluyó que disponía de una ventaja. Sabía lo que supuestamente no debería saber. Conocía la existencia del cadáver y la del congelador y la unidad de almacenaje. Conocía la situación exacta de la trampa antes de que esta se accionara.

Siguiente pregunta. ¿Qué habría ocurrido si no hubiera encontrado la tarjeta magnética y no hubiera sido conducido hacia el cadáver? Consideró la cuestión. Langwiser le había advertido de un inminente registro policial. Sin duda, Renner y sus compañeros de investigación no dejarían piedra sin remover. Encontrarían la tarjeta magnética que les llevaría al espacio de almacenamiento. Buscarían en su llavero llaves de los candados y encontrarían el cadáver. Fin de la historia. A Pierce sólo le quedaría intentar defenderse de una trampa aparentemente perfecta.

Sintió que se le calentaba la cabeza al darse cuenta de que había escapado por los pelos, aunque fuera de manera momentánea. Y en el mismo instante comprendió perfectamente lo cuidadosa y completa que era la trampa. Confiaba en la investigación policial, confiaba en que Renner efectuara los movimientos que estaba llevando a cabo.

También confiaba en Pierce. Y cuando entendió esto, sintió que el sudor empezaba a gotearle en el pelo. Tenía calor bajo la camisa. Necesitaba aire acondicionado. La confusión y la pena que le habían atenazado —quizá incluso el asombro con el que veía el cuidadoso plan— se estaban convirtiendo en ira, una ira que se estaba forjando en rabia al rojo vivo.

En ese momento comprendió que la trampa —su trampa— había previsto sus movimientos. Cada uno de ellos. La trampa confiaba en su historia y en la posibilidad de sus movimientos teniendo en cuenta esa historia. Como los productos químicos sobre una lámina de silicio, elementos en los que se puede

confiar porque se sabe que actuarán de manera predecible, que se combinarán según los modelos esperados.

Dio un paso adelante y abrió otra vez el congelador. Tenía que hacerlo. Necesitaba volver a mirar para que la terrible impresión le golpeará en la cara como agua fría. Tenía que reaccionar. Tenía que actuar de una forma imprevisible. Necesitaba un plan y necesitaba tener la cabeza despejada para concebirlo.

El cadáver obviamente no se había movido. Pierce sostuvo la tapa del congelador abierta con una mano y se tapó la boca con la otra. En su reposo final, Lilly Quinlan parecía menuda. Como una niña. Trató de recordar la estatura y el peso que ella tan cuidadosamente anunciaba en su página Web, pero parecía que había pasado tanto tiempo desde el día en que lo había leído que no lo recordó.

Cambió el peso del cuerpo de un pie al otro y el movimiento alteró la luz que entraba en el congelador desde arriba. Un brillo del pelo de Lilly captó su mirada y Pierce se inclinó en el congelador.

Con la mano libre, Pierce trató de retirar el pelo de la cara del cadáver. Estaba congelado y los cabellos se quebraron cuando él los movió. Descubrió la oreja de Lilly y vio que había un pendiente en el lóbulo: una copa de plata con una gota de ámbar y una pluma plateada debajo. Giró la mano para que el ámbar captara más luz de la que se filtraba en el congelador. Fue entonces cuando lo vio. Un minúsculo insecto de algún tipo congelado en el ámbar, tiempo atrás atraído por la dulzura y el alimento pero capturado en una trampa mortal de la naturaleza.

Pierce pensó en el destino de ese insecto y supo lo que tenía que hacer. Él también tenía que esconderla. Esconder a Lilly. Trasladarla, evitar que fuera descubierta, ni por Renner ni por nadie.

Un suspiro escapó de su boca al considerar la idea. El momento era surrealista, casi estrambótico. Estaba pensando en cómo esconder un cadáver congelado, en cómo ocultarlo de modo que no tuviera ninguna conexión directa con él. Era una tarea que lindaba con lo imposible.

Cerró el congelador y puso de nuevo el candado con rapidez, como si ello fuera una medida capaz de impedir que su contenido saliera a la luz y lo acechara.

Sin embargo, la simple acción rompió la inactividad de su mente. Empezó a pensar.

Sabía que tenía que trasladar el congelador. No había alternativa. Renner estaba al caer. Incluso era posible que hubiera descubierto la unidad de almacenaje sin las pistas de la llave y la tarjeta magnética. El detective podía recibir una llamada anónima. No podía contar con nada. Tenía que trasladar el cadáver. Si Renner encontraba el congelador todo habría terminado. Amedeo

Tech, Proteus, su vida, todo. Después de eso sería un insecto en el ámbar.

Pierce se inclinó y colocó las manos en las esquinas delanteras del congelador. Aplicó presión para ver si era posible moverlo. El congelador se deslizó los quince centímetros que lo separaban de la pared posterior de la unidad de almacenaje sin ofrecer excesiva resistencia. Tenía ruedas, podía moverlo. La cuestión era ¿adónde?

Necesitaba una solución rápida, algo que con un mínimo de esfuerzo le ofreciera seguridad a corto plazo, mientras se le ocurría un plan a largo plazo. Salió de la unidad de almacenaje y corrió por el pasillo, mirando a ambos lados en busca de una unidad sin alquilar y sin cerrar.

Pasó junto al ascensor y recorrió la mitad de la otra ala antes de encontrar una puerta sin candado. Era la unidad 307. La luz del lector magnético situado a la derecha de la puerta no brillaba ni en color verde ni en rojo. Al parecer la alarma estaba inactiva, probablemente hasta que la unidad fuera alquilada. Pierce se agachó, sacó el pasador y levantó la persiana. El espacio era oscuro. No sonó ninguna alarma. Encontró el interruptor de la luz y vio que el espacio era idéntico al de la unidad alquilada a su nombre. Revisó la pared posterior y localizó el enchufe eléctrico.

Volvió a recorrer el pasillo hasta la unidad 331. Se colocó detrás del congelador y arrancó el enchufe. El motor eléctrico enmudeció. Pierce lanzó el cable encima del aparato y apoyó su peso en él. El congelador rodó hacia el pasillo con relativa facilidad. En unos segundos lo había sacado del almacén.

Las ruedas del congelador estaban alineadas de manera que resultara fácil mover el electrodoméstico hacia adelante y hacia atrás en espacios reducidos y proporcionar acceso para el servicio. Pierce tuvo que doblarse y reunir todas sus fuerzas para girarlo hacia el pasillo. Las ruedas arañaron el suelo sonoramente. Una vez que hubo encarado el congelador en la dirección correcta, empujó con más fuerza y logró dar impulso a la pesada caja. Aún no estaba a medio camino de la unidad 307 cuando oyó el sonido del ascensor. Se agachó para empujar con más fuerza, pero por más que lo intentó no logró aumentar la velocidad. Las ruedas eran pequeñas y no estaban pensadas para ir rápido.

Pierce pasó por delante del ascensor justo cuando se silenció el zumbido procedente del hueco. Apartó la cara y siguió empujando, escuchando a la espera de que se abriera la puerta de una de las cabinas.

No ocurrió. Al parecer el ascensor se había detenido en otra planta. Pierce dejó escapar el aliento, aliviado y exhausto. Y justo cuando se disponía a abrir la unidad 307 se abrió de golpe la puerta de la escalera más próxima a él y un hombre accedió al pasillo. Pierce se sobresaltó y estuvo a punto de maldecir en voz alta.

El hombre, ataviado con un mono blanco y con el pelo y la piel moteados de pintura, se le acercó. Parecía que la escalera le había dejado sin aliento.

—Usted es el que estaba reteniendo el ascensor —preguntó afablemente.

—No —respondió Pierce demasiado a la defensiva—. Yo he estado aquí arriba.

—Sólo preguntaba. ¿Le echo una mano?

—No, estoy bien. Sólo estoy...

El pintor no hizo caso de su respuesta y se acercó a Pierce. Puso las manos en la parte posterior del congelador y señaló con la cabeza hacia la puerta abierta de la unidad de almacenaje.

—¿Ahí dentro?

—Sí. Gracias.

Empujando los dos hombres juntos, el congelador describió el giro con rapidez y entró en el almacén.

—Listo —dijo el pintor, al parecer de nuevo sin resuello. Entonces le tendió la mano derecha—. Frank Aiello.

Pierce le estrechó la mano. Aiello metió la otra mano en el bolsillo de la camisa y sacó una tarjeta. Se la entregó a Pierce.

—Si necesita algún trabajo, me llama.

—Muy bien.

El pintor miró el congelador, al parecer advirtiendo por primera vez qué era aquello que había ayudado a meter en el cuarto.

—Pesa una tonelada. ¿Qué lleva dentro, un cadáver?

Pierce simuló una risotada y negó con la cabeza, sin levantar la barbilla en ningún momento.

—De hecho está vacío. Sólo lo almaceno.

Aiello se inclinó y sacudió el candado del congelador.

—Quiere asegurarse de que nadie le robe el aire de dentro, ¿eh?

—No, es... es porque los niños siempre se meten en los sitios. Por eso lo mantengo cerrado.

—Buena idea.

Pierce se había girado y la luz le había iluminado la cara. El pintor reparó en la cremallera de puntos que le bajaba por la nariz.

—Eso tiene que haber dolido.

Pierce asintió.

—Es una larga historia.

—No es de las que quiero escuchar. Recuerde lo que le he dicho.

—¿A qué se refiere?

—Si necesita un pintor, me llama.

—Ah, sí. Tengo su tarjeta.

Pierce saludó con la cabeza y Aiello se alejó del almacén, pasillo abajo. Pierce pensó en el comentario acerca de que había un cadáver en el congelador. ¿Había sido un comentario casual o Aiello no era lo que aparentaba ser?

Pierce oyó un juego de llaves tintineando en el pasillo y luego el chasquido metálico de un candado seguido por el chirrido de una persiana al alzarse. Supuso que Aiello estaba recogiendo material de su espacio de almacenamiento. Aguardó y al cabo de unos minutos oyó que la puerta bajaba y se cerraba. Pronto siguió el zumbido del ascensor. Esta vez Aiello no iba a utilizar la escalera.

En cuanto estuvo seguro de que estaba solo en la planta, Pierce volvió a enchufar el congelador y aguardó hasta que escuchó que el compresor se ponía en marcha.

A continuación se sacó la camisa de los pantalones y utilizó la parte inferior para limpiar todas las superficies del congelador y el cable que pudiera haber tocado. Cuando estuvo seguro de que había ocultado sus huellas, retrocedió y cerró la puerta. La cerró con el candado de la otra unidad y limpió el candado y la puerta con la camisa.

Al alejarse de la unidad hacia el ascensor le invadió una terrible sensación de culpabilidad y miedo. Sabía que era porque durante la última media hora había actuado movido por los instintos y la adrenalina. No había estado pensando en sus movimientos, sino simplemente ejecutándolos. Pero la aguja del depósito de adrenalina ya marcaba reserva y sólo le quedaba enfrentarse con sus pensamientos.

Sabía que no estaba libre de peligro. Mover el congelador era como poner una tirita en una herida de bala. Necesitaba saber lo que le estaba ocurriendo y por qué. Tenía que concebir un plan que le salvara la vida.

Su primer impulso era el de enroscarse en el suelo en la misma posición que el cadáver del congelador, pero Pierce sabía que derrumbarse bajo la presión del momento equivalía a asegurar su muerte. Abrió la puerta y entró en su apartamento, temblando de miedo y rabia y con la certeza de que él mismo era la única persona de la que podía fiarse para salir del oscuro túnel en el que se hallaba. Se prometió que se levantaría del suelo. Y lo haría luchando.

Como para subrayar su promesa, cerró el puño y derribó la lámpara de pie nueva que Mónica Purl había ordenado que colocaran junto al sofá. Su golpe la envió contra la pared, donde la delicada pantalla beige se cayó y la bombilla se hizo añicos. La lámpara resbaló por la pared hasta el suelo como un boxeador grogui.

—¡Joder!

Se sentó en el sofá, pero se levantó de inmediato. Todos sus pistones estaban funcionando. Acababa de trasladar y esconder un cadáver, una víctima de asesinato. De algún modo quedarse sentado parecía la opción menos inteligente.

Sin embargo, sabía que tenía que hacerlo. Tenía que sentarse y examinar el problema. Tenía que pensar como un científico, no como un detective. Los detectives se mueven de una forma lineal. Avanzan de una pista a la siguiente y después componen la imagen. Pero en ocasiones las pistas formaban la imagen equivocada.

Pierce era un científico. Sabía que tenía que valerse de aquello que siempre le había funcionado. Tenía que enfocar el problema de la misma forma en que había abordado y resuelto la cuestión del registro del coche. Desde abajo. Debía encontrar las puertas lógicas, los lugares donde los cables se cruzaban, arrancar la carcasa y estudiar el diseño, la arquitectura. Olvidarse del pensamiento lineal y aproximarse a la cuestión desde ángulos completamente nuevos. Observar la cuestión y después darle la vuelta y mirarla bajo la lupa. La vida era un experimento que se llevaba a cabo en condiciones no controladas, una larga reacción química tan impredecible como vibrante, Pero la trampa que le habían tendido era diferente, se había urdido en circunstancias controladas. Las reacciones eran predecibles y esperables. Ahí estaba la clave, eso significaba que era algo que podía desbaratarse.

Volvió a sentarse y sacó su libreta de la mochila. Estaba listo para escribir y listo para atacar. El primer objeto de su escrutinio era Wentz, un hombre al que no había visto nunca antes del día de la agresión, un hombre que según la idea inicial era el eje del montaje. La cuestión era ¿por qué Wentz había elegido a Pierce para colgarle un asesinato?

Tras unos minutos de girarlo, molerlo y mirarlo desde ángulos opuestos, Pierce llegó a discernir cierta lógica en el caso.

Conclusión 1. Wentz no había elegido a Pierce. No había ninguna conexión lógica o relación que sostuviera esa tesis. Aunque en ese momento existía animadversión, los dos hombres no se conocían cuando el plan ya estaba en marcha. Pierce estaba seguro de eso. Y esa conclusión llevaba a la hipótesis de que Pierce había tenido que ser elegido para Wentz por alguien que no era Wentz.

Conclusión 2. Había una tercera parte en la trama. Wentz y el hombre musculoso llamado Dosmetros eran sólo herramientas, piezas del engranaje de la trampa. Detrás del asunto estaba la mano de alguien más.

La tercera parte.

Pierce reflexionó. ¿Qué necesitaba la tercera parte para construir la trampa? La trama era compleja y se basaba en los movimientos predecibles de Pierce en un entorno fluido. Él sabía que en condiciones controladas uno podía fiarse de las moléculas. ¿Y de él? Le dio la vuelta a la pregunta y la contempló otra vez. Entonces llegó a un conocimiento básico acerca de él mismo y la tercera parte.

Conclusión 3. Isabelle. Su hermana. La trampa había sido orquestada por una tercera persona con conocimiento de su vida íntima, lo cual lo llevaba a una comprensión de cómo iba a reaccionar con casi total seguridad bajo ciertas circunstancias controladas. Las llamadas de clientes a Lilly eran el elemento incitador del experimento. La tercera parte sabía cómo reaccionaría Pierce, sabía que investigaría y perseguiría el fantasma de su hermana. Por tanto, la tercera parte conocía sus fantasmas. La tercera parte sabía de Isabelle.

Conclusión 4. El número equivocado era el número correcto. No le habían asignado al azar el número de Lilly Quinlan. Había sido algo intencionado. Era parte de la trampa.

Conclusión 5. Mónica Purl. Formaba parte de la trampa. Ella había encargado el servicio telefónico. Ella tenía que haber solicitado específicamente el número que pondría en marcha la caza.

Pierce se levantó y empezó a pasear. Su última conclusión lo cambiaba todo. Si la trampa estaba ligada a Mónica, entonces estaba ligada a Amedeo, lo cual suponía que formaba parte de una conspiración de orden superior. No se trataba de colgarle un asesinato a Pierce, se trataba de otra cosa. En este sentido, Lilly Quinlan era como Wentz: una herramienta de la trampa, un diente del engranaje. Su asesinato había sido simplemente un medio para llegar a Pierce.

Dejando momentáneamente de lado el horror que ello representaba, Pierce

volvió a sentarse y consideró la pregunta más elemental. Aquella cuya respuesta lo explicaría todo. ¿Por qué?

¿Por qué era Pierce el objetivo de la conspiración?

¿Qué querían?

Lo giró y lo miró desde otro ángulo. ¿Qué ocurriría si el plan tenía éxito? A la larga sería detenido, juzgado y —muy posiblemente— condenado. Sería encarcelado, posiblemente incluso condenado a muerte. A corto plazo se produciría el interés de los medios de comunicación y el escándalo, la caída en desgracia. Maurice Goddard y su dinero desaparecerían. Amedeo Technologies quebraría.

Le dio de nuevo la vuelta y la pregunta se centró en los medios para conseguir el fin. ¿Por qué tomarse tantas molestias? ¿Para qué elaborar la trama? ¿Por qué matar a Lilly Quinlan y organizar un vasto plan que podía venirse abajo en cualquiera de sus pasos? ¿Por qué no matar simplemente a Pierce? Matar a Pierce en lugar de a Lilly Quinlan y conseguir lo mismo con medios mucho más simples. Volvería a estar fuera de juego, Goddard también abandonaría y Amedeo también quebraría.

Conclusión 6. El objetivo es diferente. No es Pierce ni Amedeo. Es otra cosa.

Como científico, Pierce disfrutaba al máximo de los momentos de lucidez al mirar al microscopio, el momento en que las cosas cobraban sentido, cuando las moléculas se combinaban en su orden natural, de la manera que sabía que lo harían. Era la magia que encontraba en su vida cotidiana.

Un momento de similar lucidez le invadió cuando miró al océano. Fue un momento en que vio la imagen completa y supo del orden natural de las cosas.

—Proteus—susurró.

Querían Proteus.

Conclusión 7. La trampa estaba diseñada para arrinconar de tal manera a Pierce que no tuviera otra salida que darles lo que ellos deseaban. El proyecto Proteus. Pierce cambiaría Proteus por su libertad, por recuperar su vida.

Retrocedió. Quería estar seguro. Volvió a estudiar el caso y de nuevo surgió Proteus. Se inclinó hacia adelante y se peinó el pelo con los dedos. Estaba mareado. No por su conclusión de que Proteus era el objetivo último, sino porque había dado rápidamente un último salto. Había cabalgado la ola de lucidez hasta la orilla. Lo había entendido. Finalmente tenía la imagen completa y en medio de ella estaba la tercera parte. Le estaba sonriendo, con ojos brillantes y hermosos.

Conclusión 8. Nicole.

Ella era el vínculo. Ella conectaba todos los puntos. Ella tenía conocimiento secreto del proyecto Proteus porque él se lo había dado: ¡le había hecho toda la puta presentación! Y ella conocía su historia más secreta, la historia verdadera y completa de Isabelle que nunca le había contado a nadie más.

Pierce negó con la cabeza. No podía creerlo, pero lo creía. Sabía que

cuadraba. Supuso que habría acudido a Elliot Bronson o quizá a Gil Franks, el cacique de Midas Molecular. Tal vez había acudido a la DARPA. No importaba. Lo que estaba claro era que lo había traicionado, había explicado el proyecto, había acordado robarlo o quizá simplemente demorarlo lo justo para que pudiera ser replicado y llevado a una oficina de patentes por otro competidor antes de que lo hiciera él.

Cruzó los brazos con fuerza ante el pecho y la náusea remitió.

Sabía que necesitaba un plan. Necesitaba poner a prueba sus conclusiones de algún modo y luego reaccionar a los descubrimientos. Era el momento de un poco de AE, tiempo de experimentar.

Sólo había un modo de hacerlo, decidió. Iría a verla, se enfrentaría a ella, averiguaría la verdad.

Recordó su promesa de luchar. Decidió asestar su primer golpe. Cogió el teléfono y llamó al despacho de Jacob Kaz. Era tarde, pero el abogado de patentes seguía allí y respondió a la llamada enseguida.

—Henry, has estado fantástico hoy —dijo a modo de saludo.

—Tú también has estado muy bien, Jacob.

—Gracias. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Está listo el paquete?

—Sí. Ya está. Lo terminé anoche. Lo único que falta es presentarlo. Voy a viajar el sábado, visitaré a mi hermano en el sur de Maryland y tal vez a algunos amigos que tengo en Baileys Crossroads, en Virginia, y estaré allí el lunes a primera hora para presentar la solicitud. Como le he dicho a Maurice hoy. El plan sigue en pie.

Pierce se aclaró la garganta.

—Hemos de cambiar el plan.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Jacob, quiero que cojas un vuelo nocturno. Quiero que lo presentes todo mañana a primera hora. En cuanto abran.

—Henry, yo... Va a salir un poco caro coger un vuelo esta noche sin previo aviso. Normalmente viajo en Business y eso...

—No me importa lo que cueste. No me importa dónde te sientes. Quiero que vuelas esta noche. Llámame por la mañana, en cuanto lo hayas presentado.

—¿Algo va mal, Henry? Pareces un poco...

—Sí, algo va mal, Jacob, por eso te envió esta noche.

—Bueno, ¿quieres que hablemos? Tal vez pueda ayudar.

—Puedes ayudar subiendo a ese avión y presentándolo todo mañana a primera hora. No puedo decirte nada más ahora. Sólo ve allí, presenta los papeles y llámame. No importa la hora que sea. Llámame.

—Muy bien, Henry, lo haré. Lo prepararé todo ahora mismo.

—¿A qué hora abre la oficina?

—A las nueve.

—Perfecto, entonces te llamaré poco más de las seis, hora de aquí. Y ¿Jacob?

—¿Sí, Henry?

—No le digas a nadie más que a tu mujer y tus hijos que te vas esta noche, ¿de acuerdo?

—Eh... ¿Y Charlie? Hoy ha dicho que tal vez me llamaría esta noche para revisar las últimas...

—Si Charlie te llama, no le digas que te vas hoy. Si llama después de que te hayas marchado, dile a tu mujer que le diga que has tenido que salir por otro cliente. Una emergencia.

Kaz se sumió en un largo silencio.

—¿Has entendido esto, Jacob? No estoy diciendo nada de Charlie. Es sólo que en este momento no puedo fiarme de nadie. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—Muy bien, te dejo para que puedas llamar al aeropuerto. Gracias, Jacob. Llámame desde Washington.

Pierce apagó el teléfono. Se sentía mal por poner en entredicho a Charlie Condon a ojos de Kaz, pero sabía que no podía correr riesgos. Volvió a descolgar y llamó a la línea directa de Condon. Seguía allí.

—Soy Henry.

—Acabo de ir a buscarte a tu despacho.

—Estoy en casa, ¿qué ocurre?

—Pensé que tal vez querías despedirte de Maurice. Pero ya se ha ido. Mañana vuelve a Nueva York, pero dijo que quería hablar contigo antes de marcharse. Llamará por la mañana.

—Bien. ¿Habéis cerrado el trato?

—Tenemos un preacuerdo. Al final de la semana próxima tendremos los contratos.

—¿Cómo ha salido?

—Conseguí los veinte, pero por tres años. El desglose es dos millones de entrada y luego un millón cada dos meses. Él será el presidente del consejo y se queda diez puntos. Los puntos se le confieren según un calendario. Se queda con un punto por el primer pago y luego un punto más cada cuatro meses. Si pasa algo y él se retira, se va sólo con los puntos que ha acumulado. Nos reservamos una opción de recompra de un año al ochenta por ciento.

—Bien.

—¿Sólo bien? ¿No estás contento?

—Es un buen acuerdo, Charlie. Para nosotros y para él.

—Yo estoy muy contento, y él también.

—¿Cuándo tendremos el primer pago?

—El periodo de fideicomiso es de treinta días. Un mes, después subida de

suelo para todos, ¿no?

—Sí.

Pierce sabía que Condon esperaba entusiasmo, cuando no euforia, por el contrato. Pero Pierce no podía dárselos. Ni siquiera sabía dónde estaría dentro de un mes.

—Bueno, ¿adónde te has ido? —preguntó Condon.

—Ah, a casa.

—¿A casa? ¿Por qué? Pensaba que íbamos a...

—Tengo cosas que hacer. Escucha, ¿han preguntado por mí Maurice o Justine? ¿Algo más sobre el accidente?

Se produjo un silencio mientras Condon pensaba sobre el particular.

—No, de hecho pensaba que tal vez sacarían a relucir otra vez que querían el atestado del accidente, pero no lo han hecho. Creo que estaban tan anonadados con lo que han visto en el laboratorio que ya no se han preocupado más por lo que te ha pasado en la cara.

Pierce recordó el color morado del rostro de Goddard en las gafas de resonancia térmica.

—Eso espero.

—¿No piensas contarme qué te pasó?

Pierce vaciló. Se estaba sintiendo culpable por ocultarle cosas a Condon. Pero tenía que mantener la cautela.

—Ahora mismo no, Charlie. No es el momento.

La respuesta detuvo la réplica de Condon, y en el silencio Pierce sintió el daño que estaba infligiendo a la relación entre ambos. Si al menos hubiera una forma de estar seguro respecto a Condon. Si hubiera una pregunta que pudiera formular... Pero sus habilidades de ingeniería social le habían abandonado y eso dejó sólo el silencio.

—Bueno —dijo Condon—. Me voy a ir. Felicidades, Henry. Hoy ha sido un gran día.

—Felicidades, Charlie.

Después de colgar, Pierce sacó el llavero para comprobar algo. No las llaves del candado, pues las había dejado en el almacén, ocultas encima de una señal de salida de emergencia de la tercera planta. Revisó una vez más el llavero para asegurarse de que todavía tenía la llave de la casa de Amalfi Drive. Si Nicole no estaba en casa, iba a entrar de todos modos. Y la esperaría.

Pierce tomó el California Incline hasta la autovía de la costa y luego enfiló hacia el norte, hacia la boca del cañón de Santa Monica. Dobló a la derecha en Channel y estacionó en el primer lugar de parquímetro que encontró libre. Bajó del BMW y caminó de regreso a la playa, mirando por encima del hombro y a su alrededor cada diez metros en busca de perseguidores. Cuando llegó a la esquina miró en torno una vez más y a continuación bajó rápidamente la escalera hasta el túnel para peatones que pasaba por debajo de la autovía y conducía a la playa.

Los muros del túnel eran un collage de *graffiti*, algunos de los cuales Pierce reconoció a pesar de que hacía más de un año que no atravesaba ese paso subterráneo. En tiempos más felices con Nicole había sido su costumbre ir a buscar el diario y café los domingos por la mañana y llevárselo todo a la playa, pero durante el último año Pierce había estado trabajando en Proteus la mayor parte de los domingos y no había tenido tiempo para la playa.

Al otro lado, el túnel se ramificaba en dos escaleras separadas, la más lejana de las cuales salía a la arena justo al lado del canal de desagüe que vaciaba el agua de lluvia del cañón en el océano. Eligió esta escalera y salió a la luz solar para encontrar la playa desierta. Vio al socorrista de amarillo de pie donde él y Nicole tomaban café y leían el diario. El lugar parecía tan abandonado como su ritual dominical. Sólo quería verlo, recordarlo, antes de subir la colina para enfrentarse a ella. Al cabo de un rato, caminó de nuevo hacia la entrada del túnel y bajó una vez más la escalera.

Cuando había recorrido la cuarta parte del túnel de cincuenta metros, Pierce vio que un hombre se aproximaba a él desde el otro lado. A causa de la luz que llegaba de atrás, el hombre aparecía como una silueta. Pierce de pronto empezó a temer una confrontación con Renner en la galería. El poli lo había seguido hasta allí e iba a detenerle.

El hombre se aproximó, moviéndose con rapidez y todavía inidentificable. Unos metros más adelante apareció a la vista y Pierce se dio cuenta de que no era Renner ni nadie a quien conociera. Era un joven de poco más de veinte años, con el aspecto de un surfista acabado. De manera incongruente, vestía una chaqueta de esquí que estaba desabrochada y abierta para revelar que no llevaba camisa debajo. Tenía el pecho lampiño y bronceado.

—Eh, ¿estás buscando a alguien? ¿Qué te ha pasado en la cara, tío?

Pierce siguió caminando, apretando el paso y sin contestar. En ocasiones anteriores le habían ofrecido sexo en el túnel. Había dos bares gays en Channel y estaba en su territorio.

Al arrancar el BMW unos minutos después, Pierce miró en los retrovisores y no vio a nadie que lo siguiera. La tensión en su pecho empezó a relajarse. Sólo un poco. Sabía que todavía tenía que enfrentarse con Nicole.

En el cruce donde se hallaba la escuela primaria del cañón, dobló a la izquierda en Entrada y siguió por esa calle hasta Amalfi Drive. Giró a la izquierda y subió por esta serpenteante vía que ascendía por la ladera norte del cañón trazando curvas muy cerradas. Al pasar junto a su vieja casa miró por el sendero de entrada y vio el viejo Speedster de Nicole en la cochera. Al parecer ella estaba en casa. Pierce se detuvo junto al bordillo y se quedó sentado un momento, tratando de aclarar las ideas y armándose de valor. Delante de él vio un Volkswagen destartado en el sendero de una casa vecina, sacando humo por los dos tubos de escape, con un cartel de la pizzería Domino's en el techo. Pierce sólo había picado algo en la comida de catering, porque había estado demasiado nervioso por la presentación y la expectativa de sellar un gran negocio con Goddard.

Pero la comida iba a tener que esperar. Bajó del coche.

Pierce subió al porche y golpeó con los nudillos. Era una puerta cristalera con una sola luz, de modo que Nicole sabría que era él en el momento en que saliera al pasillo. Pero el cristal funcionaba en los dos sentidos. Pierce la vio en el mismo momento en que ella lo vio a él. Nicole vaciló, pero sabía que no podía simular que no estaba en casa. Se acercó a la puerta y abrió.

No obstante, Nicole se quedó en el umbral, sin invitarlo a pasar. Llevaba unos vaqueros desteñidos y un suéter ligero. El suéter estaba cortado para mostrar su abdomen plano y bronceado y el aro de oro que llevaba en el ombligo. Iba descalza y Pierce supuso que sus zuecos favoritos no estarían lejos.

—Henry, ¿qué estás haciendo aquí?

—Necesito hablar contigo. ¿Puedo pasar?

—Bueno, estoy esperando unas llamadas. ¿Puedes...?

—¿De quién? ¿De Billy Wentz?

Esto la detuvo. En su mirada apareció una expresión de desconcierto.

—¿Quién?

—Ya sabes quién. ¿Qué hay de Elliot Bronson o Gil Franks?

Nicole sacudió la cabeza como si sintiera pena por él.

—Mira, Henry, si esto es una escena de exnovio celoso, puedes ahorrártela. No conozco a ningún Billy Wentz y no pretendo conseguir trabajo con Elliot Bronson ni con Gil Franks. Firmé una cláusula de no competencia, ¿recuerdas?

Pierce sintió una grieta en su armadura. Nicole había desviado con destreza

su primer ataque y con tanta suavidad y naturalidad que Pierce sintió que su resolución se tambaleaba. Todo su girar y moler de una hora antes de repente empezaba a resultar sospechoso.

—Oye, ¿puedo pasar o no? No quiero hacer esto aquí fuera.

Nicole volvió a dudar, pero luego retrocedió y le invitó a entrar. Ambos fueron al salón, que estaba a la derecha del pasillo. Era una estancia amplia y oscura, con suelo de color cereza y techos de casi cinco metros de altura. Había un hueco donde había estado su sofá de piel, el único mueble que se había llevado. Por lo demás, el salón seguía igual. En una de las paredes había una librería enorme de suelo a techo con estantes de doble anchura. La mayoría de los estantes se hallaban llenos de libros de ella, colocados en dos filas. Nicole sólo guardaba allí libros que ya había leído y había leído muchos. Una de las cosas que más le gustaban de ella era que prefería pasar una tarde en el sofá leyendo un libro y comiendo sándwiches de mantequilla de cacahuete o jalea que ir al cine y a cenar a un chino. También era una de las cosas de las que sabía que se había aprovechado. Nicole no lo necesitaba para leer un libro, lo cual simplificaba el hecho de quedarse en el laboratorio una hora más. O varias horas más, como solía ser el caso.

—¿Te encuentras bien? —dijo ella, buscando un punto de cordialidad—. Tienes mejor aspecto.

—Estoy bien.

—¿Cómo te ha ido hoy con Maurice Goddard?

—Ha ido bien. ¿Cómo lo sabías?

Nicole puso cara de ofendida.

—Porque estuve trabajando allí hasta el viernes y la presentación ya estaba programada, ¿recuerdas?

Pierce asintió. Ella tenía razón, no había nada sospechoso en eso.

—Lo olvidé.

—¿Va a subirse al carro?

—Eso parece.

Nicole no se sentó. Se quedó de pie en medio del salón y de cara a él. Los estantes de libros se alzaban como una fortaleza detrás de ella, empequeñeciéndola, todos ellos condenas silenciosas para Pierce, cada uno, una noche que no había estado con ella. Le intimidaron, pero sabía que tenía que mantener su enfado para la confrontación.

—Bueno, Henry, aquí estamos. ¿Qué pasa?

Pierce asintió. Era el momento. Cayó en la cuenta de que no se lo había preparado. Estaba improvisando.

—Bueno, lo que pasa es que probablemente ya no tiene importancia, pero quería saberlo por mí, para que así tal vez pueda soportarlo un poco mejor. Sólo, dime, Nicki, ¿alguien se acercó a ti, te presionaron, te amenazaron? ¿O

simplemente me vendiste porque sí?

La boca de Nicole dibujó un círculo perfecto. Pierce había convivido con ella durante tres años y creía que conocía todas sus expresiones faciales. Dudaba que ella pudiera adoptar una expresión que él no hubiera visto antes. Y el círculo perfecto de su boca lo había visto antes, pero no reflejaba la sorpresa de verse descubierta. Era desconcierto.

—Henry, ¿de qué estás hablando?

Demasiado tarde. No había vuelta atrás.

—Sabes de qué estoy hablando. Me tendiste una trampa. Y quiero saber por qué y quiero saber para quién. ¿Bronson? ¿Midas? ¿Quién? ¿Y sabías que iban a matarla, Nicole? No me digas que lo sabías.

Los ojos de ella empezaban a adquirir los destellos violetas que señalaban su ira. O sus lágrimas. O ambas cosas.

—No tengo ni idea de qué estás diciendo. ¿Una trampa para qué? ¿Matar a quién?

—Vamos, Nicole. ¿Están ellos aquí? Hola, ¿está Elliot escondido en la casa? ¿Cuándo les hago la presentación a ellos? ¿Cuándo hacemos el cambio? Mi vida por Proteus.

—Henry, creo que te ha pasado algo. Cuando te colgaron del balcón y chocaste con la cabeza en la pared. Creo que...

—¡Mentira! Tú eras la única que conocía la historia de Isabelle. Eres la única persona a la que se lo he contado. Y lo has usado para hacer esto. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Por dinero? ¿O simplemente querías vengarte por cómo lo estropeé todo?

Pierce vio que ella empezaba a temblar, a flaquear. Tal vez la estaba quebrando. Ella levantó las manos, con los dedos separados y retrocedió. Estaba volviendo de nuevo hacia el pasillo.

—Sal de aquí, Henry. Estás loco. Si no fue por golpear la pared, entonces habrá sido por pasar tantas horas en el laboratorio. Al final has petado. Será mejor que te busques un...

—No lo entiendes —dijo Pierce con calma—. No te vas a quedar Proteus. Antes de que te levantes mañana por la mañana estará registrado. ¿Lo entiendes?

—No, Henry, no lo entiendo.

—Lo que me gustaría saber es quién la mató. ¿Fuiste tú o le pediste a Wentz que lo hiciera por tí? Él se ocupa de todo el trabajo sucio, ¿no?

Esto la detuvo. Nicole se volvió y estuvo a punto de gritarle.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Matar a quién? ¿Estás oyendo lo que dices?

Pierce se detuvo, esperando que ella se calmara. La situación no estaba yendo del modo que él había pensado. Necesitaba que ella lo confesara, pero Nicole estaba empezando a llorar.

—Nicole, yo te quería. No sé qué coño me pasa, porque todavía te quiero.

Ella se calmó, se limpió las mejillas y cruzó los brazos en el pecho.

—Muy bien, ¿me harás un favor, Henry? —preguntó con calma.

—Aún no has tenido bastante de mí. ¿Qué más quieres?

—Hazme el favor de sentarte en esa silla y yo me sentaré aquí.

Nicole lo condujo hasta la silla y luego se colocó detrás de la que iba a ocupar ella.

—Siéntate y hazme este favor. Dime qué ha pasado. Dímelo como si no supiera nada del asunto. Ya sé que no lo crees, pero quiero que me lo cuentes como si lo creyeras. Cuéntamelo como una historia. Puedes decir lo que quieras de mí en la historia, por malo que sea, pero cuéntamelo. Desde el principio, ¿vale, Henry?

Pierce lentamente se sentó en la silla que ella le había señalado. La miró a ella todo el tiempo, observó sus ojos. Cuando Nicole se sentó frente a él empezó a contar la historia.

—Supongo que podría decir que empezó hace veinte años. La noche que encontré a mi hermana en Hollywood y no se lo conté a mi padrastro.

Una hora después Pierce estaba de pie en el dormitorio y vio que nada había cambiado. Hasta la pila de libros del suelo, en el lado de la cama que ocupaba Nicole, nada parecía diferente. Se acercó para mirar el libro que estaba abierto sobre la almohada donde ella solía dormir. Se llamaba *Iguana Love* y se preguntó de qué trataba.

Nicole se le acercó por detrás y le tocó suavemente los hombros con los dedos. Pierce se volvió y ella levantó las manos para sostenerle la cara mientras examinaba las cicatrices que le bajaban por la nariz hasta el ojo.

—Lo siento, pequeño —dijo.

—Yo siento lo que pasó abajo, siento haber dudado de ti. Siento todo lo que ocurrió el año pasado. Pensaba que podría mantenerte a mi lado y al mismo tiempo trabajar como...

Nicole le pasó las manos por detrás del cuello y lo atrajo para besarle. Él la giró, la sentó suavemente en el borde de la cama y se arrodilló en el suelo delante de ella. Le separó lentamente las rodillas y avanzó entre ellas. Se inclinó hacia Nicole y se besaron de nuevo. Esta vez fue un beso más largo y apasionado. Pierce pensó que hacía una eternidad que no sentía el contorno de los labios de ella en los suyos.

La agarró por las caderas y la atrajo hacia sí. No lo hizo con suavidad. Enseguida sintió una de las manos de ella en la nuca y la otra desabrochándole la camisa. Se pelearon con la ropa del otro, hasta que finalmente se separaron para desnudarse cada uno a sí mismo. Sin decir nada los dos sabían que de este modo sería más rápido.

Se movían cada vez con más ímpetu. Cuando Pierce se quitó la camisa, ella hizo una mueca al ver los moratones en su pecho y costado, pero enseguida se inclinó hacia él y le besó las magulladuras. Y cuando ambos estuvieron finalmente desnudos, fueron a la cama y se fundieron en un abrazo compuesto a partes iguales de deseo carnal y tierna nostalgia. Pierce se dio cuenta de que en ningún momento había dejado de echarla de menos, de echar de menos su sensatez y el carácter emotivo de su relación. Y también había echado de menos su cuerpo. Tenía un deseo frenético del tacto y el gusto de su cuerpo.

Pierce puso la cara en sus pechos y poco a poco fue bajando, presionando la

nariz en su piel, sosteniendo en la boca por un momento el aro de oro que le atravesaba el ombligo y tirando de él antes de continuar bajando. Nicole tenía el cuello echado hacia atrás y la garganta expuesta y vulnerable. Tenía los ojos cerrados y el dorso de una mano en la boca, con el nudillo de un dedo entre los dientes.

Cuando ambos estuvieron preparados, Pierce le cogió la mano y se la llevó a su miembro para que ella pudiera guiarlo. Siempre había sido su forma, su rutina. Ella se movió despacio, llevándolo a su sexo, cruzando las piernas en su espalda. Pierce abrió los ojos para mirarla a la cara. En una ocasión Pierce había llevado a casa las gafas del laboratorio y se las habían puesto por turnos. En ese momento sabía que la cara de ella se vería de un maravilloso color morado en el campo de visión de las gafas.

Nicole se detuvo y abrió los ojos. Pierce sintió que lo soltaba.

—¿Qué? —dijo.

Nicole suspiró.

—¿Qué? —preguntó Pierce de nuevo.

—No puedo.

—¿No puedes qué?

—Henry, lo siento pero no puedo hacerlo.

Nicole descruzó las piernas y las apoyó en la cama, después puso ambas manos en el pecho de Pierce y empezó a separarlo. Pierce se resistió.

—Sal, por favor.

—Estás de broma, ¿no?

—No. ¡Sal!

Pierce rodó hasta quedar al lado de ella. Nicole se sentó inmediatamente en el borde de la cama, dándole la espalda. Cruzó los brazos y se inclinó, como si se abrazara a sí misma, con las puntas de su columna creando un hermoso caballón en su espalda desnuda. Pierce estiró el brazo y le acarició la espalda, después bajó el dedo pulgar por su columna como si lo moviera por las teclas de un piano.

—¿Qué es, Nicki? ¿Qué pasa?

—Pensaba que después de lo que hemos hablado abajo esto estaría bien, que era algo que necesitábamos. Pero no. No podemos hacerlo, Henry. No está bien. Ya no estamos juntos y si hacemos esto... no sé. No puedo. Lo siento.

Pierce sonrió, aunque ella no pudo verlo porque estaba dándole la espalda. La tocó en el tatuaje de su cadera derecha. Era lo suficientemente pequeño para pasar desapercibido la mayor parte del tiempo. Pierce sólo lo descubrió la primera noche que hicieron el amor. Le intrigaba y le excitaba del mismo modo que el anillo del ombligo. Ella decía que era un *kanji*. Era *fu*, el pictograma chino que significaba felicidad. Nicole le había dicho que era un recordatorio de que la felicidad sale de dentro, no de las cosas materiales.

Nicole se dio la vuelta y lo miró.

—¿Por qué sonríes? Pensaba que estarías cabreado. Cualquier hombre lo estaría.

Pierce se encogió de hombros.

—No sé. Supongo que lo entiendo.

Pero poco a poco ella fue comprendiendo lo que Pierce había hecho. Se levantó de la cama y se volvió hacia él. Alcanzó una almohada de la cama y la sostuvo delante del cuerpo, para cubrirse. El mensaje estaba claro. Ya no quería estar desnuda delante de él.

—¿Qué?

—Hijo de puta.

—¿De qué estás hablando?

Pierce vio que a ella le centelleaban los ojos, pero esta vez no estaba llorando.

—Era una prueba, ¿no? Algún tipo de test pervertido. Sabías que si follaba contigo, todo lo que ha pasado abajo era una mentira.

—Nicki, no creo que...

—Vete.

—Nicole...

—Tú y tus malditos experimentos. He dicho que te vayas.

Avergonzado por su actitud, Pierce se levantó y empezó a vestirse, poniéndose los calzoncillos y el pantalón al mismo tiempo.

—¿Puedo decir algo?

—No, no quiero oírte.

Nicole se dio la vuelta y caminó hacia el cuarto de baño. Dejó caer la almohada y caminó desenfadadamente, mostrándose de espaldas como si lo estuviera provocando. Dejando que comprendiera que nunca volvería a verla.

—Lo siento, Nicole. Pensaba que...

Ella cerró de un portazo, sin volverse a mirarlo.

—Vete —escuchó Pierce que ella le decía desde el cuarto de baño.

Entonces oyó que se abría el grifo de la ducha y supo que se estaba limpiando de su contacto por última vez.

Pierce terminó de vestirse y bajó la escalera. Se sentó en el último peldaño y se puso los zapatos. Se preguntaba cómo había podido estar tan desesperadamente equivocado con ella.

Antes de irse, volvió a la sala y se quedó de pie ante la librería. Los estantes estaban repletos de libros de tapa dura. Era un altar al conocimiento, la experiencia y la aventura. Pierce recordó la vez que había entrado en la sala de estar y la había descubierto en el sofá. Ella no estaba leyendo, solamente estaba mirando sus libros.

Uno de los estantes estaba dedicado por completo a libros de tatuajes y diseño gráfico. Se acercó y pasó el dedo por los lomos de los libros hasta que encontró el que buscaba. Lo sacó. Eran un libro sobre pictogramas chinos, el libro de donde

ella había elegido su tatuaje. Pasó las páginas hasta que encontró *fu* y leyó el texto. Citaba a Confucio.

Con sólo arroz para comer, con sólo agua para beber y mi brazo doblado por almohada, soy feliz.

Debería haberlo sabido. Pierce entendió que debería haber sabido que no era ella. La lógica no funcionaba. La ciencia no funcionaba. Le habían llevado a dudar de la única cosa de la que debería haber estado seguro.

Pasó las páginas del libro hasta que vio *shu*, el símbolo del perdón.

—« El perdón es la acción del corazón» —leyó en voz alta.

Se llevó el libro a la mesa de café y lo dejó allí, todavía abierto por la página que mostraba *shu*. Nicole no tardaría en encontrarlo.

Pierce cerró la puerta al salir de la casa y fue a su coche. Se sentó al volante pensando en lo que había hecho, en sus pecados. Sabía que tenía lo que merecía, como la mayoría de la gente.

Puso la llave y arrancó el motor. La memoria de acceso aleatorio de su mente mostró la imagen del coche de la pizzería que había visto antes. Un recordatorio de que tenía hambre.

Y en ese momento los átomos impactaron para crear un nuevo elemento. Tuvo una idea. Una buena idea. Apagó el motor y volvió a salir.

Nicole o bien seguía en la ducha o no pensaba abrir la puerta. Pero no le importó, porque todavía conservaba la llave. Abrió y recorrió el pasillo hasta la cocina.

—Nicole —anunció—. Soy yo, sólo necesito usar el teléfono.

No hubo respuesta y pensó que oía correr el agua en el otro extremo de la casa. Nicole seguía en la ducha.

En el teléfono de la cocina marcó el número de Información de Venice y pidió el número de Domino's Pizza. Había dos locales y apuntó ambos números, anotándolos en una libreta que Nicole guardaba junto al teléfono.

Mientras el primer número y mientras aguardaba abrió el armario que había encima del teléfono y sacó las páginas amarillas. Sabía que si no funcionaba con Domino's tendría que probar con todas las pizzerías con entrega a domicilio en Venice para llevar a cabo su plan.

—Domino's Pizza, ¿puedo ayudarle?

—Quiero pedir una pizza.

—¿Número de teléfono?

De memoria le dio el número de móvil de Lucy LaPorte.

Oyó que lo tecleaban en un ordenador. Aguardó y el hombre del otro lado del teléfono dijo:

—¿Cuál es su dirección?

—Quiere decir que no salgo allí.

—No, señor.

—Disculpe, me he equivocado de pizzería.

Colgó y llamó al segundo Domino's y siguió el mismo proceso, dándole el número de Lucy a la mujer del otro lado de la línea.

—¿Nueve cero nueve Breeze?

—¿Disculpe?

—¿Su dirección es nueve cero nueve Breeze? ¿LaPorte?

—Ah, sí, eso es.

Pierce anotó la dirección, sintiendo en la sangre una descarga de adrenalina que hizo que su caligrafía le saliera apretada e irregular.

—¿Qué quiere?

—¿En su ordenador no sale lo que pedimos la última vez?

—Tamaño normal, con cebolla, pimienta y champiñones.

—Bien. Lo mismo.

—¿Algo para beber? ¿Pan de ajo?

—No, sólo la pizza.

—Muy bien, treinta minutos.

La mujer colgó sin despedirse ni darle a él la oportunidad de hacerlo. Pierce colgó el teléfono y se volvió para encaminarse hacia la puerta.

Nicole estaba allí de pie. Tenía el pelo mojado y llevaba un albornoz que había sido de Pierce. Ella se lo había regalado en su primera Navidad juntos, pero él nunca lo usaba porque no le gustaba ponerse albornoz. Nicole se lo apropió y le quedaba demasiado grande, lo cual le daba un aspecto más sexy. Sabía el efecto que a él le causaba verla en albornoz y lo usaba como bandera. Cuando se duchaba y se ponía el albornoz, significaba que iban a hacer el amor.

Pero no esta vez. Nunca más. La mirada de Nicole era cualquier cosa menos provocativa o sexy. Ella miró las páginas amarillas abiertas por los anuncios de pizza a domicilio.

—No puedo creerlo, Henry. Después de lo que acaba de pasar, tú bajas y pides una pizza como si tal cosa. Pensaba que tenías conciencia.

Ella se acercó a la nevera y la abrió.

—Te he pedido que te marcharas.

—Ya me voy, pero no es lo que tú crees, Nicole. Estoy intentando encontrar a alguien y esta es la única forma.

Ella cogió una botella de agua de la nevera y empezó a abrir el tapón.

—Te he pedido que te vayas —repitió.

—Muy bien, y a me voy.

Hizo un movimiento para pasar entre Nicole y la isla de la cocina, pero de repente cambió el curso y avanzó hacia ella. La cogió por los hombros y la atrajo para besarla en la boca. Ella lo empujó rápidamente, salpicando agua en

los dos.

—Adiós —dijo Pierce antes de que ella tuviera tiempo de hablar—. Todavía te quiero.

Mientras caminaba hacia la puerta, sacó del llavero la llave de la casa y la dejó en la mesita de la entrada, bajo el espejo que había junto a la puerta. Se volvió para mirarla mientras abría la puerta. Ella le dio la espalda.

Breeze era una de las calles peatonales de Venice, lo cual significaba que Pierce iba a tener que aparcar el coche y acercarse a pie. En diversos barrios cercanos a la playa, los pequeños bungalós estaban encarados, con sólo una acera entre uno y otro, sin calles. Detrás de las casas se extendían estrechos callejones para que los propietarios tuvieran acceso a sus garajes, pero las partes delanteras de las viviendas se alineaban junto a la acera compartida. En Venice el plano era distinto, el diseño promovía la buena vecindad y al mismo tiempo cabían más casas en pequeñas parcelas de terreno. Las viviendas en las calles peatonales se cotizaban mucho.

Pierce encontró un lugar para aparcar en Ocean, cerca del monumento a los caídos en la guerra pintado a mano, y caminó hasta Breeze. Eran casi las siete y el cielo estaba empezando a adquirir el color naranja tostado de un anochecer neblinoso. La dirección que había obtenido de Domino's estaba a mitad de la manzana. Pierce caminó por la acera como si fuera a ver anochecer en la playa. Al pasar por el 909 miró con aire despreocupado. Era un bungaló amarillo, más pequeño que la mayoría de los otros de la manzana, con una vieja mecedora en el amplio porche. Como la mayoría de las casas de la manzana, tenía una cerca enfrente con una puertecita.

Las cortinas de detrás de las ventanas delanteras estaban corridas. La luz del porche estaba encendida y Pierce lo tomó como una mala señal. Era demasiado temprano para que la luz estuviera encendida y supuso que llevaba encendida desde la noche anterior. Empezó a temer, una vez que por fin había encontrado el lugar que ni el detective Renner ni Cody Zeller habían localizado, que Lucy LaPorte se había ido.

Continuó paseando hasta donde Breeze terminaba en Speedway y vio que allí había un aparcamiento de playa. Pensó en ir a buscar el coche y llevarlo al aparcamiento, pero supuso que no valía la pena. Estuvo matando el tiempo, observando el sol que caía hacia el horizonte durante otros diez minutos. Entonces, empezó a volver hacia Breeze.

En esta ocasión caminó más despacio todavía, fijándose en todas las casas en busca de señales de actividad. Era una noche tranquila en Breeze. No vio a nadie. No oyó a nadie, ni siquiera el sonido de la televisión. Pasó de nuevo junto al 909

y no detectó ninguna indicación de que la casita estuviera habitada en ese momento.

Cuando llegaba al final de Breeze, una furgoneta azul con el familiar cartel de Domino's en la parte superior aparcó al borde de la calle peatonal. Un hombre bajito de origen mexicano salió con un envoltorio de pizza isotérmico de color rojo y caminó a paso ligero por la acera. Pierce le concedió una buena ventaja y luego lo siguió. Olía la pizza a pesar del aislamiento. Olía bien y él tenía hambre. Cuando el hombre recorrió el porche hasta la puerta de entrada al 909, Pierce se detuvo y se ocultó tras una buganvilla roja del patio del vecino de al lado.

El hombre de la pizza llamó dos veces —más fuerte la segunda vez— y tenía aspecto de que iba a claudicar cuando la puerta se abrió. Pierce se dio cuenta de que había elegido un mal escondite porque la perspectiva le impedía ver el interior de la casa. Sin embargo, en ese momento oyó una voz y supo que era Lucy LaPorte quien había abierto la puerta.

—Yo no he pedido eso.

—¿Está segura? Me han dicho Breeze, novecientos nueve.

El pizzero abrió el lateral de la bolsa y sacó una caja plana. Leyó lo que estaba escrito en el lateral.

—LaPorte, mediana con cebolla, pimienta y champiñones.

La joven se rio.

—Bueno, esa soy yo y es lo que suelo pedir, pero yo no lo he pedido esta noche. A lo mejor ha sido un problema técnico con el ordenador y el pedido ha salido otra vez.

El hombre miró la pizza y negó tristemente con la cabeza.

—Bueno, de acuerdo. Se lo diré.

Metió la caja otra vez en el envoltorio y se apartó de la puerta. Al bajar del entarimado del porche, la puerta se cerró tras él. Pierce lo estaba aguardando junto a la buganvilla con un billete de veinte dólares.

—Oye, si ella no la quiere, me la quedo.

El rostro del pizzero se iluminó.

—Por mí, de acuerdo.

Pierce cambió el billete por la pizza.

—Quédate con el cambio.

El rostro del pizzero se iluminó más todavía. Una entrega desastrosa se había convertido en una buena propina.

—¡Gracias! Que tenga buenas noches.

—Lo intentaré.

Sin dudar, Pierce llevó la pizza al 909 y subió al entarimado del porche. Golpeó en la puerta y dio gracias de que no hubiera mirilla, o al menos él no la vio. Esta vez Lucy sólo tardó unos segundos en contestar a la llamada. Tenía la mirada baja, a la altura del pizzero. Cuando levantó la cabeza, vio a Pierce y se

fijó en las heridas de su rostro. La impresión contorsionó su propio rostro sin moratones ni heridas.

—Eh, Lucy. Me dijiste que la siguiente vez te trajera una pizza. ¿Recuerdas?

—¿Qué estás haciendo aquí? No tendrías que estar aquí. Te dije que no me molestaras.

—Me dijiste que no te llamara, y no lo he hecho.

Ella trató de cerrar la puerta, pero Pierce ya se lo estaba esperando. Estiró el brazo y sujetó la puerta. La sostuvo abierta mientras ella trataba de cerrarla. Pero la presión era débil. O bien no trataba realmente de cerrarla o simplemente no tenía fuerzas. Pierce logró mantener la puerta abierta con una mano y sostener la pizza levantada como un camarero con la otra.

—Tenemos que hablar.

—Ahora no. Tienes que irte.

—Ahora.

Lucy transigió y detuvo la escasa presión que estaba ejerciendo en la puerta. Pierce mantuvo el brazo estirado por si se trataba de un truco.

—Vale, ¿qué quieres?

—Para empezar, quiero entrar. No me gusta estar aquí.

Lucy retrocedió y Pierce entró en la casa. La sala de estar era pequeña, el espacio justo para dar cabida a un sofá, una silla mullida y una mesita de café. La televisión, situada en un soporte, estaba sintonizada en uno de los programas de noticias y entretenimiento de Hollywood. Había una pequeña chimenea, pero daba la impresión de que no había visto un fuego en años.

Pierce cerró la puerta y se adentró en la sala. Dejó la caja de la pizza en la mesita de café. Cogió el mando a distancia para apagar la tele y volvió a dejarlo en la mesa, que estaba llena de revistas del mundo del espectáculo y periodicuchos de cotilleo. También había un cenicero hasta los topes de colillas.

—Estaba viendo eso —dijo Lucy, que se había quedado de pie junto a la chimenea.

—Ya lo sé —dijo Pierce—. ¿Por qué no te sientas y comes un trozo de pizza?

—No quiero pizza. Si la hubiera querido, se la habría comprado a ese tipo. ¿Es así como me has encontrado?

Ella llevaba unos tejanos cortados y una camiseta sin mangas. Sin zapatos. Parecía bastante cansada y Pierce pensó que tal vez el día que la había conocido sí llevaba maquillaje.

—Sí, tenían tu dirección.

—Debería demandarlos.

—Olvídalos, Lucy, y habla conmigo. Me mentiste. Dijiste que te habían hecho daño, que estabas demasiado llena de moratones para que te vieran.

—No mentí.

—Bueno, entonces te curas deprisa. Me gustaría saber el secreto de...

Lucy se levantó la camiseta dejando a la vista el estómago y el pecho. Tenía cardenales en el costado izquierdo y su pecho derecho estaba deformado. Pierce vio en él moratones pequeños y marcas de dedos.

—Dios —susurró.

Ella dejó caer la camiseta.

—No te mentí, me dieron una paliza. También me ha destrozado el implante. Puede que esté supurando, pero no puedo ir a ver a un médico hasta mañana.

Pierce examinó el rostro de Lucy. Estaba claro que le dolía y que estaba asustada y sola. Lentamente se sentó en el sofá. Los planes que podía haber concebido para la pizza habían desaparecido. Sentía ganas de agarrarla, abrir la puerta y lanzarla a la acera. Tenía la mente embotada con imágenes de Lucy sujetada por Dosmetros mientras Wentz la golpeaba. Veía con claridad el placer en el rostro de Wentz. Lo había visto antes.

—Lucy, lo siento.

—Yo también. Siento haberme complicado la vida contigo. Por eso tienes que marcharte. Si saben que has venido aquí, volverán y será mucho peor para mí.

—Sí, vale. Me voy.

Pero no hizo ningún amago de levantarse.

—No lo sé —continuó—. Estoy a cero hoy. He venido aquí porque pensaba que eras parte de esto. He venido para descubrir quién me tendió la trampa.

—¿La trampa para qué?

—Por Lilly Quinlan. Su asesinato.

Lucy lentamente se sentó en la silla acolchada.

—¿Estás seguro de que está muerta?

Pierce la miró y después miró la caja de la pizza. Pensó en lo que había visto en el congelador y asintió.

—La policía cree que lo hice yo. Están tratando de acusarme.

—¿El detective con el que hablé yo?

—Sí, Renner.

—Le diré que sólo estabas tratando de encontrarla, de asegurarte de que estaba bien.

—Gracias. Pero no importará. Dice que era parte de mi plan, que te utilicé a ti y a otros, que incluso llamé a la poli para cubrir lo que había hecho. Dice que muchas veces el asesino se disfraza de buen samaritano.

Era el turno de Lucy, pero ella se quedó un rato en silencio. Pierce se fijó en los titulares de un ejemplar viejo del *National Enquirer* que había sobre la mesa. Se dio cuenta de que había perdido el contacto con el mundo. No reconoció ni un solo nombre o foto de los famosos de la portada.

—Podría decirle que me pidieron que te llevara a su apartamento —dijo Lucy tranquilamente.

Pierce la miró.

—¿Es eso cierto?

Ella asintió.

—Pero juro por Dios que no sabía que él te estaba tendiendo una trampa, Henry.

—¿Quién es « él » ?

—Billy.

—¿Qué te pidió que hicieras?

—Sólo me dijo que recibiría una llamada tuya, de Henry Pierce, y que debía concertar una cita y conducirte al apartamento de Lilly. Me pidió que tratara de que pareciera idea tuya. Eso era todo lo que tenía que hacer y es todo lo que sabía. No sabía nada más, Henry.

Pierce asintió.

—Está bien. Entiendo. No estoy furioso contigo, Lucy. Tenías que hacer lo que tenías que hacer.

Pensó en ello, dándole la vuelta y considerando si se trataba de información significativa. Le pareció que era una prueba definitiva de la trampa, aunque al mismo tiempo tenía que reconocer que la fuente de su prueba no tendría mucho valor con los polis, abogados y jurados. Entonces recordó el dinero que le había pagado a Lucy la noche que se habían conocido. No tenía mucha idea de legislación penal, pero la suficiente para saber que el dinero supondría un problema. Podía mancillar o incluso descalificar a Lucy como testigo.

—Puedo decirle eso al detective —dijo Lucy—. Entonces sabrá que era parte de un plan.

Pierce negó con la cabeza y de pronto se dio cuenta de que había estado pensando de manera egoísta, contemplando sólo cómo aquella mujer podía ayudarle o perjudicarlo, sin considerar la situación de ella ni por un momento.

—No, Lucy. Eso te pondría en peligro con Wentz. Además...

Estuvo a punto de decir que la palabra de una prostituta no contaría mucho para la policía.

—¿Además qué?

—No lo sé. Simplemente no creo que fuera suficiente para cambiar la forma en que Renner contempla todo esto. Además sabe que te pagué dinero. Podría hacer que parezca lo que no es.

Pensó en algo y cambio de enfoque.

—Lucy, si eso es todo lo que Wentz te dijo que hicieras conmigo, y tú lo hiciste, ¿por qué vinieron aquí? ¿Por qué te hicieron daño?

—Para asustarme. Sabían que la poli querría interrogarme. Me dijeron exactamente lo que tenía que decir, era un guión que tenía que seguir. Después sólo querían que desapareciera durante un tiempo. Me dijeron que en un par de semanas todo volvería a ser normal.

« Un par de semanas —pensó Pierce—. Para entonces el juego habrá

terminado» .

—Entonces supongo que las cosas que me dijiste de Lilly formaban parte del guión.

—No, no había guión para eso. ¿Qué cosas?

—Como lo del día que fuiste a su apartamento, pero ella no apareció. Eso estaba preparado para que yo quisiera ir allí, ¿verdad?

—No, esa parte era cierta. De hecho, todo era verdad. No te menté, Henry. Sólo te llevé. Utilicé la verdad para conducirte a donde ellos querían que fueras. Y tú querías ir. El cliente, el coche, todos los problemas, todo era verdad.

—¿A qué te refieres con el coche?

—Te lo dije antes. El sitio de aparcamiento estaba ocupado y se suponía que tenía que estar libre para el cliente. Mi cliente. Fue una faena porque tuvimos que ir a aparcar y después volver caminando, y él estaba sudando. Detesto a los tipos que sudan. Entonces llegamos y nadie contestó. Estaba jodida.

Pierce lo recordó. La primera vez se le había pasado porque no sabía qué preguntar. No sabía qué era importante. Lilly Quinlan no abrió la puerta porque estaba muerta en el apartamento. Pero podría no haber estado sola. Había un coche.

—¿Era el coche de Lilly?

—No, ya te he dicho que ella siempre dejaba el sitio al cliente.

—¿Recuerdas qué coche era el que estaba allí?

—Sí, lo recuerdo porque estaba el techo abierto y yo nunca dejaría un coche como aquel con el techo abierto en ese barrio. Demasiado cerca de los colgados que rondan por la playa.

—¿Qué clase de coche era?

—Era un Jaguar negro.

—Con el techo bajado.

—Sí, eso he dicho.

—¿De dos plazas?

—Sí, deportivo.

Pierce la miró sin decir nada durante un largo rato. Por un momento se sintió mareado y pensó que podría desmayarse en el sofá, caerse de cara en la caja de la pizza. Todo se agolpó en su mente en una fracción de segundo. Lo vio todo, alumbrado y brillante, y todo parecía encajar.

—*Aurora borealis* —susurró.

—¿Qué? —preguntó Lucy.

Pierce se impulsó en el sofá y se puso de pie.

—Tengo que irme.

—¿Estás bien?

—Ahora sí.

Caminó hacia la puerta, pero se detuvo de repente y se volvió hacia Lucy.

—Grady Allison.

—¿Qué pasa con él?

—¿Podría haber sido su coche?

—No lo sé. Nunca vi su coche.

—¿Qué aspecto tiene?

Pierce recordó la foto de Allison que Zeller le había enviado. Un gánster de tez pálida, con la nariz rota y cabello graso peinado hacia atrás.

—Um, bastante joven, curtido por el sol.

—¿Como un surfista?

—Ajá.

—Lleva cola de caballo, ¿no?

—A veces.

Pierce asintió y se volvió hacia la puerta.

—¿Quieres llevarte la pizza?

Pierce negó con la cabeza.

—No creo que pudiera comérmela.

Pasaron dos horas hasta que Cody Zeller apareció por fin en Amedeo Technologies. Pierce no había llamado a su amigo hasta la medianoche porque también necesitaba su tiempo para prepararse. A las doce le dijo a Zeller que tenía que presentarse porque se había producido una fuga en el sistema informático. Zeller había alegado que estaba con alguien y que no podía ir hasta la mañana, pero Pierce dijo que entonces sería demasiado tarde. Aseguró que no aceptaría ninguna excusa, que lo necesitaba, que se trataba de una emergencia. Pierce dejó claro sin mencionarlo que si Zeller quería mantener la cuenta de Amedeo y la amistad intacta tenía que asistir. En este punto de la conversación a Pierce le costó mantener el control de su voz, porque en ese momento su amistad estaba más que rota.

Dos horas después de esa llamada, Pierce estaba en el laboratorio, esperando y observando las cámaras de seguridad en el monitor de la estación computerizada. Era un sistema *multiplex* que le permitió seguir a Zeller desde que estacionó el Jaguar negro en el garaje y pasó por las puertas de la entrada principal, junto a la tarima de seguridad, donde el único vigilante de servicio le dio una tarjeta magnética e instrucciones para que se reuniera con Pierce en el laboratorio. Pierce observó que Zeller subía en el ascensor y se metía en la trampa. En ese instante apagó las cámaras de seguridad y puso en marcha el programa de dictado informático. Ajustó el micrófono situado encima del monitor y apagó la pantalla.

—Allá vamos —dijo—, es el momento de aplastar a esa mosca.

Zeller sólo pudo entrar en la trampa con la tarjeta magnética. La segunda puerta tenía una combinación. Por supuesto, Pierce no dudaba que Zeller conocía la combinación de la entrada. Esta se cambiaba cada mes y se enviaba por correo electrónico al personal del laboratorio. Pero cuando Zeller estuvo en la parada interior de la trampa, simplemente golpeó en la puerta recubierta de cobre.

Pierce se levantó y lo dejó pasar. Zeller entró en el laboratorio, mostrando la actitud de un hombre que estaba ofendido por las circunstancias.

—Aquí estoy, Hank ¿Cuál es esa gran crisis? Sabes que estaba a punto de comerme un bomboncito cuando llamaste.

Pierce retornó a su lugar en la estación informática y se sentó. Giró la silla para quedar mirando a Zeller.

—Bueno, has tardado bastante en llegar. Así que no me digas que te interrumpí.

—Qué equivocado estás, amigo. Tardé tanto sólo porque soy un perfecto caballero y tuve que llevarla a su casa en el valle de San Fernando y que me parta un rayo si no había otro puto deslizamiento en el cañón de Malibú. Así que tuve que dar un rodeo hasta Topanga. He llegado lo antes posible. ¿A qué huele?

Zeller estaba hablando muy deprisa. Pierce pensó que tal vez estaba borracho o colocado, o las dos cosas. No sabía cómo afectaría eso a su experimento. Estaba añadiendo un elemento nuevo al escenario.

—Carbono —dijo—. Supuse que podría cocer un par de tubos mientras te esperaba.

Pierce señaló con la cabeza la puerta cerrada del laboratorio electrónico. Zeller chascó los dedos repetidamente como si tratara de recordar algo.

—Ese olor... me recuerda a cuando era pequeño... y prendía fuego a mis coches de plástico. Sí, mis modelos. Los que hacías con piezas y pegamento.

—Buena memoria. Si entras en el laboratorio, será peor. Respira hondo y puede que tengas todo un *flashback*.

—No, gracias, creo que por el momento puedo pasar de eso. En fin, aquí estoy. ¿A qué viene tanto lío?

Pierce identificó la pregunta como una frase de la película de los hermanos Coen *Muerte entre las flores*, una de las favoritas de Zeller y un pozo sin fondo de diálogos. Pero Pierce hizo como si no conociera la frase. Esa noche no iba a entrar en ese juego con Zeller. Estaba concentrado en el experimento que estaba llevando a cabo en condiciones controladas.

—Te he dicho que nos han entrado —dijo—. Tu supuestamente infranqueable sistema de seguridad no vale una mierda, Code. Alguien ha estado robando nuestros secretos.

La acusación hizo que Zeller se agitara de inmediato. Juntó las manos delante del pecho, con los dedos aparentemente luchando entre sí.

—Vaya, vaya, para empezar, ¿cómo sabes que alguien ha robado secretos?

—Lo sé.

—Muy bien, lo sabes. Supongo que tengo que aceptarlo. Vale, entonces, ¿cómo sabes que ha sido a través del sistema de datos y no lo ha filtrado o lo ha vendido algún bocazas? ¿Qué me dices de Charlie Condon? Me he tomado unas copas con él. Le gusta hablar a ese tío.

—Su trabajo consiste en hablar. Pero yo me refiero a secretos que Charlie ni siquiera conoce. Que sólo yo y unos pocos conocemos. Gente del laboratorio. Estoy hablando de eso.

Abrió un cajón de la estación informatizada y sacó un pequeño dispositivo

que parecía una caja de transmisión. Tenía un conector de corriente y una pequeña antena. Desde un extremo salía un cable de quince centímetros conectado a una tarjeta del ordenador. Lo puso encima del escritorio.

—Me entró la sospecha y fui a echar un vistazo en los archivos de mantenimiento, pero no encontré nada. Así que busqué en el hardware del servidor y descubrí este pequeño añadido. Es un módem sin cables. Creo que vosotros lo llamáis un esnifador.

Zeller se acercó al escritorio y cogió el dispositivo.

—¿Nosotros? Te refieres a los especialistas en seguridad informática corporativa.

Zeller giró el dispositivo en sus manos. Era un capturador de datos, que programado y conectado a un servidor interceptaría y recopilaría todo el tráfico de correo electrónico del sistema informático y lo enviaría mediante el módem inalámbrico a una localización predeterminada. En la jerga de los *hackers* se llamaba esnifador, porque recopilaba todo y el ladrón podía luego hozar entre los datos en busca de la trufa.

El rostro de Zeller mostró una profunda preocupación. Pierce pensó que era muy buen actor.

—Casero —dijo Zeller tras examinar el dispositivo.

—¿Acaso no lo son todos? —preguntó Pierce—. No creo que puedas ir a un Radio Shack y pedir un esnifador.

Zeller no hizo caso del comentario. Su voz tenía un profundo temblor cuando habló.

—¿Cómo diablos metieron eso ahí dentro y cómo es que no lo vio tu vigilante de seguridad?

Pierce se apoyó en el respaldo de la silla y trató de actuar con la máxima calma.

—¿Por qué no te dejas de chorradas y me lo dices, Cody?

Zeller miró del dispositivo que tenía en la mano a Pierce. Parecía sorprendido y dolido.

—¿Cómo iba a saberlo? Yo instalé el sistema, pero no esto.

—Sí, tú instalaste el sistema. Y esto estaba metido en el servidor. Los de mantenimiento no lo vieron porque o bien los sobornaste o bien estaba muy bien escondido. Yo sólo lo encontré porque lo estaba buscando.

—Mira, cualquiera que tenga una tarjeta magnética tiene acceso a esa sala de ordenadores y podría haberlo instalado. Cuando diseñamos la sala te dije que deberías ponerla aquí abajo, en el laboratorio. Por seguridad.

Pierce negó con la cabeza, repasando un debate que había durado tres años y confirmando su decisión.

—Demasiada interferencia desde el servidor a los experimentos, y a lo sabes. Pero no es la cuestión. Eso es tu esnifador. Puede que cambiara de ciencias de la

computación a química en Stanford, pero todavía sé un par de cosas. Puse el módem en mi portátil y lo usé con mi marcador. Está programado. Está conectado con un contenedor de datos registrado como Malefik.

Pierce esperó la reacción, pero sólo registró un apenas perceptible movimiento ocular de Zeller.

—Malefik con k—dijo Pierce—. Claro que tú ya lo sabes. Ha sido un sitio muy activo, imagino. Supongo que instalaste el esnifador cuando nos trasladamos aquí. Durante tres años, has estado observando, escuchando, robando. Llámalo como quieras.

Zeller negó con la cabeza y volvió a dejar el dispositivo en el escritorio. Mantuvo la mirada baja mientras Pierce continuaba.

—Hace un año más o menos (después de que contratara a Brandon Larraby) empezaste a ver mensajes de correo entre él y yo sobre un proyecto llamado Proteus. También había intercambio de correo con Charlie Condon y mi abogado de patentes sobre ese asunto. Lo he comprobado, tío. Conservo todo mi correo. Soy así de paranoico. Lo he comprobado, y tú podías haber entendido lo que estaba ocurriendo a través del *mail*. No la fórmula, no éramos tan estúpidos. Pero sí lo suficiente para saber que la teníamos y qué íbamos a hacer con ella.

—Muy bien, ¿y qué si lo hice? Espié, vaya gran cosa.

—La gran cosa es que nos vendiste. Usaste la información para llegar a un acuerdo con alguien.

Zeller sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Sabes qué, Henry? Me voy. Creo que has pasado demasiado tiempo aquí. Cuando fundía mis coches de plástico, terminaba con un dolor de cabeza horrible por ese olor. Vamos, que no puede ser bueno para ti. Y aquí estás tú... —Hizo un gesto hacia la puerta del laboratorio de electrónica.

Pierce se levantó. Sentía que su ira era como una piedra del tamaño de un puño encajada en la garganta.

—Me tendiste una trampa. No sé cuál es el juego, pero me tendiste una trampa.

—Estás fatal, tío. No sé nada de ninguna trampa. Sí, claro, he estado espiando. Es instinto *hacker*. Se te mete en la sangre, ya lo sabes. Sí, lo puse allí cuando instalé el sistema. Si quieres que te diga la verdad, lo que veía era tan aburrido que casi lo había olvidado. Hace dos años que dejé de mirarlo. Eso es todo, tío. No sé nada de ninguna trampa.

Pierce se quedó impertérrito.

—Me imagino la conexión con Wentz. Probablemente te ocupaste de la seguridad de su sistema. No creo que el tema te hubiera preocupado. Los negocios son los negocios, ¿no?

Zeller no contestó y Pierce tampoco lo esperaba. Siguió adelante.

—Tú eres Grady Allison.

El rostro de Zeller registró una leve sorpresa, pero enseguida la ocultó.

—Sí —continuó Pierce—, recibí las fotos y las conexiones con la mafia. Todo era falso, parte del juego.

De nuevo Zeller se quedó en silencio y ni siquiera miró a Pierce. Pero Pierce sabía que contaba con toda su atención.

—Y el número de teléfono. La clave era el número de teléfono. Al principio pensé que tenía que haber sido mi secretaria, que ella tenía que haber pedido el número para que la conspiración comenzara. Pero después me di cuenta de que fue al revés. Conseguiste mi número en el *mail* que te mandé. Entonces lo pusiste en el sitio. En la página Web de Lilly. Y así empezó todo. Algunas de las llamadas probablemente las encargaste tú. El resto probablemente eran auténticas, la guinda del pastel. Por eso no encontré facturas del teléfono en su casa. Ni teléfono. Porque ella nunca tuvo el número. Ella trabajaba como Robin, sólo con un móvil.

De nuevo esperó una respuesta, pero no la obtuvo.

—Pero la parte con la que tengo problema es mi hermana. Ella era parte de esto. Tenías que saber de ella, del momento en que la encontré y la dejé marchar. Tenía que ser parte del plan, parte del perfil. Tenías que saber que esta vez no la dejaría escapar, que buscaría a Lilly y me metería de lleno en la trampa.

Zeller no contestó. Se volvió y avanzó hacia la puerta. Giró el pomo, pero la puerta no se abrió. Había que marcar la combinación tanto para entrar como para salir.

—Abre la puerta, Henry. Quiero irme.

—No vas a irte hasta que me digas cuál es el juego. ¿Para quién estás haciendo esto? ¿Cuánto te están pagando?

—Muy bien, lo haré yo mismo.

Zeller marcó la combinación y desbloqueó la cerradura. Abrió la puerta y se volvió a mirar a Pierce.

—Vaya con Dios, colega.

—¿Cómo conoces la combinación?

Esto detuvo un momento a Zeller y Pierce casi sonrió. Conocer y utilizar la combinación era una forma de admitirlo. No mucho, pero contaba.

—Vamos, ¿cómo conoces la combinación? La cambiamos cada mes, de hecho fue idea tuya. La mandamos por correo electrónico a todas las ratas de laboratorio, pero tú dices que no habías mirado el esnifador en dos años. Entonces, ¿cómo sabes la combinación?

Pierce se volvió e hizo un gesto hacia el esnifador. Los ojos de Zeller también se posaron un momento en el dispositivo, pero acto seguido el foco de sus ojos se movió ligeramente y Pierce vio que registraba algo. Retrocedió hasta el laboratorio y dejó que la puerta de la trampa se cerrara tras él con un sonoro

zamp.

—Henry, ¿por qué has apagado el monitor? La torre está encendida, pero el monitor no.

Zeller no esperó respuesta y Pierce tampoco la dio. Zeller se acercó a la estación informática y pulsó el botón de encendido del monitor.

La pantalla se activó y Zeller se agachó y apoyó las dos manos en el escritorio para mirarla. En la pantalla estaba la transcripción de su conversación. La última frase decía: « Henry, ¿por qué has apagado el monitor? La torre está encendida, pero el monitor no» .

Era un buen programa, un sistema de reconocimiento de voz de tercera generación de SacredSoftware. Los investigadores del laboratorio lo usaban de manera rutinaria para dictar notas de los experimentos o describir los tests que estaban conduciendo.

Pierce observó mientras Zeller sacaba el cajón del teclado y escribía unas órdenes para apagar el programa. Luego borró el archivo.

—Se podrá recuperar —dijo Pierce—. Ya lo sabes.

—Por eso me voy a llevar el disco.

Zeller se agachó enfrente de la torre del ordenador y pasó por detrás para llegar a los tornillos que sujetaban la carcasa. Sacó un destornillador plegable del bolsillo y colocó una punta de estrella. Acto seguido quitó el cable de corriente y empezó a trabajar con el tornillo superior de la carcasa.

Pero entonces se detuvo. Había reparado en el cable telefónico conectado en la parte posterior del ordenador. Lo desconectó y lo sostuvo en la mano.

—Vaya, Henry, esto no es propio de alguien tan paranoico como tú. ¿Por qué tienes el ordenador conectado?

—Porque estaba en línea. Porque quería que este archivo que acabas de apagar fuera enviado mientras decías las palabras. Es un programa de SacredSoftware. Tú me lo recomendaste, ¿recuerdas? Cada voz recibe un código de reconocimiento. Configuré un archivo para la tuya. Es tan bueno como una grabadora. Si me hace falta, podré demostrar que es tu voz la que dice esas palabras.

Zeller se levantó y descargó con fuerza la herramienta en el escritorio. Dándole la espalda a Pierce, el ángulo de su cabeza se alzó, como si estuviera buscando la moneda de diez centavos pegada a la pared de detrás de la estación informática.

Lentamente se levantó, buscando otra vez en uno de sus bolsillos. Se volvió mientras abría un teléfono móvil.

—Bueno, y a sé que no tienes ordenador en casa, Henry —dijo—. Demasiado paranoico. Así que apuesto por Nicki. Si no te importa enviaré a alguien a su casa para que se lleve su disco.

Un miedo momentáneo paralizó a Pierce, pero enseguida se calmó. Pese a

que no contaba con la amenaza a Nicole, tampoco era completamente inesperada. Aunque la verdad era que el conector de teléfono formaba parte del truco. El archivo del dictado no se había enviado a ninguna parte.

Zeller esperó, pero no consiguió establecer la llamada. Se apartó el teléfono de la oreja y lo miró como si lo hubiera traicionado.

—Maldito teléfono.

—Hay cobre en las paredes, ¿recuerdas? Nada entra y nada sale.

—Bien, entonces ahora vuelvo.

Zeller marcó de nuevo la combinación de la puerta y se metió en la trampa. En cuanto la puerta se cerró, Pierce fue al ordenador. Cogió la herramienta de Zeller y desplegó una cuchilla. Se agachó junto a la torre del ordenador y cogió el cable telefónico, se lo enrolló en la mano y lo cortó con el cuchillo.

Se levantó y volvió a poner la herramienta en el escritorio junto con el trozo de cable justo cuando Zeller volvía a salir de la trampa. Zeller llevaba la tarjeta magnética en una mano y el móvil en la otra.

—Lo siento —dijo Pierce—. Les he pedido que te dieran una tarjeta con la que puedes entrar, pero no salir. Se puede programar así.

Zeller asintió y vio el cable de teléfono cortado encima del escritorio.

—Y esa era la única línea del laboratorio —dijo.

—Sí.

Zeller lanzó la tarjeta magnética a Pierce como si estuviera enviando una bola de béisbol. La tarjeta rebotó en el pecho de Pierce y cayó al suelo.

—¿Dónde está tu tarjeta?

—La he dejado en el coche. Tuve que pedirle al vigilante que me acompañara. Estamos atrapados, Code. Sin teléfonos, sin cámaras. Nadie va a venir a sacarnos durante al menos cinco o seis horas, hasta que entren las ratas de laboratorio. Así que podrías ponerte cómodo. ¿Por qué no te sientas y me cuentas la historia?

Cody Zeller miró por el laboratorio, al techo, a los escritorios, a las ilustraciones enmarcadas del doctor Zeuss en las paredes, a cualquier sitio menos a Pierce. Se le ocurrió algo y de pronto empezó a pasear por el laboratorio con vigor renovado, girando la cabeza mientras empezaba a buscar un objetivo específico.

Pierce sabía lo que estaba haciendo.

—Hay una alarma de incendios. Pero es un sistema directo. Tiras y viene la policía. ¿Quieres que vengan? ¿Quieres explicárselo a ellos?

—Paso. Explicaselo tú.

Zeller vio el tirador rojo de emergencia situado junto a la puerta del laboratorio de electrónica. Se acercó y lo bajó sin dudar. Se volvió a Pierce con una sonrisa petulante.

Pero no ocurrió nada. La sonrisa de Zeller se desvaneció. Sus ojos se tornaron signos de interrogación y Pierce asintió como para decir: «Sí, he desconectado el sistema».

Decepcionado por sus fracasos, Zeller se acercó a la estación experimental más alejada de Pierce, apartó la silla de escritorio y se dejó caer pesadamente en ella. Cerró los ojos, cruzó los brazos y puso los pies en la mesa, a sólo unos centímetros del microscopio de un cuarto de millón de dólares.

Pierce aguardó. Tenía toda la noche si hacía falta. Zeller había jugado con él magistralmente. Había llegado el momento de tomarse una revancha. Pierce jugaría con él. Quince años antes, cuando la policía del campus había hecho la redada de los Maléficos, los habían separado y habían esperado fuera. Los polis no tenían nada. Fue Zeller quien confesó, quien lo contó todo. No lo hizo por miedo, ni por agotamiento. Lo hizo por el deseo de hablar, por la necesidad de compartir su genio.

Pierce contaba con eso.

Pasaron casi cinco minutos. Cuando Zeller empezó a hablar por fin lo hizo en la misma postura, con los ojos todavía cerrados.

—Fue cuando volviste después del funeral.

No dijo nada más. Pasó un rato. Pierce esperó, no estaba seguro de cómo sacarle el resto. Finalmente optó por un enfoque franco.

—¿De qué estás hablando? ¿El funeral de quién?

—De tu hermana. Cuando volviste a Palo Alto no hablaste de ello. Te lo guardaste. Entonces una noche surgió todo. Nos emborrachamos y yo tenía una cosa que me había quedado de las vacaciones de Navidad en Maui. Nos la fumamos y, tío, no podías dejar de hablar de eso.

Pierce no lo recordaba. Si recordaba haber bebido mucho y tomado diversas drogas en los días posteriores a la muerte de Isabelle. Lo que no recordaba era haber hablado de ello con Zeller ni con nadie.

—Dijiste que una vez, cuando estabas buscando con tu padrastro, la encontraste. Ella estaba durmiendo en ese hotel abandonado donde todos los fugados habían ocupado las habitaciones. La encontraste. Ibas a rescatarla, ibas a llevarla a casa, pero ella te convenció de que no lo hicieras y de que no se lo contaras a tu padrastro. Te dijo que le había hecho cosas, que la había violado y que por eso se había fugado. Dijiste que te convenció de que estaba mejor en la calle que en casa con él.

Pierce cerró los ojos, recordando el momento de la historia, aunque no la confesión ebria a un compañero de cuarto.

—Así que la dejaste y le mentiste al viejo. Le dijiste que no estaba allí. Después, durante todo un año más, continuaste saliendo de noche, buscándola. Sólo que en realidad la estabas evitando y él no lo sabía.

Pierce recordó su plan. Hacerse mayor para luego ir a buscarla, encontrarla y rescatarla. Pero ella estaba muerta antes de que tuviera esa oportunidad. Y desde entonces toda su vida supo que ella seguiría viva si no la hubiera escuchado y creído.

—Nunca más lo mencionaste después de esa noche —dijo Zeller—. Pero yo lo recordaba.

Pierce estaba viendo la confrontación final con su padrastro. Fue años después. Él había estado atado de pies y manos, incapaz de contarle a su madre lo que sabía porque revelarlo habría revelado su propia complicidad en la muerte de Isabelle, habría puesto en evidencia que una noche la había encontrado pero había mentido.

Finalmente la culpa creció hasta que superó el daño que la revelación podría causarle. La confrontación fue en la cocina, donde se producían todas las confrontaciones en aquella casa. Negaciones, amenazas, recriminaciones. Su madre no lo creyó, y al no creerlo estaba negando también a su propia hija muerta. Pierce no había vuelto a hablarle desde entonces.

Pierce abrió los ojos, aliviado de cambiar el inquietante recuerdo por la pesadilla del presente.

—Lo recordabas —le dijo a Zeller—. Lo recordabas y lo guardaste para el momento adecuado. Para este momento.

—No fue así. Surgió algo y lo que tenía me encajaba. Ayudó.

—Bonita entrada, Cody. ¿Tienes una foto mía en la pared con todos los logos?

—No va por ahí, Hank

—No me llames así. Así es como me llamaba mi padrastro. No vuelvas a llamarme así.

—Como quieras, Henry.

Zeller apretó sus brazos doblados contra el cuerpo con más fuerza.

—Entonces ¿cuál era la trampa? —preguntó Pierce—. Supongo que tenías que entregar la fórmula para quedarte con tu parte del pastel. ¿Quién se la queda?

Zeller giró la cabeza y lo miró desafiante o con rebeldía. Pierce no supo en qué sentido interpretarlo.

—No sé por qué estamos jugando a este juego. Se te viene el mundo encima y ni siquiera lo sabes.

—¿A qué te refieres? ¿Estás hablando de Lilly Quinlan?

—Ya lo sabes. Hay gente que no tardará en contactar contigo. Haces el trato con ellos y todo lo demás se olvida. Si no haces el trato, que Dios te ayude. Todo caerá sobre ti como una tonelada de ladrillos. Así que mi consejo es que te lo tomes con calma. Acepta el trato y saldrás vivo, feliz y rico.

—¿Cuál es el trato?

—Sencillo. Tú entregas Proteus. Entregas la patente. Vuelves a crear memoria molecular y ordenadores y ganas montones de dinero, pero te mantienes apartado de lo biológico.

Pierce asintió. Por fin lo entendía. La industria farmacéutica. Algún otro de los clientes de Zeller estaba amenazado por Proteus.

—¿Hablas en serio? —dijo—. ¿Hay un grupo farmacéutico detrás de esto? ¿Qué les has dicho? ¿No sabes que Proteus va a ayudarles? Es un vehículo. ¿Qué va a transportar? Terapia farmacológica. Este puede ser el mayor avance en esa industria desde que empezó.

—Exacto. Lo cambiará todo, y no están preparados.

—No importa. Hay tiempo. Proteus es sólo un primer paso... Estamos a al menos diez años de cualquier aplicación práctica.

—Sí, diez años. Eso es quince años menos que antes de Proteus. La fórmula incentivará la investigación, por usar una frase de uno de tus *mails*. Será un pistoletazo de salida. Quizá estamos a diez años o quizá a cinco. O a cuatro. O a tres. No importa. Eres una amenaza, tío. Una amenaza para un gran complejo industrial. —Zeller sacudió la cabeza con asco—. Vosotros los científicos creéis que todo el puto mundo es vuestra ostra, que podéis hacer descubrimientos y cambiar lo que queráis y que todos estarán contentos. Pues mira, hay un orden mundial y si crees que los gigantes de la industria van a dejar que una hormiga obrera como tú les corte las alas, entonces vives un puto sueño.

Zeller desplegó los brazos y señaló una de las páginas enmarcadas de *¿Horton escucha a Quién!* Pierce siguió su mirada y vio que era la página en la que Horton era perseguido por otros animales de la selva. Podía recitar las palabras

en su cabeza. «A través de las copas de los árboles más altos, la noticia se extiende con rapidez. Habla a una mota de polvo. ¡Ha perdido el juicio!».

—Te estoy ayudando con esto, Einstein. ¿Entiendes?

Esta es tu dosis de realidad. Porque no esperes que la gente de los semiconductores se quede sentada mientras les cortas las alas también a ellos. Considerálo una ventaja.

Pierce casi rio, pero fue demasiado lastimoso.

—¿Mi ventaja? Eso es genial, tío. Gracias, Cody Zeller, por ponerme en el mundo.

—No hay de qué.

—¿Y qué te llevas tú por este gran gesto?

—¿Yo? Yo me llevo dinero. Mucho, mucho dinero.

Pierce asintió. Dinero. La razón última. La forma definitiva de llevar la cuenta.

—¿Entonces qué pasa?—preguntó con calma—. Hago el trato y ¿qué pasa?

Zeller se quedó sentado un momento mientras cavilaba una respuesta.

—¿Recuerdas esa leyenda urbana acerca de un inventor que vivía en un garaje y descubrió una forma de hacer la goma tan resistente que nunca se gastaba? Fue por casualidad. Estaba intentando inventar otra cosa y le salió esa goma.

—Se lo vendió a una empresa de neumáticos para que el mundo tuviera neumáticos que no se gastaban nunca.

—Sí, eso es. Esa es la historia. El nombre de la empresa cambia según quién te la cuente. Pero la historia es siempre la misma. La empresa de neumáticos compró la fórmula y la guardó en una caja fuerte.

—Nunca hicieron esos neumáticos.

—Nunca hicieron esos neumáticos, porque si los hubieran hecho, no habrían seguido produciendo tantos neumáticos, ¿no? Obsolescencia planificada, Einstein. Es lo que hace funcionar al mundo. Deja que te pregunte algo. ¿Cómo sabes que es una leyenda urbana? ¿Cómo sabes que no ocurrió de verdad?

Pierce asintió antes de hablar.

—Enterrarán Proteus. No lo patentarán. Nunca verá la luz del día.

—¿Sabes que la industria farmacéutica inventa y estudia y prueba varios centenares de fármacos diferentes por cada uno que al final sale al mercado después de que lo aprueben las autoridades sanitarias? ¿Te das cuenta del coste que implica? Es una maquinaria enorme, Henry, y tiene energía e impulso. Tú no puedes detenerla, no te dejarán.

Zeller levantó una mano e hizo algún tipo de gesto antes de dejarla caer de nuevo en el reposabrazos de la silla. Ambos se quedaron en silencio durante unos momentos.

—Van a venir a buscarme y a llevarse Proteus.

—Van a pagarte. Te pagarán bien. De hecho, la oferta ya está sobre la mesa.

Pierce saltó hacia adelante en su silla. La pose de calma había desaparecido por completo. Miró a Zeller, que no le estaba mirando.

—¿Me estás diciendo que es Goddard? ¿Goddard está detrás de esto?

—Goddard es sólo el emisario. El testaferro. Mañana te llamará y cerrarás el trato con él. Le das Proteus. No hace falta que sepas quién está detrás de él. Ni siquiera tendrías que saber eso.

—Se lleva Proteus, se queda el diez por ciento de la compañía y se sienta como presidente de mi puto consejo.

—Creo que quieren asegurarse de que te mantienes apartado de la medicina interna. También reconocen una buena inversión cuando la ven. Saben que eres el líder del sector.

Zeller sonrió, como si se estuviera llevando un bonus. Pierce pensó en Goddard y en lo que había dicho, en lo que le había confiado durante la celebración. Sobre su hija, sobre el futuro. Se preguntó si era todo una farsa, si todo había formado parte del juego.

—¿Qué pasa si no lo hago? —preguntó Pierce—. ¿Qué pasa si sigo adelante y registro la patente y que se jodan?

—No tendrás ocasión de presentarla. Y no tendrás ocasión de trabajar ni un día más en este laboratorio.

—¿Qué van a hacer? ¿Matarme?

—Lo harían si fuera necesario, pero no hace falta. Vamos, tío, ya sabes lo que te espera. Tienes a la poli a esta distancia. —Zeller levantó la mano derecha, con el pulgar y el índice casi tocándose.

—Lilly Quinlan —dijo Pierce.

Zeller asintió.

—*Darling* Lilly. Sólo les falta una cosa. La encuentran y eres historia. Haz lo que te digan y se olvidarán de eso. Te lo garantizo.

—Yo no lo hice y tú lo sabes.

—No importa. Si encuentran el cadáver y te señala a ti, entonces no importa.

—Entonces Lilly está muerta.

Zeller asintió.

—Oh, sí. Está muerta.

Había una sonrisa en su voz, si no en su cara, cuando lo dijo. Pierce miró hacia abajo. Puso los codos en las rodillas y hundió la cara en sus manos.

—Todo por mi culpa. Por Proteus.

Se quedó inmóvil un buen rato. Sabía que si Zeller iba a cometer su último error lo cometería entonces.

—En realidad...

Nada. Eso fue todo. Pierce miró entre sus manos.

—En realidad, ¿qué?

—Iba a decirte que no te fustigues demasiado por eso. Lilly..., digamos que las circunstancias dictaron que entrara en el plan.

—No sé qué quieres decir.

—O sea, míralo de esta manera. Lilly estaría muerta tanto si tú estuvieras metido en esto como si no. Pero ella está muerta. Y usamos todos los recursos disponibles para cerrar este trato.

Pierce se levantó y caminó hasta el fondo del laboratorio donde estaba sentado Zeller, con las piernas todavía apoyadas en la mesa de la estación experimental.

—Eres un hijo de puta. Lo sabes todo. La mataste tú, ¿no? La mataste y me tendiste una trampa.

Zeller no se movió un milímetro, pero sus ojos buscaron los de Pierce y su rostro adoptó una expresión extraña. El cambio era sutil, pero Pierce lo apreció. Era la mezcla incongruente de orgullo y vergüenza y aversión a sí mismo.

—Conocía a Lilly desde que llegó a Los Angeles. Se podría decir que era parte de mi paquete de compensación por L. A. Darlings. Y por cierto, no me insultes con ese rollo de que yo hago el trabajo para Wentz. Wentz trabaja para mí, ¿entiendes? Todos trabajan para mí.

Pierce asintió para sus adentros. Debería haberlo supuesto. Zeller continuó espontáneamente.

—Tío, a *Darling* Lilly la elegí yo. Pero sabía demasiado sobre mí. No quieres que alguien conozca todos tus secretos. Al menos no esa clase de secretos. Así que la utilicé en un encargo que tenía. Lo llamé el plan Proteus.

Tenía la mirada perdida. Estaba mirando una película en su interior y le gustaba. Él y Lilly, quizá su última cita en la casa de Speedway. Eso incitó a Pierce a decir una frase más de *Muerte entre las flores*.

—Nadie conoce a nadie. No tan bien.

—*Muerte entre las flores* —dijo Zeller, sonriendo y asintiendo—. Supongo que eso significa que habías pillado mi « qué es este lío » de cuando entré.

—Sí, lo pillé, Cody.

Después de una pausa, Pierce continuó con voz tranquila.

—La mataste, ¿verdad? La mataste y si era necesario ibas a colgármelo a mí.

Al principio Zeller no contestó. Pierce estudió su rostro y supo que quería hablar, quería contarle todos los detalles de su ingenioso plan. Contarlo formaba parte de su forma de ser. Sin embargo, el sentido común le decía que no lo hiciera, le exigía que mantuviera la seguridad.

—Digámoslo de esta manera: Lilly cumplió un papel para mí. Y luego volvió a cumplir otro papel para mí. Nunca admitiré más que eso.

—Está bien. Acaba de hacerlo.

No lo había dicho Pierce, sino una nueva voz. Ambos hombres se volvieron a oír el sonido y vieron al detective Robert Renner en el umbral del laboratorio de

electrónica. Sostenía una pistola en su costado.

—¿Quién coño eres tú? —preguntó Zeller al tiempo que bajaba los pies al suelo y saltaba de la silla.

—Policía de Los Angeles —dijo Renner.

Caminó desde la puerta del laboratorio hacia Zeller, con una mano en la espalda mientras avanzaba.

—Está detenido por homicidio. Eso para empezar. Después nos ocuparemos del resto.

El detective sacó la mano de la espalda, sosteniendo unas esposas. Se acercó más a Zeller, le dio la vuelta y lo dobló sobre la estación experimental. Se enfundó el arma y acto seguido le puso a Zeller los brazos a la espalda y empezó a esposarle. Trabajaba con la profesionalidad de quien lo ha hecho mil veces o más. En el proceso apretó la cara de Zeller contra la cubierta de acero del microscopio.

—Con cuidado —dijo Pierce—. Ese microscopio es muy sensible... y caro. Podría dañarlo.

—No quiero hacer eso —dijo Renner—. No con todos esos importantes descubrimientos que está haciendo aquí.

Entonces miró a Pierce con lo que probablemente para él era una sonrisa con todas las letras.

Zeller no dijo nada mientras lo esposaban. Sólo se volvió hacia Pierce, que le sostuvo la mirada. Cuando Zeller estuvo esposado, Renner empezó a registrarle y encontró algo en la pierna derecha. Levantó el dobladillo del pantalón de Zeller y sacó una pistola de pequeño calibre que este llevaba en una cartuchera de tobillo. Se la mostró a Pierce y luego la dejó en la mesa.

—Es para protección —protestó Zeller—. Todo esto es una chorrada. No se sostiene.

—¿De veras? —preguntó Renner afablemente.

Apartó a Zeller de la mesa y volvió a sentarlo rudamente en la silla.

—Quédese aquí.

Se acercó a Pierce y le señaló el pecho con la cabeza.

—Adelante.

Pierce empezó a desabotonarse la camisa, revelando el paquete de baterías y transmisor, sujeto con cintas en su costado izquierdo.

—¿Cómo se ha oído? —preguntó Pierce.

—Perfecto. Tenemos hasta la última palabra.

—Hijo de puta —dijo Zeller con un silbido acerado en la voz.

Pierce lo miró.

—Vaya, así que yo soy el hijo de puta por llevar un micrófono. Me quieres colgar un asesinato y te pones hecho una furia porque llevo un micrófono. Cody, no puedes...

—Vale, vale, calma —dijo Renner—. Cállense los dos.

Como para recalcar sus palabras, el detective arrancó de un fuerte tirón la cinta adhesiva que sujetaba el equipo de vigilancia al torso de Pierce. Pierce estuvo a punto de gritar, pero fue capaz de contenerse y dejarlo en un «joder, eso duele».

—Bien. Siéntese ahí, señor Honrado. Estará mejor en un minuto. —Se volvió hacia Zeller—. Antes de sacarle de aquí, voy a leerle sus derechos. Así que cállense y escuche.

Metió la mano en uno de los bolsillos interiores de la cazadora y sacó una pila de tarjetas. Rebuscó entre ellas hasta que encontró la tarjeta magnética que Pierce le había dado antes. Se estiró y se la tendió a Pierce.

—Usted delante. Abra la puerta.

Pierce cogió la tarjeta, pero no se levantó. Todavía le ardía el costado. Renner encontró la tarjeta que buscaba y empezó a leerle los derechos a Zeller.

—Tiene derecho a...

Se oyó un fuerte clac metálico cuando se desbloqueó la cerradura de la trampa. La puerta se abrió y Pierce vio al vigilante de seguridad de la entrada. Estaba despeinado y sin brillo en los ojos. Mantenía una mano a la espalda, como si escondiera algo.

En su visión periférica Pierce vio que Renner se tensaba. Soltó la tarjeta que estaba leyendo y buscó la cartuchera en el interior de su cazadora.

—Es mi vigilante de seguridad —espetó Pierce.

En el mismo instante en que lo decía vio que el agente de seguridad, un hombre llamado Rudolpho Gonsalves, era empujado al laboratorio desde atrás. El vigilante se estrelló contra la estación informática y cayó al suelo. El monitor le cayó en el pecho. Entonces apareció la familiar imagen de Dosmetros entrando en el laboratorio, agachándose al pasar el umbral.

Billy Wentz entró tras él. Empuñaba una pistola negra y grande en la derecha y sus ojos se aguzaron cuando vio a los tres hombres al otro lado del laboratorio.

—¿Por qué tarda...?

—¡Polis! —gritó Zeller—. Es un poli.

Renner ya estaba sacando la pistola de la cartuchera, pero Wentz llevaba ventaja. Con la máxima economía de movimiento, el gánster bajito apuntó y empezó a disparar. Fue avanzando mientras disparaba, moviendo el cañón del arma en un arco de cinco centímetros. El sonido era ensordecedor.

Pierce no lo vio, pero sabía que Renner había comenzado a responder al ataque. Oyó ruido de disparos a su derecha e instintivamente se tiró al suelo a la izquierda. Rodó y se volvió para ver que el detective caía, salpicando de sangre la pared que tenía detrás. Wentz seguía avanzando por el otro lado. Estaba atrapado. Wentz estaba justo entre él y la puerta de la trampa.

—¡Luces!

El laboratorio se sumió en la oscuridad. Dos fognazos acompañaron los dos últimos disparos de Wentz y luego se hizo la oscuridad completa. Pierce inmediatamente rodó de nuevo hacia su derecha para no estar en la misma posición en que Wentz lo recordaba. Se quedó completamente inmóvil a cuatro patas, tratando de controlar la respiración y escuchando cualquier sonido que no fuera suyo.

Oía un ruido gutural a su derecha y detrás de él. Era o Renner o Zeller. Herido. Pierce sabía que no podía llamar a Renner porque eso ayudaría a Wentz a centrar su siguiente disparo.

—¡Luces!

Fue Wentz quien habló, pero el lector de voz estaba programado para

identificar únicamente las voces de los miembros más altos del escalafón del equipo de laboratorio. La voz de Wentz no servía.

—¡Luces!

Nada.

—¿Dosmetros? Ha de haber un interruptor. Encuentra el interruptor.

No hubo respuesta, ni sonido de movimiento.

—¿Dosmetros?

Nada.

—Dosmetros, maldita sea.

De nuevo no hubo respuesta. Entonces Pierce oyó un estrépito delante de él y a su derecha. Wentz había tropezado con algo. Por el sonido calculó que estaba al menos a seis metros de distancia. El gánster probablemente estaba cerca de la trampa, buscando a su matón o el interruptor de la luz. Sabía que eso no le daba mucho tiempo. El interruptor no se hallaba junto a la trampa, sino a un par de metros, en el panel de control eléctrico.

Pierce se arrastró silenciosa y rápidamente hasta la estación experimental. Recordó la pistola de Zeller que había encontrado Renner.

Cuando llegó a la mesa se levantó y pasó la mano por la superficie. Sus dedos se arrastraron por algo grueso y húmedo y al cabo de un momento tocaron lo que claramente eran los labios y la nariz de alguien. Al principio sintió repulsión, pero volvió a palpar el rostro, por encima de la coronilla, hasta que encontró el pelo atado atrás. Era Zeller. Y al parecer estaba muerto.

Después de un momento de pausa continuó la búsqueda y su mano finalmente se cerró en torno a una pequeña pistola. Se volvió hacia la trampa de la entrada. Mientras llevaba a cabo la maniobra, su tobillo tropezó con una papelera de aluminio que había debajo de la mesa y aquella se volcó estrepitosamente.

Pierce se agachó y otros dos disparos resonaron en el laboratorio. Vio dos destellos de un microsegundo con el rostro de Wentz en la oscuridad. Pierce no respondió a los disparos, estaba demasiado ocupado poniéndose fuera del alcance de Wentz. Oyó el distintivo zamp zamp de las balas destinadas a él, que impactaron en el revestimiento de cobre de la pared exterior del laboratorio del láser, al fondo de la habitación.

Pierce se metió la pistola en el bolsillo de los vaqueros para poder arrastrarse con mayor velocidad y eficiencia. Una vez más se concentró en calmarse él y su respiración y empezó a reptar hacia su izquierda.

Estiró una mano hasta que tocó la pared y se formó una idea de dónde estaba. Después reptó silenciosamente hacia adelante, utilizando la pared como guía. Pasó el umbral del laboratorio de electrónica —lo supo por el concentrado olor a carbono quemado— y avanzó hasta la otra sala, el laboratorio de imagen.

Se levantó lentamente, alerta al sonido de cualquier movimiento próximo.

Sólo hubo silencio y después un sonido metálico procedente del otro lado de la sala. Pierce lo identificó como el de un cargador al ser sacado de una pistola. No tenía mucha experiencia con armas, pero le pareció que el sonido encajaba con lo que se estaba imaginando: Wentz recargando su pistola o comprobando el número de balas que le quedaban.

—Eh, Lumbreras —lo llamó Wentz, partiendo la oscuridad con su voz como un relámpago—. Ahora sólo estamos tú y yo. Será mejor que te prepares porque voy a por ti. Y voy a hacerte algo más que obligarte a encender la luz.

Wentz se rio socarronamente en la oscuridad.

Pierce giró despacio el pomo de la puerta del laboratorio de imagen y la abrió sin hacer ruido. Entró y cerró la puerta. Actuó de memoria. Dio dos pasos hacia la parte de atrás de la sala y luego tres a su derecha. Extendió la mano y con un paso más tocó la pared. Con los dedos de ambas manos extendidos barrió la pared trazando figuras de ocho con los dedos hasta que su mano izquierda tocó el gancho del que colgaban las gafas de resonancia que había usado durante la presentación con Goddard esa mañana.

Pierce conectó las gafas y se ajustó los visores. La sala apareció de color azul oscuro, salvo por el brillo amarillo y rojo del terminal y el monitor del microscopio de efecto túnel. Hurgó en el bolsillo y sacó la pistola. La miró. También se veía azul en el campo de visión. Metió un dedo rojo por el guardallamas y lo colocó cerca del gatillo.

Al abrir la puerta en silencio, Pierce vio una variedad de colores en el laboratorio principal. A su izquierda vio el cuerpo de Dosmetros tirado junto a la puerta de la trampa. Su torso era un collage de rojos y amarillos que en sus extremidades tendían al azul. Estaba muerto y se estaba enfriando.

Había una imagen de color rojo brillante y amarillo de un hombre acurrucado junto a la pared de la derecha de la principal estación informática. Pierce alzó la pistola y apuntó, pero luego se detuvo cuando recordó a Rudolph Gonsalves. El hombre acurrucado era el vigilante de seguridad que Wentz había utilizado para acceder al laboratorio.

Miró a la derecha y vio otras dos figuras inmóviles, una despatarrada sobre la estación experimental y volviéndose azul en las extremidades. Cody Zeller. El otro cuerpo estaba en el suelo. Era rojo y amarillo en el campo de visión. Renner. Vivo. Parecía que se había agazapado en el espacio para las rodillas de un escritorio. Pierce observó una demarcación de alto calor en el hombro izquierdo del detective. Era una marca de sangre. El morado era sangre caliente que manaba de una herida.

Hizo un barrido hacia la izquierda y después hacia la derecha. No había nada más, salvo las reacciones amarillas de los monitores de la sala y las luces del techo.

Wentz se había ido.

Pero eso era imposible. Pierce se dio cuenta de que Wentz tenía que haber entrado en uno de los laboratorios laterales, tal vez en busca de una ventana o algún tipo de iluminación o lugar desde el que atacar en forma de emboscada.

Dio un paso hacia el laboratorio principal y de repente tenía unas manos encima de él agarrándolo por la garganta, unas manos que lo apoyaron contra la pared y lo sostuvieron allí.

El campo de visión de Pierce se llenó con el estridente rojo y los ojos de otro mundo de Billy Wentz. Notó el cañón caliente de una pistola apretado con fuerza bajo su barbilla.

—Muy bien, Lumberas, se acabó.

Pierce cerró los ojos y se preparó para la bala lo mejor que pudo.

Pero el disparo no se produjo.

—Enciende la puta luz y abre la puerta.

Pierce no se movió. Cayó en la cuenta de que Wentz necesitaba su ayuda antes de poder matarlo. En ese momento también comprendió que probablemente Wentz no se esperaba que llevara una pistola en la mano.

La mano que le sujetaba por el cuello y camisa lo sacudió violentamente.

—Las luces, he dicho.

—Vale, vale. Luces.

Mientras decía estas palabras colocó la pistola en la sien de Wentz y disparó dos veces. No había otro modo, no tenía elección. Los estallidos fueron casi simultáneos y se produjeron al mismo tiempo que se encendían las luces del complejo de laboratorios. Su campo de visión se tornó negro y Pierce se levantó las gafas con la mano que no sostenía el arma. Estas cayeron al suelo antes que Wentz, quien de algún modo mantuvo el equilibrio durante unos segundos, a pesar de que las balas le habían arrancado el ojo izquierdo y la sien del mismo lado. Wentz todavía mantenía el arma apuntada hacia arriba, pero esta ya no estaba bajo la barbilla de Pierce. Pierce estiró el brazo y empujó el arma de Wentz hasta que dejó de suponer un peligro. El empujón también derribó a Wentz, que cayó hacia atrás y se quedó inerte en el suelo, muerto.

Pierce miró al suelo diez segundos antes de tomar aire. Entonces se serenó y miró a su alrededor. Gonsalves se estaba levantando lentamente, apoyándose en la pared más alejada para mantener el equilibrio.

—Rudolpho, ¿está bien?

—Sí, señor.

Pierce miró hacia el escritorio bajo el cual se había acurrucado Renner. Vio los ojos del policía abiertos y alerta. Estaba respirando pesadamente y tenía el hombro izquierdo y el pecho de la camisa empapados de sangre.

—Rudolpho, sube y llama a una ambulancia. Diles que hay un policía herido. Herida de bala.

—Sí, señor.

—Luego llama a la policía y diles lo mismo. Y llama a Clyde Vernon y hazlo venir.

El vigilante se apresuró hacia la trampa. Tuvo que inclinarse sobre el cadáver de Dosmetros para llegar a la cerradura de combinación. Después hubo de pisar al hombretón para pasar por la puerta. Pierce vio un agujero de bala en el centro de la garganta del monstruo. Renner le había dado de lleno y Dosmetros se había desplomado en el acto. Pierce se dio cuenta de que el hombretón no había pronunciado ni una sola palabra.

Se acercó a Renner y ayudó al detective herido a salir reptando del escritorio. Su respiración era rasposa, pero Pierce no vio sangre en sus labios, lo cual significaba que sus pulmones estaban intactos.

—¿Dónde le han dado?

—En el hombro. —Gimió con el movimiento.

—No se mueva. Sólo espere. La ayuda está en camino.

—Me han dado en el hombro de disparar. Y soy inútil a distancia con una pistola en la derecha. Pensé que lo mejor que podía hacer era esconderme.

Se incorporó hasta quedar sentado y se apoyó en el escritorio. Hizo un gesto con su mano derecha hacia Cody Zeller, esposado y caído sobre la mesa de la estación experimental.

—Eso no va a tener muy buena pinta.

Pierce estudió el cuerpo de su antiguo amigo por un momento. Entonces volvió a centrarse en Renner.

—No se preocupe. Balística demostrará que disparó Wentz.

—Eso espero. Ayúdeme. Quiero caminar.

—Ni se le ocurra. Está herido.

—Ayúdeme a levantarme.

Pierce hizo lo que le ordenaban. Al levantar a Renner por el brazo derecho notó que el olor había impregnado la ropa del hombre.

—¿De qué se sonríe? —preguntó Renner.

—Creo que nuestro plan le estropeó la ropa incluso antes que la bala. No pensaba que tuviera que estar tanto rato metido allí dentro con el horno.

—La ropa no importa. Aunque Zeller tenía razón. Da dolor de cabeza.

—Ya lo sé.

Renner apartó a Pierce con la mano derecha y caminó hasta donde estaba tendido el cuerpo de Wentz. Lo miró en silencio durante un largo rato.

—Ya no parece tan duro, ¿no?

—No —dijo Pierce.

—Lo ha hecho bien, Pierce. Muy bien. Buen truco el de las luces.

—Tendré que darle las gracias a mi socio Charlie. Lo de las luces fue idea suya.

Pierce se prometió en silencio no volver a quejarse por los ingenios

tecnológicos y eso le recordó cómo había tratado a Charlie y cómo había sospechado de él. Sabía que tendría que solucionarlo de algún modo.

—Hablando de socios, mi compañero se va a cagar en todo cuando descubra lo que se ha perdido —dijo Renner—. Y supongo que a mí se me va a caer el pelo por hacer esto solo.

Se sentó en el borde de una de las mesas y miró con tristeza los cadáveres. Pierce se dio cuenta de que probablemente el detective había arruinado su carrera.

—Mire —dijo—, nadie podía imaginarse todo esto. Si necesita que haga o diga algo, hágamelo saber.

—Sí, gracias. Lo que podría necesitar es un trabajo.

—Bueno, pues ya lo tiene.

Renner caminó desde el escritorio y se sentó en una silla. Tenía el rostro desencajado por el dolor. Pierce lamentó no poder hacer nada.

—Oiga, deje de moverse, deje de hablar y espere a la ambulancia.

Pero Renner no le hizo caso.

—¿Sabe eso de lo que estaba hablando Zeller, de cuando era un chico y encontró a su hermana pero no se lo dijo a nadie?

Pierce asintió.

—No se fustigue más con eso. La gente toma sus propias decisiones. Decide qué camino seguir. ¿Entiende?

Pierce asintió otra vez.

—Vale.

La puerta de la trampa se abrió de nuevo de manera audible, haciendo saltar a Pierce, pero no a Renner. Gonsalves entró en el laboratorio.

—Están en camino. Todos. La ambulancia llegará en cinco minutos.

Renner asintió y miró a Pierce.

—Aguantaré.

—Me alegro.

Pierce volvió a mirar a Gonsalves.

—¿Ha llamado a Vernon?

—Está en camino.

—Muy bien. Espérelos a todos arriba y hágalos bajar.

Después de que el vigilante se hubo marchado, Pierce pensó en cómo iba a reaccionar Clyde Vernon por lo que había ocurrido en el laboratorio de cuya protección era responsable. Sabía que el exagente del FBI iba a subirse por las paredes. Tendría que aguantarse. Los dos tendrían que hacerlo.

Pierce se acercó al escritorio donde estaba extendido el cuerpo de Cody Zeller. Miró al hombre que había sido su amigo durante tantos años y al que sin embargo no había conocido en absoluto. Le invadió un sentimiento de profunda pena. Se preguntó cuándo se había desviado del camino. ¿Había sido en Palo

Alto, cuando ambos tomaron decisiones respecto a su futuro? ¿O más recientemente? Había dicho que el motivo era el dinero, pero Pierce no estaba seguro de que la razón fuera tan completa y definible. Sabía que había algo sobre lo que tendría que pensar, algo que debería considerar durante largo tiempo.

Se volvió y miró a Renner, quien daba la impresión de que se estaba debilitando. Estaba inclinado hacia adelante, encorvado sobre sí mismo. Tenía la cara muy pálida.

—¿Está bien? Quizá debería tumbarse en el suelo.

El detective no hizo caso de la pregunta ni de la sugerencia. Su cabeza seguía trabajando en el caso.

—Supongo que la lástima es que todos están muertos —dijo—. Ahora puede que nunca encontremos a Lilly Quinlan. Su cadáver, me refiero.

Pierce se le acercó y se apoyó en su escritorio.

—Bueno, hay varias cosas que no le he contado antes.

Renner le sostuvo la mirada un momento.

—Lo suponía. Suéltelo.

—Sé dónde está el cadáver.

Renner lo miró unos segundos antes de asentir.

—Tendría que haberlo imaginado. ¿Desde cuándo?

—No hace mucho. Desde hoy. No podía decírselo hasta que estuviera seguro de que iba a ayudarme.

Renner sacudió la cabeza, enfadado.

—Será mejor que valga la pena. Empiece hablar.

Pierce estaba sentado en su despacho de la tercera planta, esperando para enfrentarse otra vez con los detectives. Eran las seis y media de la mañana del viernes. Los investigadores de la oficina del forense seguían en el laboratorio. Los detectives estaban esperando la señal para bajar y aprovechaban el tiempo interrogándole sobre los detalles segundo a segundo de lo que había ocurrido en el sótano del edificio.

Después de una hora, Pierce dijo que necesitaba un descanso. Se retiró de la sala de juntas, donde se desarrollaban las entrevistas, a su despacho. No llevaba a solas ni cinco minutos cuando Charlie Condon asomó la cabeza por la puerta. Lo había despertado Clyde Vernon, a quien por supuesto había despertado Rudolph Gonsalves.

—Henry, ¿puedo pasar?

—Claro. Cierra la puerta.

Condon entró y lo miró con un ligero temblor en la cara.

—¡Guau!

—Sí, eso es.

—¿Alguien te ha dicho lo que pasa con Goddard?

—En realidad no. Querían saber dónde se alojaban él y Bechy, y se lo he dicho. Creo que iban a ir a detenerlos por cómplices o algo así.

—¿Todavía no sabes para quién trabajaban?

—No. Cody no lo dijo. Para uno de sus clientes, supongo. Lo descubrirán. O por Goddard o cuando lleguen a casa de Zeller.

Condon se sentó en el sofá, al lado del escritorio de Pierce. No llevaba sus habituales traje y corbata y Pierce se dio cuenta de que parecía mucho más joven con ropa informal.

—Hemos de empezar de nuevo —dijo Pierce—. Hay que encontrar un nuevo inversor.

Condon lo miró incrédulo.

—¿Estás de broma? ¿Después de esto? ¿Quién iba a...?

—Seguimos en el negocio, Charlie. Lo importante sigue siendo la ciencia, la patente. Habrá inversores que lo saben. Tienes que ir a por ellos y hacer de Ajab. Encuentra otra ballena.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—En este mundo todo es más fácil de decir que de hacer. Lo que me ha ocurrido anoche y esta última semana es más fácil de decir que de hacer. Pero está hecho. Lo he superado y eso me da más fuerza que nunca.

Condon asintió.

—Ahora nadie nos detendrá —dijo.

—Eso es. Hoy vamos a tener una tormenta de fuego con los medios, y probablemente seguirá durante las próximas semanas. Pero hemos de buscar la manera de volverlo en nuestro favor, de atraer inversores y no asustarlos. No estoy hablando de los diarios. Estoy hablando de las revistas científicas, de la industria.

—Me pondré a ello, pero ¿sabes dónde estamos completamente jodidos?

—¿Dónde?

—Con Nicki. Ella era nuestra portavoz. La necesitamos. Conoce a esa gente, a los periodistas. ¿Quién va a manejar a los medios en esto? Estarán encima durante los próximos días, al menos, o hasta que los aparte la siguiente gran noticia.

Pierce consideró un momento lo que acababa de decirle Condon. Miró al cartel enmarcado que mostraba al submarino *Proteus* moviéndose por un mar de diferentes colores. El mar humano.

—Llámalas y vuelve a contratarla. Puede quedarse la indemnización. Lo único que ha de hacer es volver.

Condon hizo una pausa antes de responder.

—Henry, ¿cómo va a funcionar con vosotros dos? No creo que lo considere.

Pierce de repente se sintió entusiasmado con la idea. Le diría que la relación sería estrictamente profesional, que no tendrían ningún contacto extralaboral. Entonces le mostraría cuánto había cambiado.

Pensó en el libro de caracteres chinos que había dejado abierto en la mesita del café. Perdón. Lograría que funcionara. Se la ganaría de nuevo y no cometería los mismos errores.

—Si quieres, yo la llamo. He de...

Sonó su línea directa y Pierce contestó de inmediato.

—Henry, soy Jacob. Es muy temprano ahí. Pensaba que iba a salirme tu buzón de voz.

—No, he estado aquí toda la noche. ¿Lo has presentado?

—Lo he presentado hace veinte minutos. *Proteus* está protegido. Estás protegido, Henry.

—Gracias, Jacob. Me alegro de que viajaras anoche.

—¿Va todo bien allí?

—Todo salvo que perdimos a Goddard.

—Oh, Dios, ¿qué ha pasado?

—Es una larga historia. ¿Cuándo vuelves?

—Voy a ir a visitar a mi hermano y a su familia en Owings, en el sur de Maryland. Volaré el domingo.

—¿Tienen cable en Owings?

—Sí, estoy casi seguro de que sí.

—Mira la CNN. Tengo la sensación de que vamos a armarla.

—¿Ha...?

—Jacob, ahora estoy ocupado. He de irme. Ve a ver a tu hermano y duerme un poco. Aborrezco los vuelos nocturnos.

Kaz estuvo de acuerdo y ambos colgaron. Pierce miró a Condon.

—Estamos en juego. Ha presentado el paquete.

El rostro de Condon se encendió.

—¿Qué?

—Envié a Kaz anoche. Ahora no pueden tocarnos, Charlie.

Condon pensó en esto unos segundos y luego asintió.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a enviarlo?

Pierce se limitó a mirarlo. Vio en el rostro de Condon que finalmente comprendía que Pierce no había confiado en él.

—No lo sé, Charlie. No podía hablar con nadie hasta que lo supiera.

Condon asintió, pero el dolor permanecía en su rostro.

—Tiene que ser duro vivir con esa sospecha. Tiene que ser duro estar tan solo.

Esta vez era el turno de Pierce de limitarse a asentir. Condon dijo que iba a buscar café y lo dejó solo en el despacho.

Pierce no se movió durante unos minutos. Pensó en Condon y en lo que este había dicho. Sabía que las palabras de su socio eran cortantes pero ciertas. Sabía que era el momento de cambiar todo eso.

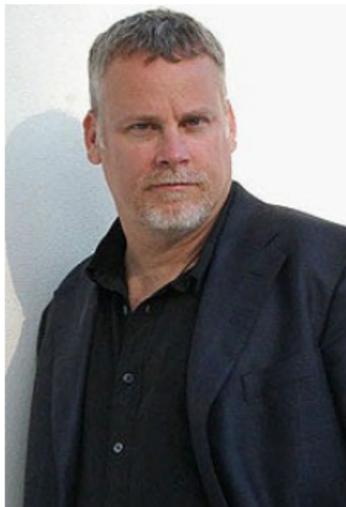
Todavía era temprano, pero Pierce no quería esperar más. Cogió el teléfono y marcó el número de la casa de Amalfi Drive.

Agradecimientos

No podría haber escrito este libro sin la ayuda del doctor James Heath, catedrático de química en la Universidad de California en Los Angeles (UCLA) y de Carolyn Chriss, investigadora extraordinaria. Aunque esta historia es ficción, la información científica que se menciona es real. La carrera para construir el primer ordenador molecular es real. Cualquier error o exageración no intencionada son únicamente responsabilidad del autor.

Por su ayuda y consejo el autor está en deuda con Terrill Lee Lankford, Larry Bernard, Jane Davis, Robert Connelly, Paul Connelly, John Houghton, Mary Lavelle, Linda Connelly, Philip Spitzer y Joel Gotler.

Muchas gracias asimismo a Michael Pietsch y Jane Wood por ir más allá de la llamada del deber como editores de este manuscrito, y también a Stephen Lamont por su excelente corrección.



MICHAEL CONNELLY. Decidió ser escritor tras descubrir la obra de Raymond Chandler. Con ese objetivo, estudió periodismo y narración literaria en la Universidad de Florida. Durante años ejerció como periodista de sucesos, para dedicarse después a la escritura. El detective Harry Bosch, a quien presentó en su primera obra, *El eco negro*, protagoniza la mayoría de sus novelas posteriores, de las que cabe destacar: *El poeta*, *Deuda de sangre*, *Ciudad de huesos* o *Cauces de maldad*. La obra de Connelly ha sido traducida a 35 idiomas y ha recibido premios como el Edgar, Grand Prix, Bancarella o Maltese Falcon.